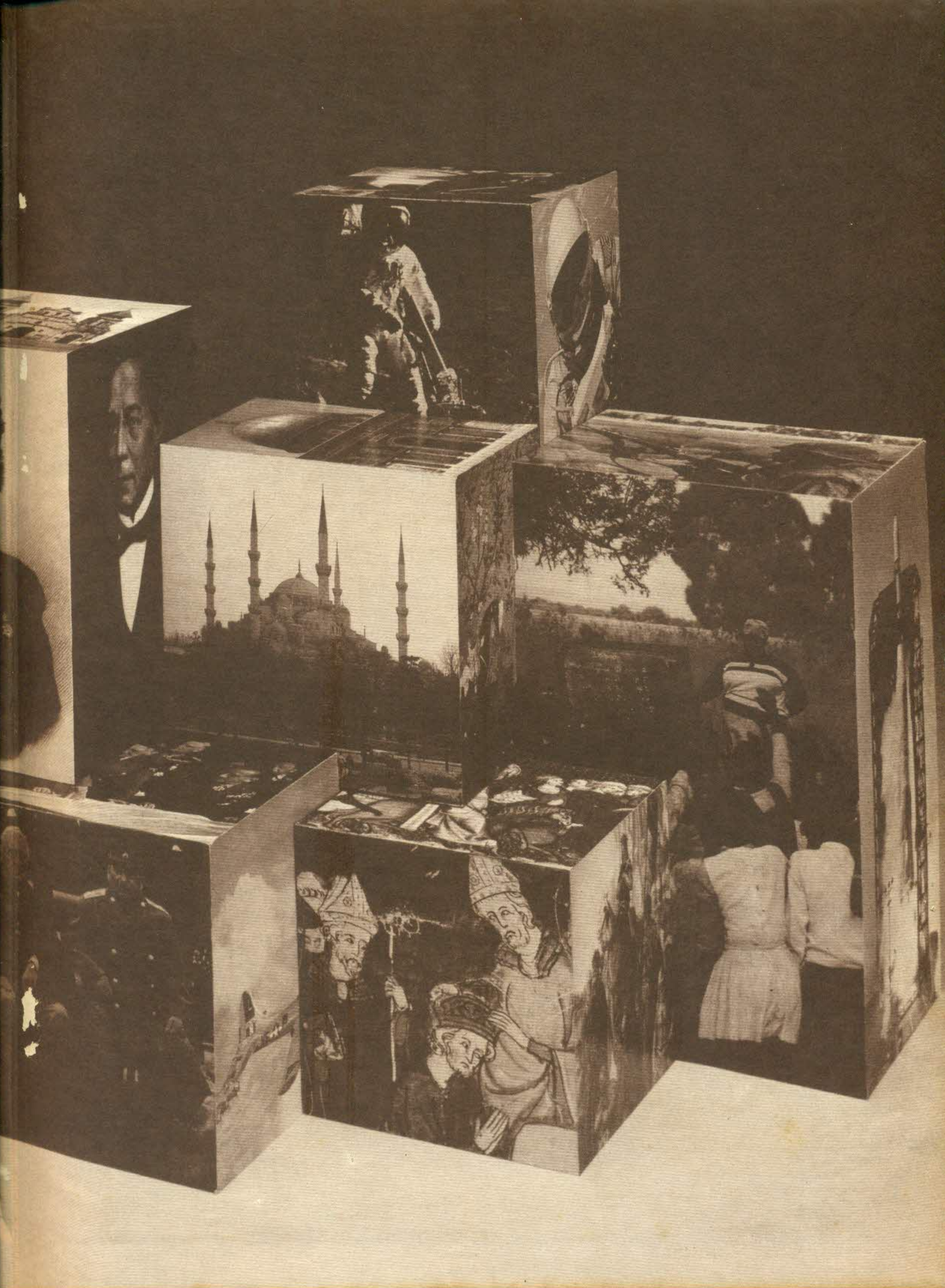

HISTORIA UNIVERSAL
LOS FUNDAMENTOS
DE OCCIDENTE: GRECIA Y ROMA
8

HISTORIA UNIVERSAL

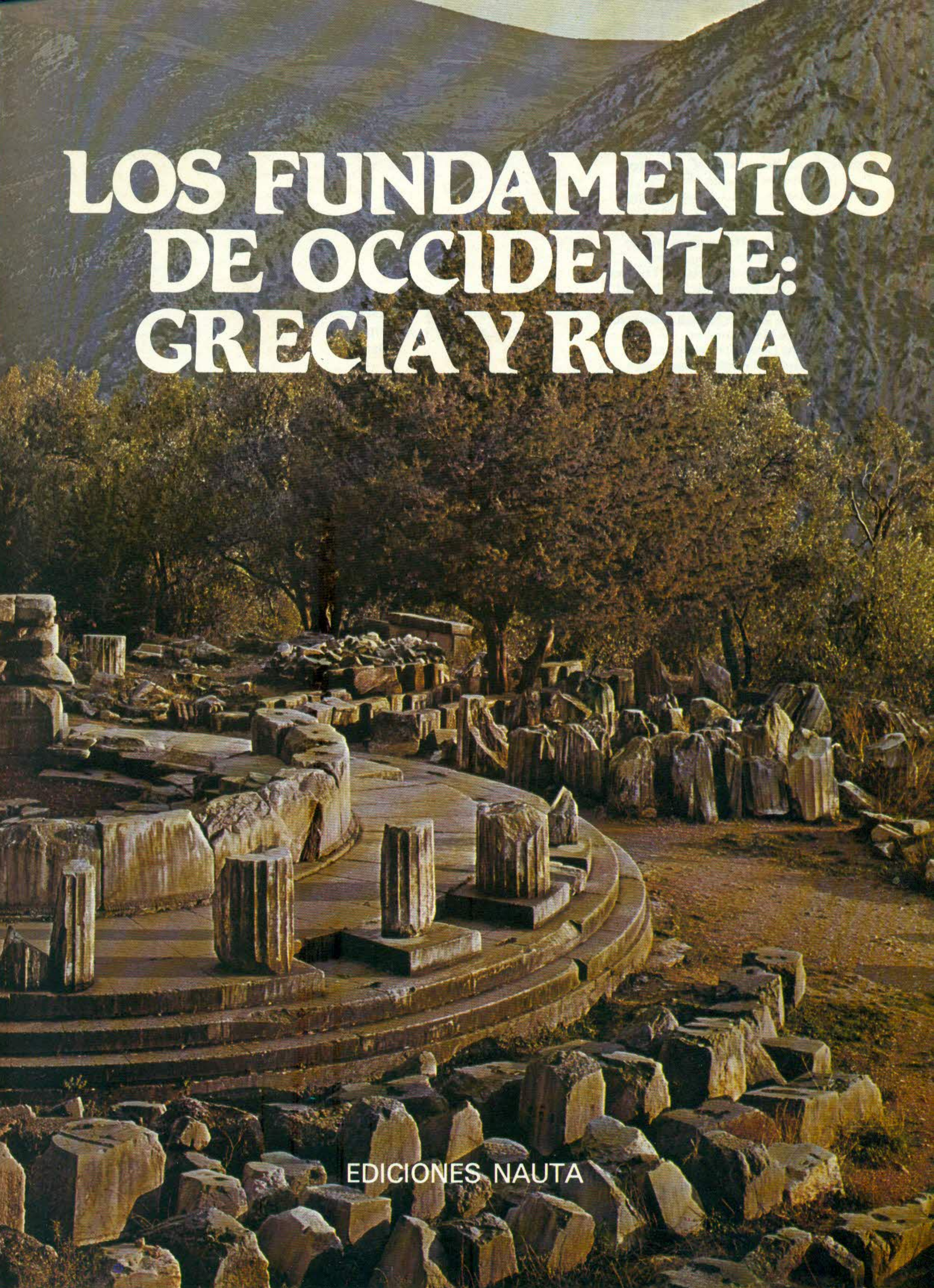
LOS FUNDAMENTOS DE OCCIDENTE: GRECIA Y ROMA





HISTORIA UNIVERSAL




LOS FUNDAMENTOS
DE OCCIDENTE:
GRECIA Y ROMA
EDICIONES NAUTA

Procedencia de las ilustraciones

Fratelli Alinari, Florencia; Paul Almasy, París; Anderson; Archives Photographiques, París; Archivo Nauta, Barcelona; Blasi, Barcelona; Eric Böhm, Maguncia; British Museum, Londres; Deutsches Archaologisches Institut, Roma; Giraudon, París; Gruppo Editoriale Fabbri-Bompiani, Sonzogno, Etas, S.p.A., Milán; Sonia Halliday Photographs Weston Turville; Hamlyn Group Picture Library, Feltham; Robert Harding Associates, Londres; Hirmer Fotoarchiv, Munich; Michael Holford, Londres; Kunsthistorisches Museum, Viena; Magnum-George Rodger; Mansell Collection, Londres; Eric de Maré, Londres; Photoresources, Londres; Picturepoint, Londres, Josephine Powell, Roma; Scala, Florencia; Service de Documentation Photographique des Musées Nationaux, París; Ronald Sheridan, Londres; Skira, Ginebra; Snark International, París, Spectrum Colour Library, Londres; Stiftung Preussischer Kulturbesitz, Staatliche Museen, Berlín; Werner Forman Archive, Londres; Roger Wood, Londres; Z.E.F.A., Londres.

Edición original inglesa:

The Ancient World
(Illustrated History Series)
Publicada por
The Hamlyn Publishing Group Limited
(Londres, Nueva York, Sydney, Toronto)
Astronaut House, Hounslow Road, Feltham,
Middlesex, Gran Bretaña

Editado por Ediciones Nauta, S.A.
Loreto 16 · Barcelona-29
Impreso en Altamira S.A.
Carretera Barcelona, km 11,200
Madrid-22
ISBN: 84-278-0753-8 (obra completa)
ISBN: 84-278-0761-9 (vol. VIII)
Depósito legal: M. 2.299-1983 (8)
Impreso en España · Printed in Spain
11922/E

Edición original

EQUIPO DE REALIZACIÓN

Sir Mortimer Wheeler
Nicholas Postgate
L.K. Young
David Hawkins
Thomas Trautmann
John Coles
Richard Cowell
Paul Wietzel
Anthony Bryer
Barry Kemp

Edición española

EQUIPO DE REALIZACIÓN

Dirección: **Bernat Muniesa**, *doctor en Historia y licenciado en Sociología. Profesor de la Universidad de Barcelona.*
José Florit, *doctor en Historia. Profesor de la Universidad de Barcelona.*

Responsables temáticos:
Luis Belenes
Salvador Busquets
Mercè Cabo
Jordi Fiblà
Montserrat Font
Carlos Jordán
Guillem Jurnet
Esteban Liniés
Juana Nadal
Carmen Núñez
Ricard Riambau
Dolors Rotllant
Teresa Torns
Joan Xirau

Colaboradores:
Ricardo Acedo
Pablo Antúnez
María Luisa Crispi
Jordi Domènech
Francisco Ramos
Marc Sagristá

EQUIPO EDITORIAL

Director editorial: Jaime Barnat
Editor: Andrés Merino
Colaboradores de edición: Ferran Hernández
Samuel Penalva
Tomás Ubach

Dirección de la ilustración: Puri Ballús
Ayudantes de ilustración: Ana Juandó

Cartografía:
Eduardo Dalmau
Rafael Fernández
Rosa Mª Guijarro
Mª Dolores Vila

Diseño: Jordi Pastor
Compaginación y dibujo: Rafael Azuaga
José Romero
Carmen Tomás

Producción:
Fernando Covarrubias
Ramón Laflor
Antonio Llord
Mª Dolors Mascasas

Sumario

NOTA DE LOS EDITORES

La misión de una obra histórica no se reduce sólo a presentar cada uno de los hechos vividos por la humanidad relacionándolos con los que les han precedido y seguido en el tiempo. Además, debe ofrecer al lector la posibilidad de valorar globalmente la información, y hacerlo en función de los intereses del hombre de hoy.

Por eso, la HISTORIA UNIVERSAL que presentamos no aparece siguiendo el esquema cronológico habitual, ni tampoco como una retrospectiva de la historia escalonada hasta los orígenes de las civilizaciones. Hemos querido combinar ambos criterios con el fin de lograr una disposición que permita entender mejor las diversas relaciones causa-efecto que se dan entre los eslabones de la cadena histórica.

En consecuencia, la colección parte de un bloque relativo a los acontecimientos más próximos a nuestros días, de forma que sea posible sumergirse totalmente en la historia del mundo moderno a partir del conocimiento de las situaciones que han ido conformando el mundo tal como lo hemos recibido. Este primer conjunto se cierra con un volumen que, desde nuestro punto de vista, es una aportación extraordinaria que facilita la aproximación al mundo que vivimos: un *calendario cultural del siglo XX* de características excepcionales.

Un segundo bloque, centrado en épocas más alejadas de nosotros, que abarcan desde el origen de las civilizaciones hasta el inicio de la historia contemporánea, permite el estudio más sosegado de épocas que exigen más dedicación a causa del menor conocimiento global que de ellas tenemos.

Como colofón, hemos considerado imprescindible la inclusión de un *atlas histórico*, que hace honor a la máxima "una imagen vale más que mil palabras".

PLAN DE LA OBRA

ORDENACIÓN CRONOLÓGICA



EL TRIUNFO DE LOS GRIEGOS

Introducción

El mundo de los antiguos griegos era geográficamente pequeño. Abarcó desde la isla de Itaca en el oeste, la remota y tradicional patria de Ulises, hasta las pequeñas islas y ciudades del este que reclamaban para sí el honor de ser la patria de Homero, dentro de una distancia que no supera los 500 kilómetros. Obviamente, los griegos poseyeron colonias muy lejanas y en lugares muy dispares: recordemos las ciudades helenizadas de la costa del mar Negro, las factorías comerciales del sur de Italia, las colonias en las costas libias, en el litoral mediterráneo francés y las legendarias Ampurias y Rosas del nordeste de España.

Por otra parte, los artesanos griegos, muy apreciados en la Antigüedad, se habían dispersado por el mundo oriental. Así, el rey persa Darío, primer invasor de Europa, y también su hijo Jerjes —promotor del incendio de Atenas—, ambos inveterados enemigos de Grecia, tuvieron a un griego como jefe de obras y responsable del gran palacio real de Persépolis, entonces en construcción, a casi 3.000 kilómetros al este de Atenas. Cuando Alejandro Magno entró en Persia al frente de su aguerrido ejército, ocupando la capital del Imperio persa, se encontró sorprendido con la existencia de una masa de artesanos griegos que le solicitaban protección frente a las amenazas de exterminio de que eran objeto por parte de la población autóctona. En las localidades de Kandahar y Khanum, junto al río Oxus, en el actual Afganistán, fueron halladas unas inscripciones griegas correspondientes al siglo III antes de Cristo, que combinan significativamente la sabiduría oriental con la de Delfos. Estos hechos son un síntoma de la pujanza de una civilización que se fraguó a lo largo de varios siglos, y que si bien fue grande en su influencia y potencia creadora, en cambio, geográficamente fue muy pequeña, constreñida a lo que es hoy la actual península helénica y la franja colindante de Asia Menor.

Es muy importante no minimizar la calidad del mundo griego del siglo V antes de Cristo, si lo comparamos con nuestra civilización actual. Combinando un análisis espacio-temporal, es una realidad que hoy Moscú, por ejemplo, está más cerca de Washington que la antigua Atenas lo estaba de Esparta. Teóricamente, China podría invadir hoy Europa empleando en ello una fracción de tiempo infinitamente menor que la requerida por el persa Darío para desplazar sus tropas a través del Bósforo. Demográficamente hablando, la Eurasia actual tiene cien seres humanos por cada uno de los existentes hace 25 siglos.

Sin embargo, proporcionalmente, el mundo clásico griego era ya un mundo construido a la medida del hombre, y muchos de los problemas que tuvo que afrontar no eran muy distintos de los que aún hemos de solucionar nosotros.

También era, no hay duda, un mundo más simplificado que el nuestro. El célebre Partenón era un enorme edificio profusamente ornamentado y construido con todos los conocimientos de la época. Sin embargo, a pesar de su gran perfección, estética y técnicamente era muy rudimentario si se le compara, por ejemplo, con las catedrales de Santa Sofía o de Chartres. Ahora bien, el famoso friso, símbolo de la arquitectura griega, es un mármol esculpido de forma nunca superada posteriormente, y aparece liberado de las tensiones emocionales, o mejor aún intelectuales, que tuvieron que soportar y vencer los escultores de épocas posteriores, teóricamente más adultas. La función de aquel perfecto esculpido era expresar una concepción geométricamente exquisita de la actividad humana.

Bajo la influencia romana, aquella simplicidad estética evolucionó hacia esquemas más diversificados e individualistas. Pero el llamado «período helenístico» de Grecia, cronológicamente situado en los siglos III y II antes de Cristo, se desarrollaba ya intensamente en aquella dirección.

El perfecto equilibrio global que demuestra poseer la Atenas del siglo V antes de Cristo creció a partir de sucesivas —y a veces heréticas— fases de experimentación. El concepto de «equilibrio» puede aplicarse tanto a la época de Fidias como, dos mil años después, a la Italta de Rafael. Fueron etapas de la historia de la humanidad en las que el objetivo y su expresión, el fondo y la forma, constituían un cuerpo tan coherente, que la perfección perjudicaba muchas veces el esfuerzo y el genio que había tras ella.

Las civilizaciones minoica y micénica del segundo milenio antes de Cristo, o mejor aún, para tener una perspectiva más general, de la época griega menos conocida, anticipan ya en cierto sentido lo que después sería la esplendorosa realidad helénica, y en ocasiones aportaron perspectivas no superadas por el propio helenismo. Recordemos aquellos enormes y heroicos toros bravíos de la Creta minoica corneando acróbatas como si se tratara de personajes de papel, jugueteando con ellos sin esfuerzo aparente. Casi podríamos afirmar que estas estampas se encuentran más cerca de nuestra realidad actual que, por ejemplo, el perfecto y cultivado naturalismo de los relieves esculpidos por el genial Fidias. Algunas de las creaciones geométricas de aquella fase primigenia, tan llena de incógnitas, presentan sin duda una modernidad próxima a nosotros. A finales del siglo VIII antes de Cristo se detecta ya el inicio de un crecimiento orgánico sistemático, que florecería en la poderosa empresa de la acrópolis ateniense, y que desde entonces continuó desarrollándose sin cesar.

A pesar de que somos conscientes de la incógnita de la época inicial de la civilización griega, ésta aún escapa a nuestra comprensión total. Es todavía, sustancialmente, una oscuridad repentina, imprevista, seguida de una no menos súbita aurora. Cuando, después de tres o cuatro siglos, Grecia despertó de nuevo, estaba ya firmemente articulada, plena de inteligencia y de curiosidad, resucitando con orgullo las aportaciones de sus precursores, como puede observarse en el mantenimiento de la poética oral que heredó del pasado. Sólo que ahora aparecían nuevos problemas y otras necesidades distintas; se trataba fundamentalmente de una literatura madura, renovada y diferente.

Aproximadamente unos 750 años antes de Cristo, los contactos griegos con Fenicia aportaron, inesperadamente, una nueva dimensión al mundo griego: un alfabeto sensible que, después de ser modificado con aportaciones menores, sirvió perfectamente a las inquietas mentes del mundo helénico, lo mismo que sigue sirviendo hoy al mundo civilizado. Con este instrumento tan poderoso, Grecia dio en la historia un paso gigantesco.

Poco antes del final del siglo VIII antes de Cristo, un jarrón hallado en una tumba de Atenas presenta inscrito en su exterior un verso dedicado a alguien que por lo visto «era capaz de danzar mejor» que cualquier otro. Bien pudo ser aquel jarro el premio otorgado en un concurso de habilidad en la danza. Se trata de una de las primeras inscripciones alfabetizadas griegas que han llegado hasta nosotros, y marca el umbral de la época clásica, y en cierto sentido, el umbral de nuestra propia civilización.

Todo lo demás parece haberse derivado de un especial don literario, en parte porque las transcripciones a partir de este momento empiezan a precisarse cada vez más, y también porque nuevos medios de intercambio y nuevos conocimientos están a la disposición de gentes inteligentes y activas. En resumen, de forma súbita y simultánea, todo cobró nueva dimensión.

Durante el siglo VII antes de Cristo los escultores griegos, hasta entonces escasa-



mente ambiciosos, iniciaron la construcción de grandes estatuas de dioses y héroes, e incluso de gente común. A partir de este momento el progreso es rápido, desembocando en el excepcional panorama del siglo V antes de Cristo. Paralelamente, y apoyados en la nueva realidad, la inquisitiva —culturalmente hablando— mentalidad de los griegos comenzó a combinar la especulación filosófica con la matemática y la astronomía, y por último, con la propia biología. El resultado de esta ruptura intelectual fue la aparición de las «escuelas» de pensamiento, inicialmente concentradas en Jonia, y particularmente en Mileto, una ciudad que a partir de entonces sería asociada a la idea de planificación urbana y convivencia cívica.

En esta época experimental de la política, fue en Jonia donde primeramente se pusieron de manifiesto las debilidades del gobierno centralista, denominado la «tiranía» por los historiadores, inspirándose en el lenguaje asiático. La «tiranía» alcanzó grandes zonas de Grecia, pero con el tiempo la política derivaría hacia la organización de sistemas más sólidos, con legisladores elegidos dentro de una constitución, innovaciones todas ellas que acompañan al nombre de Solón. No es casual que las «leyes de Solón» fueran inscritas sobre tableros giratorios de madera colocados en una plaza de Atenas, para ser leídas por los habitantes. El visitante actual de Creta puede ver todavía hoy en la ciudad de Gortina leyes muy similares, de un período posterior, exhibidas en los muros de un edificio público.

Nada era secreto en la forma de vida de los antiguos griegos. La existencia transcurría entre la plaza del mercado y el teatro. Todas las debilidades de aquellas gentes están siempre en primer plano, desde las demagogias inútiles hasta la autocracia. Este elemento de apertura ha sido desde entonces la faceta esencial de la democracia, y quizá también su máxima debilidad.

Es la vigencia excepcional del pensamiento griego lo que constantemente nos asalta la mente cuando escuchamos a sus poetas, filósofos e historiadores, o cuando observamos los restos conservados del arte de la antigua Grecia.

Máscara mortuoria de oro, hallada en la tumba real de Micenas por el arqueólogo alemán Heinrich Schliemann, que creyó que pertenecía a un rey aqueo del siglo V antes de Cristo. De hecho, Schliemann pensó haber encontrado la máscara de Agamenón. (Museo Arqueológico Nacional, Atenas.)

El nacimiento de Grecia



Una de las más hermosas estatuas del Museo Nacional de Atenas es un bronce de tamaño natural que representa al dios Poseidón, una poderosa figura enarbolando un tridente de forma amenazadora por encima de su hombro. La severidad y fuerza de esta escultura refleja el temor que los griegos sentían hacia el mar, y la importancia que éste tuvo en la vida de Grecia.

No fue un hecho accidental situar a Poseidón, el hermano de Zeus, como el segundo en la jerarquía mitológica religiosa. El mar invadía todos los resquicios de la vida griega: era fuente de alimentos y campo de lucha con el enemigo, pero por encima de todo era la ruta que conectaba con lejanas ciudades, colonias y puertos comerciales. La historia de Grecia no es únicamente la historia de la Grecia continental y de sus habitantes, sino que en cierta medida es la historia de todos los pueblos cuya geografía bordeaba el enorme lago mediterráneo, e incluso más allá, pues, por ejemplo, la historia de Persia se conecta con la de los griegos. Como ya hemos señalado, el mundo griego se extendía desde lugares tan lejanos como la costa del levante español, al oeste, hasta el norte del mar Negro, al este. Los vecinos de Grecia eran gentes tan dispares como los etruscos de la península itálica y los belicosos escitas de las llanuras del sur de Rusia.

Los griegos utilizaban un curioso y amplio término para identificar, englobándolos, a sus vecinos: el concepto de «bárbaros». Lo aplicaban sin distinción, tanto para referirse al rey de Persia como para señalar a un humilde egipcio sonador de flautas. No obstante, el nombre carecía de connotaciones peyorativas. Únicamente significaba que tales pueblos no hablaban griego, sino unas lenguas que a los oídos griegos sonaban confusas y eran tan ininteligibles como el balar de las ovejas. Esta anécdota ilustra la fuerza unificadora que tenía para ellos el idioma. A pesar de las diferenciaciones dialectales, dos griegos de puntos opuestos de la escala mediterránea estaban en condiciones de entenderse fácilmente.

Junto a esta unidad lingüística corría pareja una unidad cultural. Cuando los siracusanos destruyeron la expedición ateniense a Sicilia, en el año 413 antes de Cristo, algunos prisioneros atenienses se libraron del trabajo forzado en las canteras por su habilidad para recitar las obras de Eurípides, el célebre dramaturgo ateniense.

El tercer factor que constituyó un hito esencial en la vida griega y moldeó su civilización con una originalidad propia, fue su religión. Zeus y los dioses que habitaban en el monte Olimpo eran adorados en todo el orbe griego: corporativamente, con la magnificencia propia de los estados que consideraron la religión como un asunto oficial, y privadamente también por todos los habitantes. Algunos dioses eran preferidos a otros en determinadas ciudades, del mismo modo que podían brotar cultos menores de ámbito local, floreciendo de modo aislado, pero tales diferencias carecían de importancia.

El ideal griego

La lengua, la cultura y la religión de los griegos fueron elementos esenciales no sólo porque, como el mar, constituyeron el sistema vertebral de su sociedad, sino también porque permitieron expresar los más íntimos sentimientos de su vida social y cultural. De este modo, los griegos pudieron articular su influencia más allá de su época y de su espacio geográfico.

Estos elementos fueron la expresión de lo que suele denominarse el «ideal griego». Sin embargo, es necesario evitar los triunfalismos que exageran el idealismo y el romanticismo de la potencia cultural de la antigua Grecia, aunque en última instancia no hay duda acerca de la tremenda deuda que la sociedad europea tiene con los griegos. De Grecia proceden las semillas de la moderna democracia, de la filosofía, la medicina, las ciencias naturales, la arquitectura, la tragedia y la poesía épica.

Sin embargo, como acabamos de señalar, el entusiasmo por nuestra «herencia clásica» puede hacernos olvidar las condiciones en las que aquella cultura, con sus artes y sus ciencias, se originó y desarrolló, impidiendo una exacta aproximación crítica. No todos los atenienses estaban tan interesados en la filosofía como Platón. El mismo Sócrates, maestro de aquél, fue ejecutado porque sus enseñanzas fueron consideradas como revolucionarias.

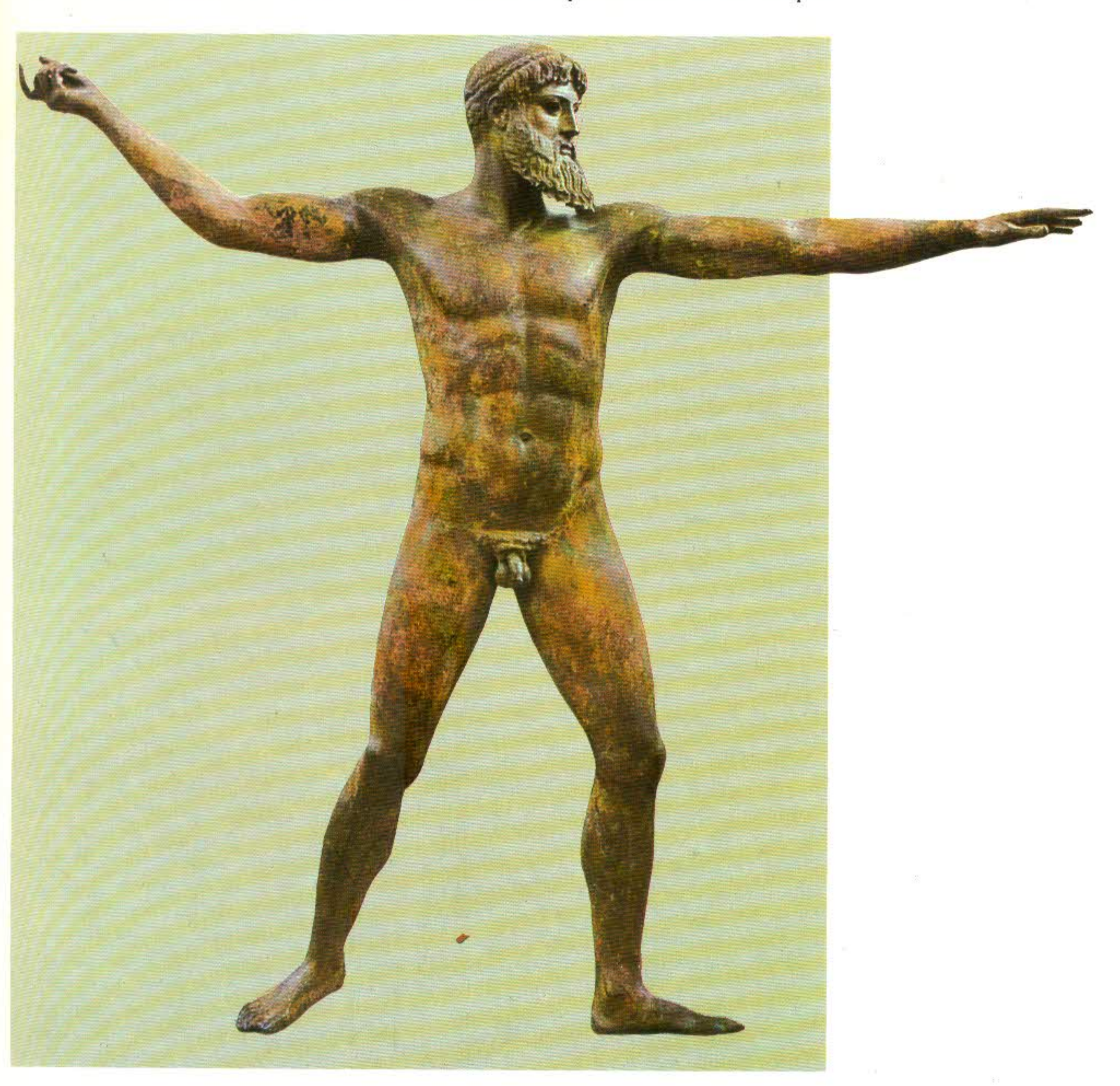
Aristóteles, alumno de Platón y gran mentor de los filósofos de la Edad Media, fue exiliado de Atenas bajo la amenaza de morir como Sócrates.

En las tragedias de Esquilo y Sófocles puede admirarse el respeto casi religioso que al parecer tenían por la integridad de la persona. Sin embargo, fue una práctica normal de los griegos, en sus conquistas, ejecutar sistemáticamente a todos los varones de una ciudad o pueblo conquistados.

El conocimiento de estos hechos ayuda a apreciar mejor la herencia cultural de Grecia, pues junto a los aspectos positivos y admirables, existe la trampa potencial de que el entusiasmo que nos despiertan distorsione el punto de vista histórico y el desarrollo político de aquella civilización.

En el siglo V antes de Cristo, Atenas era la ciudad más culta y civilizada de Grecia, y regía un considerable imperio. El tema central ahora es saber si el modo de gobernar de Atenas era aceptado de buen grado por sus súbditos, o no. La respuesta instintiva a tal tipo de pregunta es que una ciudad que es capaz de construir el Partenón y que produce literatos como Sófocles, debió forzosamente de ejercer una autoridad benigna y amable para con sus súbditos. Sin embargo, la mayor parte de los griegos que vivían bajo el régimen político ateniense lo valoraban como un gobierno represivo. No faltaban justificaciones para aquella actitud, pues el gobierno de Atenas era tan autosuficiente y déspota como cualquier otro poder, anterior o posterior. El idealismo de unos pocos sabios no contagió nunca a una administración colonial, que gobernó siempre con rigor.

Por otra parte, el estudio de la cultura griega debe sortear una nueva dificultad. Debido a que muchas de las ideas de la antigua Grecia son hoy parte de nuestra civilización, especialmente en los campos



Izquierda, estatua de bronce (inicios del siglo V antes de Cristo) que fue encontrada en el mar Egeo, en 1928, junto a la costa de la isla de Eubea. Es posible que se trate de Zeus o de Poseidón, en el acto de asestar un violento golpe. (Museo Arqueológico Nacional, Atenas.)

Página anterior, ánfora en la que están representados Zeus y la diosa Leto con sus dos hijos gemelos, Artemis y Apolo. (British Museum, Londres.)

de la filosofía y la política, hay una fuerte tendencia a pensar que aquella sociedad era similar a la nuestra en todos los campos. Y esto no fue así. Por ejemplo, durante el siglo VII antes de Cristo se produjeron en numerosas ciudades de Grecia insurrecciones que derribaron a los gobiernos aristocráticos e implantaron tiranías. Hoy, el concepto de «tirano» trae a nuestra memoria la crueldad y la traición, por ejemplo, de los Borgia. Si pensamos en los tiranos griegos como individuos necesariamente crueles y sanguinarios, nuestra impresión mental es falsa. En Grecia, la palabra «tirano», de origen lidio, era absolutamente aséptica, y su significado era sencillamente el de «gobernante».

La historia griega debe reconstruirse sin prejuicios, con paciencia y con cierta flexibilidad mental. En ninguna faceta de la investigación son tan necesarias estas cualidades como en el área de la arqueología, ciencia y técnica que se ha concentrado en reunir y ordenar los datos del período comprendido entre el año 2000 y el 800 antes de Cristo. El descubrimiento de las civilizaciones de Creta y Micenas es una ardua labor prácticamente realizada por equipos arqueológicos.

Arqueología e historia

Antes del año 1870 un historiador griego hubiera tenido muy poco que decir sobre el período arriba citado, que conocemos con el nombre de «prehelénico». Habría considerado que lo que Homero describió en la *Ilíada* fue una heroica guerra contra Troya dirigida por una confederación de estados griegos al mando de Agamenón, rey de Micenas. Agamenón actuaría en beneficio de su hermano Menelao, cuya esposa, Helena, habría sido raptada por un príncipe troyano llamado Paris. El historiador añadiría, sin duda, que Homero llamaba aqueos a aquellos pueblos, y que los griegos, que después del año 800 antes de Cristo adoptaron el nombre de «helenos», verían en ellos a sus antepasados, y a la *Ilíada* como un relato de historia antigua.

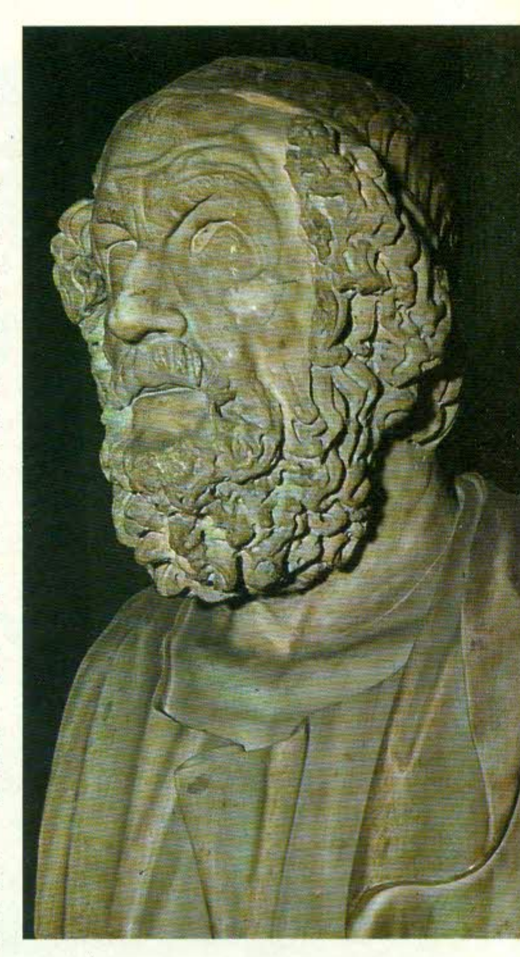
Sin embargo, el hipotético historiador no hubiera sido capaz de decir nada más sobre los aqueos, como por ejemplo, cuándo vivieron exactamente, cómo eran sus viviendas, sus utensilios de uso cotidiano, la forma y cualidades de sus armas de guerra, si realmente tuvieron ejércitos, y en última instancia, si Troya existió o fue una pura invención de un poeta. Seguramente nos habría explicado que la *Ilíada* no puede tomarse como un registro histórico auténtico, pues, según él, carecería de evidencias arqueológicas que le dieran soporte. En consecuencia, el mundo aqueo debía de permanecer oculto en la penumbra de la historia, como un mundo legendario, en el que mito y realidad son imposibles de separar.

Tal fue el estado de la cuestión hasta que un hombre, un alemán llamado Heinrich Schliemann, rechazó estos puntos de vista. No era ni un erudito ni un ortodoxo idealista. Era sencillamente un hombre rico cuya pasión existencial se centraba en el estudio de la personalidad de Homero. Empleado en su juventud en una tienda de ultramarinos, Schliemann escuchaba a veces, extasiado, a un borracho que regularmente se detenía frente a la tienda y recitaba los versos de Homero. Estos recuerdos motivaron en un principio el interés de Schliemann por la obra homérica, es decir, la *Ilíada* y la *Odisea*. Para él, al igual que para los antiguos griegos, la primera de estas obras era un recuento exacto de una guerra auténtica llevada a cabo por un pueblo histórico. Tras obtener una ingente fortuna en un lapso de tiempo relativamente breve, en 1868 aquel desconocido alemán partió hacia Grecia para verificar sus opiniones.

Su pretensión era esencialmente descubrir las ruinas de Troya, utilizando la *Ilíada* como mapa de referencia. Durante su estancia en Turquía, acompañado de su esposa Sofía, una griega a quien Schliemann identificaba como una «nueva Helena», y con la *Ilíada* bajo el brazo en lugar de las guías locales que llevaban los turistas, Schliemann situó finalmente Troya en los litorales asiáticos de los Dardanelos, en el gran terraplén denominado Hissarlik. Y efectivamente, este fue el lugar donde estuvo emplazada la célebre ciudad.

Bajo la capa superficial de tierra, Schliemann descubrió no sólo una ciudad, sino un total de siete de ellas, cada una edificada sobre los restos de la otra. En el segundo estrato localizó una ciudad cuyas paredes estaban construidas a base de enormes piedras, y que mostraban indicios de haber sido quemadas. Esta ciudad, según él, era Troya, la Troya del rey Príamo, la ciudad incendiada por Agamenón y sus ejércitos. Fue precisamente en las murallas de esta ciudad donde Schliemann realizó sus descubrimientos más sorprendentes. En un nicho de las murallas halló un rico tesoro, con collares, broches y cintos de oro, entre otras joyas. No sólo había encontrado la ciudad que buscaba, sino también el tesoro de Príamo, otorgado a Helena como dote.

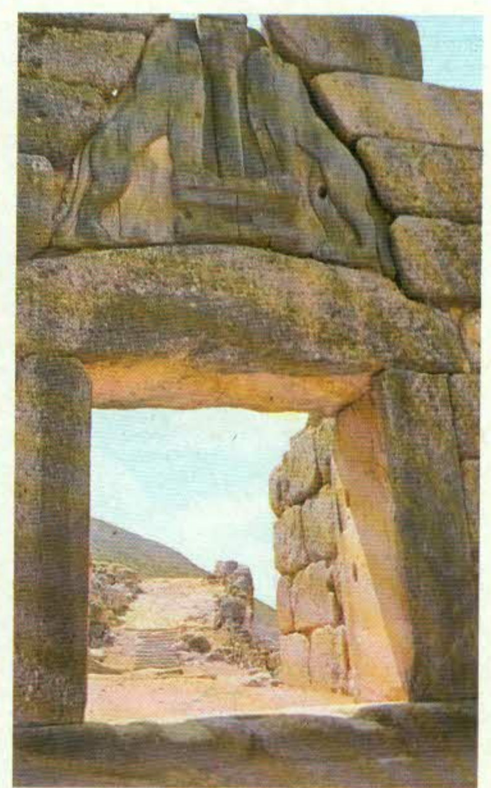
Posteriormente, los arqueólogos demostraron que tanto la ciudad como el tesoro, cuyos orígenes se atribuían a Príamo, eran considerablemente anteriores. Sin embargo, esto no era importante. Lo



fundamental es que el descubrimiento de Troya significó no sólo un triunfo para Schliemann, sino también para Homero, ya que su poesía, elevada hasta entonces al rango de mito y de leyenda, entraba a formar parte de la historia real. Agamenón y sus compañeros habían existido. Sus palacios y tesoros esperaban, pues, ser descubiertos.

Cuenta Homero que Agamenón, hijo de Atreo, era rey de Micenas, lo que significaba «rico en oro». En su célebre obra titulada *Agamenón*, Esquilo, el dramaturgo ateniense del siglo V antes de Cristo, explica cómo el rey, tras su regreso de Troya, fue asesinado en el baño por su esposa Clitemnestra y su amante Egisto, regente de Micenas durante su ausencia en la guerra. El drama de este retorno al hogar, el uso del epíteto homérico «rico en oro», y las indicaciones de que Micenas fue un importante centro de la civilización aquea, indujeron a Schliemann, en 1876, a buscar, en la Argólida, la localización de aquel reino. A diferencia de Troya, su situación era ya conocida.

En las laderas de las montañas de Micenas eran claramente visibles unas vastas murallas, perforadas por la que debió ser la famosa «puerta del león». Pero el problema que se planteaba a los arqueólogos que llegaron allí antes que el buscador alemán, era la localización de las tumbas rea-



Arriba, la Puerta de los Leones, en las murallas ciclópeas de Micenas, que se remontan probablemente a 1500-1400 antes de Cristo.

Izquierda, tumba de Agamenón en Micenas (Argólida). Esta riquísima necrópolis fue descubierta por H. Schliemann en 1876.

Página anterior, reproducción romana de un busto de Homero. (Museo Nazionale, Nápoles.)

les, incluyendo la de Agamenón. Pausanias, autor de un tratado acerca del mar Mediterráneo escrito durante el siglo II antes de Cristo, describe las tumbas tal como él las vio durante su viaje a Micenas, que sitúa en el interior de las murallas, en contra de la opinión posterior de los investigadores. El primer descubrimiento que hizo Schliemann, en base a la obra de Pausanias, no fue sin embargo el de las tumbas, sino el del ágora de Micenas, círculo de piedra delimitando una plaza donde se celebraban los consejos públicos. El arqueólogo alemán siguió buscando, excavando, convencido de que las tumbas estaban bajo el ágora. Una vez más tenía razón, y su descubrimiento fue sensacional: halló 18 tumbas en forma de sencillos túneles hundidos en el suelo. En su interior reposaban los cuerpos de los reyes micénicos, sus esposas y sus hijos, con sus rostros cubiertos con máscaras funerarias de oro, y junto a ellos, espadas y dagas, recipientes, copas, diademas y brazaletes, todos de oro.

Este tesoro superaba en calidad y cantidad al hallado en Troya. Las espadas damasquinadas, en particular, grabadas con escenas de caza, efigies de león, aves y otros animales, indicaban la existencia de una sociedad poderosa y relativamente opulenta. La afirmación homérica de que Micenas era «rica en oro» estaba verificada. Una vez más, llevado por su entusiasmo, Schliemann fechó aquellas tumbas equivocadamente, pues estaba convencido de que eran las de Agamenón y Atreo. En realidad, eran anteriores al rey micénico





en más de un centenar de años. Sin embargo, como ocurriera con el caso de Troya, el error de Schliemann fue una minucia comparado con la importancia del descubrimiento.

Su instinto arqueológico y su fe en la obra de Homero sentaron las bases para el descubrimiento de una era nueva de la historia griega. Únicamente le faltó la base científica necesaria para establecer deducciones correctas a partir de sus descubrimientos, pero otros le siguieron y consolidaron el trabajo que tan magistralmente había iniciado.

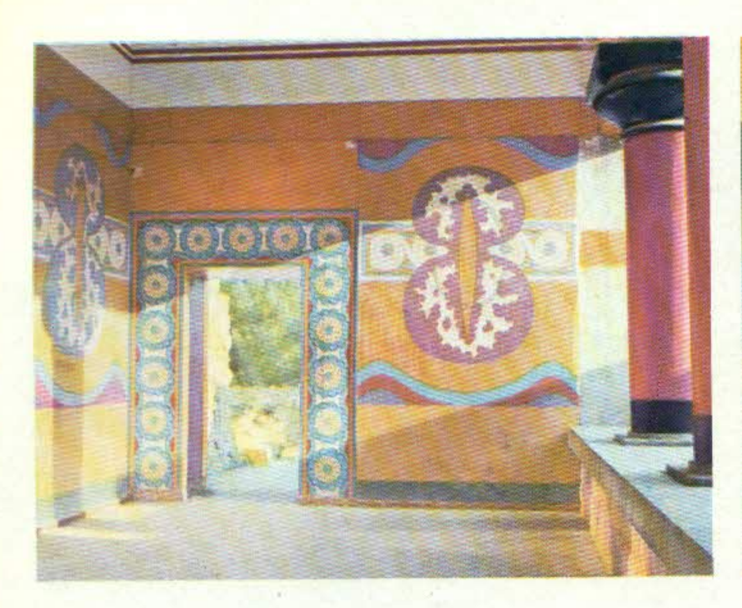
El eslabón perdido

Schliemann murió en 1890, seis años después de que excavara la tumba de Tirinto en la Argólida, donde encontró las ruinas de un palacio real similar al de Ulises, descrito por Homero en la *Odisea*. Durante la década siguiente sus sucesores descubrieron una civilización micénica cuya extensión se diseminaba por el litoral Egeo. En Atenas, Pilos, Chipre y Esparta se hallaron las mismas clases de cerámica y utensilios domésticos, decorados siempre con flores y figuras estilizadas. En 1890 la civilización micénica fue fechada entre los años 1400 y 1000 antes de Cristo, por el descubrimiento de unos jarrones micénicos empleados por los egipcios entre los reinos de Amenofis IV y Ramsés VI (1400-1050 antes de Cristo). Aunque se excavaron nuevas ruinas micénicas, perfeccionándose el estudio de aquellas sociedades, no pudo encontrarse una correlación de continuidad en el arte micénico, pues todo indicaba la existencia de una cultura exterior que habría ejercido una poderosa influencia sobre los artesanos y artistas micénicos, y de la cual derivaba gran parte de su arte. Por ejemplo, en el supuesto palacio real de Ulises, Schliemann había encontrado un fresco que mostraba, sobre un fondo azulado, a un hombre elevándose graciosamente sobre los cuernos de un toro. Este fresco parecía extranjero, no sólo por la idea que encerraba, sino por los colores y el estilo. En la obra homérica no hay mención alguna de luchas o juegos tauromáquicos; los toros sólo aparecen en la obra de Homero como víctimas de sacrificios mitológicos.

A inicios del siglo XX aumentaron las convicciones que señalaban la isla de Creta como el centro de una poderosa y desconocida civilización. Tucídides, el cé-

Arriba, estela que muestra un carro encontrada en Micenas. (Museo Nacional, Atenas.)

Página anterior, máscara de oro del siglo XVI antes de Cristo, procedente de Micenas. (Museo Nacional, Atenas.)





lebre historiador ateniense, había escrito que la primera talasocracia la había ejercido el rey Minos de Creta. Esta declaración se apoyaba en la leyenda ateniense de Teseo y el Minotauro. El argumento de la leyenda era que cada siete años Atenas debía pagar al rey Minos, como indemnización por el asesinato de su hijo, un tributo consistente en siete hembras y siete varones jóvenes, los cuales serían alimento para el Minotauro, un monstruo mitad hombre mitad toro, que habitaba en un laberinto de la isla cretense. Teseo, ayudado por la enamorada hija de Minos, Ariadna, consiguió matar al monstruo y liberó a Atenas de la necesidad de pagar tan gravoso tributo. La leyenda posiblemente oculte una crisis en las estructuras políticas del reino, o bien la disolución del estado cretense.

Varios descubrimientos realizados en Creta en 1900 permiten fundamentar la teoría de que la isla fue un centro civilizador antes de que existiera la propia Micenas. Fragmentos de utensilios de barro premicénicos, decorados con diseños florales vivamente coloreados, fueron encontrados en una caverna del monte Ida; y aún más significativamente, el arqueólogo británico Arthur Evans halló una serie de piedras talladas con un tipo de escritura primitiva. Incitado por estos descubrimientos, Evans comenzó a excavar en 1900 en Cnosos, el lugar predicho por Schliemann antes de su muerte como sede del «eslabón perdido» en la historia prehelénica.

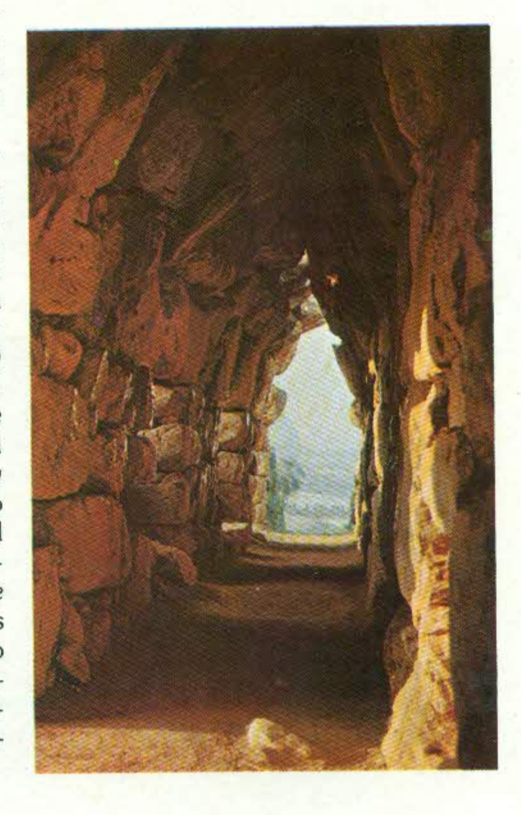
Creta

En Festos, Maliá, y sobre todo, en Cnosos —que antes de 1900 eran simples nombres del mapa de la isla de Creta—, Evans y los arqueólogos que siguieron sus pasos descubrieron los restos de una excepcional civilización a la que se ha denominado «minoica».

Con mucho, fue una civilización más antigua que la de Micenas, pues su origen se remontaba a unos 3.000 años antes de Cristo. Allí, entre las ruinas de Cnosos, se podía seguir perfectamente la compleja evolución artística, desde las primeras pinturas sobre cerámica fechadas alrededor del año 3000 antes de Cristo, hasta los sofisticados frescos que decoraban las paredes de los palacios, cuyo máximo poder puede situarse entre los años 1570 y 1400 antes de Cristo. Es más, los restos excavados en aquella región no sólo constituyen una base esencial para el estudio del arte cretense, sino que son asimismo una auténtica fuente historiográfica que permite datar el apogeo, estabilidad y declive de los minoicos, así como sus contactos con las grandes civilizaciones de la Edad del Bronce en el Mediterráneo oriental.

El poder minoico se basaba en el control marítimo. A diferencia de Micenas, Cnosos carecía de murallas para repeler posibles agresiones militares, pues sus habitantes destruían a sus atacantes en el mar, impidiendo que arribasen a tierra firme. El aumento del poder marítimo minoico puede datarse a partir del año 2000 antes de Cristo. Fue entonces cuando iniciaron la apertura de la ruta comercial que unía Creta con los centros marítimos del Mediterráneo. Navegando hacia Rodas y Chipre, sus marinos alcanzaron el puerto fenicio de Biblos, y por la ruta occidental llegaron a Gadir. Pudieron también contactar con dos grandes imperios: el de Egipto, que acababa de unificarse bajo los faraones de Tebas, y el Imperio semítico de Mesopotamia, cuya capital era Babilonia. Es difícil averiguar cuál de estas culturas ejerció mayor influencia sobre la cretense.

Normalmente se acentúa en exceso el énfasis acerca de los contactos de Creta con Egipto, a expensas de los que sostuvo con las culturas de Asia occidental. Por lo demás, no cabe duda de que hubo estrechos vínculos entre Creta y Egipto: en la isla, por ejemplo, se han hallado escarabajos típicamente egipcios y estatuas de forma similar a las de Egipto. Un documento egipcio de la XII dinastía, que narra las aventuras de Sinuhé, cita a un «pueblo del mar», lo que ciertamente es una referencia a los minoicos. Por otra parte, los cretenses asimilaron de los fenicios su escritura lineal, pero la arquitectura de los primeros palacios construidos en Creta (2000-1750 antes de Cristo), en Cnosos, Festos y Maliá, está fuertemente influenciada por las construcciones arqui-



tectónicas de Babilonia, como el palacio de Mari, cuyo esquema fue reproducido en Creta. La existencia de estos palacios señala, por otra parte, la consolidación y centralización del poder político de las familias aristocráticas, que culminó con la época de los palacios, durante la hegemonía de Cnosos y su soberano Minos. Los modelos para este desarrollo político procedieron de los imperios egipcio y mesopotámico, donde poco antes tuvieron lugar procesos políticos similares.

Aproximadamente en el año 1750 antes de Cristo, los primeros palacios cretenses fueron destruidos por un terremoto. Este desastre condujo a un cambio en el equilibrio del poder entre las ciudades cretenses. El poderío de Cnosos y la talasocracia de Minos datan de aquel período. Entre los años 1750 y 1400 antes de Cristo, la civilización minoica alcanzó, pues, su máximo esplendor.

A lo largo y ancho del mar Egeo, en las Cícladas, en los archipiélagos del Asia Menor, hasta el norte de Samos, las naves cretenses comerciaron intensamente con sus vecinos y con las colonias. Sin embargo, no es probable que su hegemonía comercial y política se extendiera más allá de Chipre, donde había un competidor que hacía difícil la coexistencia: Fenicia. En sus palacios, la aristocracia minoica, enriquecida con los grandes ingresos producto del comercio, llevaba una existencia civilizada y tranquila, y bajo su protección los hábiles artesanos cretenses pudieron legarnos sus maravillosas obras.

Antes de iniciar el análisis de la vida social y política de Cnosos, es esencial conocer las causas de la prosperidad y florecimiento de los minoicos en aquella fase de la Edad del Bronce.

Dos factores importantes favorecieron la hegemonía de Creta: el hecho de ser una isla, y su particular situación en el Mediterráneo. Viviendo en una isla emplazada estratégicamente en el centro del Mediterráneo oriental, entre Grecia y Asia, y en una época en la que la navegación por mar era rudimentaria, los minoicos disfrutaron de ventaja en sus empresas comerciales. Un mercader fenicio que deseara comerciar con el continente griego, tenía que hacer un viaje más largo que su competidor minoico, y se sentía, por tanto, menos inclinado a aceptar el riesgo.

Tras la decadencia de Cnosos, Creta llegó a ser uno de los principales centros piratas del Mediterráneo. Los piratas que usaron la isla fueron muy conscientes de la ventaja que significaba una base central para sus operaciones. Un comerciante necesita no sólo una base bien situada, sino también segura. El continente griego había sido invadido al principio del segundo milenio por oleadas de indoeuropeos, los antepasados de los aqueos citados por Homero. Sin embargo, Creta escapó a la invasión, y se aprovechó de la debilidad de las ciudades griegas. La superioridad de los marinos minoicos sobre los recién llegados de tierra adentro permitió a Creta permanecer durante seiscientos años fuera del torbellino que consumía a Grecia.



Arriba, detalle del sarcófago de Hagia Triada, del siglo XIV antes de Cristo. Representa un rito religioso y, por una convención de la pintura cretense, los hombres tienen la piel oscura y las mujeres clara. (Museo Arqueológico, Heraklion.)

Página anterior, arriba, izquierda, antecámara de las estancias reales, en el palacio de Cnosos. La luz llega desde el patio central.

Página anterior, arriba, derecha, uno de los muchos frescos encontrados en el palacio; un pájaro azul entre flores. (Museo Arqueológico, Heraklion.)

Página anterior, abajo, parte de la muralla de Tirinto (siglo XIV antes de Cristo), otro centro de la civilización micénica situado al sudoeste de Argos.

Cnosos

Existen sorprendentes paralelismos entre la corte de Minos y la de Luis XIV de Francia. En ambas, Cnosos y Versalles, palacios de gran belleza albergaban una corte de aristócratas que pasaban su tiempo en festejos sociales y ejercitando las artes. En ambas también, la posición social de la mujer era elevada y jugaba un papel prominente en la vida cortesana, lo que es un rasgo de verdadera civilización. Aunque sería erróneo llevar esta analogía demasiado lejos, es útil como medida para evaluar la potencia de la cultura minoica.

Cnosos está en el norte de Creta, en un valle que desciende suavemente a casi cinco kilómetros tierra adentro del puerto de Heraklion. Al viajero que llegaba desde el mar se le debía presentar un espectáculo magnífico. La ciudad y sus casas de mercaderes y aristócratas cubrían un área aproximada de 2,5 km².



Desde estas casas, numerosos caminos pavimentados conducían al palacio, que, con sus cinco pisos y balcones abiertos, afiladas columnas y paredes cubiertas de frescos, se erguía dominando la ciudad.

El palacio se construyó alrededor de un gran patio central, del cual partía una red de pasillos que enlazaba almacenes, oficinas, cocinas y talleres. Esta planta baja y el primer piso, ambos similares, debieron dar lugar a la leyenda del laberinto, pues se construyeron probablemente sobre los restos del primer palacio (destruido aproximadamente en el año 1750 antes de Cristo) y carecían de la luz y la amplitud de los pisos superiores, donde un vasto aparato burocrático controlaba el funcionamiento del Imperio.

Los pisos superiores del palacio contrastaban con los inferiores. Alojaban las oficinas principales del Estado, el salón real de Minos y las habitaciones privadas, todo construido en un estilo ligero y fantasioso. Donde fue posible, las columnas afiladas se sustituyeron por paredes, y las habitaciones eran luminosas.

Este estilo arquitectónico, quizá uno de los más notables de la Antigüedad, fue completamente original, sin reminiscencias egipcias o asiáticas. De hecho, los palacios egipcios construidos después del de Cnosos parecen presentar ciertos elementos cretenses. Los minoicos, obviamente, amaban la naturaleza, la ligereza y la fantasía. Esto puede verse no sólo en la arquitectura de sus palacios, sino en muchos de los frescos con que los decoraban. Temas como un grupo de peces voladores jugueteando en el mar, o un felino pintado en un cálido ocre, acechando furtivamente a un confiado faisán, son escenas típicas.

A los apartamentos reales de Cnosos se llegaba mediante una impresionante escalera que sobrepasaba las dependencias administrativas y discurría por la parte exterior del palacio. A lo largo del corredor que conducía a la escalera, un gran número de frescos en miniatura ilustraban la vida ceremonial de la corte. En todos ellos las figuras están pintadas en dos dimensiones: siluetas de pie contra fondos amarillos y azules. Puede verse a un hombre vistiendo una túnica roja ajustada a la cintura, cortesanas sentadas al frente de una muchedumbre, mirando algún espectáculo (quizás una exhibición de saltos ante un toro), y mujeres bailando delante de una multitud sentada bajo olivos.

En todos estos frescos predominan las mujeres; de aquí la presunción de que desempeñaron un importante papel en la vida minoica. Estas encantadoras criaturas presentan semblantes muy pálidos y visten faldas con cintura de avispa, que caen en flecos hasta el suelo. Sus corpiños, muy ajustados, se hunden en la cintura, dejando libres sus senos, y su pelo está peinado en rizos y bucles que caen sobre sus hombros. Este predominio de la mujer lo confirma la religión cretense. Como en muchas comunidades de Asia, la principal deidad parece que fue una diosa madre de la fertilidad. La más notable de sus representaciones es una estatua en loza fina procedente de Cnosos, que la muestra vestida como una cretense y sosteniendo dos serpientes.

Su consorte fue probablemente el mismo Minotauro, el «dios toro». La representación de un dios como un toro no se limita a Creta. Similares dioses-toros fueron adorados por los elamitas y sumerios, para quienes el toro era símbolo de fuerza y energía.

Los saltos delante de un toro no eran meramente exhibiciones atléticas, sino una ceremonia religiosa en honor del dios. Los muchachos y muchachas enviados a Minos como tributo de Atenas eran destinados, posiblemente, a enfrentarse con un toro. El mismo Minos (nombre dinástico ostentado por todos los reyes cretenses, como el de faraón por los reyes egipcios) fue probablemente el sacerdote principal de esta religión.

Sin embargo, tanto si sus reyes eran dioses como si no, el Imperio minoico de-

sapareció. En el año 1400 antes de Cristo el palacio de Cnosos fue destruido e incendiado, posiblemente como resultado de un violento terremoto o de una invasión micénica.

El mito de Micenas

El término «micénico» ha sido aplicado a los restos de ciudades que se extienden desde el sur del Peloponeso, a través del Ática, hasta el norte de Beocia. Puede decirse, con razón, que existió una unidad cultural en los principales centros de la civilización griega entre los años 1600 y 1200 antes de Cristo. Sin embargo, a menudo se sugiere que dicha unidad cultural presupone una unidad política. El mando ejercido por Agamenón en la *Ilíada* y las referencias en los manuscritos hititas a un «rey de los aqueos» han sido utilizados para intentar demostrar que los aqueos estaban unificados federalmente bajo el mando del rey de Micenas. Sin embargo, hay una franca oposición a esta teoría.

El testimonio de Homero ha sido severamente cuestionado por la lectura de las tablillas de Pilos, las cuales presentan un cuadro social muy diferente al que se dibuja en la *Ilíada*, y muestran que muchos de los elementos micénicos descritos por Homero (que compuso su poesía en el año 900 antes de Cristo) eran aún desconocidos para él.

En cuanto a los manuscritos hititas, no hay pruebas de que la inscripción «rey de los aqueos» se refiera al rey de Micenas. El rey en cuestión podía haber sido cualquier príncipe menor, exaltado por una cultura extranjera. «Micénico» es, por tanto, una palabra casi técnica –un término útil con el que se designa un cierto período de la historia–. Sin embargo, la escasa información existente acerca de las relaciones políticas entre las ciudades micénicas, es compensada por los datos sobre sus relaciones exteriores y la administración interna de sus ciudades.

Aproximadamente en el año 1400 antes de Cristo, los belicosos micénicos invadieron Creta y usurparon el control minoico del mar. Tomaron los mercados cretenses en el este y establecieron nuevos mercados en el oeste del Mediterráneo, donde se han encontrado utensilios de barro micénicos.

En la Grecia peninsular, la calidad de la vida micénica se puede juzgar a partir de numerosos restos. Los utensilios de barro y los objetos de metal son de gran calidad, y ambos presentan fuertes influencias minoicas. Sin embargo, en el estilo y en los temas el arte micénico es una adaptación y no una copia directa.

Los artesanos añadían sencillos modelos geométricos a los diseños naturalistas de Creta, y los temas tratados fueron más varoniles, como episodios de guerra y escenas de caza. Esta independencia artística sugiere que las ciudades micénicas conservaron su autonomía y nunca dependieron del control político directo de Cnosos.

Los palacios micénicos presentan una notable peculiaridad. En el centro del conjunto monumental existía, rodeado de dependencias de rango inferior –dormitorios, oficinas, almacenes, etc.–, un gran salón del trono en el cual se realizaban también los festines regios. A este gran salón se penetraba a través de un pórtico columnado, el cual conducía a una pequeña antesala que desembocaba directamente en el centro del espacio principal. Éste era una amplísima habitación rectangular, con algunas pequeñas ventanas y el techo sustentado por cuatro enormes columnas. En el centro, en un punto equidistante entre las columnas, había un gran hogar. El trono del rey estaba situado en el muro más alejado de este punto, y quizás estuviera sustentado por un estrado elevado. Las paredes del salón estaban pintadas con frescos de inspiración claramente cretense, mostrando escenas bélicas.

Desde estos salones tan bien ornamentados –aunque recatados si se les compara con los exuberantes palacios de Cnosos– los reyes micénicos ejercían su poder a través de una compleja trama burocrática fuertemente centralizada, e implacable en el control de los súbditos del reino. Los diversos escribas y empleados que integraban este cuerpo burocrático utilizaban como medio de expresión la primitiva escritura llamada «lineal B», y escribían sobre tablillas de arcilla humedecidas, utilizando para ello un afilado estilete.

Cuando los palacios de Cnosos y Pilos se incendiaron, en los años 1400 y 1200 antes de Cristo respectivamente, ingentes cantidades de estas tablas arcillosas fueron destruidas por el fuego, y muchas de ellas se han encontrado quemadas. De hecho, albergaban datos acerca de cuestiones contables de menor valía. Los documentos más interesantes, escritos en pergamino, que hubieran podido suministrar datos acerca de la vida de aquellas gentes, desaparecieron calcinados.

En 1952 pudo ser descifrada la compleja escritura «lineal B», descubriéndose que el remoto lenguaje micénico era una variante del primitivo griego, incluyendo algunas palabras originales que desgraciadamente no recogieron más tarde los helenos. Conocida la técnica de escritura y su significado, se pudo, estudiando los documentos conservados, establecer un cua-



Arriba, estatuilla de 1600 antes de Cristo encontrada en Cnosos. Se ignora si representa a una diosa, una reina o una sacerdotisa. (Museo Arqueológico, Heraklion.)

Página anterior, mapa de Grecia, Asia Menor y el mar Egeo, en época anterior al 600 antes de Cristo.

CRETA Y MICENAS DESDE SUS ORÍGENES HASTA LAS INVASIONES DORIAS

Año a.C.	Creta	Peloponeso	Egipto y Mesopotamia
3000 2500	Período temprano minoico Alfarería pintada Trabajos en cobre	Cultura helénica temprana	Escritura cuneiforme Tercera dinastía de Menfis Grandes pirámides Primera dinastía de Ur
2400		Civilización neolítica de Dimini	Sargón de Akad
2200	Período medio minoico	Cultura helénica media	Gudea de Lagash
2000	Primeros palacios cretenses Hegemonía cretense en el mar Egeo	Infiltración indoeuropea en Grecia	Imperio Medio egipcio
1800	Primera destrucción de los palacios de Cnosos, Festos y Maliá Apogeo de la civilización minoica		Hamurabi
1600	Período tardío minoico	Aparición de Micenas Cultura helénica tardía	Casitas en Babilonia Imperio Nuevo egipcio
1400	Destrucción del palacio de Cnosos	Esplendor de Micenas	Imperio hitita
1200	Destrucción del palacio de Pilos	Invasiones dorias	Invasión de los pueblos del mar

dro aproximado de una sociedad gobernada por un estricto sistema jerárquico, en cuya cúspide regía un rey con tal poder, que podía inmiscuirse a su antojo en la vida de cualquier ciudadano, lo que era impensable en la Grecia clásica.

Lo más notable de los registros testimoniales micénicos es la pasión por el detalle. Incluían inventarios sumamente exactos de armamento, rebaños de ganado, muebles y soldados. Incluso las ruedas estropeadas de los carros de guerra aparecen descritas con una sorprendente minuciosidad. También se han podido obtener datos de carácter más general. El palacio real de Pilos desempeñó un papel fundamental en la vida social y política. Gran número de la población del reino dependía de él, en alimento y empleo. Se han encontrado abundantes listas de servidores y relaciones de los alimentos que consumían. Otros registros contables muestran la cantidad de bronce concedida a los herreros para su trabajo, y otros citan ciertos derechos que se debían pagar al Estado; pero no hay datos acerca del tipo de propiedad de la tierra ni de si ésta era controlada directamente desde el palacio.

Aquella centralización imitaba, sin duda, los sistemas administrativos más avanzados de Asia y Egipto, y fue posiblemente transmitida a Grecia a través de los minoicos, aunque en la época clásica no se han encontrado datos acerca de este tipo de burocracia centralizadora, pues toda la hipotética base documental quedó destruida.

La «época oscura»

Los griegos dorios del período clásico explicaban la llegada de sus antepasados al Peloponeso mediante una leyenda, según la cual los tres hijos de Heracles heredaron los dominios de su heroico padre, tomaron posesión de ellos y establecieron los reinos de Argos, Esparta y Mesenia. Esta transformación de la historia en leyenda, en una época iletrada, se supone que oculta hechos como la destrucción de los palacios micénicos, y la conquista violenta de sus tierras quizá por los dorios, tribus de las tierras altas del norte que hablaban griego.

Al parecer, hacia finales del siglo XIII antes de Cristo las ciudades micénicas estaban siendo acosadas. Se construyó una muralla a través del istmo de Corinto y las fortificaciones fueron reforzadas. Poco tiempo después la civilización micénica fue destruida: sus palacios fueron incendiados y sus reyes muertos en combate. Los supervivientes de la destrucción emigraron por mar desde la costa del Peloponeso, o bien buscaron refugio en el puerto de Ática.

No es seguro que aquellos invasores fueran los dorios. Aunque el poder micénico nunca se recobró, algunos refugiados, sin embargo, regresaron a las ruinas de sus ciudades y continuaron viviendo allí durante más de cien años. Los responsables de la destrucción fueron pueblos procedentes del este, los mismos que por aquellas fechas habían logrado el Imperio hitita en Anatolia, y que fueron rechazados con muchas contiendas y dificultades en Egipto.

La cultura submicénica que perduró fue asimilada por los dorios aproximadamente en el año 1100 antes de Cristo. En este tiempo, los métodos de enterramiento cambiaron y los utensilios de barro submicénicos fueron reemplazados por vasos decorados con sencillos diseños geométricos. Los dorios se infiltraron probablemente en el Ática, pues allí se han encontrado utensilios de barro protogeométricos y tumbas de arcilla, pero fueron asimilados por las tribus jonias, no tan débiles como las del oeste, aunque los dorios permanecieron en Laconia y Tesalia como una minoría privilegiada detentora del poder.

En Arcadia, una agreste zona montañosa del Peloponeso, los núcleos micénicos resistieron con éxito a los invasores, y permanecieron independientes hasta muy avanzado el período clásico. Otros buscaron refugio en Ática, y desde allí, bajo el liderazgo de los atenienses, colonizaron las islas del litoral oeste de Asia Menor. Estas colonias micénicas florecieron y crecieron hasta constituir las famosas ciudades de Jonia, que desempeñarían un importante papel en la historia posterior de Grecia.





Arte y poesía

El período comprendido entre el siglo XII y el final del IX antes de Cristo es conocido como la «época oscura», pues, aparte de las probables invasiones esbozadas antes, poco se conoce sobre dicha etapa. Debió de ser una época de fricción permanente entre los estados más recientes y los más antiguos. La violencia de sus comienzos impidió una continuidad cultural, a pesar de lo cual se conocen dos destellos de progreso: la evolución de los utensilios de barro hacia el estilo geométrico, y la permanencia de la poesía épica.

Los nuevos utensilios de barro geométricos, hallados principalmente en Corinto y Atenas, presentan un tono de color más suave, y el contraste del fondo con las figuras es más definido. Las figuras humanas fueron al principio pomposas, rígidas y frágiles, pero más tarde se hicieron más realistas y dinámicas, en una evolución cada vez más acentuada. El principal significado de este desarrollo en la alfarería es que los diseños geométricos muestran una clara influencia del este.

Durante doscientos años se mantuvieron vivos el arte de la alfarería y la poesía. La *Ilíada* y la *Odisea* son el brillante exponente de la tradición épica oral. No se sabe quién fue Homero, si el inventor del poema épico, o el primer poeta que lo transcribió. Los griegos, que admiraban a la *Ilíada* y la *Odisea* como obras pedagógicas y moralizantes, creyeron que Homero fue un bardo ciego de la isla de Quíos, en Jonia, y no hay razón para discutir tan tradicional consideración. Sabemos también que vivió hacia el siglo IX antes de Cristo; el resto de su vida es ya más polémico.

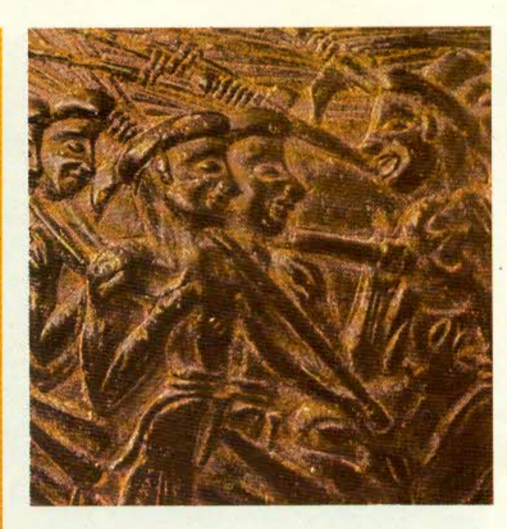
Es obvio que la *Ilíada* y la *Odisea* son el exponente final de una extraordinaria literatura. En la poesía épica el cantor era capaz de componer poemas muy largos usando frases formales, y su habilidad se valoraba según la composición de los diferentes episodios y su pericia en el empleo del vocabulario. La técnica empleada permitió que largos pasajes poéticos se transmitieran oralmente a las generaciones sucesivas, superponiéndose nuevas aportaciones y prescindiéndose de numerosos fragmentos. Por tanto, es difícil valorar la verosimilitud de los poemas de Homero. Éstos no presentan un cuadro de la vida micénica, sino una visión impresionista de la sociedad griega en diferentes etapas de su desarrollo a lo largo de la «época oscura». Incluso la guerra troyana no es aceptada como un hecho histórico definido. Pudo ser una expedición micénica a Asia Menor, hacia el año 1200 antes de Cristo —la última empresa de una sociedad en declive—, pero es probable que Homero rememorase una campaña realizada por los primeros colonizadores jonios. Sea cual sea la teoría aceptada, la guerra de Troya no tuvo lugar tal como es descrita en la *Ilíada*. Troya era, con mucho, demasiado pequeña para haber albergado a

Arriba, escena de tauromaquia, del palacio de Cnosos.

Página anterior, jarrón de estilo geométrico, logrado con las variaciones de un simple tema ornamental. (Museo Nacional, Atenas.)

ESPARTA, ATENAS Y NACIMIENTO DE ROMA

Año a.C.	Esparta	Atenas	Etruria, Roma	Mundo exterior
800	Los dorios se establecen en Laconia Fundación de Esparta		Etruscos en Toscana Legendaria fundación de Roma	Imperio de Frigia
750	Guerra contra Argos Primera guerra mesenia		Colonización griega de Nápoles y Sicilia	Imperio de Lidia Sargón II
700	Constitución de Esparta Período de riqueza y cultura Sublevación de los ilotas	Ática es unificada bajo el dominio naval de los atenienses	Los etruscos gobiernan en Roma	Senaquerib Asurbanipal
650	Segunda guerra mesenia	Leyes de Dracón	Influencia etrusca en las construcciones romanas	Fundación de Bizancio Ciaxares de Media destruye Nínive
600	Juegos Píticos en Delfos Liga del Peloponeso dirigida por Esparta	Solón: reformas judiciales y constitucionales Tiranía de Pisístrato		Nabucodonosor II Ciro funda el Imperio persa
550			Tarquinio expulsado por los romanos	
500	Corinto se une a Esparta	Reformas de Clístenes	Creación de la República romana	Cambises, hijo de Ciro, conquista Egipto



los griegos no les interesó nunca ningún marco político distinto. La unidad nacional (el panhelenismo) fue para la mayor parte de ellos una formulación vacía y teórica, excepto cuando temporalmente les acechaba un peligro extranjero, o durante las fiestas religiosas y deportivas. La historia de Grecia es, de hecho, una historia de cambios y desarrollos en el seno de la ciudad, y de las relaciones, a menudo tormentosas, entre las diferentes ciudades.

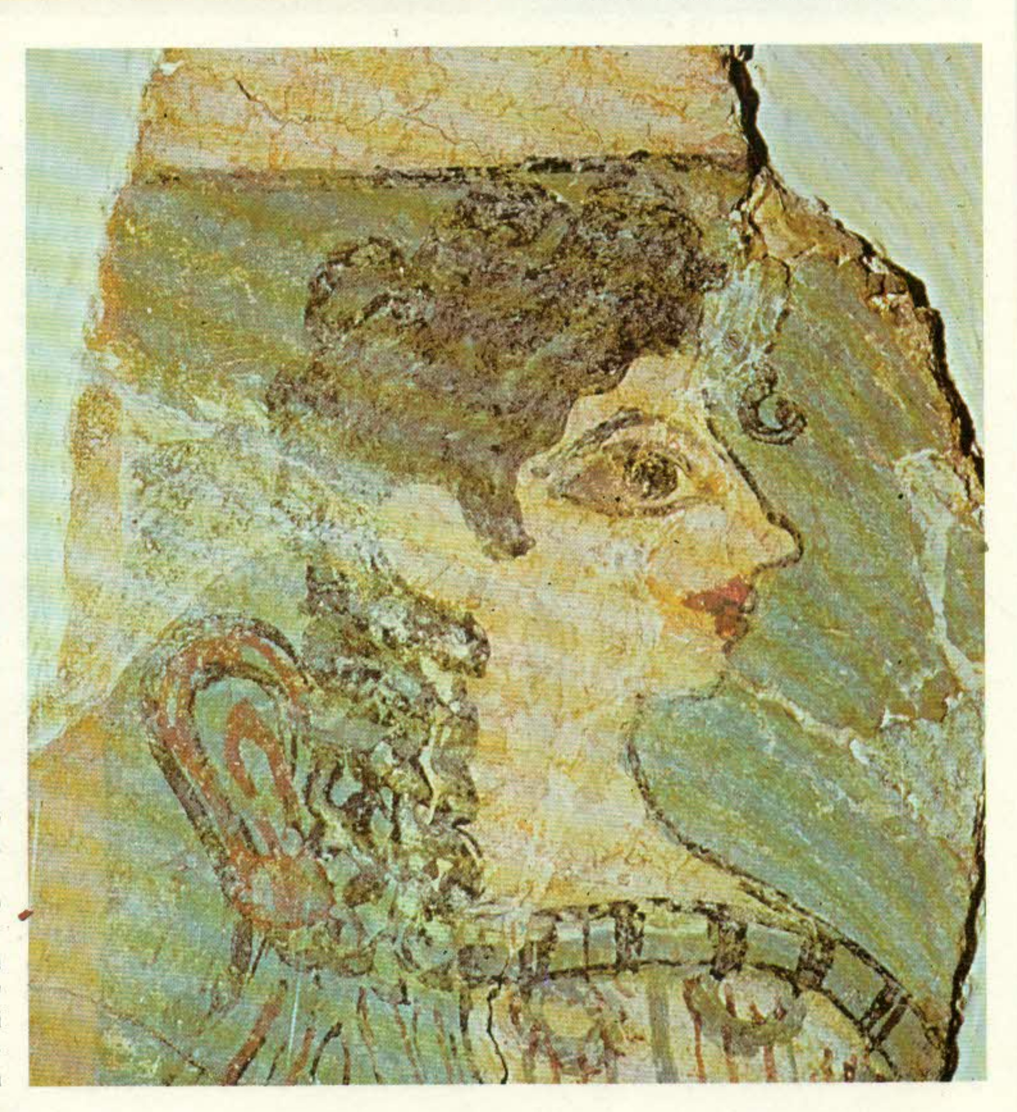
los troyanos y sus aliados, protagonistas del drama.

Esta adscripción de Homero al ámbito de la leyenda no disminuye el valor y el interés de su poesía, cuya principal aspiración era entretener a su auditorio.

La ciudad-estado

Cuando la claridad se renueva en la historia de Grecia —oficialmente en el año 776 antes de Cristo, cuando tuvieron lugar los primeros Juegos Olímpicos—, el país lo formaban una serie de pequeñas ciudades-estado, independientes, gobernadas por oligarquías aristocráticas. Ya en la «época oscura» cristalizó una idea política que influiría en el resto de la historia griega: la lealtad a la ciudad-estado (la *polis*). Los pequeños, montañosos y aislados valles de Grecia constituyen un elemento básico para la consolidación de esta idea. Sin embargo, aunque el aislamiento geográfico pudo ser determinante, cuando los griegos se establecieron en las llanuras no se debilitó su apego por la ciudad.

La principal razón del enraizamiento del ideal comunitario (y de ahí el nacimiento de la política) fue que durante la «época oscura» un hombre tenía muy pocas probabilidades de supervivencia si no contaba con el apoyo de sus compañeros ciudadanos. Más allá de la ciudad, a





Legisladores y tiranos

Corinto, Ática, y en general, toda el área griega, se hallaban dominadas por fracciones aristocráticas al iniciarse el siglo VIII antes de Cristo. Las monarquías habían desaparecido, y sólo en Argos prolongaron su existencia. Fidón, rey de Argos en el siglo VII antes de Cristo, es citado a menudo como el promotor o inventor de un sistema métrico, y también se sabe de él que luchó contra Esparta obteniendo señalados éxitos. Los espartanos, mientras existieron como estado independiente, mantuvieron un sistema de gobierno en el que dos reyes reinaban simultáneamente. Ambos eran los comandantes del ejército, y en calidad de tales dirigián las guerras, poseyendo especiales privilegios de carácter social. Sin embargo, sus poderes políticos estaban severamente mermados por la supervisión de un consejo de magistrados. Con la excepción de estos dos reinos, es decir, de Argos y Esparta, el resto de monarquías cedieron el poder a unas oligarquías de naturaleza aristocrática, diseminadas por todo el terrigorio griego.

El proceso a través del cual los antiguos monarcas griegos fueron desplazados de sus tronos y éstos disueltos, es difícil de precisar e investigar, puesto que los hechos se remontan a la compleja «época oscura» de la civilización griega. Sin embargo, a partir de las realidades de Argos y Esparta pueden sintetizarse algunas hipótesis y establecerse algunas correlaciones. El primer eslabón del proceso pudo haber sido un choque entre el monarca y la aristocracia, cuyo resultado habría sido el control y limitación del poder real por parte de la aristocracia, que debió considerarse también con derechos para tomar parte en el gobierno de la ciudad. En esta fase, pues, el monarca debió de poseer una posición similar a la de los monarcas espartanos, es decir, reyes con poder limitado. En Esparta, los soberanos pudieron frenar el proceso de descomposición de su poder, pero en otros lugares de Grecia los monarcas no fueron tan afortunados.

El rey pasó a ser una especie de sacerdote mayor a cuyo cargo estaban las ceremonias religiosas, situación que, sin embargo, no debió de prolongarse mucho tiempo. En la mayor parte de los estados, el siguiente eslabón del proceso antimonárquico fue seguramente el derrocamiento de los reyes y la subsiguiente distribución de sus funciones entre miembros

Arriba, el nacimiento de Afrodita, relieve del trono de Ludovisi. Este trono fue esculpido en el sur de Italia, en 470-460 antes de Cristo. (Museo delle Terme, Roma.)

Página anterior, arriba, detalle del «vaso de los Segadores» procedente de Hagia Triada y hecho de esteatita, del 1580-1400 antes de Cristo. (Museo Arqueológico, Heraklion.)

Página anterior, abajo, fresco procedente de Cnosos, llamado «la Parisiense» por su semejanza con las mujeres pintadas por los impresionistas; de los siglos VI al V antes de Cristo. (Museo Arqueológico, Heraklion.)

de la aristocracia cortesana y sacerdotal, que probablemente se constituyeron en una magistratura temporal, posiblemente anual, a la cual podía optar cualquiera que demostrara su pertenencia a una familia noble. En Atenas se elegía anualmente a un magistrado para que presidiera y organizara los sacrificios y ceremonias religiosas, y circunstancialmente, era nombrado «rey». El hecho de que los aristócratas atenienses conservasen sus títulos nobiliarios y sus privilegios dignatarios demuestra que la derrota de la monarquía no sucedió de modo violento, sino que probablemente la aristocracia exigió, consiguiéndolo, una modificación de la trama gubernamental, de modo que permitiera su acceso al poder.

Probablemente, los detalles de estas transformaciones políticas difieran de un caso a otro, y algunos reyes pudieron resistirse a abandonar el poder. Es preciso, sin embargo, señalar que en Grecia la palabra «rey» no dejó un recuerdo odioso, en marcado contraste con Roma, donde los reyes fueron violentamente expulsados, siendo luego utilizado el concepto «rey» como un anatema. En resumen, la transición de un gobierno monárquico a otro aristocrático en Grecia —primer paso en el proceso democrático— fue un proceso relativamente pacífico.

El gobierno de los mejores

La palabra «aristocracia» es el resultado de la fusión de dos vocablos griegos: *aristos*, que significa «el mejor», y *kratein*, traducido por «gobernar». El aristócrata gobernó, pues, por el simple hecho de ser el «mejor» para hacerlo. Sin embargo, ello no quiere decir que fuera el mejor por ser el más amable o el más sabio (el concepto de «bondad» no tenía cabida en los valores griegos), sino por el hecho de ser el más poderoso. Y en un medio como las comunidades griegas, eminentemente agrícolas, ello significaba que era el que poseía más tierras.

Sin embargo, un pequeño propietario que viviera en Tebas o en Atenas en el siglo VIII antes de Cristo, probablemente no valorase el poder de un aristócrata en términos de «cantidad de tierra poseída», sino que lo haría en función de su riqueza global. De hecho, fuera lo que fuere, el aristócrata era el mejor de los hombres para gobernar, pues podía adquirir las armas y los equipos indispensables que requería la defensa de la ciudad. Como descendiente de los héroes, el aristócrata conocía perfectamente los rituales adecuados para las honras fúnebres y los sacrificios religiosos. Si había problemas en la vecindad, él podía mediar en la disputa a cambio de un justo precio, y su decisión era ley, pues su influencia en el distrito no era discutida por nadie. Si las cosechas eran pobres a causa del mal tiempo, el aristócrata podía prestar el grano necesario para remediar la carencia. En función de estos atributos, sus características formales eran superiores a las de los otros ciudadanos: su mansión era la mayor y mejor, poseía jaurías de perros para la caza, podía pagar a artistas y poetas para entretenimiento de sus huéspedes, y en los Juegos Olímpicos prestaba sus carros de guerra para los concursos.

Pocos ciudadanos griegos osaban discutir la autoridad del aristócrata, la cual descansaba tanto en la superioridad de sus signos externos de riqueza como en la mayor aceptación tradicional de su función social. Por otra parte, es necesario señalar la existencia de lazos entre la clase aristocrática, de manera que se puede hablar con propiedad de un «sistema de clanes», fundamentado en una serie de jerarquías verticales.

Finalmente, destaquemos que para un aristócrata griego era más importante el afecto de sus gobernados que el que pudiera dedicarle el aristócrata de otra ciudad, con lo cual se demuestra la cohesión del sistema político de la ciudad-estado. El clan, en griego, se denominaba *gen*. Los *gens* estaban formados por varias familias aristocráticas, ricas o pobres, pero que invocaban un antepasado común, en general un héroe, aunque en algunos casos el ancestro era un dios. La familia con mayor rango en antepasados era la que ocupaba la jefatura del clan. Basado como estaba en el parentesco, el sistema de clanes aparece como una estructura sencilla y de fácil comprensión, pues el parentesco sigue desempeñando un papel esencial en las sociedades modernas. En los inciertos y peligrosos días de la «época oscura» de Grecia, era normal que las familias se cohesionasen y vinculasen estrechamente con el objetivo de afrontar la defensa en común, a pesar de que entre ellas existieran profundas diferencias de posición social o riqueza.

El grado siguiente en la división social griega era la llamada *fratría*, hermandad integrada por la asociación de varios clanes. Finalmente, la última y mayor unidad de la estructura social era la *tribu*, integrada por diversas fratrías. Se sabe que las comunidades dorias estaban divididas en tres tribus, y las jonias en cuatro.

A primera vista, estas jerarquías —gen, fratría, tribu— pueden no parecer el tipo de división más adecuado y conveniente para el mantenimiento de unas relaciones amigables a partir de un sentimiento común de parentesco. Sin embargo, la existencia de la fratría contradice estos puntos de vista, pues se trata de un estrato social que apareció mucho más tardíamente que los otros, cuyo origen se pierde en el tiempo. Por otra parte, en la práctica, la jerarquía debió tener más bien un valor nominal que real, y su formalización obedeció al impulso de reconocer una clase social no basada en el parentesco.



La fratría no debió de tener excesiva importancia, por ejemplo, en la vida del pequeño agricultor, tradicionalmente orientado hacia el nivel de la gens. El jefe del clan con quien tuviera relaciones inmediatas podía no ser el jefe de su fratría. A pesar de todo, pertenecer a una fratría era un rango importante, especialmente en épocas de guerra. Cuando se producían disputas, el jefe de la fratría, en ausencia de los otros representantes jerárquicos, podía arbitrar. Mucho más abajo se situaban los extranjeros, y naturalmente, los esclavos.

Sin embargo, sería erróneo creer que la pertenencia a una fratría era un signo de ciudadanía, pues en aquellos tiempos el concepto «ciudadanía» no existía. Su uso es una analogía para facilitar el entendimiento de la trama social griega. La existencia y desarrollo de la fratría fue el primer paso, lento por supuesto, hacia una sociedad regulada por instituciones y leyes emanadas del hombre. Sin embargo, en

Grecia, que era una comunidad agrícola y conservadora, la instauración del espíritu de fratría no contribuyó a una profundización de la justicia social: el control del aristócrata no se debilitó por la creciente hegemonía de la fratría. Es más, probablemente reforzó su autoridad, pues la fratría le suministró una organización que, adecuadamente instrumentalizada, podía permitirle un mejor control de la estructura social y política. En su calidad de juez, el aristócrata controló la fratría, y su actuación no siempre tuvo el carácter benéfico y plácido que se acostumbra a creer.

Aristócratas y campesinos

A mediados del siglo VIII antes de Cristo, un griego de Cumas, en Asia Menor, que se ganaba la vida comerciando de puerto en puerto, se arruinó. Abandonó el comercio por la agricultura, cruzó el mar Egeo y se estableció en una pequeña granja en la fértil llanura de Beocia. Cuando murió, la granja hubo de ser dividida entre sus dos hijos, Perses y Hesiodo. Perses no estaba contento con su parte, pleiteó con Hesiodo, y consiguió una sentencia (por soborno) a su favor. Sin embargo, debido a su inexperiencia, la tierra familiar se arruinó.

Hesiodo era un poeta que destacó por sus loas a los dioses de Grecia, y para ayudar a su hermano escribió un largo tratado en hexámetros sobre los deberes de un agricultor, titulado *Los trabajos y los días.* Este famoso poema describe la vida de un pequeño agricultor en el siglo VIII antes de Cristo, cuando incluso un hombre rico se podía arruinar a causa de una racha de mal tiempo, y el hambre era con frecuencia una dolorosa realidad.

Quizá lo más interesante del poema es el relato de Hesiodo sobre la disputa con su hermano, y sus puntos de vista sobre la justicia aplicada por los aristócratas beocianos. Hesiodo no se hacía ilusiones acerca de ellos. Eran corruptos y ambiciosos («hambrientos de regalos»), y podían adaptar sus sentencias en favor de quien pujara más alto. El aristócrata era juez municipal, juez del tribunal y residente de la corte de apelación. El aldeano ante el aristócrata, declaraba Hesiodo, era como un ruiseñor frente a un halcón: «No hay por qué quejarse, mi buen pájaro —dice el halcón— yo soy más fuerte que tú, y ni tú, con tu dulce cantar, puedes impedir mi voluntad».

Sin embargo, como alternativa ante la injusticia, Hesiodo no clamaba por un programa de reforma popular o una ley codificada de protección contra el abuso; simplemente se consolaba con la idea de que



había una justicia más alta que la del aristócrata: la justicia de Zeus, «que un día dará su merecido a los corruptos jueces». Era un pequeño consuelo para un hombre al que habían arrebatado su granja, pero la historia demuestra que en el siglo VIII antes de Cristo el griego común no estaba tan desesperado con el sistema, pues se limitaba a murmurar. Mientras las leyes no se codificaron, el aristócrata podía utilizar la justicia para servir a sus intereses, por lo que el campesino veía una insalvable separación entre él y el aristócrata.

La amplitud de la separación entre los aristócratas y el resto de la población puede verse también en la *Ilíada.* Aunque los héroes de Homero son aristócratas enaltecidos, expresan actitudes sociales que eran corrientes en los días de Homero, y que después del siglo VIII antes de Cristo perdieron fuerza (no fue hasta el año 462 antes de Cristo cuando el consejo de aristócratas de Atenas, el Areópago, vio mermados sus poderes por la presión de Pericles). En el segundo libro de la *Ilíada,* Ulises convoca un consejo en favor de Agamenón, donde pide cortésmente a sus compañeros aristócratas que asistan, pero dirigiendo personalmente la sesión con un garrote. En el consejo, un hombre llamado Tersites osó criticar a Agamenón, y Ulises le agredió con su garrote ante las risotadas de los presentes.

La importancia de esta escena radica en que Ulises estaba seguro de que todos los presentes aprobarían su actitud. Obviamente, era impensable que un no aristócrata tuviera opinión, pero el despotismo del aristócrata cedió lentamente el paso a la igualdad democrática.



Arriba, estatua de la diosa romana Minerva, identificada con Palas Atenea de los griegos. (Museo Vaticano, Roma.)

Izquierda, Zeus y Ganimenes, grupo en terracota de principios del siglo V antes de Cristo. Zeus, padre de los dioses y de los hombres, se encaprichó con este bello troyano y lo raptó para que sirviera de copero a los dioses en el Olimpo. (Museo de Olimpia.)

Página anterior, estatua romana del poeta griego Hesiodo, uno de los primeros escritores helenos que abandonó la mitología para dedicarse a temas más reales. (Museo Vaticano, Roma.)

La colonización

El siglo VII antes de Cristo fue en Grecia una época inquieta y de cambios políticos: las tiranías en Corinto, Megara y Sición, las reformas de Licurgo en Esparta, y las leyes de Dracón y las reformas de Solón en Atenas. En muchas ciudades griegas los aristócratas gobernantes eran derrocados o forzados a hacer concesiones políticas reales a los miembros de una pujante clase media, no en el sentido moderno del término, sino compuesta por pequeños agricultores. Este grupo social desafiaba al poder tradicional de los aristócratas. Los «hesiodos» del siglo VII antes de Cristo habían adquirido una nueva fuerza. Dos factores contribuyeron al cambio: el aumento de la riqueza como resultado de la colonización, y el desarrollo de la lucha hoplita.

La colonización griega tuvo lugar en dos estapas: en los inicios del siglo VIII antes de Cristo, cuando se fundaron colonias en Sicilia y en el sur de Italia, y hacia finales del siglo VII antes de Cristo, cuando se dirigieron hacia las costas del mar Negro. Las razones del porqué una ciudad enviaba a sus habitantes a fundar una colonia son diversas, pero el motivo principal parece que fue aliviar la superpoblación local.

Después de la «época oscura», cuando en Grecia se estableció un modo más pacífico de vida, se produjo un acusado aumento de la población y la tierra era insuficiente para dar trabajo a los miembros de las familias. Debido a la escasez de ocupaciones alternativas a la de agricultor para escapar a la amenaza del hambre, los varones más jóvenes marchaban al extranjero. La partida de los colonizadores significó, pues, un aumento en el nivel de vida de quienes se quedaron. Había menos bocas que alimentar y la tierra ya no se tuvo que dividir en lotes pequeños y antieconómicos.

Obviamente, hubo otras razones, además de la superpoblación, que motivaron el fenómeno colonizador. La primera colonia griega conocida, Almina, estaba en la desembocadura del Orentes, y era un centro comercial. Cumas, en Etruria, fue fundada para explotar la riqueza mineral de la región. Sin embargo, sería equivocado pensar en las colonias griegas como centros comerciales controlados por la metrópoli. Eran ciudades independientes que a menudo, como en el caso de Siracusa y Corinto, igualaban o excedían en importancia a la ciudad fundadora. Las relaciones entre ambas ciudades eran en general amistosas, aunque no siempre. Así, Tucídides señala que en el 664 antes de Cristo se produjo el primer combate naval entre Corinto y Corcira.

La mayor parte de los colonizadores se establecieron como agricultores, pero sus viajes abrieron rutas comerciales que pronto permitieron intercambiar los excedentes económicos. No hay duda de que hubo un aumento del comercio en las costas del Egeo como resultado de la colonización, pero el comercio exterior no fue nunca una actividad económica esencial para las ciudades-estado, sino una partida más del comercio diario. Sin embargo, la actividad colonial provocó un profundo cambio en el nivel de vida y mentalidad de los griegos. En los mercados de Grecia aparecieron extraños diseños de joyería y cerámica; los marinos contaban relatos provenientes del este, como la muerte del despótico rey de Lidia: se abrían nuevos horizontes, y las clases oprimidas empezaron a considerar que habían otras formas de vida más allá de las tareas agrícolas.

El levantamiento hoplita

En la *Ilíada*, las batallas tomaban la forma de duelos individuales entre los héroes de cada bando. El resto del ejército griego desempeñaba un papel menor, lanzando piedras y vociferando para animar a sus campeones. Cuando un héroe caía herido se acercaban a despojarle de su armadura. Sólo los aristócratas podían pagarse armaduras, lanzas y espadas; el resto tenía que arreglárselas con dagas y piedras del propio campo de batalla. No fue hasta finales del siglo VIII antes de Cristo cuando cambió este método tan poco eficaz de lucha, y los ciudadanos hoplitas desarrollaron un ejército que luchaba al modo clásico. Las razones del cambio fueron económicas; con el aumento de la riqueza, un número considerable de agricultores podían ya pagarse la armadura necesaria para integrarse en la infantería. Las tácticas se modificaron para hacer el mejor uso posible de aquel aumento de la capacidad militar.

El hoplita, equipado con un escudo en su brazo izquierdo, vestía armadura y llevaba una lanza en su mano derecha. Formaban en filas de a ocho en fondo, y el objetivo del combate era romper la línea enemiga mediante una carga. Si cualquiera de las líneas titubeaba, normalmente se perdía la batalla, puesto que las colindantes quedaban desguarnecidas.

Cuando las fuerzas defensivas de una ciudad eran derrotadas, los vencedores solían destruir las cosechas. La disciplina era esencial para que la lucha tuviera éxito, especialmente la habilidad de reagruparse y desplegarse como una sola unidad. Los hoplitas, en la mayor parte de las ciudades griegas, disponían de un corto período de entrenamiento, entre los 18 y los 20 años de edad.

Los espartanos, en cambio, eran militaristas. Su disciplina se hizo legendaria, y Tucídides habla de su estrategia y táctica militares. Esta mejora en la técnica militar tuvo importantes repercusiones en la estructura política de las ciudades. La seguridad de la ciudad y sus suministros dependían ahora de las cualidades guerreras del agricultor y no de las de un puñado de aristócratas. En recompensa por estos servicios, los hoplitas exigieron participar en el gobierno de la ciudad; la primera ciudad afectada por el nuevo impulso fue Esparta.

La revolución espartana

Esparta fue, con mucho, el estado más peculiar de Grecia. Fundada por los dorios en el valle de Eurotas, en el sur del Peloponeso, constituía el ejemplo más radical de una comunidad doria belicosa e imperialista. En Tesalia los miembros de las clases oprimidas se llamaban *penestai,* es decir, «los pobres», y en Sición, *konípodes,* o sea, «aquellos de pies sucios». En Esparta se les conocía como *ilotas.* La existencia numérica de ilotas en Esparta era muy superior a la de los propios espartanos, hecho que ejerció un efecto permanente sobre la sociedad, que se vio acrecentado como resultado de las guerras mesenias, cuando su número se incrementó aún más.

Los espartanos fueron uno de los pueblos dorios, quizás el único, que no modificó su comportamiento individual o colectivo original. Sus ciudadanos comían en



casas comunales, y se educaba a los hijos en el espíritu de casta. Esparta fue una sociedad eminentemente conservadora y cohesionada, en la que las diferencias políticas y las divergencias sociales se solucionaban sin provocar las típicas revoluciones que sacudían a los restantes estados griegos. Sin embargo, aparte de este aspecto diferenciador, antes del siglo VII antes de Cristo, Esparta no difería excesivamente de las otras ciudades del mosaico griego. Existían agricultores en una situación similar a la descrita por Hesiodo, y aristócratas lo suficientemente ricos como para compartir una vida placentera con el dominio de la tarea pública.

Al igual que otras ciudades griegas, durante el siglo VIII antes de Cristo, Esparta tuvo que afrontar el problema de la superpoblación. El tipo de solución que los espartanos eligieron para afrontarlo sí se diferenció, en cambio, de las tomadas por otras poblaciones, con unos efectos de largo alcance en la historia inmediata de aquella zona. En lugar de orientarse hacia un programa colonizador —los espartanos eran amantes de la tierra, sedentarios—, decidieron anexionarse las fértiles tierras de Mesenia, aproximadamente entre los años 735 y 715 antes de Cristo. Invadieron, pues, el oeste del Peloponeso, conquistaron el territorio y redujeron a los mesenios a la condición de ilotas. La conquista de Mesenia fue el acontecimiento más importante de la historia de Esparta. Repentinamente, los espartanos se habían apropiado de las riquezas de otra ciudad, consiguiendo en unos días lo que otros pueblos, mediante sus dilatados proyectos colonizadores, tardaron años en alcanzar. Pero la contrapartida fue que, a través del proceso anexionista y la esclavización de los mesenios, la categoría social de los ilotas se incrementó, con un aumento del encono social y de las perspectivas de revuelta.

Los efectos se plasmaron en la necesidad de afrontar dos nuevos problemas de distinta naturaleza. El primero, cómo distribuir la nueva riqueza y cómo mantener el equilibrio político frente a las exigencias que comportarían los cambios económicos. El segundo, de carácter estrictamente social, cómo mantener a los ilotas reducidos a su inferior posición en la estratificación social de la ciudad-estado. Aproximadamente hacia el 675 antes de Cristo, y como resultado de una inquietud social derivada probablemente de las tensiones políticas entre los reyes y la aristocracia, los espartanos se otorgaron una constitución. En ella se reconocía la existencia de un cuerpo especial de ciudadanos, una élite —de nueve mil de ellos—, reconocidos como «iguales entre sí», con claras funciones hegemónicas en el conjunto de la sociedad. Esta élite se dividía en unidades administrativas, fundamentadas en la residencia y no en el parentesco. Se reunían en asambleas reguladas de modo periódico, y votaban por aclamación las propuestas de un «consejo de ancianos» cuyos miembros debían de tener más de 60 años de edad. El Consejo se reducía a 30 miembros e incluía a los dos reyes.

La nueva constitución, por otra parte, no mencionaba a los «éforos», un comité aristocrático compuesto por cinco miembros que existía desde mediados del siglo VII antes de Cristo, y cuya función era la de actuar como elemento moderador de la acción política de los reyes. Los éforos disponían de amplia autoridad ejecutiva, y la dirección general del Estado estaba en última instancia controlada por un triunvirato integrado por el consejo de ancianos, los reyes y los éforos. A pesar de la existencia de estas instituciones estatales y de la naturaleza conservadora y jerárquica del gobierno de Esparta, especialmente si se le compara con la vida plural de Atenas bajo el régimen democrático, lo cierto es que la elaboración de la constitución fue un acontecimiento revolucionario en la vida de la ciudad, pues, por primera vez en la historia griega, los miembros de un estado tenían derechos formales de ciudadanía, quebrándose así la estratificación social y política basada en las tribus y fra-

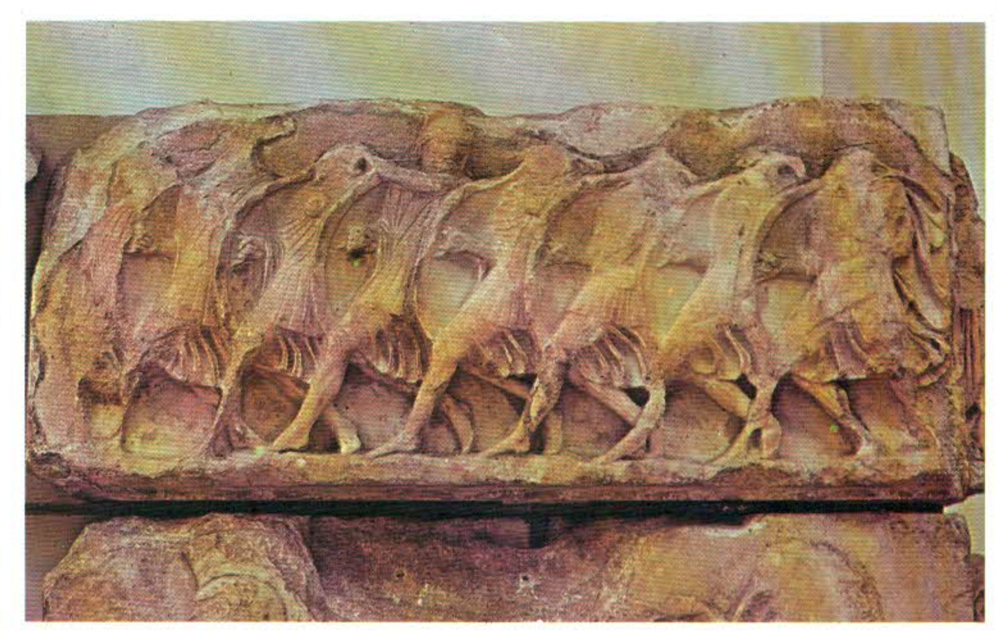
GRECIA ANTIGUA

Año a.C.	El mundo griego	Cultura	Egipto y Asia Menor
1200	Invasiones dorias Dorios en Creta		Fin del Imperio hitita Ramsés III
1100	Primera colonización griega Los aqueos se establecen en la costa de Asia Menor	Evolución de la alfarería geométrica	David, rey de Israel
1000	Confederación jonia		Salomón, rey de Israel Expansión fenicia
900	Los griegos adoptan el alfabeto fenicio Los espartanos se establecen en Laconia	Homero: *Ilíada* y *Odisea*	El profeta Elías Imperio de Frigia
800	Colonias griegas en Sicilia y sur de Italia Conquista espartana de Mesenia	Primeros Juegos Olímpicos	Expansión de Asiria
700	Tiranías de Corinto, Megara y Sición Segunda guerra mesenia	Safo Hesíodo: *Los trabajos y los días* Leyes de Dracón	Sargón II Cenit del Imperio asirio Destrucción de Nínive
600	Colonias griegas cerca del mar Negro Militarismo en Esparta Solón nombrado arconte de Atenas Pisístrato tiraniza Atenas Clístenes se apoya en el pueblo para gobernar en Atenas	Escuela de filosofía en Mileto Tales, Anaximandro Anaxímenes Heráclito Pitágoras	Persia: Ciro incorpora las ciudades griegas del Asia Menor Darío usurpa el trono de Persia
500			

Página anterior, cabeza de El auriga de Delfos, *aproximadamente del 470 antes de Cristo. El rostro sereno y seguro de esta figura es la expresión más profunda del espíritu helénico. (Museo de Delfos.)*

trías. Los ciudadanos tenían ahora el derecho de hacerse escuchar por una asamblea obligada a reunirse de manera periódica por la ley, y no según los intereses de un grupo aristocrático.

Después del año 675 antes de Cristo, Esparta era todavía un estado oligárquico y conservador, pero había dado un paso que tendría profundas repercusiones en toda Grecia: el gobierno de la tradición había sido reemplazado por el gobierno de la ley.



Ilotas y espartanos

Es francamente difícil localizar un paralelo histórico que ilustre lo que eran las relaciones entre los espartanos y los ilotas. Los espartanos constituían un grupo minoritario que vivía en su propio país como si fuera un ejército de ocupación, manteniéndose en un estado de permanente tensión militar, reduciendo su vida familiar al mínimo para evitar cualquier debilitamiento moral, y sometiendo a sus hijos a una educación dura e incluso inhumana, con el objetivo permanente de conseguir el dominio del resto de la población.

Los ilotas suponían una amenaza permanente para la reducida fracción espartana, en cuyas tierras trabajaban. Cada año, con base jurídica, los éforos decretaban la declaración de guerra contra los ilotas en nombre de los espartanos, una simple formalidad destinada a permitir que cualquier espartano matase a un ilota sin tener problemas de carácter jurídico. En cierta ocasión, los espartanos ofrecieron la libertad a todos los ilotas que durante las guerras habían realizado servicios valorados como extraordinarios: los dos mil ilotas que pretendieron tal reconocimiento fueron asesinados. El gobierno poseía, además, una especie de policía secreta: grupos de jóvenes espartanos, que vivían ocultos durante el día, se dedicaban por la noche a asesinar a los ilotas considerados como peligrosos, líderes de eventuales rebeliones.

Los espartanos gozaban de una enorme ventaja sobre sus esclavos ilotas: eran mucho más fuertes y estaban adiestrados para la guerra. Eran los soldados mejor entrenados del orbe griego, pues disponían del tiempo adecuado para completar su preparación, la cual comenzaban ya a edades muy tempranas. A los siete años de edad un niño era separado de su madre y su educación era dirigida por el Estado. Entre los 14 y 20 años de edad los jóvenes espartanos estaban divididos en grupos, dirigidos por un superior en sus entrenamientos militares. Se les proporcionaban las ropas, equipos y alimento adecuados, y a menudo eran obligados a superar salvajes pruebas de endurecimiento. Una de ellas consistía en obligarles, por un período de tiempo, a residir en solitario en la montaña, manteniéndose estrictamente de aquello que fueran capaces de conseguir; si eran capturados, se les azotaba brutalmente. Si con el tiempo superaban estas y otras pruebas, consideradas como ritos de iniciación, eran oficialmente declarados espartanos de pleno derecho y pasaban a vivir en cuarteles. Cuando uno de aquellos jóvenes se casaba, no podía establecer su hogar propio, sino que seguía habitando en los cuarteles, visitando a su novia o mujer secretamente. Por su parte, las mujeres espartanas eran rudas y dotadas de gran fortaleza, lo que a menudo sorprendía a los visitantes de otras ciudades, pues eran capaces de competir con los hombres en los ejercicios gimnásticos.

A medida que progresó el proceso militarista de Esparta aumentó también la austeridad en los modos de vida, especialmente a partir del siglo VII antes de Cristo. Culturalmente, llegó a ser un desierto. A pesar de ello, esta decadencia fue más gradual y lenta de lo que generalmente se supone, y no fue hasta el siglo VI antes de Cristo cuando su manifiesta inferioridad cultural se hizo patente a los otros vecinos. Todavía en esa fecha, sus artesanos elaboraban notables figuras en cerámica y bronce, pero ya en plena guerra del Peloponeso, los atenienses se divertían con las comedias de Aristófanes ridiculizando a sus vecinos.

A pesar de su pobreza cultural, Esparta fue admirada como un envidiable modelo por muchos griegos de la época. A hombres como Platón les entusiasmaba aquella subordinación individual al conjunto de rígidas normas, y especialmente el hecho de que los espartanos fueran una élite capaz de mantener a las clases sociales inferiores en su lugar adecuado. Desde nuestra perspectiva actual, las cualidades espartanas presentan un dudoso valor, y Atenas, con su actividad, su pluralismo y su agitada vida cultural y política, constituye un modelo mucho más atractivo que Esparta. Sin embargo, sería un error despreciar la importancia histórica de los espartanos, pues ellos, junto con los atenienses, fueron los protagonistas políticos de Grecia durante más de cuatro siglos.

La tiranía

Aproximadamente en el año 680 antes de Cristo, Giges, un aristócrata del reino de Lidia, mató a su señor y usurpó el trono. Cinco años más tarde, los espartanos llevaban a cabo su revolución pacífica. En Argos, según cuenta el propio Aristóteles, Fidón, el rey, reafirmó su poder frente a la oposición aristocrática aliándose con los hoplitas. En todo el mundo griego surgían ahora intelectuales que empezaban a descubrir los fundamentos de un nuevo conocimiento, y cuyo propósito era minar el poder de las oligarquías aristocráticas. Las clases inferiores, beneficiadas económicamente por el proceso colonizador, fueron asumiendo nuevas ideas y desarrollaron nuevos comportamientos, que chocaban con el antiguo sistema político. En recompensa por su colaboración con los grupos sociales que pretendían derribar el poder aristocrático, dichas clases consiguieron variar su relación con el poder, especialmente en una etapa orientada hacia la dictadura individual. Para ellos, el dictador no era necesariamente peor que



los antiguos gobernantes. Por otra parte, en aquella etapa obtuvieron concesiones sobre las tierras que habían pertenecido a la aristocracia.

La descripción de la figura política que arrebató el poder a los aristócratas es compleja, pues no era un rey ni tampoco un magistrado. Los griegos tomaron de los lidios una palabra para identificar aquella figura: *tyrannos*, que significa sencillamente «gobernante». En Megara, Sición, Corinto y Mitilene, los tiranos fueron haciéndose sucesivamente con el poder. En cada ciudad-estado, los motivos que facilitaron el paso a la tiranía fueron diversos, pero compartían una esencia común: la crisis del poder aristocrático y el empuje de las clases sociales inferiores. El más típico de los tiranos fue quizá Cipselo, que gobernó en Corinto desde el año 657 antes de Cristo.

Situada junto al golfo del mismo nombre, en la ruta del istmo que une el Peloponeso con el resto de la península griega, Corinto era la ciudad-estado donde el comercio desempeñaba un papel más importante, tanto a nivel económico como a nivel agrícola. La alfarería corintia era afanosamente buscada en los mercados mediterráneos, y su fama sólo sería eclipsada posteriormente por los famosos vasos rojos de Ática. Corinto fue también la ciudad matriz de numerosas colonias, de las cuales la más importante y célebre era Siracusa, en la isla de Sicilia. Los gobernantes de este próspero estado eran los báquidas, un clan aristocrático de origen corintio. Constituían una élite oligárquica muy cerrada, y sus individuos se pasaban el poder casi mecánicamente, penando severamente todo contacto con gentes de clases sociales externas al clan.

Esta rígida normativa sólo conoció una excepción, la cual promovió la crisis y final derrumbe del régimen aristocrático. Labda, madre de Cipselo, era de origen báquida, pero fuera como fuere —quizá, según la leyenda, por su cojera—, el caso es que obtuvo autorización para contraer matrimonio con un hombre, llamado Etión, proveniente de un grupo social inferior. Cuando Cipselo, hijo de ambos, nació, miembros del clan báquida, siguiendo las indicaciones del oráculo de Delfos, trataron de asesinarle, pero la madre consiguió salvarlo, ocultándolo en un cofre (en griego *kypselón*).

La historia de la existencia de Cipselo, entre el día en que su madre lo abandonó para salvarle y la fecha de su toma del poder, es incierta. Pudo haber vivido en diversos lugares, pero lo más probable es

Arriba, detalle de la crátera Vix, cuenco de grandes dimensiones que se usaba para mezclar el vino con agua (hacia 520 antes de Cristo). En el relieve se ve a hoplitas y guerreros en carros. (Musée Archéologique, Chatillon-sur-Seine, Francia.)

Página anterior, friso del monumento funerario de las Nereidas, en Xanthe, de principios del siglo IV antes de Cristo. En él aparecen ocho hoplitas avanzando en línea. (British Museum, Londres.)

que pasara parte de su vida en Argos, donde trabó amistad con el rey Fidón. Volvió a Corinto alrededor del año 657 antes de Cristo y se convirtió en una figura popular, desempeñando el cargo de oficial hoplita al servicio de la oligarquía. Apoyado por los sacerdotes de Delfos y por ciertos sectores corintios, Cipselo dio un golpe de Estado, expulsó del poder a la oligarquía —cuyos miembros huyeron a Esparta— y estableció una tiranía.

El tirano gobernó Corinto con éxito durante 32 años, conservando siempre su popularidad, pues según la leyenda, parece ser que nunca necesitó protección personal. Sin embargo, el movimiento revolucionario tenía unos motivos bien determinados. De hecho, la oligarquía aristocrática corintia no era globalmente ni mejor ni peor que las que gobernaban en otras ciudades griegas, pero parece ser que algunos de sus miembros cometieron desmanes contra la población trabajadora. El malestar debió extenderse progresivamente, y las convicciones de los hoplitas se orientaron hacia la necesidad de cambios políticos, aunque no hay datos que permitan suponer la existencia de una conciencia revolucionaria profunda. En aquel ambiente de crisis, Cipselo encontró la colaboración de otros grupos aristócratas corintios, marginados del clan dominante; gentes con linaje, riqueza y cultura, pero excluidos del gobierno de la ciudad por el sectarismo de los báquidas, que por otra parte eran una fracción social muy reducida. El hecho es que el tirano necesitó de la ayuda de estos aristócratas para mantener el gobierno de la ciudad, y éstos debieron considerar que, en última instancia, valía la pena pagar aquella delegación del poder máximo, pues era la única vía de acceso para aproximarse al gobierno.

El error de los báquidas fue su obsesión por gobernar en exclusiva, obstruyendo las aspiraciones de otras fracciones aristocráticas, y Cipselo, inteligentemente, explotó la situación. Como buen dictador, no estaba interesado en impartir justicia, excepto si ello podía contribuir al éxito de sus objetivos personales. Sin embargo, la tiranía era paradójica: para conseguir el poder absoluto, el tirano debía apoyarse en el pueblo; es decir, indirectamente abría el camino a la democracia.

Solón

La inquietud política de Atenas es tardía si se la compara con otras ciudades-estado. En el año 630 antes de Cristo, un joven aristócrata, Cilón, tomó la acrópolis al frente de un grupo de hombres armados, en un intento de implantar una tiranía, pero fracasaron. Refugiados en un templo, se les prometió respetar sus vidas si se entregaban, pero cuando lo hicieron fueron asesinados. Por este acto sacrílego se culpó al magistrado responsable, que era un miembro del clan de los alcmeónidas. Posteriormente, este clan fue expulsado de Atenas.

Diez años más tarde, hacia el 620 antes de Cristo, Dracón elaboró un código legislativo, que se hizo famoso por la severidad de los castigos que imponía a las infracciones. No parece que el código de Dracón aliviara los graves problemas de Atenas. Más bien los acrecentó, pues las tradicionales injusticias eran ahora legalizadas abiertamente.

Hacia el año 594 antes de Cristo el descontento popular alcanzó niveles febriles. En aquella coyuntura los atenienses, inteligentemente, eligieron a Solón como nuevo «arconte», o jefe de los magistrados, y le otorgaron plenos poderes para afrontar la resolución de la crisis.

Atenas tenía dos grandes problemas. El primero de ellos estribaba en que, entre las clases inferiores, era ingente el número de personas endeudadas económicamente con los eupátridas, la clase aristocrática dominante. Si un hombre no podía pagar sus deudas, él mismo pasaba a ser propiedad de su acreedor, convirtiéndose en esclavo, y su destino era la venta en el mercado de esclavos. El segundo gran problema era el de los *hektemoroi*, pequeños agricultores que trabajaban en tierras propiedad de un aristócrata, al cual debían entregar, como mínimo, una sexta parte de los productos obtenidos con su laboreo. Esta onerosa relación debía remontarse, seguramente, a la «época oscura» de la historia griega, en la que probablemente la aristocracia prefirió mantener un «empleado» que le proporcionara ingresos y beneficios seguros, aunque escasos, a venderlo en el mercado de esclavos y obtener un beneficio inmediato, pero limitado. También es posible que aquella relación de servidumbre se organizara como un intercambio económico-militar: el agricultor cedía parte de sus cosechas a cambio de una protección física, que de hecho no necesitaba.

Sea como fuere, el caso es que dicha relación era una realidad, y constituyó un componente importante de la crisis que







Arriba, jarrón ático del 540 antes de Cristo, aproximadamente, que muestra la recolección de la aceituna. (British Museum, Londres.)

Izquierda, detalle de otro jarrón de la misma época en el que aparece un barco de guerra. (British Museum, Londres.)

Página anterior, ánfora del célebre Exekías, que representa a Aquiles y Áyax jugando a los dados. Es de la primera mitad del siglo VI antes de Cristo. (Museo Gregoriano Etrusco, Ciudad del Vaticano.)

estalló en el año 594 antes de Cristo, precipitada en base a un conflicto agrario. Según parece, Atenas –que no participó en las guerras colonizadoras del siglo VIII antes de Cristo– intentaba crear una industria comercial basada en la exportación de aceite de oliva a las ciudades del litoral del mar Negro, de las cuales importaba a su vez cereales. En aquellas circunstancias, numerosos agricultores solicitaron créditos para poder plantar nuevos olivos, pero este árbol tarda algunos años antes de producir sus frutos. En resumen: los ingresos que esperaban obtener eran a largo plazo, y las exigencias inmediatas de los acreedores propiciaron una quiebra general de la economía agraria ateniense. Esta es la explicación más plausible para justificar el acceso de Solón a la primera magistratura de Atenas, combinada con la toma de conciencia del agricultor acerca de la necesidad de cambiar las onerosas relaciones con la aristocracia.

La solución de Solón para resolver la problemática fue simple y directa: abolió el sistema de agricultura tributaria –*hektemoroi*–, y anuló los créditos basados en la garantía física de las personas. El hecho de que los eupátridas aceptaran tan radical solución, aunque con protestas, puede contribuir a explicar la profunda gravedad de la situación.

Los oprimidos agricultores del Ática no eran las únicas personas en conflicto con los eupátridas: los aristócratas también les odiaban. Los propietarios de las tierras de la costa sudoeste, menos fértiles, tenían consecuentemente menor poder económico, y por ello, menos influencia política que las grandes familias eupátridas, propietarias del productivo suelo de la llanura central. Sin embargo, el cultivo y el comercio del olivo contribuyó a que la aristocracia de la periferia se enriqueciera, y a partir de esta situación próspera, aspiraba a una mayor influencia en los asuntos del gobierno. No estaban dispuestos a seguir en una posición de inferioridad.

El principal sostén de Solón eran aquellos grupos sociales con un poder económico reciente, ansiosos de una distribución más equitativa del poder y del reconocimiento de su actual situación. Los viejos partidarios del rebelde Cilón dieron su apoyo a Solón y retornaron a su viejas propiedades en el sudoeste. La familia de Pisístrato –el futuro tirano– apoyó también a Solón, y éste mismo había robustecido su fortuna mediante la actividad comercial, lo que le distanció de la aristocracia propietaria de la tierra en la llanura. En sus poemas, este político ateniense denuncia la situación injusta que reinaba en Atenas, advirtiendo a las familias más pode-

rosas que el fin de su hegemonía estaba próximo. Si Solón hubiera sido un individuo corrompido o violento, los eupátridas habrían tenido excusas para sostener una oposición vehemente, y Atenas hubiera sido, seguramente, víctima de una guerra civil. Sin embargo, el nuevo dirigente no era ni corrupto ni violento, y su sabiduría desarmó a los eupátridas, que presenciaron impotentes un proceso reformador que reducía a un nivel ínfimo su poderío.

Solón estableció la existencia de cuatro clases de ciudadanos, división realizada en función de sus patrimonios y de su capacidad económica. La hegemonía del linaje dejaba paso a la de la economía. La importancia de estos cambios es clara. Ahora, el camino de la administración y el poder estaba abierto a las nuevas clases pudientes, aunque las viejas clases propietarias conservaban aún el control de la asamblea del Areópago, integrada por antiguos magistrados. Con el objetivo de neutralizar la influencia de aquella institución, Solón formó un «Consejo de los cuatrocientos», elegido libremente. Fue este consejo el que decidió que todos los asuntos públicos debían registrarse en actas, y se autocapacitó para dirigir la elección de magistrados y constituirse en tribunal de apelaciones. Además, se fijó un calendario de reuniones periódicas.

Aparentemente, Solón puede ser identificado como un reformador democrático. Nada más equivocado. Nunca pensó en potenciar la posibilidad del poder político del pueblo. Su objetivo era, estrictamente, liberar a las clases más bajas de sus pesadas cargas económicas, pues colapsaban la economía ateniense, para lo cual era necesario, además, disolver las relaciones opresoras entre el pueblo y la aristocracia. Con esta perspectiva, Solón contribuyó a crear unas condiciones que posteriormente posibilitarían el desarrollo de la democracia, pero su gobierno no fue democrático.

La época de Solón se interrumpe en el año 594 antes de Cristo. De hecho, sus opositores aristocráticos habían perdido algunas batallas políticas, pero todavía tenían esperanzas de ganar la guerra. Controlaban algunos resortes del poder, y poseían gran influencia en los centros religiosos, utilizándolos para amedrentar a los agricultores más timoratos. Las reformas de Solón habían puesto fin a determinadas injusticias, pero la aristocracia estaba decidida a reaccionar.

Pisístrato

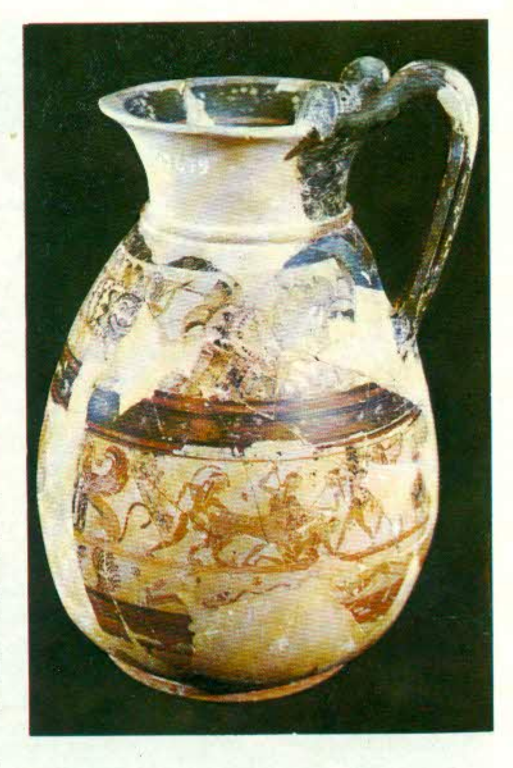
En el año 546 antes de Cristo, Pisístrato, un exiliado político, desembarcó en Ática con un ejército de mercenarios, derrotó a sus enemigos en Palene y se proclamó tirano de Atenas. Fue éste su tercer intento de toma del poder. El nuevo tirano gobernó con firmeza y justicia durante 18 años, hasta que le sorprendió la muerte, siendo sucedido por su hijo Hipias en el año 528 antes de Cristo.

El período de 50 años que transcurre entre las reformas políticas de Solón y el ascenso al poder de Pisístrato es una etapa confusa. Se hace difícil establecer con detalle el cuadro de la crítica situación que impulsó a los atenienses a aceptar una tiranía. La causa principal debió ser que las reformas de Solón, aunque sumamente moderadas, no acabaron de crear las condiciones de paz que facilitasen la estabilidad política y social; en otras palabras, habían fracasado. Al igual que antes las leyes de Dracón tampoco habían contribuido a propiciar un apaciguamiento, éstas debieron incluso agravar aún más el conflicto de intereses que dividía a la aristocracia ateniense.

Tres eran los partidos que habían surgido del complejo período de Solón: los «hombres de la llanura», ricos y reaccionarios eupátridas afectados por la política de Solón; los «hombres de la costa», partidarios del clan alcmeónida; y los «hombres del otro lado de las montañas», el grupo comandado por Pisístrato, que dominaba la costa del este. Las divergencias económicas escindieron a los antiguos partidarios de Solón, creando las condiciones para una ruptura. Por otra parte, las razones que justificarían la hostilidad de los «hombres de la llanura» hacia los otros dos partidos no están aclaradas. El hecho es que hicieron todo lo posible para impedir que éstos accedieran al poder.

Por otra parte, el cargo de arconte, es decir, el «jefe de los magistrados», constituyó una fuente de continuas disputas. En las actas de las reuniones de los arcontes, correspondientes a aquel período, aparece por dos veces la palabra «anarquía», que significaba que ninguno de los candidatos al cargo era aceptable para todos los partidos, y en consecuencia el cargo quedaba sin cubrir durante un año. En el 582 antes de Cristo el arconte Damasias intentó permanecer en el cargo un año más, sin haber sido reelegido, y fue destituido por la fuerza.

Además de tales incidencias políticas, es posible que influyeran otras causas en la desestabilización de la sociedad ateniense. En Atenas la situación económica era próspera y proporcionaba grandes posibilidades a ciertos sectores sociales, como por ejemplo a los ceramistas, que exportaban sus productos a lugares remotos. Pero aquella expansión económica no era compartida por toda la sociedad, y la mala suerte de algunos acentuó notoriamente la buena suerte de otros.



Es probable que una fracción económica perjudicada habitara en las tierras del este, que de hecho era la zona más pobre del Ática y sede de las fuerzas insurrectas de Pisístrato. Éste y sus seguidores, representantes de una población levantisca, debieron aspirar a un cambio político que significara su participación en el poder, con el objetivo de mejorar sus condiciones económicas. Asimismo, las fuerzas sociales que disfrutaban de la hegemonía económica quizá pensaran en la necesidad de que el poder estatal reflejara las nuevas transformaciones, aunque entre tales cambios no desearan en absoluto la participación de los pobres del este. Por otra parte, para los individuos nacidos después del año 594 antes de Cristo, el sistema político imperante, heredado de Solón, había perdido seguramente su romanticismo, y aparecía como un sistema arcaico utilizado por los grupos políticos dominantes para frustrar sus objetivos particulares.

Una tiranía, con las facilidades de promoción que ofrecía, pudo quizá parecer a muchos atenienses una opción interesante. De cualquier modo, el hecho es que, en unas condiciones de inestabilidad política y de crisis económica, Pisístrato accedió al poder.

En poco tiempo demostró que era un gobernante justo, ilustrado y duro. Durante su tiranía, Atenas alcanzó notable prosperidad. Constitucionalmente hablando, su gobierno revistió notable importancia, pues aun sin proponérselo —dada su calidad de tirano, es decir,

opuesto a las ideas democráticas–, contribuyó al posterior establecimiento de la democracia ateniense, ya que sus acciones gubernamentales tenían como objetivo quebrar la influencia de los aristócratas sobre el pueblo. Su éxito en la consecución de este objetivo constituye quizá el rasgo más sobresaliente del gobierno de Pisístrato. Consiguió que el ateniense medio no dependiera únicamente, desde el punto de vista de la política, de su jefe de fratría, sino que tuviera conciencia de ser ciudadano de un Estado y de que esto era más importante que la adhesión a un aristócrata, aunque éste fuera muy poderoso.

¿De qué modo el tirano Pisístrato promovió tal revolución en los comportamientos políticos? De hecho, podemos afirmar que desarmó a las oligarquías aristocráticas. Después de la batalla de Palene, fueron muchos los aristócratas que marcharon al exilio; otros, en cambio, consiguieron seguridad pagando al vencedor con la plata de sus minas; algunos, incluso, fueron persuadidos por Pisístrato para que colaborasen, utilizando como señuelo una red de pactos matrimoniales y una nómina de cargos para ocupar en las magistraturas principales, siempre bajo su control. A pesar de todo, el control público de la aristocracia era insuficiente. Era necesario controlar también al aristócrata cuando estaba en su propiedad, para impedir conspiraciones. Finalmente, el tirano estableció con la aristocracia una relación similar a la que ésta mantenía con sus campesinos, y al mismo tiempo centralizó la administración y los asuntos públicos.

Antes de la llegada del tirano, los aristócratas desempeñaban la función de «jueces de paz». Pisístrato les desposeyó de esta función, nombrando a sus propios jueces, los cuales viajaban por las aldeas para impartir la ley en caso de conflicto. Antes de la reforma de Solón, y probablemente después también, el aldeano ático dependía del aristócrata local para realizar cualquier proyecto de transformación en su granja. Ahora, dejaba de existir tal requisito. Pisístrato instituyó una tasa del 10% sobre toda la tierra, y empleaba la recaudación obtenida para conceder subsidios a los agricultores más pobres, con el objetivo de impulsar el desarrollo agrario olivarero.

Además de estas medidas tan directas, Pisístrato minó el prestigio y el poder aristocráticos mediante tácticas más sinuosas. Antes de su gobierno, los estímulos culturales de Atenas dependían de la iniciativa particular de las grandes familias. Pisístrato demostró que el patronazgo del Estado proporcionaba resultados más espectaculares. Estimuló el comercio de la cerámica y, bajo su régimen, los ceramistas atenienses fabricaron jarrones pintados con figuras rojas. La industria creció con tal empuje, que pronto Atenas controló todo el mercado del Egeo. Asimismo, financió un programa de construcciones públicas, resultado del cual fueron una nueva cámara para las reuniones del consejo y un espléndido templo dedicado a Atenea. Tales proyectos estaban fuera de las posibilidades económicas de cualquier aristócrata. Los atenienses captaron pronto las diferencias.

Sin embargo, el mayor desafío de Pisístrato contra los aristócratas se produjo en el ámbito religioso. En Ática había un gran número de pequeños templos locales, donde se honraba a diversos dioses. Los controlaban unas cuantas familias de



Arriba, moneda del siglo VI antes de Cristo que lleva en su anverso a la lechuza, símbolo de la diosa Palas Atenea. (Bibliothèque Nationale, París.)

Abajo, parte interior de una copa de Liandro (mitad del siglo V antes de Cristo) que muestra a Afrodita en un trono. (Museo Archeologico, Florencia.)

Página anterior, vaso Chigi, obra de arte de cerámica protocorintia (siglos VII-VI antes de Cristo) decorado con escenas de caza y de guerra. (Museo di Villa Giulia, Roma.)



la aristocracia, las cuales nombraban a los sacerdotes, hecho que aumentaba su poder y consolidaba su autoridad sobre el pueblo.

Para contrarrestar esto, Pisístrato instituyó fiestas religiosas de rango nacional, entre ellas la que celebraba a Dioniso, en la cual los poetas cantaban en honor del dios –fue en estas fiestas donde cobró forma la tragedia griega–. Pisístrato fomentó que se recitaran especialmente los poemas de Homero, y es muy posible que bajo su tiranía se realizaran copias de la *Ilíada* y la *Odisea,* favoreciendo así la posibilidad de que llegasen hasta nosotros.

En el campo de la política formal, Pisístrato se sentía satisfecho de preservar la existencia del viejo consejo que fundara Solón, y animó al pueblo a que fuera a presenciar los debates en el nuevo edificio que había mandado construir. El tirano tenía sólidas razones para potenciar este tipo de política, pues un pueblo políticamente activo era una garantía segura contra los intentos de recuperación aristocráticos. Él nunca tuvo problemas con el pueblo. La única oposición peligrosa provenía de los aristócratas. El pueblo y su consejo eran una alternativa positiva en la lucha por el poder político, en la cual Pisístrato se había situado como árbitro. Sin proponérselo, al introducir al pueblo en el mundo de la política y la administración pública, estaba sentando ya las bases de los futuros comportamientos democráticos que posteriormente florecerían en Atenas y en todo el mundo griego.

Pisístrato murió en el año 528 antes de Cristo, y le sucedió en la tiranía su hijo Hipias, quien gobernó Atenas durante 12 años con escaso relieve, salvo la elaboración de la moneda de cuatro dracmas, acuñada en plata y con las efigies de Atenea y su buho en ambas caras. La moneda había sido introducida en Grecia desde Lidia, a principios del siglo VI antes de Cristo, y fue gradualmente adoptada en todas las ciudades-estado excepto en Esparta, cuyos ciudadanos decidieron mantener su sistema de pagos, basado en el patrón de barras de hierro. Aparte de esto, no parece que el reinado de Hipias fuera importante. Durante el mismo aumentó la oposición contra su gestión, y en el año 514 antes de Cristo su hermano Hiparco fue asesinado. La represión desatada por Hipias fue indiscriminada, dirigida incluso contra personas que nada habían tenido que ver en el crimen. Con ello, no sólo no salvó la tiranía, sino que contribuyó a acelerar su fatal desenlace.

En el año 510 antes de Cristo, Hipias y sus seguidores fueron expulsados de Atenas por un ejército espartano, contratado por los alcmeónidas. Con ello, finalizaba la tiranía ateniense.

Aparte de las reservas teóricas que suscita cualquier tipo de gobierno absoluto, es necesario señalar que la tiranía de Pisístrato fue beneficiosa para Atenas. Con excepción de los rencorosos y ambiciosos aristócratas, los atenienses la recordaron siempre con agrado. El tirano Pisístrato puso, en definitiva, los cimientos del esplendoroso futuro de Atenas y de la democracia.

Clístenes

Los aristócratas que regresaron a Atenas en el año 510 antes de Cristo, bajo la protección de las armas espartanas, y los que habían permanecido relegados en Atenas durante los largos años de la tiranía, reanudaron inmediatamente la organización de sus facciones políticas y se aprestaron a recuperar el poder. Herodoto explica que, tras la expulsión de Hipias, dos partidos dominaban en Atenas: uno lo dirigía Clístenes, de la oligarquía alcmeónida, y el otro estaba encabezado por Iságoras, un eupátrida. No hay noticias exactas sobre el contenido de sus divergencias políticas.

Hacia el año 508 antes de Cristo el partido de Iságoras estaba en vías de dominar la política ateniense, como consecuencia de la elección de su líder para el cargo de arconte. En aquella situación, Clístenes consiguió, con la oposición de Iságoras, que la asamblea legislativa aprobara una serie de propuestas destinadas a modificar radicalmente la vida administrativa y política de Atenas, obstaculizando el camino de su rival y facilitándoselo a él mismo con el apoyo del pueblo.

El propio Herodoto lo resumió lacónicamente: «Tomó al pueblo como aliado». En respuesta al movimiento encabezado por Clístenes, Iságoras resolvió llamar a los espartanos en su ayuda, pero el apoyo popular a Clístenes fue decisivo y derrotó a su rival. Sin duda, el nuevo líder ateniense debió pactar con las fuerzas populares recompensas de diversa índole para obtener su apoyo. Posteriormente, al consolidar su poder, garantizó al pueblo el fin de la dominación aristocrática y la organización de un sistema político que sustituiría al de las fratrías, –el cual, basado en el parentesco, constituía la trama esencial de sostén de la aristocracia–, y consideraría a los ciudadanos según su localidad de residencia habitual. El valor del linaje era sustituido por el de la ciudadanía.

Clístenes dividió el Ática en *tritia*, o distritos locales, unidad esencial que representaba una realidad sociológica, y en Atenas decidió aumentar el número de tribus de cuatro a diez, con el fin de neutralizar las veleidades del poder de los grupos de presión atenienses.

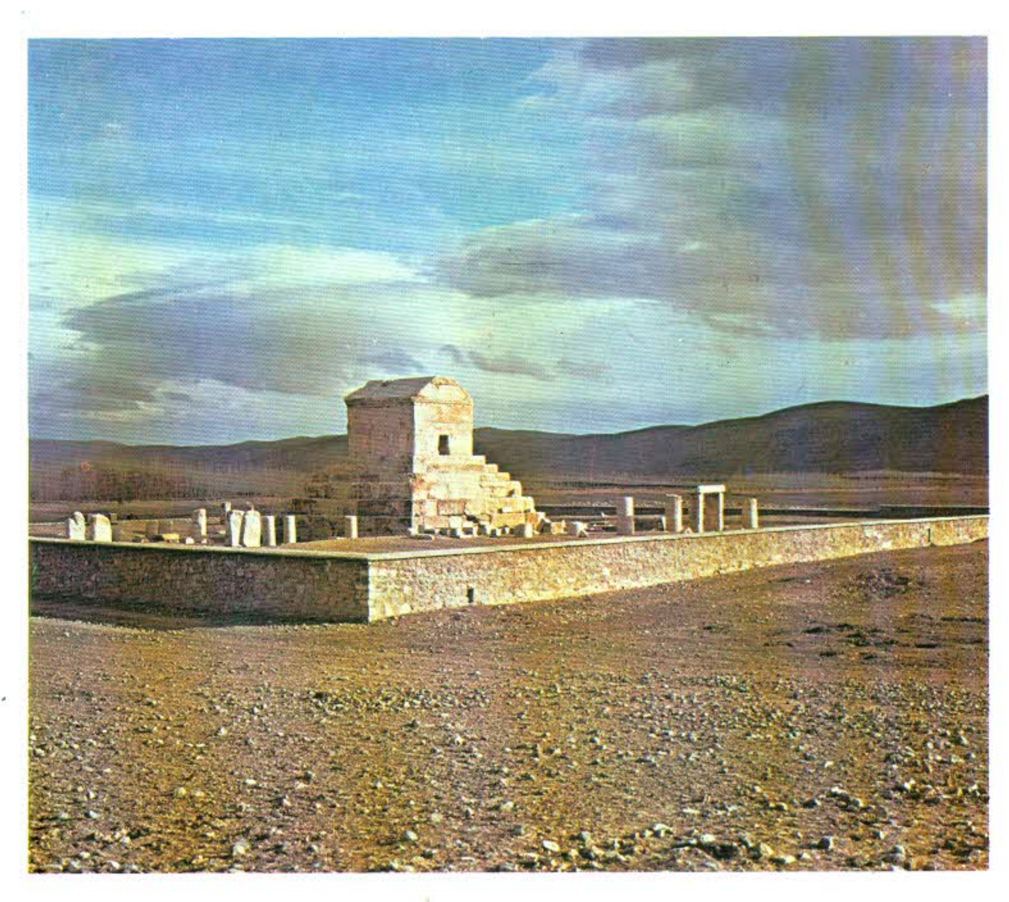
El aumento del número de tribus comportó, consecuentemente, cambios administrativos, aunque de relativa importancia: ahora, serían diez los comandantes militares en tiempo de guerra, en lugar de los cuatro anteriores, y el número de miembros del consejo se amplió a quinientos, en vez de cuatrocientos. De hecho, la sustitución de la fratría por el nuevo sistema tuvo importantes repercusiones políticas. Los distritos se ocupaban, entre otras cosas, de registrar nacimientos y fallecimientos, y los nuevos ciudadanos inscritos en los censos eran valorados como personas iguales. Además, los distritos poseían sus propios jefes electos, y podían presentar candidatos al consejo.

Se conformó así una trama que permitía al ateniense con vocación política luchar por su promoción, sin el temor que antes representaba la hegemonía de los aristócratas locales. No se conocen datos precisos acerca de la naturaleza exacta de los distritos formados por Clístenes, pero lo cierto es que su desarrollo quebró la influencia y hegemonía aristocráticas, disolviendo el caciquismo localista y constituyendo simultáneamente la base para el progreso de la democracia ateniense. De hecho, Clístenes completó el proceso de transformación política iniciado por Solón y proseguido por Pisístrato, que desembocaría en el gobierno del pueblo.

No sabemos si Clístenes fue un reformador idealista, o un astuto instrumentalizador de la política –tal como sugiere Herodoto en sus crónicas–, utilizando las aspiraciones populares para sus propios objetivos. No hay respuesta segura a tales interrogantes, pero la reforma tribal de Atenas presenta peculiaridades dignas de mención. Recientes investigaciones sobre estas reformas señalan que la ampliación de las tribus y la creación de distritos fueron esenciales para romper el sistema de parentesco, estableciendo una red compuesta por los «atenienses de la costa», «los de la llanura» y «los de la ciudad», es decir, una homogeneización basada en la localización geográfica. Con ello, cambiaron las relaciones entre los aristócratas eupátridas y el pueblo. Los alcmeónidas, por su parte, parece que no fueron tan perjudicados por las reformas como los eupátridas, aunque sobre esto no hay suficientes indicios.

En resumen, el mérito de Clístenes reside en que sentó los fundamentos para el desarrollo de la democracia ateniense. Las batallas políticas del siglo VI antes de Cristo, de la aristocracia contra los tiranos y el pueblo, dieron paso a otros conflictos menos localistas: el de Esparta contra Atenas, y el de Grecia contra Persia.

La amenaza persa

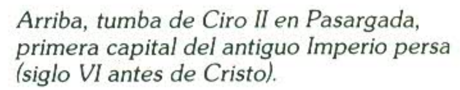


En el año 545 antes de Cristo, Ciro, fundador del Imperio persa, derrotó a Creso, rey de Lidia, e incorporó a los dominios persas sus extensos territorios. Como resultado de esta victoria, los persas entraron por primera vez en contacto con los vecinos de Lidia, los griegos que vivían en las colonias jonias del este del mar Egeo. A partir de este momento, y durante los siguientes 200 años –hasta que Alejandro Magno conquistó Persépolis, capital del Imperio persa–, las conflictivas relaciones entre las ciudades-estado griegas y los reyes persas dominan la historia política de Grecia y Asia Menor.

La historia del conflicto entre griegos y persas –desde las épicas batallas hasta las viles traiciones, pasando por las efímeras alianzas– encontró en el historiador Herodoto de Halicarnaso un narrador apasionado y fascinante. Sus historias no tratan únicamente de las guerras greco-persas, sino que constituyen un ambicioso proyecto de carácter filosófico e incluso etnológico, pues el autor se interesaba por las cosas aparentemente más nimias. Así pues, sus trabajos son abundantes en detalles acerca de las costumbres cotidianas de los pueblos que visitó en sus incansables periplos, en particular por tierras egipcias y persas.

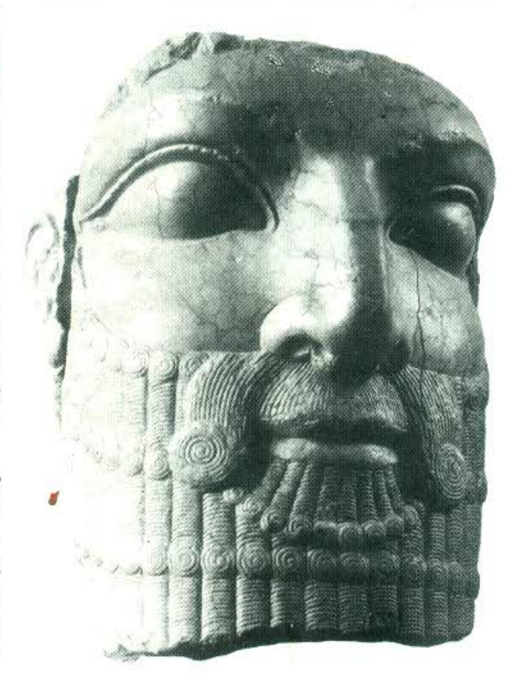
Otro griego, anterior a Herodoto, llamado Hecateo de Mileto, ya había recogido numerosos datos etnológicos y geográficos, y de hecho Herodoto siguió sus pautas, completando sociológicamente la labor iniciada por su predecesor jonio. Sin embargo, entre Herodoto y Hecateo hay una diferencia: aquél se interesó más por la política, y construyó de hecho una historia política de su época. Miembro de la segunda generación protagonista del conflicto greco-persa, Herodoto captó perfectamente el choque entre las ideologías políticas y las estrategias militares de Grecia y Persia, y las registró, profundizando en ellas. Por tan excepcional tarea, Herodoto ha sido considerado como el gran pionero, o padre, de la historia.

Polibio, otro gran historiador griego posterior, observa, en la introducción a su *Historia universal,* que no debería escribir historia quien no poseyera experiencia en la vida política e información de primer orden. Ciertamente, Herodoto cumplía estas condiciones. En su juventud, en Halicarnaso, tuvo que exiliarse al acceder al poder el tirano Ligdamis, organizando desde el exilio, junto con otros perseguidos políticos, el derrocamiento de la tiranía. Posteriormente, tras una estancia en su ciudad, la abandonó para recorrer gran parte de las tierras del este del Mediterráneo y del Imperio persa. En consecuencia, sus descripciones, por ejemplo, de las pirámides, son las de un hombre que las observó directamente y se interesó por su historia y su significado. Fue también Herodoto un historiador bastante objetivo e



Arriba, tumba de Ciro II en Pasargada, primera capital del antiguo Imperio persa (siglo VI antes de Cristo).

Abajo, cabeza de una estatua real aqueménida, siglo VI antes de Cristo. (Louvre, París.)



irreverente, y al mismo tiempo, desmitificador. Conoció profundamente Atenas, ciudad en la que vivió bajo el patronazgo de los alcmeónidas durante varios años, recibiendo numerosos homenajes por la calidad de sus trabajos literarios.

Herodoto era jonio, es decir, nació cerca de las fronteras del Imperio persa, viajando extensamente por dicho Imperio e interesándose por su cultura y sus costumbres. A diferencia de la mayor parte de los griegos, que odiaban a los persas sin intentar entender sus razones, Herodoto procuró comprenderlos y analizó su civilización con curiosidad y simpatía. Cuando en sus historias narra algún hecho acerca del cual carece de seguridad, Herodoto explica claramente al lector que no debe sentirse obligado a aceptar sus datos. Asimismo, es un autor que puede llegar a irritar a un lector moralista, pues a veces relata con mal disimulada complacencia las andanzas de aventureros, griegos o egipcios, o las costumbres sexuales, por ejemplo, de los sictios. Sin Herodoto, nuestros conocimientos del mundo antiguo, especialmente la historia del siglo V antes de Cristo, serían muy inferiores.

De Ciro a Darío

Hacia mediados del siglo VI antes de Cristo, después de la confusión que rodeó la disolución de los Imperios hitita y asirio, cuatro grandes potencias políticas surgieron como las fuerzas dominantes en el Próximo Oriente: Media, Lidia, Caldea y Egipto. Entre los vasallos del rey medo Astiages, Ciro era el que gobernaba a los persas. Astiages llevaba una lujosa existencia en su capital, Ecbatana, y su régimen era muy mal soportado por los persas, quienes, en las altas mesetas, mantenían una austera forma de vida, siguiendo la tradición de sus antepasados. En el caudillo Ciro hallaron el dirigente capaz de convertir su protesta en acción. En el año 550 antes de Cristo, Ciro pactó una alianza con los babilonios y se rebeló abiertamente contra el corrupto Astiages. Ayudado por la traición del general Harpago contra su rey, las tropas de Ciro derrotaron a los medos y ocuparon Ecbatana.

Sin embargo, a pesar de su victoria, Ciro no se sintió satisfecho, y encontró un pretexto para extender su hegemonía: Creso, rey de Lidia, había cometido el error de aprovecharse de la debilitada situación de los medos para invadir algunos territorios de Astiages. Ciro vio en ello una oportunidad, e invadió Lidia. Después de una indecisa campaña, en el año 547 antes de Cristo el rey lidio, al llegar el invierno, se retiró a su capital, Sardes, considerando que sus enemigos harían lo mismo, a la espera del buen tiempo para reanudar las hostilidades. Sin embargo, Ciro, a pesar de las adversidades climatológicas, avanzó hacia la capital lidia. Ambos ejércitos se enfrentaron en las cercanías de Sardes, donde, inesperadamente, la caballería, la mejor arma lidia, fue diezmada, en parte por la acción de sus adversarios, y en parte porque los caballos se asustaron del olor que despedían los camellos persas, y huyeron desbocados. La capital lidia cayó en poder de Ciro.

Los griegos jonios que habitaban a lo largo de las colonias del litoral lidio y en las islas adyacentes, disfrutaron siempre de excelentes relaciones con los monarcas lidios, sin que nunca les fuera requerido el pago de tributos. Establecido el nuevo poder persa, las colonias griegas solicitaron de Ciro que mantuviera aquella situación.

La respuesta de Ciro fue violenta: les declaró rebeldes y enemigos de Persia, y marchó militarmente contra ellos. Una tras otra, las ciudades del continente fueron cayendo en poder de los persas: Magnesia, Focea, etcétera, eran ocupadas, saqueadas, y sus ciudadanos vilipendiados. Con estas campañas, los persas consolidaron la frontera noroeste de su nuevo Imperio, y aprendieron dos lecciones fundamentales acerca de los griegos. Primera, que aun en tiempos de crisis y peligro, los griegos eran insolidarios entre sí. Segunda, que su lealtad podía ser comprada con facilidad. Recordando ambas experiencias, los persas obtendrían notable ventaja en sus futuras luchas con las ciudades-estado de Grecia.

Por otra parte, Ciro centró su atención en Babilonia. Después de la caída de Nabucodonosor, Babilonia estuvo gobernada sucesivamente por una serie de reyes débiles y corruptos, en una larga fase de intrigas cortesanas. Los sacerdotes habían retirado su apoyo a los monarcas, las tierras de las fértiles llanuras que rodeaban la ciudad estaban semi abandonadas y los agricultores descontentos. Los profetas judíos habían predicho ya su caída en poder de los persas y los hechos demostraron su acierto. Después de una breve campaña en las agrestes regiones de Bactriana y Sogdiana, en las que Ciro recibió ayuda en equipos y soldados, el ejército persa marchó sobre Babilonia. Los babilonios habían roto sus relaciones con los persas cuando éstos atacaron Lidia, y este fue el pretexto utilizado por Ciro para justificar su ataque.

La oposición hallada por los persas fue escasa. Después de ser fácilmente derro-



tadas en las orillas del Tigris, las tropas babilonias se dispersaron, el rey escapó, y toda resistencia fue inútil. Un general de Ciro, Gobrias, futuro sátrapa de Babilonia, entró en la ciudad en el año 539 antes de Cristo, y fue entusiásticamente recibido por la población.

Las campañas de Ciro comenzaron a perfilar un poder que pronto inquietaría a los griegos. Las ciudades sirias de Tiro y Sidón, que permanecieron en actitud ambigua a la espera del desenlace de los combates entre persas y babilonios, una vez conocidos los resultados de la guerra, se sometieron voluntariamente a Ciro y pusieron su flota a disposición del nuevo emperador. Los persas controlaban, pues, la costa este del Mediterráneo, y con la ayuda de sus aliados fenicios podían alcanzar fácilmente las islas jónicas y la misma península griega.

Sin embargo, el mundo griego no entraba en los planes de Ciro. El gran conquistador de tan vasto Imperio se dedicó a gobernar su Estado, hasta que murió asesinado en el año 530 antes de Cristo, víctima de una emboscada durante la lucha contra unas tribus nómadas. A Ciro le sucedió su hijo Cambises, que gobernó durante ocho años y conquistó Egipto, tarea que culminó en el 522 antes de Cristo.

Con ello, los persas completaban su expansión al este y al sur. Herodoto retrata a Cambises como un tirano cruel, que aplastó los sentimientos religiosos de Egipto matando a Apis, el buey sagrado, aunque estos datos no han sido corroborados por la historia, y bien pudiera tratarse de intentos de descrédito difundidos posteriormente por los griegos. Cuando Cambises regresó de Egipto, hallándose en Canaán le comunicaron que su hermano Smerdis había usurpado el trono y se había proclamado rey. Según explica Herodoto, Cambises, afligido por la noticia, se suicidó, aunque parece más probable que fuera asesinado por algún miembro de la comitiva real partidario de Smerdis. La información que expone Herodoto podría ser una falsificación, realizada con el objeto de encubrir el crimen.

Aparte de la veracidad sobre el fin de Cambises, lo cierto es que su sucesor, Smerdis, no permaneció largo tiempo en el poder. Darío, sátrapa de Ciro en Partia, contaba 28 años de edad en el 522 antes de Cristo. Era miembro de la rama colateral de la casa real persa, y fue con Cambises a Egipto en funciones de lancero personal del rey. Decidido a vengar a éste, conspiró, se rebeló contra Smerdis, le derrotó y se proclamó rey. Episodios de esta historia se encuentran recogidos por Herodoto, Jenofonte y Ctesias, quienes hablan de Darío como «usurpador», y según parece, las dificultades de éste fueron mayores de lo que sus cronistas de la corte persa han dejado entrever.



Arriba, detalle de una crátera de «máscaras» procedente de la Apulia, en el sur de Italia (hacia 350 antes de Cristo). La escena, que parece inspirada en un drama griego de la época clásica, representa al rey Darío flanqueado por dos guardias y simboliza la potencia del formidable Imperio persa en el momento de declarar la guerra a la «pequeña» Grecia. (Museo Archeologico Nazionale, Nápoles.)

Página anterior, relieve rupestre de Naqs-i Rustam, cerca de Persépolis, que muestra la coronación de Ardacher I, primero de la dinastía de los sasánidas, que es investido del poder real simbolizado por una diadema con cintas que lleva Ahura-Mazda, divinidad de los aqueménidas.

Los detalles serán siempre objeto de controversia, pero el cuadro general de la situación es claro. Al morir Cambises, estallaron diversas revueltas en distintos lugares del Imperio, simultáneamente a los levantamientos de los sátrapas, quienes reclamaban para sí la sucesión imperial. Darío fue uno más de aquellos aspirantes, y antes de ocupar el trono tuvo que combatir duramente contra sus rivales durante más de dos años.

Finalmente victorioso, el nuevo emperador persa se dedicó a reconstruir su reino, y demostró unas extraordinarias dotes de legislador y administrador. Durante su reinado, el poder y la opulencia persa alcanzaron cotas sin precedentes, al tiempo que comenzaban las primeras escaramuzas con los griegos.

El mosaico persa

Los persas es una tragedia escrita por Esquilo y escenificada en el año 472 antes de Cristo, ocho años después de la batalla de Salamina. El coro de la apertura de la obra, que representa a los venerables ancianos de la corte que asumieron la regencia del Imperio durante las expediciones de Jerjes contra Grecia, explica la compleja composición del ejército persa. Exponen detalladamente el mosaico de los contingentes militares allí congregados,

provenientes de todos los lugares del Imperio, con un recuento de los generales aristocráticos: Artafernes, Masabazus y Astaspes. Esquilo pone de manifiesto cuán vasto era el poder imperial persa, pero es dudoso que, en el momento de la célebre batalla, los griegos fueran conscientes de las dimensiones del enemigo contra el que se enfrentaban.

El Imperio persa se extendía desde Lidia, en el oeste, hasta las fronteras de la India, en el este, y desde las costas del mar Negro, hasta el sur de Arabia. En el interior de tan vasta zona habitaban gentes con religiones y costumbres absolutamente dispares: los primitivos moradores de las marismas egipcias, los complacientes prestamistas babilonios, mercaderes de especias de Arabia, marinos fenicios, mercenarios judíos y filósofos jonios.

Tan abigarrado conjunto era leal a un hombre, el «gran rey». Hubiera sido imposible gobernar tan vasto Imperio con un sistema centralista, y así lo entendieron los reyes persas. Siguiendo el ejemplo de los asirios, dividieron el Imperio en provincias administradas independientemente. Cuando más poderoso era el Imperio, llegaron a existir 29 provincias, denominadas «satrapías». Cada satrapía estaba gobernada por un «sátrapa», título que significaba «protector del reino». Oficialmente, los sátrapas eran gobernadores provinciales, responsables ante el «gran rey» de todo lo que ocurría en sus provincias, pero en la práctica eran auténticos monarcas autónomos, con su propia corte, con una política exterior propia —en ocasiones conflictiva con las de otras satrapías— y con poder de decisión sobre la vida y la muerte de sus súbditos.

Sin embargo, funcionaban ciertos mecanismos políticos para impedir que un sátrapa asumiera una independencia total. Un ayudante especial del sátrapa, el oficial financiero superior, y el comandante de la principal guarnición militar, estaban bajo las órdenes directas del rey. Éste los nombraba, y solamente a él debían obediencia. Por otra parte, los asuntos políticos y económicos de la satrapía eran inspeccionados por oficiales del monarca, a los cuales se les llamaba «ojos del rey». Un sátrapa tenía dos funciones especialmente importantes: en tiempo de guerra, debía reclutar tropas para el rey y comandarlas él mismo; en tiempo de paz, debía velar por el cumplimiento de las leyes y el pago de los impuestos. Cada satrapía tenía que aportar al erario real una cantidad calculada en función de sus posibilidades. La riqueza obtenida de tan vastos dominios era impresionante, y no sorprende que los persas entorpecieran durante mucho tiempo la tranquila existencia de las ciudades-estado griegas, mediante una política de sobornos. Por otra parte, tan vasta riqueza provocaba debilidades. Se ha corroborado la teoría de que el Imperio persa se derrumbó tan fácilmente frente a Alejandro Magno, porque éste halló un pueblo expoliado, agotado por la pesada carga tributaria y, en consecuencia, ansioso de liberación.

Otro aspecto de la cuestión es el destino de las riquezas acumuladas mediante los tributos. Cuando los tributos en oro y plata llegaban a Persépolis, se fundían en lingotes y se depositaban en almacenes adecuados. Allí se acumulaban inmensas cantidades. Esta acumulación generó una deflación galopante —no circulaba moneda—, y el oro y la plata se fueron agotando inexorablemente en los territorios del Imperio. Cuando un campesino debía pagar sus impuestos y no disponía de oro o plata, acudía a un prestamista, y a cambio del dinero necesario, hipotecaba sus tierras y su persona. Las tasas de interés estipuladas por tales préstamos eran del orden del 40%, y el campesino acababa perdiendo la tierra y transformándose en esclavo. Durante el reinado de Artajerjes fueron muy frecuentes las revueltas sociales en las satrapías, y en conclusión, puede considerarse que el sistema económico del Imperio contribuyó a crear las condiciones de su propio desmoronamiento.

Palacios y ejércitos

El ejército persa, contra el que los griegos lucharon dos veces en el lapso de diez años, era un auténtico microcosmos, resumen de todo el Imperio. Las tropas de primera clase eran los llamados «inmortales» y la caballería, integrada por la aristocracia iraní. Pero la mayoría de los soldados persas eran campesinos, que trabajaban en sus tierras y se incorporaban al ejército al ser llamados a filas. Estaban mal entrenados y peor equipados. Su función era aplastar al enemigo, basándose en la superioridad numérica. Por eso, cuando tuvieron que enfrentarse con los hoplitas, murieron masivamente.

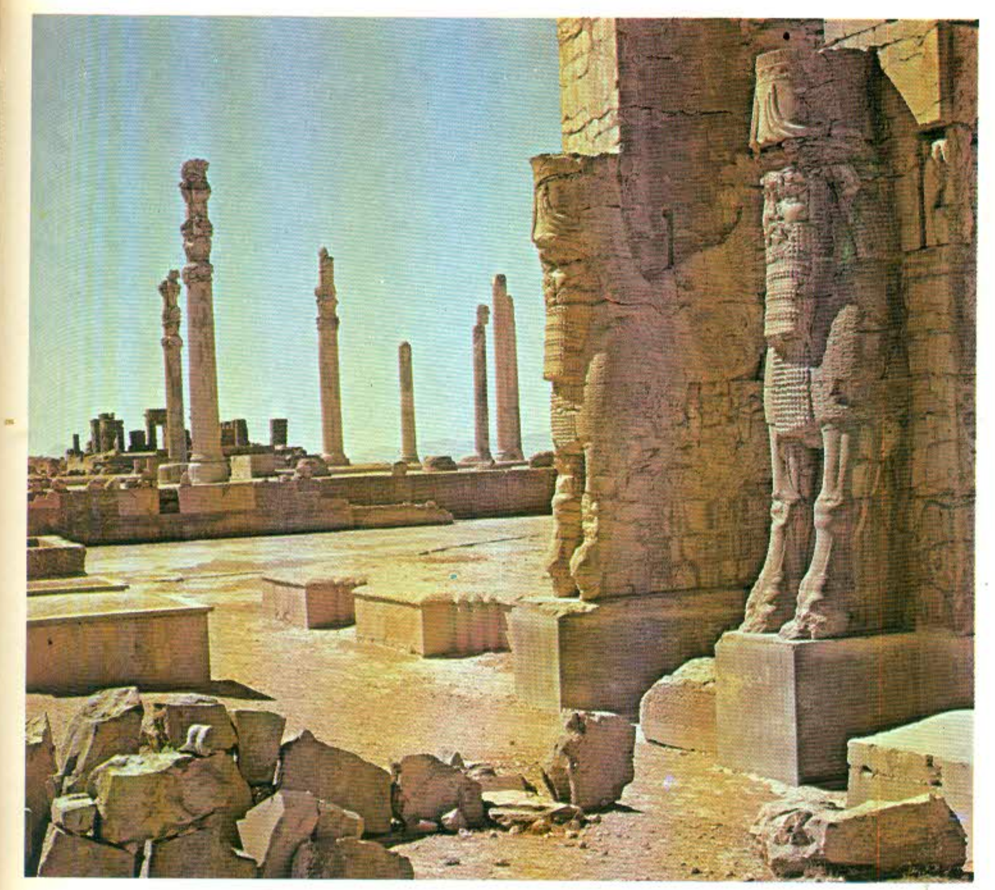
Los «inmortales», cuyo número no era inferior a diez mil hombres, constituían un regimiento de élite, a modo de la infantería actual. En tiempos de paz, eran la guardia palaciega del rey. Iban armados con lanzas, arcos y escudos. La cantidad de botellas de vino encontradas en sus cuarteles de Susa, confirma la información de Herodoto, según la cual tenían privilegios especiales, e incluso podían disponer durante los combates de un carromato propio, dotado de alimentos, criados y concubinas. Su reclutamiento se realizaba estrictamente entre los medos, persas y elamitas, y la competencia entre la población para poder integrarse en sus filas fue un estímulo constante para los jóvenes. Este regimiento fue inmortalizado en los frisos barnizados del palacio de Susa, que todavía hoy podemos admirar.

El gobierno del país se dirigía desde palacios expresamente aislados de la población. Ciro poseyó tres de estos palacios: Pasargada (donde residió al principio), Ecbatana y Babilonia. Darío impulsó la construcción de otros dos, en Susa y Persépolis. Este último, el más lujoso, fue acabado de construir bajo el reinado de Jerjes, y es todavía el mejor conservado, aunque durante la ocupación de Alejandro Magno fue objeto de saqueo y de incendio, en una noche de embriaguez generalizada entre las tropas macedonias.

Sin embargo, se han conservado los enormes pasillos, con las terrazas y escalinatas pétreas, así como las tablillas de arcilla de los archivos reales, las cuales se cocieron con las llamas del incendio. Abandonados por griegos y persas, estos restos permanecieron casi ignotos hasta que fueron descubiertos por viajeros occidentales, más de mil años después. Lo más impresionante de las ruinas monumentales de Persépolis es el «salón de las columnas», situado en el extremo norte del palacio, al cual se accedía a través de una escalinata de amplia base, en la que estaban tallados los extraordinarios relieves que han hecho célebre el edificio.

Las figuras que representan estos relieves —nobles persas, soldados de la «guardia inmortal» y mensajeros de la satrapía subiendo hacia el trono— no son tan dinámicas como las que nos han legado los griegos, pero en su estática rigidez puede apreciarse una perfecta representación de la corte persa en toda su grandeza. Puede verse la escena de un banquete, en el que el rey se sitúa aparte del resto de los comensales. En otra secuencia, los súbditos se postran a los pies del rey, con sus manos embolsadas en las anchas mangas de su vestimenta para infundir la seguridad de que no atentarán contra el monarca. Si cualquier huésped osaba, aunque fuera por desconocimiento, o por cualquier motivo, andar delante del rey por la alfombra central, era inmediatamente ejecutado.

Los griegos rechazaron siempre el lujo de los gobernantes persas, pues lo vinculaban al despotismo y la crueldad. Preferían llevar una existencia sencilla, y ser libres en la miseria antes que opresores en la opulencia. Es decir, una de las razones de la hostilidad griega hacia los persas radicaba en una profunda diferencia ideológica. A pesar de ello, las disputas que mantuvieron adoptaron formas y motivos





Arriba, relieve de dos esfinges coronadas en el palacio de Susa (404-358 antes de Cristo). Aparecen sentadas bajo el disco alado de Ahura-Mazda (hombre sabio), dios del antiguo Irán. (Louvre, París.)

Izquierda, ruinas del palacio de Persépolis; en primer término, el pórtico de Jerjes.

diversos: en teoría, los atenienses lucharon en Marathón para defender la ciudad de un invasor, y poco importaba si éste era persa, egipcio o galo; sin embargo, en esa defensa estaba implícita una diferencia ideológica, que en definitiva era la que cimentaba la resistencia griega.

Desde un punto de vista político, los griegos estaban mucho más evolucionados que los persas. Después de cuatro siglos de lento desarrollo político, los griegos ansiaban la consolidación de la libertad, aunque en libertad se tomaran decisiones a veces equivocadas. Siempre era preferible el error en libertad a la sumisión frente a una voluntad personal, opresiva y distante. Preferían morir antes que asumir el papel de súbditos ascendiendo penosamente por una escalera para rendir homenaje a un rey. La rebelión jonia del año 499 antes de Cristo fue la primera muestra de la capacidad de resistencia griega contra la opresión.

Los primeros filósofos

De todos modos, en el siglo VII antes de Cristo no podía existir una estructurada división ideológica entre griegos y persas, por la sencilla razón de que los intelectuales griegos de entonces no habían podido aún hacer generalizaciones abstractas que permitieran establecer principios políticos. Pero en el siglo V antes de Cristo, el pensamiento conceptual había surgido y progresado notoriamente, hasta convertirse en un instrumento utilizable, en la parte del mundo griego sobre la cual gobernarían los persas, es decir, Jonia. Los primeros filósofos conocidos de la cultura griega, los llamados «presocráticos», eran casi exclusivamente jonios: Tales, Anaximandro y Pitágoras. Aunque estaban más familiarizados con la formulación de teoremas y postulados matemáticos, físicos y astronómicos, que con la filosofía, la ética y la epistemología.

Los jonios, por su posición geográfica en el este del Mediterráneo, tuvieron mayor facilidad que otros ciudadanos de Grecia para relacionarse con las culturas orientales, como la egipcia o la babilónica, notablemente avanzadas en aquel tiempo. Hombres como Tales de Mileto pudieron estudiar bajo la dirección de maestros egipcios y llevar sus conocimientos al mundo griego. Fue Tales quien predijo con gran precisión el año de un eclipse solar, aunque los datos fundamentales se los suministraron los egipcios.

Pitágoras fue el primer griego capaz de reconocer que las estrellas «de la mañana» y las «de la noche» eran idénticas, aunque los babilonios ya poseían este conocimiento desde hacía 15 siglos. La originalidad de los primeros filósofos griegos estribó, esencialmente, en haber sabido reorganizar todos los conocimientos acu-

mulados hasta entonces, desarrollando teorías y principios universales que explicaran cada fenómeno en particular.

Fue así como Pitágoras pudo elaborar su famoso teorema —el cálculo de la hipotenusa de un triángulo rectángulo—, a partir de unos elementos básicos proporcionados por los egipcios. La búsqueda de principios generales impulsó a Tales a plantearse una cuestión que luego asumieron todos los presocráticos: ¿Cuál es la sustancia esencial del universo? O, en otras palabras: ¿Cuál es la naturaleza del ser, de la materia? En la cultura griega clásica, los pensadores que más se aproximaron a una respuesta correcta fueron Leucipo y Demócrito, fundadores de una rudimentaria teoría atómica. Sin embargo, en su época esta teoría fue una más entre muchas, y algunos filósofos creyeron que la «sustancia básica» del universo era el agua, otros el fuego, otros el aire, y algunos la tierra. Para unos, la materia era un ente en permanente proceso de cambio; para otros, era estática.

No puede sorprendernos que los presocráticos erraran en muchas de las respuestas que aportaron. Sus investigaciones carecían de un aparato conceptual y de un lenguaje científico, y por otra parte, sentían escasa inclinación a verificar sus teorías mediante la comprobación empírica. Su gran aportación radica en la razón pura. La razón les planteaba grandes y profundos interrogantes, y ellos, utilizando el único instrumento a su alcance, la mente, intentaban responder. Su principal mérito es haber contribuido a sentar las bases de la abstracción y la inducción como fuentes del conocimiento.

Esta contribución tuvo una importancia excepcional. De su aplicación nació la historia, promovida por Herodoto, y la medicina, por Hipócrates de Cos. Ambos, siguiendo las pautas de sus predecesores, contribuyeron a demoler los remotos mitos que dominaban la mente humana e impedían el razonamiento lógico.

En última instancia, la mentalidad griega no admitía el mito de la monarquía persa, basada en pompas y ceremoniales.

La rebelión de las colonias

Mileto fue la ciudad griega que, en el año 499 antes de Cristo, inició la etapa de revueltas contra la dominación del persa Darío. En el 511 antes de Cristo el rey persa había destituido al tirano de Mileto, el tortuoso Histieo, enviándolo al exilio en Susa. En lugar del tirano, el rey persa decidió colocar como gobernante a Aristágoras, un hombre de igual carácter. Aristágoras fue, paradójicamente, el principal impulsor de la rebelión. Él llamó a los jonios a reunirse en consejo y plantear sus reivindicaciones.

Su razón esencial para protestar era que se creían gobernados por tiranos que eran meros instrumentos del rey persa. Consideraban que las formas de gobierno habían evolucionado, y era ignominioso admitir una situación que les sumía y postraba como súbditos ignorantes. Por eso, al estallar el movimiento revolucionario, el primer impulso fue luchar por la expulsión de los tiranos —Aristágoras había tenido ya la precaución de dimitir—. En cambio, se desconocen las otras demandas presentadas por el pueblo jonio a sus gobernantes pro-persas.

En el año 514 antes de Cristo el ejército de Darío había atacado a los escitas europeos, habitantes de las costas septentrionales del mar Negro. Durante la campaña, los samosianos y milesios fueron enrolados por la fuerza en la tropa persa, para proteger los puentes que el ejército de Darío necesitaba para poder avanzar hacia el Bósforo. Esta colaboración debió sensibilizar a aquellos griegos, acerca del potencial bélico que podían representar estando unidos. Poco después Darío se vio obligado a la retirada, pero dejó tropas a modo de retén en diversos enclaves del litoral.

La permanencia persa en el área no fue bien acogida por los milesios. Antes de la ocupación gozaban del monopolio comercial con los nómadas escitas, que buscaban mercancías lujosas, tales como copas de oro y recipientes diversos para emplear en sus ceremonias funerarias. De hecho, los mercaderes fenicios estaban perdiendo sus mercados a causa de la competencia jónica. Por eso, los fenicios abandonaron su actitud acomodaticia, basada en no pronunciarse respecto al poder mientras éste no interfiriera sus negocios, e iniciaron una serie de movimientos alentando a los campesinos a la rebelión. A partir de este momento, Darío tuvo muy presentes las quejas fenicias, y ello se reflejaría en su conducta política y militar respecto a Jonia.

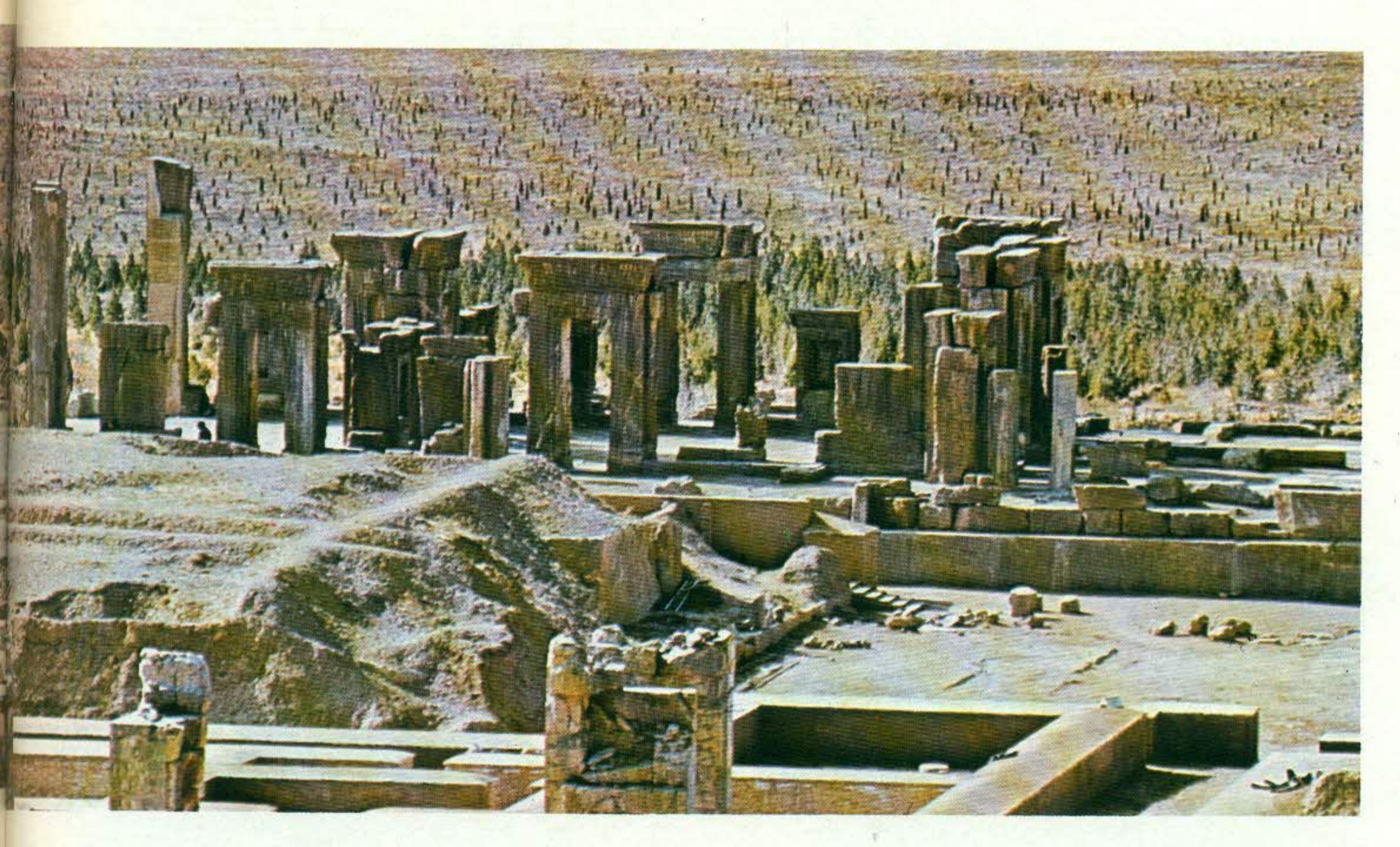
Por su parte, los jonios, antes de sublevarse intentaron ganar el apoyo de sus compatriotas del continente griego. Aristágoras asumió la dirección de una misión diplomática para negociar la ayuda. De hecho, los jonios poseían suficientes argumentos como para poder convencer a sus potenciales aliados. En el año 512 antes de Cristo, Darío había invadido Tracia y Macedonia, instaurando allí el régimen político persa. Para los griegos debía de ser, pues, obvio que aquella campaña persa fuera simplemente el primer eslabón de



unos objetivos más amplios, y que el rey persa aspirara a conquistar toda la península griega con la finalidad de liquidar sus problemas fronterizos.

Así pues, establecer un primer frente de combate en Jonia era una buena idea política y militar. Sin embargo, desgraciadamente para los jonios, los griegos sólo veían la realidad más inmediata, y rechazaron los argumentos de Aristágoras. Solamente los eubeos y los atenienses acordaron enviar algunos contingentes militares, consistentes en cinco y veinte naves respectivamente. De hecho, Atenas accedió a la petición porque Mileto era una ciudad filial suya, y porque el gobernante pro-persa de Mileto era un aliado de Hipias, quien deseaba derrocar al gobierno de Atenas y recuperar el poder del que había sido despojado. Esparta, militarmente la potencia más sólida, y cabecera de la alianza de estados dorios, la «Liga del Peloponeso», rehusó enviar cualquier tipo de ayuda.

Herodoto cuenta que, cuando Aristágoras intentaba convencer a Cleomenes, el rey espartano, para que aportase su colaboración, fue la hija menor de éste quien habló, al observar su indecisión, recordando a su padre las severas normas de austeridad que regían en Esparta, pues Aristágoras apoyaba su demanda con una determinada cantidad de oro. Posteriormente, se dijo que el rey espartano temió no poder convencer a la élite dirigente de su ciudad, con lo cual su prestigio hubiera



Ruinas de Persépolis, capital del imperio de Darío (siglos VI-V antes de Cristo). La extraordinaria grandiosidad de los monumentos (el complejo de los palacios se elevaba sobre una plataforma de 300 x 500 m) quería exaltar la potencia de los aqueménidas.

sufrido menoscabo. Prefirió decir no, y no consultar con nadie. Sea lo que fuere, el hecho es que Aristágoras marchó de Esparta tal como llegó.

A pesar de tan penosas circunstancias, la revuelta jonia tuvo un comienzo favorable para este pueblo. El ejército aliado, que incluía a los atenienses, desembarcó en Éfeso, penetró tierra adentro y sitió al tirano Artafernes en la ciudadela de Sardes, incendiando la ciudad que la rodeaba. Sin embargo, incapaces de mantener su posición, tuvieron que retirarse a Éfeso, donde fueron derrotados por fuerzas persas provenientes del otro lado del río Halys. Tras este episodio, de éxito incompleto, los atenienses recibieron noticias de un conflicto entre su ciudad-estado y Egina, y abandonaron Jonia para regresar a Atenas. El lugar de los atenienses fue ocupado por aliados griegos provenientes de Helesponto, Bósforo y Caria, pueblos que comenzaban a considerar seriamente la amenaza persa, animados también por las noticias de la destrucción de Sardes. Finalmente, todas las ciudades griegas de Chipre se unieron a los jonios.

Por otra parte, estos últimos habían navegado hasta las cercanías del litoral chipriota, donde tuvieron un violento encuentro con naves de patrulla persas, a las que derrotaron. Sin embargo, no pudieron evitar la llegada a Salamina de un ejército persa proveniente de Cilicia. Por la indecisión jonia y la deserción de parte de los defensores de la ciudad, lo cierto es que Salamina cayó en poder persa. Conocedores de la noticia, los jonios huyeron, y la isla de Chipre quedó a disposición del enemigo.

La dirección de los acontecimientos variaba ahora en contra de los intereses jonios. Mientras los aliados griegos navegaban hacia Chipre, tropas persas irrumpían por el norte. Una tras otra, fueron cayendo las ciudades de Helesponto, y los carios fueron derrotados. Desesperado, Aristágoras huyó a Tracia, donde murió asesinado. Con el camino libre, los persas cercaron Mileto, pieza clave de la resistencia jonia. Hacia finales del año 494 antes de Cristo la ciudad fue tomada y arrasada, sus hombres asesinados, y sus mujeres y niños conducidos a Susa como esclavos. Con Mileto destruida, las restantes ciudades-estado e islas de Jonia fueron ocupadas por los persas. La rebelión jonia terminó ahogada en sangre por la brutal represión persa.

La superioridad persa se manifestó especialmente en dos niveles: en la abrumadora superioridad numérica, y en su habilidad para abrir nuevos frentes de lucha. Sin embargo, la verdadera razón de su éxito fue la desunión de las ciudades-estado griegas. Estas ciudades tenían una moneda propia, y en teoría constituían una federación, pero en la práctica, frente a la agresión persa, cada una procuró su salvación individual. El soborno, utilizado por los persas, permitió a éstos el poder dividir a sus adversarios, y luego derrotar-



los por separado. El primer embate entre persas y griegos se saldó, pues, con una neta victoria de Darío, rey de Persia.

La prosecución de la lucha no tardaría en ser, sin embargo, una realidad. Darío se exasperó al conocer el incendio de Sardes y se hacía recordar constantemente el agravio de los atenienses, lo que constituía una especie de conjuro del más puro estilo oriental. El incendio de Sardes fue el pretexto que necesitaba el rey persa para proceder a preparar el ataque contra Atenas, pues tenía que castigar la invasión de sus territorios.

La primera invasión

A pesar de que los persas castigaron duramente a las ciudades jonias, intentaron remediar algunos de los problemas políticos que promovieron la rebelión. En lugar de reinstaurar tiranos, tal como hicieron hasta el año 499 antes de Cristo, Darío instruyó a su yerno Mardonio —comandante de los ejércitos persas en el oeste— para que tolerase la existencia de la democracia en las ciudades jonias. Con esta medida, Darío pensó que obtendría la ayuda de los demócratas griegos del continente que luchaban contra las aristocracias. Pero infravaloraba el rencor que sus acciones habían generado entre los pueblos griegos. Algunas ciudades-estado, como Egina, se sometieron rápidamente a Darío cuando éste se lo exigió. Sin embargo, sus enviados a Atenas y Esparta fueron hechos prisioneros y ejecutados. Frente a la renovada amenaza persa, por primera y única vez en su historia, las ciudades-estado griegas sintieron la necesidad de unirse y afrontar conjuntamente

LA FORMACIÓN DEL IMPERIO PERSA

Año a.C.	Gobiernos aqueménidas	Conquistas persas	Grecia y Roma
550	Ciro II destrona a Astiages Fundación del Imperio persa	Asiria Sardes y Lidia Babilonia	Roma bajo el gobierno etrusco
540		Irán oriental	Pisístrato
530	Cambises sucede a Ciro Darío I	Egipto	Clístenes
520		Rebelión generalizada en el Imperio Darío reprime la revuelta	Caída de Pisístrato
510		Tracia, islas del Egeo, norte de India	República romana
500		Levantamiento de los jonios Primera guerra contra Grecia	
490 480	Muerte de Darío		

el conflicto planteado por un enemigo teóricamente superior.

Por otra parte, los persas no se dieron cuenta realmente de este cambio de actitud de los griegos hasta después de la batalla de Marathón. Con el objetivo de debilitar la moral de los griegos y permitir una nueva ofensiva de los simpatizantes de la causa persa en Grecia, Mardonio inició un lento avance de sus tropas, que a través de Macedonia se dirigían hacia el norte de Grecia, protegidas a distancia por una poderosa flota que navegaba paralelamente al litoral. La expedición persa no fue precisamente un éxito. Durante una tremenda tormenta en la zona del monte Athos perdieron más de trescientas naves y veinte mil marinos. Por otra parte, el ejército de Mardonio fue permanentemente hostigado por una agresiva tribu frigia, que descubrió el avance persa. El general persa retornó a Persépolis, y fue relevado en el mando.

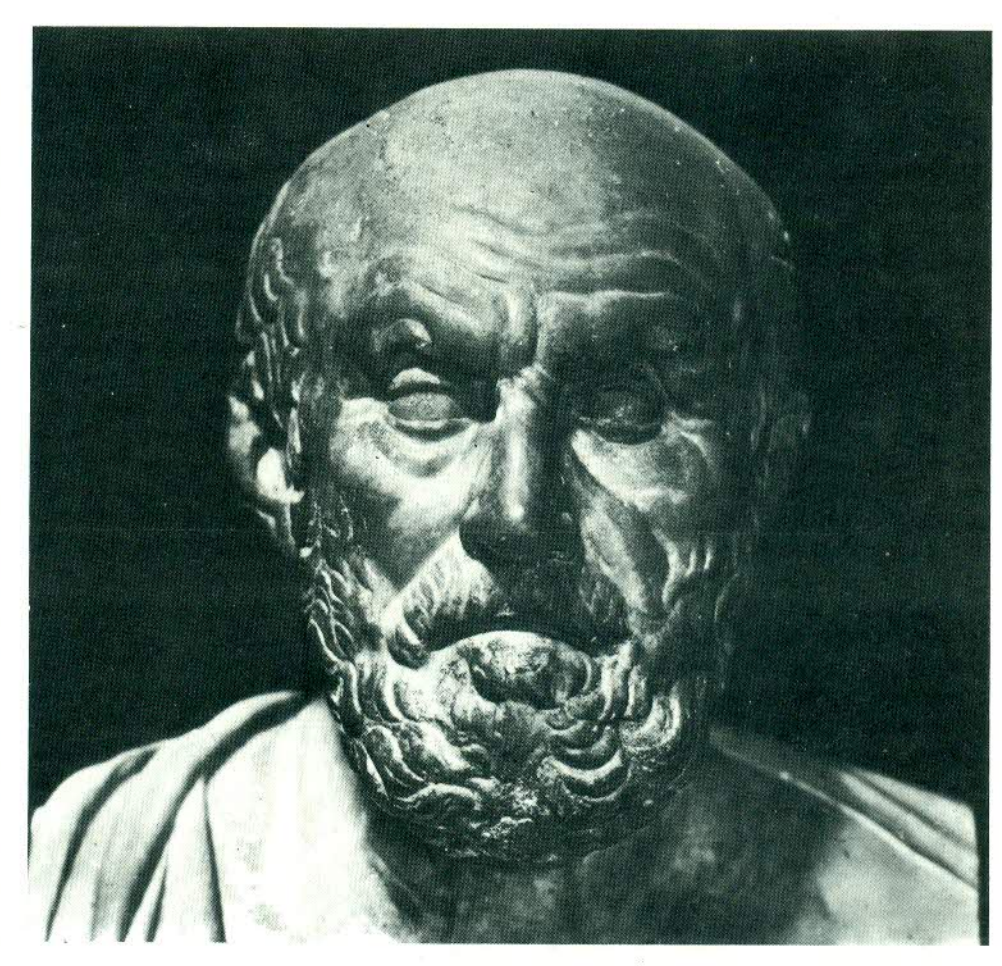
Darío nombró a su yerno Artafernes y al general Datis jefes de la milicia, al frente de un renovado ejército. Ahora, el plan persa consistía en enviar la flota a través del Egeo, tocando todas las islas, y finalmente atacar Atenas y Eubea directamente. Su ataque debía de ser frontal. El plan se cumplió hasta que la flota persa alcanzó tierras eubeas. Desembarcaron allí y pusieron sitio a Eretria, que cayó en su poder fundamentalmente por causa de las deserciones locales. El ejército persa arrasó la ciudad, destruyendo los templos y deportanto a la población.

El cruel trato proporcionado a los eubeos actuó de revulsivo para los atenienses. Éstos, que en un momento habían llegado a pensar en la posibilidad de pactar con el emperador persa, tomaron de pronto conciencia de cuál era su verdadera situación, y cuál su objetivo fundamental. Fue, pues, un ejército de ciudadanos coléricos y agresivos el que los persas encontraron en las llanuras de Marathón después de desembarcar. De hecho, los atenienses lucharon sin aliados en aquella batalla, pues los espartanos, a quienes se solicitó ayuda, no podían, por razones religiosas, dejar su ciudad antes de la luna llena, por lo que llegaron a Atenas después de la batalla. Quizá fue una argucia para esperar el desarrollo de los acontecimientos, pero esta hipótesis es menos probable.

Demarato, el rey espartano, acusado de colaborar con los persas, había sido expulsado y sustituido por Cleomenes, cuando se produjo la segunda invasión persa. Esta vez fueron los espartanos quienes dirigieron al resto de los griegos para afrontar la agresión. Fue una desgracia para los espartanos el no haber tomado parte en la desigual batalla de Marathón, pues en ella los atenienses obtuvieron un enorme prestigio, y a partir de ese momento fueron rivales de Esparta en la hegemonía militar de Grecia.

La batalla de Marathón fue planeada sin dificultad, aunque hubo problemas de competencias entre los diez generales atenienses, antes de que Milcíades asumiera el mando absoluto. La llanura de Marathón se eleva suavemente desde el mar, culminando en unas pequeñas colinas. Allí, Milcíades distribuyó a sus soldados. Cuando el ejército persa desembarcaba, el general ateniense ordenó el ataque frontal. El grueso central del ejército persa resistió el furioso ataque, e incluso llegó a romper las filas atenienses, pero el éxito fue momentáneo e ilusorio. Por los flancos, los atenienses destrozaron al ejército persa, y envolviéndolo por la retaguardia, consiguieron atrapar el cuerpo central de la tropa persa en una pinza mortal.

El ejército persa se dispersó y sus soldados huyeron desordenadamente hacia los barcos, siete de los cuales fueron incendiados y destruidos por los atenienses. Las pérdidas de éstos fueron sorprendentemente nimias: solamente murieron en el combate 192 soldados. Los persas, en cambio, perdieron seis mil. Tras esta extraordinaria victoria, los atenienses estuvieron a punto de ser sorprendidos por una maniobra del enemigo. Mientras



Arriba, Hipócrates (460 a 377 antes de Cristo, aproximadamente), nacido en la isla de Cos, fue el más importante médico de la antigüedad; iniciador de la observación clínica y de la medicina experimental, sus métodos han ejercido una gran influencia en la ciencia posterior. Enunció el famoso Juramento hipocrático *sobre ética médica. (Galleria degli Uffizi, Florencia.)*

Página anterior, detalle de un friso de Persépolis, con un hombre que lleva un jarrón.

huían, los persas recibieron un mensaje: Atenas estaba indefensa. Entonces, dirigieron sus naves hacia El Pireo. Pero fueron más rápidos los hombres de Milcíades, y cuando la flota persa llegaba frente al puerto de Atenas, los victoriosos atenienses les estaban esperando. Los persas, después de unos días, regresaron a su país. La primera invasión había fracasado.

Temístocles

El período de diez años que transcurre entre la primera y segunda invasión persa, se caracteriza en Atenas por la actividad de un hombre, que puso fin al dominio de los alcmeónidas y que, de hecho, sentó los cimientos del futuro Imperio ateniense. Este hombre fue Temístocles. El historiador Plutarco señala que Temístocles fue un «aristócrata disoluto», un noble empobrecido, oriundo del sur de Ática, con un gran sentido común, y que alcanzó una gran popularidad entre el pueblo ateniense. Tucídides proporciona, sobre este dirigente político y militar ateniense, una descripción más completa. Según él, Temístocles era un hombre agudo y perspicaz, pensador profundo, capaz de abordar con éxito la solución de cualquier problema que se le pudiera plantear. Es un hecho excepcional que Tucídides, el más comedido de los historiadores griegos, le dedique a Temístocles un capítulo de su obra, tratándole como un verdadero genio.

Antes de la batalla de Marathón, Temístocles era un político poco conocido en los medios atenienses. Sin embargo, en el año 490 antes de Cristo tuvo el acierto de apoyar a Milcíades en su disputa por el mando supremo del ejército de Atenas. Milcíades murió poco después, desacreditado militarmente tras su desastrosa dirección de la expedición a Paros, y entonces Temístocles surgió como uno de los pretendientes para sustituirle.

La lucha política que ahora sostenía Temístocles contra sus rivales era muy distinta de las sostenidas en tiempos de Clístenes, pues los partidos políticos de aquella época ya no existían. Desde las reformas de Clístenes, y especialmente después de la batalla de Marathón, sólo había un partido: el *demos*, o pueblo. Por otra parte, los asuntos políticos más importantes en aquel momento eran los de política exterior: ¿Cuál debía ser la actitud correcta de Atenas frente a Persia? Temístocles intuyó que el revés sufrido por los persas en la primera invasión no les doblegaría, y previó un nuevo intento.

Con esta perspectiva, Temístocles dedicó todos sus esfuerzos a concienciar a los atenienses de la posible reanudación de las hostilidades, y a aumentar el poderío militar de Atenas.

Afortunadamente para Temístocles, sus ideas encajaban perfectamente con la presunción del pueblo ateniense de que no podía esperarse nada bueno de los persas. El apoyo del pueblo era siempre un factor fundamental. Por ello, los esfuerzos de los políticos tenían como centro de sus actividades la magnificación de las cualidades de los atenienses, sin distinción de clases sociales. El éxito en este sentido dependía principalmente de la política exterior que se realizara. Los principales oponentes de Temístocles, es decir, Megacles, Arístides (apodado el Justo) y Jantipo (padre de Pericles), eran hombres que pertenecían o habían estado estrechamente vinculados al clan alcmeónida, y entre el pueblo existía la idea de que este grupo era proclive al triunfo persa. Temístocles tenía, en ese sentido, ventaja sobre sus oponentes políticos.

En el año 483 antes de Cristo se descubrió en la ciudad de Laurión una rica veta argentífera. Arístides propuso que sus beneficios fueran divididos entre el pueblo, a modo de generoso regalo, esperando con ello un clamoroso apoyo popular. En cambio Temístocles propuso emplear la nueva riqueza en la construcción de 200 buques, y equipamiento militar, en previsión de la invasión persa. Su propuesta triunfó sobre la de su adversario. La victoria política de Temístocles tuvo importantes efectos. Ante todo, su popularidad aumentó aún más entre los *thetes*, u obreros, quienes no sólo eran la mano de obra fundamental para la construcción de la flota, sino también la fracción más numerosa de la población, y de ellos saldría el contingente de remeros capaces de desplazar los buques cuando fuera necesario. A partir de este momento, los thetes atenienses entrarían a formar parte de la élite militar, ámbito hasta entonces reservado a los hoplitas. Y con toda seguridad, pagaron las atenciones de Temístocles con su apoyo en la Asamblea.

La construcción de la flota ateniense, por sugerencia de Temístocles, señala el principio de una etapa de prosperidad y esplendor para Atenas. Aquella flota desempeñó un papel decisivo en la derrota de los persas en Salamina y fue la base sobre la cual se levantaría el poderío del futuro Imperio ateniense.

Algunos historiadores sostienen que la necesidad de que los thetes desempeñaran papeles de primer rango en la vida ateniense de aquella época, les incitó a exigir mayor presencia política. Sin embargo, al menos mientras se construyó la flota, no fue así. De hecho, los obreros no constituyeron nunca en Atenas un grupo de presión política de tendencia radicalmente demócrata. Ahora bien, está claro que fueron el apoyo decisivo que permitió a Temístocles tomar una serie de disposiciones frente a sus adversarios políticos. Una de estas medidas fue la aplicación del «ostracismo», un tipo de enjuiciamiento —instituido por Clístenes— que estaba legislado de modo que, una vez al año, los atenienses podían castigar a un mal político enviándolo al exilio por un período de diez años. La primera fase del proceso consistía en que la Asamblea decidiera si procedía abrir un posible ostracismo. En la segunda fase, los ciudadanos votaban contra el hombre al que deseaban ver marginado de los asuntos políticos de Atenas, anotando su nombre en un gran tiesto. Normalmente había dos candidatos para tan deplorable destino, y el perdedor debía marchar al exilio, sin que el otro sufriera, sin embargo, deshonra alguna durante su actividad posterior.

Se afirmó que Clístenes inventó este curioso procedimiento para evitar el regreso de la tiranía, pero no fue un sistema efectivo para este fin. El ostracismo se utilizó en la práctica como medio para resolver pugnas insolubles entre dos políticos, y fue una forma de impedir guerras civiles y problemas de orden interno, factores que representaban una amenaza constante para las ciudades griegas. El retraso con que la reforma de Clístenes se promulgó e inscribió en el registro de estatutos sugiere una falta de confianza en el pueblo. Sin embargo, después de Marathón y de la construcción de la flota, los thetes se convirtieron en una fuerza decisiva en los debates políticos de Atenas.

Temístocles se sintió siempre seguro de que el pueblo le apoyaría y utilizó la institución del ostracismo contra los miembros del clan alcmeónida. En un breve espacio de tiempo, Megacles, Arístides y Jantipo fueron enviados al exilio. Y aunque él mismo, varios años después, sería víctima de tan despiadada ley, en el 474 antes de Cristo, lo cierto es que cuando tuvo el poder hizo buen uso de ella.

Jerjes invade Grecia

En el año 486 antes de Cristo el rey persa Darío murió, a la edad de 64 años, sin ver cumplido su objetivo de conquistar el mundo griego. Le sucedió en el trono su hijo Jerjes. El nuevo «rey de reyes» estaba ansioso por probar su valía militar, y en consecuencia, no necesitó que su experimentado y rencoroso general Mardonio le presionara para decidirse a realizar la invasión proyectada por su padre. Afortunadamente para los griegos, justo antes

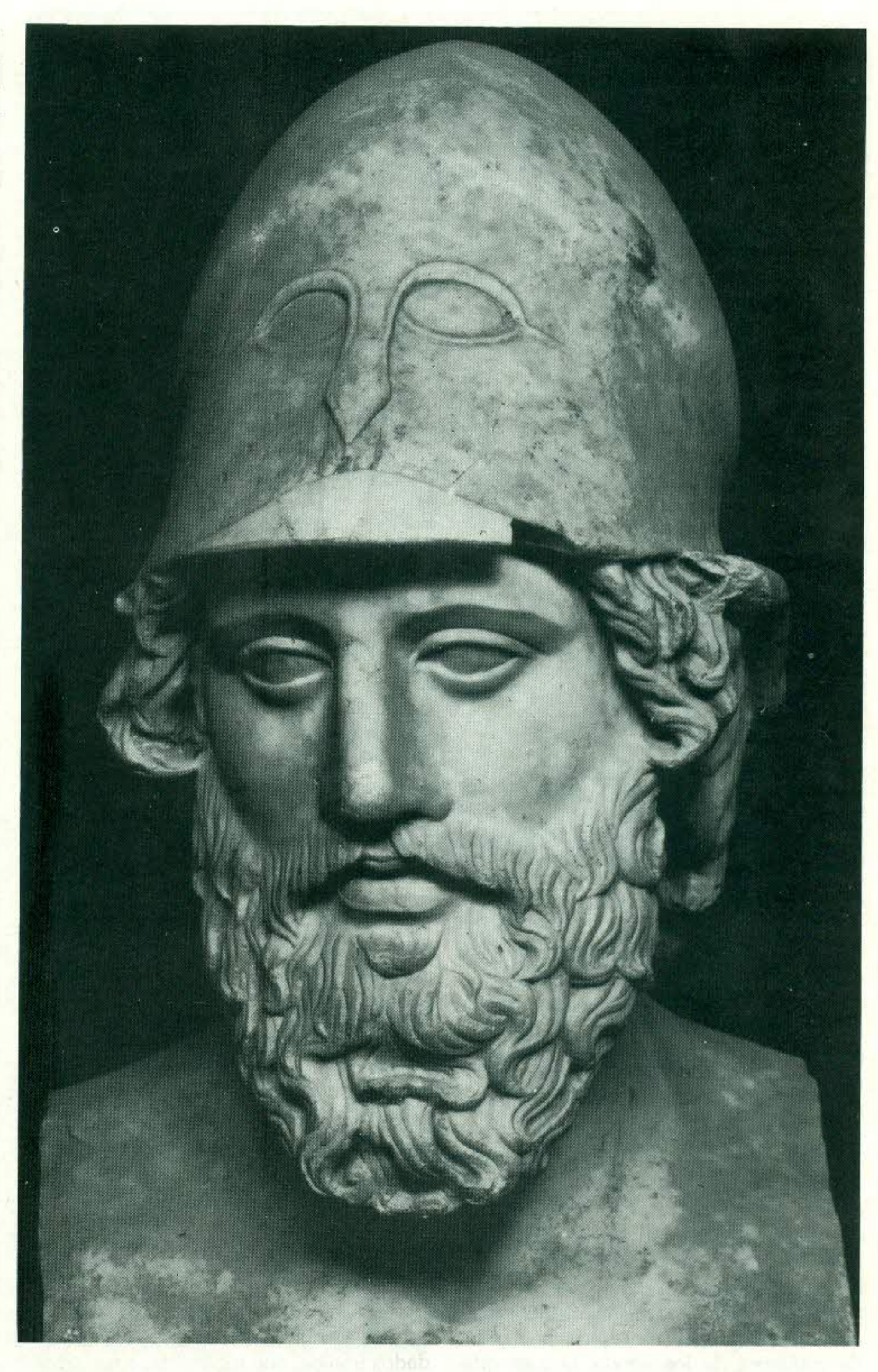
de la muerte de Darío la satrapía de Egipto se había sublevado, en protesta contra la imposición de nuevos tributos destinados a financiar la próxima guerra contra los griegos.

Los persas no pudieron restablecer el orden hasta el año 484 antes de Cristo, y por tanto, Jerjes no pudo concentrar su atención sobre Grecia hasta esa fecha. Ahora, los persas pondrían gran cuidado en no cometer errores. Cuidadosamente, planearon un avance lento y simultáneo de sus ejércitos de tierra y mar. Con el ánimo de evitar una repetición del desastre naval frente al monte Athos, durante tres años cavaron un canal a través de un estrecho promontorio, de manera que su flota pudiera superar tan peligroso recodo.

En el año 480 antes de Cristo, con un retraso de seis años desde que tomara el poder, Jerjes reunió a su ejército en Sardes y dio la orden de partir hacia el Helesponto, donde había hecho construir un puente, formado con barcos de su flota. Hay contradicciones acerca de la cuantía del ejército persa. Es altamente improbable que lo compusieran más de un millón de hombres, como afirma Herodoto en sus crónicas. Probablemente lo integrasen unos 180.000 soldados, organizados en tres divisiones. Era natural que los griegos, una vez fracasó la invasión, tendieran a exagerar las cifras enemigas. Así, también se dijo que Jerjes, encolerizado por la destrucción del puente sobre el Helesponto por una tempestad, mandó azotar el mar como castigo contra Poseidón.

La propaganda griega presenta a Jerjes como un sacrílego enemigo del cielo, finalmente castigado por los dioses. Esquilo, en su tragedia *Los persas,* dedica parte de la obra a la destrucción de los templos griegos por aquéllos, y narra después el castigo que los dioses les aplicaron por aquel sacrilegio. Naturalmente, en esta versión parcialmente objetiva, los griegos aparecían como el bando favorito de los dioses. Cuanto más brutal y despiadado fuera Jerjes, más honestos y justos serían los griegos. Para obtener un retrato desapasionado de Jerjes es necesario consultar los testimonios documentales persas, los cuales le señalan, en su juventud, como un vigoroso monarca, que luego se vio envuelto en una serie de intrigas, relacionadas con su harén. El hecho es que, en el año 480 antes de Cristo, cuando el rey persa cabalgaba a través de Macedonia rodeado de sus «inmortales», iba en dirección a su primera y única derrota militar.

Los griegos, conocedores de que la amenaza persa se cernía por el norte, concentraron sus efectivos militares en el istmo de Corinto, discutiendo con Esparta la estrategia a seguir. Globalmente, la situación parecía desfavorable para los griegos. Todas las ciudades de Tesalia y Beocia, incluyendo la poderosa Tebas, se habían sometido al poder persa. Los griegos, por su parte, habían recibido de los oráculos de Delfos la conclusión de que «debían tener confianza» en sí mismos, a pesar de lo cual Temístocles creyó que lo más prudente era retirar la flota hacia la isla de Salamina, y esperar. En cambio, los miembros de la Liga del Peloponeso, que constituían un nutrido y poderoso conjunto aliado de Atenas, por motivos de índole personalista y por razones estraté-



Temístocles, estadista y general ateniense, vencedor en la batalla de Salamina contra la flota persa. Fue condenado al ostracismo en el año 470 y murió en el 459 antes de Cristo. (Museo Vaticano, Roma.)

gicas creían que lo correcto era resistir en el istmo de Corinto —en el célebre paso del Peloponeso—. Esta idea encontró la rotunda oposición de megarios, eginos y atenienses, pues sus ciudades estaban situadas en el sector septentrional del istmo y se hallaban prácticamente sin defensas. Finalmente, los espartanos estuvieron de acuerdo con Temístocles, pues las defensas del istmo no eran suficientemente seguras. Se decidió, para ganar tiempo, enviar una fuerza de vanguardia al mando de Leónidas para distraer la atención persa.

Las primeras batallas de la guerra fueron gloriosas para los soldados griegos, pero no decisivas. En Fócida, en el angosto y aparentemente inexpugnable paso de las Termópilas, Leónidas y sus espartanos fueron traicionados y tuvieron que enfrentarse repentinamente con un fortísimo y masivo ataque persa por ambos flancos del paso. Todos los espartanos murieron en el combate, pero infligieron graves pérdidas a un enemigo enormemente superior. Por otra parte, la flota aliada —predominantemente ateniense— atacó a los persas en el cabo Artemision, en una batalla naval que terminó sin resultado claro, a causa del temporal que se desató y que obligó a los contendientes a retirarse. Conocedores de la noticia de que los persas habían forzado el paso de las Termópilas, los aliados aceptaron finalmente la idea de Temístocles y se replegaron con sus naves a la isla de Salamina. Por su parte, el ejército persa y su flota se aprestaban a saquear Atenas.

La batalla de Salamina estuvo a punto de no realizarse. Los espartanos y el resto de los aliados de Atenas deseaban nuevamente concentrarse en el istmo de Corinto, pero Temístocles, una vez más, desplegando sus buenas artes políticas, les retuvo en Salamina. Para él, era necesario destruir totalmente la flota persa, pues ello crearía a los persas enormes dificultades en la retirada. Analizó la situación de la zona, y llegó a la conclusión de que la angostura de los estrechos que rodeaban a Salamina y la separaban de otras islas y de la costa griega favorecería la rapidez de maniobra de los ligeros buques griegos, mucho más fáciles de maniobrar que los de los persas.

El 21 de septiembre, la flota persa aparecía ya en el horizonte. Durante la noche anterior, los almirantes griegos deliberaban aún acerca de la conveniencia de marchar hacia Corinto, cuando Temístocles ordenó de improviso el movimiento de sus naves, para liquidar las discusiones y obligar a los demás almirantes a participar de sus planes de ataque. Hizo llegar a Jerjes un mensaje, en el que se afirmaba que los griegos estaban preparando la retirada de sus posiciones en Salamina. Y el rey persa cayó en la trampa. Una escuadra egipcia se dirigió inmediatamente a bloquear el canal del oeste. Los planes de Temístocles se cumplían. Había llegado el momento de romper el teórico cerco enemigo.

Al día siguiente, a primera hora de la mañana, Jerjes se situó sobre una colina desde la cual se dominaba la bahía de Salamina, para observar cómo su flota entraba en el estrecho y destruía a los griegos. Pero no fue así. Los griegos combatieron con la temeridad de quien se siente cercado, tal como Temístocles había previsto, y los buques persas se acumularon en el angosto paso, donde fueron destruidos por la flota griega. Aunque los jonios, aliados de los persas, destruyeron la escuadra espartana, los atenienses y eginos destrozaron despiadadamente la flota de Jerjes. Los persas perdieron unas 200 naves, y 40 los aliados griegos. Por otra parte, un contingente persa que había desembarcado en la islita de Psitalía fue aniquilado por Arístides, que mandaba una fuerza hoplita.

Quizás el efecto más sorprendente de la victoria de Salamina fue el estupor que causó en Jerjes, que a partir de ese momento pareció perder el equilibrio mental. En un rapto de ira mandó ejecutar a varios capitanes fenicios, acusándoles de supuesta cobardía. Él provocó la retirada de las naves egipcias y fenicias supervivientes. A pesar de la derrota naval, Jerjes tenía su ejército de tierra intacto, y por otra parte las disensiones entre los griegos podían jugar aún a su favor. Sin embargo, estaba anonadado y era incapaz de reaccionar. Además, presintió aterrorizado que la flota griega podía navegar hasta el Helesponto y destruir el puente de barcos para cortarle la retirada, acción que los aliados de Atenas tenían planeada, pero que Temístocles descartó con grandes dificultades. Jerjes decidió retirarse a Sardes, llevándose dos divisiones de infantería, y dejando otra en Beocia al mando de Mardonio.

Mardonio tenía a sus órdenes un ejército de buena calidad, compuesto de soldados iranios, que superaban a sus adversarios en número. Asimismo, los suministros estaban asegurados por un cuerpo del ejército que permanecía en Tracia, al mando de Artabazo, y otro que se situó en Jonia, mandado por Tigranes. Los griegos se habían replegado hacia sus ciudades tras la victoria de Salamina, y no tardaron en surgir las divergencias de rigor entre ellos.

Con ánimo de socavar la moral enemiga y ahondar sus disensiones, Mardonio ofreció ciertas condiciones a los atenienses: la condición de aliado independiente y una generosa reparación como deuda de guerra. La oferta fue rechazada. En respuesta, el general persa invadió el Ática y los atenienses se retiraron una vez más a Salamina. En posición de fuerza, Mardonio repitió sus ofertas y de nuevo los atenienses las rechazaron. Como anécdota que revela el estado de ánimo reinante entre los griegos, se cuenta que un hombre que comentó la posibilidad de negociar fue lapidado hasta morir junto con su familia.

De hecho, la situación era desesperada. Los espartanos se mostraban, una vez más, insolidarios y no deseaban abandonar el Peloponeso. Los atenienses tuvieron que persuadirles de nuevo, enviando una embajada, de que se unieran a ellos contra Mardonio. Finalmente, el ejército espartano, al mando de Pausanias, se puso en marcha hacia Beocia.

Con estas noticias, Mardonio acabó convenciéndose de que por la vía diplomática no conseguiría dividir a los griegos, y después de saquear el Ática se retiró a Tebas. A continuación, el ejército griego mandado por Pausanias avanzó gradualmente por el Ática, entrando finalmente en contacto con los persas en la ciudad beocia de Platea. Tras una escaramuza inicial, en la que resultó muerto el comandante de la caballería persa, Matistio, ambos ejércitos formaron sus líneas de ataque y se encararon al pie de las laderas meridionales del monte Citerón. Nadie deseaba ser el primero en atacar, pues los presagios señalaban la victoria final para quien se mantuviera inicialmente a la defensiva.

Durante la pausa nocturna, los generales griegos decidieron que lo más prudente sería retirarse a sus posiciones iniciales, pues sus tropas carecían de alimento y agua, y la caballería persa estaba intentando cortar las líneas de suministro y cercarlos. Y en efecto, en plena noche los ejércitos aliados iniciaron el repliegue, pero con tal lentitud que en la aurora del nuevo día se encontraban todavía a poca distancia de sus posiciones iniciales. Por otra parte, el cuerpo del ejército espartano decidió permanecer en el campo de batalla.

Ante esta situación, Mardonio abandonó toda precaución y lanzó sus tropas al ataque de forma totalmente desordenada. Insuficientemente armadas, las tropas persas no pudieron romper el frente espartano. En aquel momento, los aliados que se retiraban recibieron la noticia del inicio de las hostilidades y regresaron rápidamente en apoyo del ejército espartano.

En el camino, los atenienses fueron detenidos por contingentes de tropas jonias, y los megarenses fueron obligados a re-

troceder, hostigados por la caballería tebana. Cuando, finalmente, atenienses y corintios llegaron al escenario del combate, el desastre persa estaba prácticamente consumado. Mardonio había muerto y los restos de su ejército se retiraban confusamente, encerrándose en su campamento, que no resistió el ataque aliado, pereciendo todos sus ocupantes. Fue ésta una gran victoria, obtenida esencialmente por el ejército espartano, que restauró así el prestigio militar de Esparta, eclipsado por los crecientes éxitos atenienses de Marathón y Salamina.

Inmediatamente después de la batalla, mientras las tropas griegas saqueaban aún el campamento persa, los generales, a propuesta de Arístides, se reunieron para preparar el futuro inmediato. Se ratificó la solidaridad aliada y el derecho de los espartanos a dirigir las operaciones militares. Finalmente, acordaron proseguir la guerra hasta la liberación de Jonia y destruir definitivamente la amenaza persa. Tal tarea la habría de culminar con éxito la Liga helénica, como pasó a llamarse la alianza griega, pero ya no sería bajo el liderazgo de los espartanos.



El soldado de Marathón. *Es legendaria la carrera del soldado ateniense que llevó a Atenas la noticia de esta victoria sobre los persas (490 antes de Cristo) y murió agotado tras comunicarla. Esta escultura, realizada por J. P. Cortot 2300 años después, recuerda la inspiración transmitida por los artistas griegos. (Louvre, París.)*

La Liga délica

Antes de la batalla de Platea, y por tanto antes de la formación de la Liga helénica, el ejército griego había atacado ya posiciones persas en Jonia. En Samos, en el año 479 antes de Cristo, una flota aliada, con la ayuda de disidentes jonios, atacó a los buques persas anclados en la playa, destruyéndolos y aniquilando la división persa mandada por Tigranes que les protegía. Esta victoria fue quizá más importante que la de Platea. Fue un golpe decisivo que llevó al general Artabazo a retirarse de Tracia y no tomar las posiciones abandonadas por Mardonio tras su derrota en Platea.

En dos años, los persas habían perdido dos de sus mejores divisiones. Las naves aliadas navegaban ahora por el mar Jónico, conocedoras de su superioridad. En el año 478 antes de Cristo, Pausanias fue enviado como general en jefe de las fuerzas de aquel sector. Liberó las ciudades griegas de Chipre y tomó la estratégica ciudad de Bizancio. Las islas de Chíos, Lesbos y Samos, y las ciudades de Mileto, Abydos y Cizico, recuperaron su independencia.

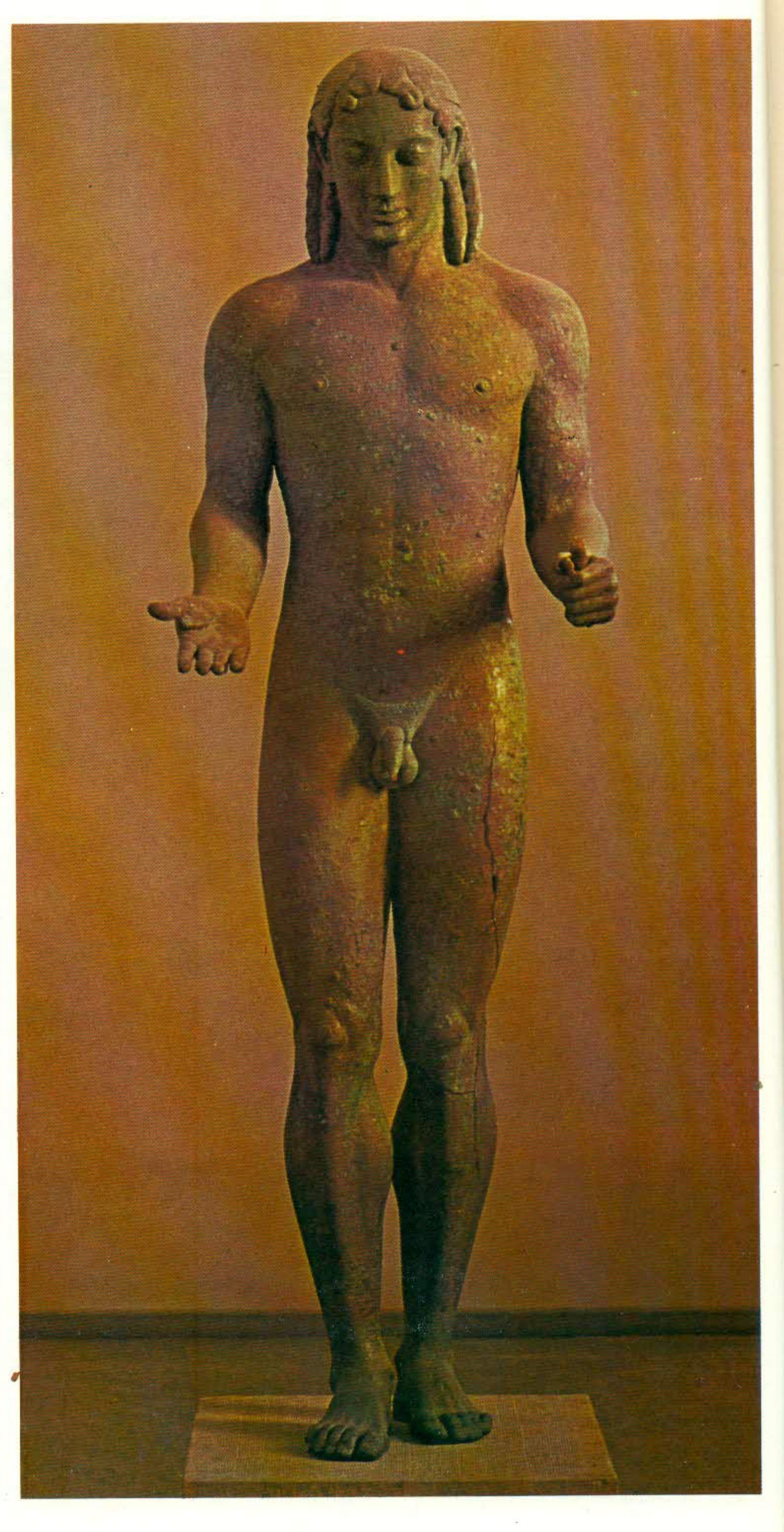
Incapaces de doblegar militarmente a los griegos, los persas recurrieron de nuevo a la diplomacia y el soborno. Y Pausanias, que había demostrado su gran capacidad militar, puso de manifiesto la debilidad espartana frente a los señuelos de la riqueza ofrecida por los persas. Entró en negociaciones con Jerjes, comprometiéndose, a cambio de un gran botín, a traicionar a sus aliados.

Cualesquiera que fueran los motivos, lo cierto es que Pausanias asumió una conducta que tendría fatales consecuencias para él y para Esparta. Tras la captura de Bizancio, el general espartano adoptó la vestimenta y ciertas costumbres persas, lo que despertó sospechas entre los griegos. Más tarde se interceptó un correo que probaba la existencia de negociaciones entre Pausanias y Jerjes.

Pausanias fue destituido y regresó a Esparta, donde continuó con sus maquinaciones políticas, pero el prestigio, la honradez y la credibilidad de los espartanos estaban en entredicho en todo el mundo helénico.

Además, nuevas dificultades surgían para Esparta. Era básicamente una fuerza terrestre, y poco adecuada para una campaña naval en el este. Sin embargo, no estaba dispuesta a ceder a Atenas el liderazgo de la Liga helénica. Los atenienses fueron expeditivos. Decidieron formar una nueva alianza, la Liga délica, marginando a Esparta. Esta Liga sería el embrión de la futura hegemonía ateniense en el mundo griego.

La gloria de Atenas



El historiador griego Polibio escribió, en el siglo II antes de Cristo, que los romanos adquirieron un imperio involuntariamente. El mismo concepto de «imperio» lo utilizó antes Tucídides, refiriéndose a la expansión ateniense. Esta coincidencia no es fortuita, pues responde a una realidad concreta. Para entender cómo la Liga délica se transformó en el Imperio ateniense, es necesario remontarse a la formación de aquélla y tratar algunos puntos con precisión.

La Liga se estableció, bajo la presidencia de Arístides, como una alianza militar para la defensa y la ofensiva. Sus miembros eran iguales y autónomos. El objetivo más inmediato era proseguir la guerra contra Persia, liberar a los jonios, todavía bajo su control, y conseguir que los persas indemnizaran a las ciudades-estado griegas de los daños sufridos por sus agresiones. Esta guerra fue fundamentalmente de carácter naval, debido a la posición de Jonia, esencialmente marítima. La preponderancia naval ateniense hizo innecesaria la aportación de naves por parte de los restantes miembros de la alianza. En general, los aliados de Atenas contribuyeron básicamente con dinero, según sus posibilidades, para financiar la flota que dirigiría Atenas, que en última instancia luchaba en beneficio propio. El dinero lo recogieron recaudadores nombrados al efecto por la Liga, un auténtico cuerpo de tesoreros helénico; pero todos ellos eran atenienses. Por consiguiente, ya en los inicios de la Liga, Atenas desempeñaba el control ejecutivo en los planos financiero y militar.

Gradualmente, a medida que la amenaza persa se reducía, y muy especialmente después de la victoria ateniense en Eurimedonte, en el año 469 antes de Cristo, las ciudades-estado griegas, paradójicamente, aumentaron su contribución financiera para fabricar más barcos. El control financiero y moral de los atenienses sobre sus aliados aumentó, y su influencia y autoridad se incrementaron. Los estados que, descontentos con la creciente centralización, intentaban abandonar la alianza, eran tratados de rebeldes y castigados, con el pretexto de que su retirada amenazaba la seguridad colectiva de los alidados. Por ejemplo, en el año 470

antes de Cristo se produjo la sublevación de Naxos, y rápidamente fue sometida por la violencia. Thasos lo hizo en el 465 antes de Cristo y Samos en el 440 antes de Cristo, sufriendo ambas la misma suerte que Naxos.

Los colonizadores atenienses

La revuelta de Naxos señaló el nacimiento de la «cleruquía», una práctica ateniense que causaría graves disensiones entre los aliados, y cuya finalidad era doblegar a los súbditos de Atenas, pues en esto se habían convertido finalmente los aliados de la Liga délica. La cleruquía consistía en organizar parcelas de tierra cultivable y distribuirla entre los griegos para su laboreo. Los colonizadores («clerucos»), fuera cual fuera su origen, eran considerados ciudadanos de Atenas. De este modo comenzó, mediante el vínculo económico de la parcela, un proceso de profundización de un sentimiento proateniense. Atenas era ya la «patria adoptiva». Aquellos colonizadores lo eran en el peor sentido de la palabra, pues estaban guiados por una ambición puramente personal. Además de esta red psicológico-económica de control, la abierta amenaza de la flota ateniense aseguraba en las ciudades-estado «aliadas» el mantenimiento de la democracia, es decir, la existencia de un régimen político similar al de Atenas, sometiendo a las aristocracias locales. Asimismo, los pleitos de importancia producidos en cualquier ciudad-estado miembro de la Liga, se resolvían en Atenas.

Atenas estaba dejando de ser un miembro más de la Liga délica, el «primero entre iguales», y el proceso hacia el dominio imperial era inevitable. Ciertamente hubo, por parte ateniense, un evidente cálculo político, pero también es verdad que los aliados, al delegar en Atenas los asuntos militares, contribuyeron decisivamente a la hegemonía de la más importante de las ciudades-estado. Todo ello proporcionó a los atenienses un discutible, pero en última instancia auténtico, derecho moral a dictar el curso de los hechos posteriores.

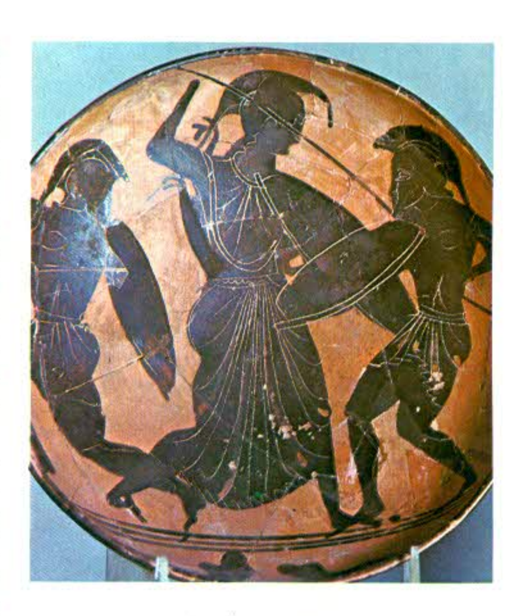
En el año 449 antes de Cristo se pactó la paz entre la Liga délica y Persia, pero la Liga no se disolvió, a pesar de que el objetivo que forzó su nacimiento había desaparecido. Atenas abandonó las matizaciones, y de sus intenciones hizo una realidad oficialmente institucionalizada. A partir del año 449 antes de Cristo, Atenas comenzó a enriquecerse con el tributaje de sus viejos aliados. La provisión de alimentos estaba garantizada, pues la flota constituía un poderoso medio de comunicación. Y por otra parte, se pudo construir una gran muralla que enlazaba la ciudad con el puerto de El Pireo. Con ello, Atenas se convertía, junto con Esparta, en la mayor potencia de la zona. Poco tenía que ver la nueva realidad con aquella ciudad que, en el año 490 antes de Cristo, sólo había sido capaz de organizar y armar 20 buques para ayudar a los jonios. El crecimiento del poderío ateniense entre los años 490 y 449 antes de Cristo era un hecho, e incidió en la política interna.

Temístocles, el fundador del poder ateniense, había caído. Cimón, el líder aristocrático de los primeros días de la Liga délica, estaba en el exilio, y Pericles, el profeta del imperialismo puro, carecía de fuerza para imponerse. Sin embargo, las disensiones internas de Atenas no fueron aprovechadas por los aliados para recuperar su autogobierno. Todo el mundo centró su atención en el proceso de radicalización democrática de Atenas y en las tensas relaciones de ésta con Esparta.

Esparta o Persia

Después del año 479 antes de Cristo, en Atenas primaba la preocupación por los asuntos exteriores. La opinión interna se hallaba dividida en dos grandes corrientes. Por una parte, estaban los demócratas radicales, que coincidían con Temístocles en que la amenaza persa había sido decisivamente liquidada, y el peligro futuro era Esparta. Por otra parte, los conservadores, dirigidos por Cimón, hijo de Milcíades, se mostraban favorables a estrechar los lazos de amistad con la aristocrática Esparta y consideraban que las energías atenienses debían orientarse exclusivamente en completar el fin del Imperio persa.

Temístocles y sus partidarios consiguieron inicialmente imponer su política. Inmediatamente después de la batalla de Platea, los espartanos sugirieron a los atenienses que no reconstruyeran las murallas de su ciudad, con el pretexto de que, en el caso de una nueva invasión persa, el enemigo carecería de un objetivo preciso contra el cual operar. Pero el prestigio de Temístocles como vencedor de Salamina le permitió imponer su criterio. Mientras la población ateniense trabajaba febrilmente levantando la gran muralla, Temístocles negociaba en Esparta, en una hábil maniobra dilatoria para ganar tiempo. Cuando le informaron de que las murallas eran suficientemente sólidas para defender Atenas, rompió las conversaciones con los espartanos, argumentando que



Arriba, plato con la diosa Palas Atenea encontrado en las ruinas de Ampurias (Gerona).

Página anterior, figura en bronce, probablemente de Apolo (estas esculturas de jóvenes griegos reciben el hombre de «kouros»), que se ha datado hacia 530 antes de Cristo. Fue encontrada a mediados de este siglo por un trabajador que excavaba una zanja en El Pireo. (Museo Nazionale, Nápoles.)

Atenas podía tomar sus propias decisiones, y que las mejores alianzas eran aquellas que se basaban en la igualdad de fuerzas entre sus miembros. Los espartanos se sintieron engañados y montaron en cólera, pero supieron disimularla. De todos modos, la semilla de la discordia entre ambas potencias griegas estaba ya sembrada.

Temístocles no pudo disfrutar mucho tiempo su victoria diplomática. El prestigio de Cimón, como general victorioso de la Liga délica en las luchas de la última fase de la guerra, aumentaba sin cesar. En el año 474 antes de Cristo, él y sus partidarios consiguieron relegar a Temístocles al ostracismo. Temístocles marchó a Argos, ciudad-estado tradicionalmente enemiga de Esparta, en donde fomentó un belicoso sentimiento contrario a ésta. Los espartanos se soliviantaron, y en el año 470 antes de Cristo acusaron a Temístocles de colaboracionista con los persas, acusación que fue rápidamente difundida en Atenas, donde Cimón, amigo de Esparta, se aproximaba ya a la cúspide de su poderío. En consecuencia, Temístocles fue proscrito y expulsado de Grecia. Huyó a Persia, donde, por ironía del destino, acabó sus días como consejero del rey. Su liderazgo democrático en Atenas lo asumieron Efialtes y Pericles, pero no alcanzaron gran ascendencia entre el pueblo hasta el año 462 antes de Cristo.

En el año 469 antes de Cristo, Cimón consiguió una aplastante victoria sobre los persas en Eurimedonte. Esta victoria, aunque aumentaba su popularidad, por otra parte diluía lo que había sido el principal argumento de su política: la amenaza persa. Sin embargo, este hecho no se hizo manifiesto inmediatamente, y durante cuatro años gobernó sobre los destinos de Atenas. En el año 465 antes de Cristo, Cimón sufrió una aparatosa derrota frente a los tracios cuando intentaba instaurar allí una colonia de Atenas, y su popularidad comenzó a desvanecerse. Dos años más tarde Pericles se sintió con la suficiente fuerza para procesarle por corrupción. Y aunque el proceso no prosperó, lo cierto es que su simple existencia demostró que la voluntad popular estaba cambiando nuevamente.

La ruina política de Cimón la completaron los propios espartanos. En el año 462 antes de Cristo, Cimón persuadió a los atenienses de la necesidad de enviar un ejército en ayuda de los espartanos, que estaban intentando aplastar una rebelión de ilotas en Itome. Sin aparente justificación, los generales espartanos rehusaron la ayuda. Según el historiador Tucídides, Esparta recelaba del creciente poderío ateniense, y temía que Atenas instigara rebeliones por todo el Peloponeso.

Ni Cimón ni su partido sobrevivieron a esta crisis. Efialtes y Pericles introdujeron rápidamente reformas políticas que recortaban los poderes del Areópago, hasta entonces el máximo tribunal de Atenas y bastión del conservadurismo ateniense. Sus poderes más importantes pasaron al Consejo de los quinientos. Se lés dejó tan sólo el derecho a tratar delitos comunes y algunos asuntos religiosos. Así, el último vestigio del poder aristocrático era reducido a su mínima expresión.

Cimón fue, como Temístocles unos años antes, víctima de la ley del ostracismo, y sus seguidores reaccionaron asesinando a Efialtes.

Pericles

Este gobernante demócrata radical controló los destinos de Atenas durante los últimos quince años de su vida, siendo elegido anualmente como uno de los diez generales de la ciudad.

Después del año 486 antes de Cristo, cuando los arcontes ya no eran elegidos, sino seleccionados por la suerte, los *strategos* quedaron como los únicos militares atenienses sometidos al proceso de elección. Ni siquiera los demócratas más radicales, anarquistas prácticamente, consideraron razonable confiar los problemas de la guerra al azar, pues podía surgir un



incapaz. Pericles era un soldado competente, pero sobre todo prevaleció la influencia moral que ejercía sobre los atenienses, y anualmente era elegido para el cargo de estratega.

Pericles poseía una profunda visión del papel de Atenas en la sociedad griega, y por otra parte era un gran pragmático. Verdadero maestro en el arte de las relaciones públicas, fue un hombre aparentemente reticente a manifestarse, mostrando a veces una ambigüedad premeditada. Impuso en Atenas un estilo político que le proporcionó un gran apoyo popular.

Sin embargo, el idealismo y las ambigüedades no impidieron a Pericles ser un político astuto y duro. Fue el exponente máximo de un comportamiento político que en la perspectiva moderna puede parecer paradójico, pues si hubiera que definirlo se diría que fue un «imperialista demócrata». Para él, Atenas dependía de su flota, y ésta no podía funcionar sin el concurso popular. La fuerza política del pueblo era, en consecuencia, el objetivo esencial de la política de Pericles.

El año antes de recortar los poderes del Areópago, fue promotor de otra reforma que dio a la justicia ateniense un carácter verdaderamente democrático: los jurados cobrarían dos óbolos diarios, y cualquier ciudadano podía ser juez. Esta medida fue estrictamente ateniense. Con ella, el pueblo accedía realmente al poder.

Entre los años 460 y 445 antes de Cristo, Atenas entabló una esporádica guerra con tribus peloponesas, pues la ciudad se sintió lo suficientemente fuerte desde el punto de vista político y militar como para expandir su dominio sobre todo el continente griego, convencidos de que Esparta no podría impedirlo. Sin embargo, Pericles había asumido una política con escasas probabilidades de éxito, como los hechos demostrarían posteriormente.

Durante el curso de aquella guerra, Atenas ocupó Beocia, Megara y Aquea en el norte del Peloponeso, así como la isla Egina, pero no era lo suficientemente fuerte para mantener estos territorios. Sus ejércitos sufrieron dos derrotas consecutivas, en Tanagra y Coronea. Cuando finalmente los espartanos invadieron el Ática, en el año 446 antes de Cristo, los atenienses abandonaron su política expansionista, renunciaron al dominio sobre los territorios conquistados y pactaron con Esparta una tregua por 30 años.

Sin embargo, la paz solamente duró 15 años. Durante este lapso de tiempo, Pericles reforzó y consolidó el poderío naval ateniense hasta tal extremo, que los espartanos se sintieron amenazados y optaron por la guerra. También cabe señalar que Pericles convirtió Atenas en una verdadera capital cultural, y durante su mandato se produjo lo mejor del arte, la literatura y la filosofía griega.



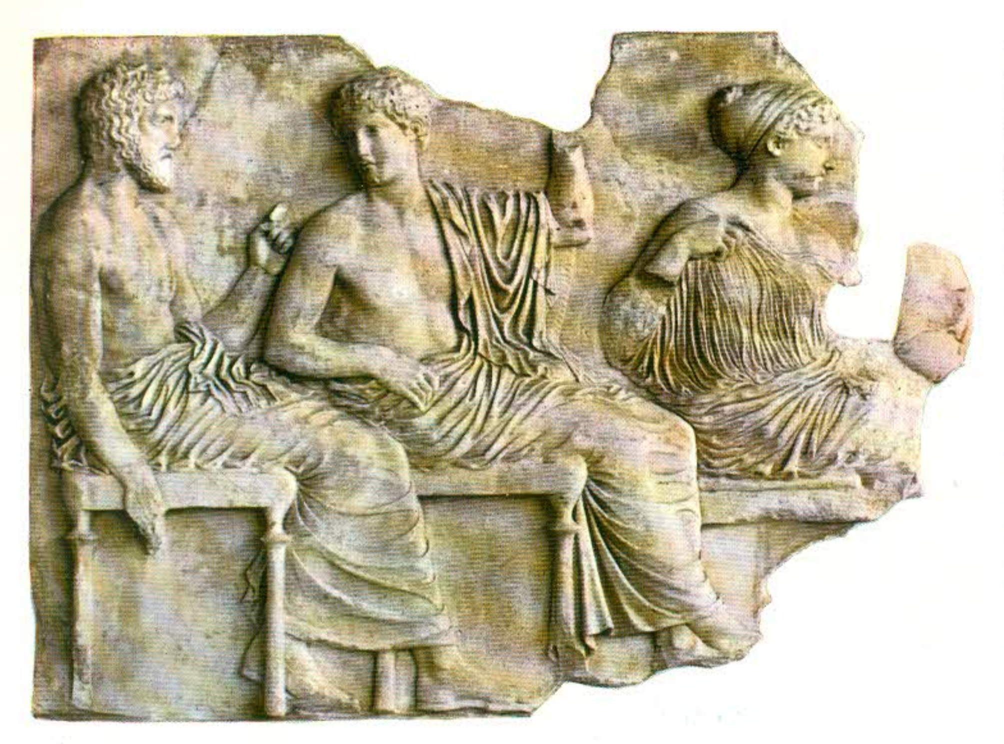
Arriba, busto de mármol de Pericles, estadista griego (hacia 500-429 antes de Cristo) que estuvo al frente del gobierno de Atenas desde el 471 al 431. Es una copia de una estatua de Cresilas, que fue contemporáneo suyo. (British Museum, Londres.)

Página anterior, cabeza en bronce de un guerrero, hallada en la Acrópolis; de 530 antes de Cristo, aproximadamente. (Museo Nacional, Atenas.)

El Partenón

Los más grandes monumentos conservados de la próspera época de Pericles son el templo de Atenea —el Partenón— y el pasillo de entrada a este templo —el Propileo—. Todos estos restos coronan aún la acrópolis de Atenas (el templo de la Victoria y el Erecteion, que están junto a aquéllos, fueron construidos después de la muerte de Pericles).

Pericles financió la construcción utilizando los fondos de la Liga délica, y aunque fue criticado por sus contemporáneos, especialmente los no atenienses, lo cierto es que la calidad de los monumentos le dispensa de toda crítica. Aparte de la intrínseca belleza, construcciones como el Partenón y sus esculturas representan quizás el máximo apogeo de la arquitectura y escultura clásicas. Pericles no mandó a sus artesanos y constructores que realiza-



ran una obra más de las muchas ya existentes en Atenas, sino que su idea fue edificar algo que reflejara los más diversos estilos en boga durante la época, como un símbolo apropiado para el pujante Imperio ateniense.

El término «clásico» se utiliza aquí para definir un período determinado de la historia del arte griego, iniciado a principios del siglo V antes de Cristo, cuando, por primera vez, los artistas se decidieron a representar la figura humana con sus más precisos detalles anatómicos y en posiciones dinámicas, como si estuvieran en movimiento. Antes de la irrupción del clasicismo, los artistas griegos habían trabajado siempre dentro de los estrechos y ortodoxos cánones del arte estático. Los escultores más arcaicos se limitaban a crear unas estatuas, llamadas *kouroi*, que invariablemente representaban adolescentes de ambos sexos. Se trataba de unas producciones estilizadas y rígidas: sus expresiones faciales eran arquetípicamente sonrientes, carentes de todo esfuerzo introspectivo, y sus miembros carecían de cualquier connotación dinámica. Fue en Atenas y Jonia donde, en el siglo VI antes de Cristo, se abordó la escultura basada en la precisión anatómica, y particularmente los jonios llegaron a ser excelentes creadores, siendo los primeros, por ejemplo, en reflejar los pliegues de las vestimentas en sus estatuas. De hecho, el arte de reproducir la figura humana de forma natural fue eludido por los escultores arcaicos.

Los primeros intentos con éxito de romper la hegemonía del *koroi* y presentar a los individuos con vida, dinámicamente, tuvieron lugar en el ámbito de las construcciones arquitectónicas; es decir, la escultura fue concebida en una primera fase como parte integrante del edificio: nacieron así los tallados en alto o bajorrelieve, trabajados en mármol.

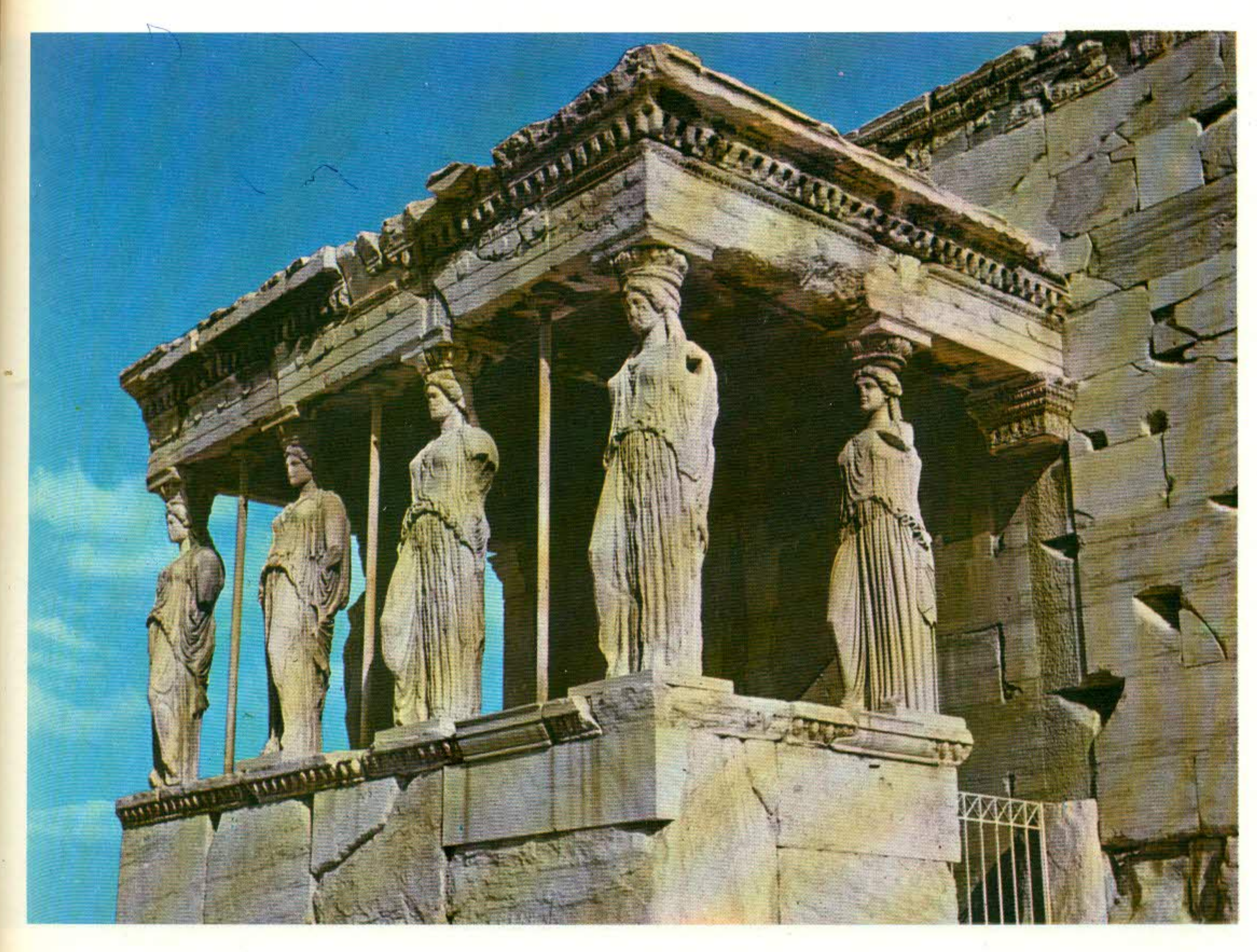
El nuevo realismo que mostraba el movimiento humano en los frisos y en las estelas funerarias se desarrolló progresivamente. El trabajo en relieve era para los escultores un auténtico reto, y se sintieron impelidos a experimentar con el nuevo estilo en estatuas aisladas, unidades propias levantadas sobre un pedestal. Nacía una nueva variante del arte escultórico clásico. Debido a que una estatua humana en posición dinámica era difícil de esculpir en mármol, pues la rigidez de este material impedía el adecuado equilibrio de la figura, en una primera fase aquellos artistas trabajaron con bronce, material mucho más dúctil. Sin embargo, las estatuas de bronce fueron posteriormente fundidas. Existen copias hechas por los romanos de estas estatuas, pero las originales han desaparecido casi en su totalidad. Este hecho otorga a los frisos del Partenón su gran valor e interés artístico.

¿Quién fue el autor —o los autores— de aquellos geniales frisos? Registros contables provenientes de tan lejana época, concretamente las notas sobre los pagos realizados a los artesanos del templo de Erecteion, indican que las autoridades encargaban a un maestro escultor (probablemente Fidias, en el caso del Partenón) que presentara un diseño del friso en cuestión. Otros artesanos inferiores, bajo la supervisión del maestro, realizarían el trabajo siempre de acuerdo con las instrucciones de aquél. Los temas reflejados por los frisos eran, tradicionalmente, la traducción expresiva de figuras míticas o religiosas, es decir, dioses o héroes. Así, el friso del templo de Zeus en Olimpia muestra los llamados «doce trabajos de Hércules». Sin embargo, la gran innovación del Partenón fue que no sólo constituía un homenaje a los dioses, sino también a los atenienses, y más concretamente al pueblo. Así, los mortales fueron inmortalizados en el friso del Partenón.

El tema elegido por Fidias en esta representación populista fue la tradicional procesión panatenaica, en la que los atenienses llevaban al templo de Atenea una túnica especialmente tejida para cubrir la sagrada estatua de madera que presidía los destinos de la ciudad. El friso muestra a los atenienses en procesión: jóvenes a caballo, hombres caminando o detenidos amarrándose los cordones de sus sandalias, y doncellas portando la túnica sagrada. Todas las figuras son extremadamente ricas en detalle y movimiento, pero el friso no es una representación exacta de un hecho concreto, es decir, no se trata de una «fotografía en piedra», pues los rostros aparecen idealizados, dotados de una bondad intrínseca. Además, algunos hombres aparecen desnudos, lo cual no era tolerado en la vida real.

El edificio del que tan fascinante friso formaba parte, no era un templo más. Diseñado por Ictino y Calícrates en un sencillo estilo dórico, su volumen era mucho mayor que los templos tradicionales, y sin embargo su mole no inspira una idea masiva o aplastante. Los arquitectos evitaron el peligro de dicha sensación introduciendo diversas modificaciones en el diseño. Modificaciones sencillas, pero sutiles. Las columnas, por ejemplo, son más estrechas de lo normal, y las metopas son más pequeñas también. Las líneas rectas de la base de la columna no son tales, sino que presentan un diseño casi imperceptiblemente curvo. Por todo ello la apariencia del Partenón puede engañar al observador, y se presenta como una construcción más bien frágil, a pesar de sus dimensiones. En el interior del templo había una enorme estatua de Atenea, fabricada en oro y marfil, obra también de Fidias. El Propileo, un hermoso y doble porche que conduce al Partenón, fue asimismo construido en estilo dórico, pero evitando de nuevo la rigidez, dotándolo de una sala de columnas de un ligero estilo jónico.

Para los atenienses, el Partenón tenía ante todo una finalidad religiosa, y en segundo lugar, importancia arquitectónica. El templo, morada de una diosa muy respetada por los atenienses, no se hallaba aislado, tal como aparece hoy, sino rodeado de una multitud de templos menores y estatuas. Era el punto de referencia



de la vida ateniense, pues los griegos hicieron de la religión una parte integral de su vida cotidiana. La religión era la vida misma. Su actividad buscaba desarrollar una existencia acorde con la pretensión divina, y por ello lo religioso centró también las inspiraciones de los artistas.

La tragedia

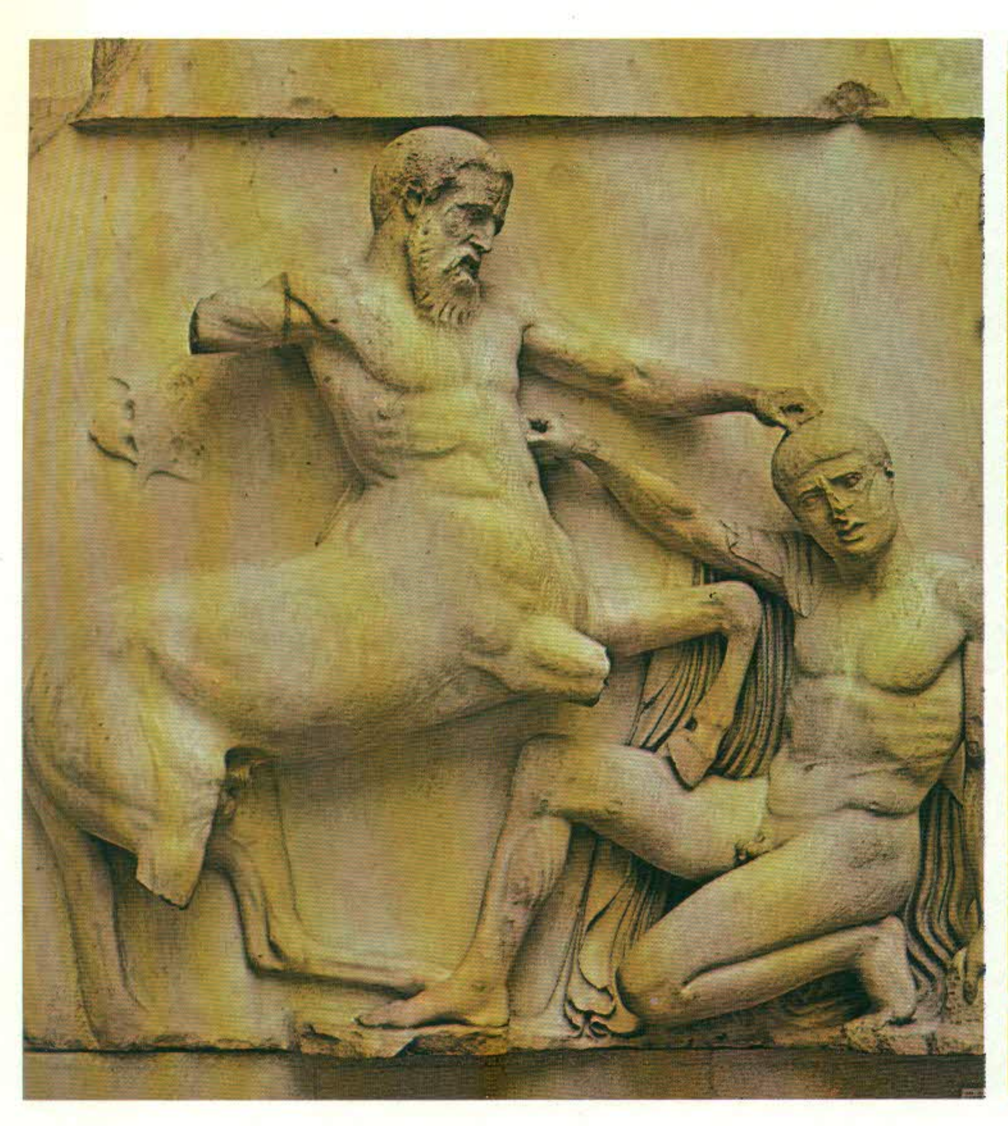
La conexión entre la tragedia y la religión aún es más palpable que en el caso de la escultura. La tragedia se desarrolló a partir de las odas cantadas por coros en honor del dios Dioniso. Plutarco explica que un tal Tespis fue el primero en introducir a un actor, y el iniciador de la declamación de versos coloquiales con un trasfondo de cánticos corales, después de un prólogo literario explicativo representado por el actor. El innovador fue suavemente reprendido por Solón por su atrevimiento, pero el primer paso hacia el desarrollo de la tragedia escénica estaba ya dado.

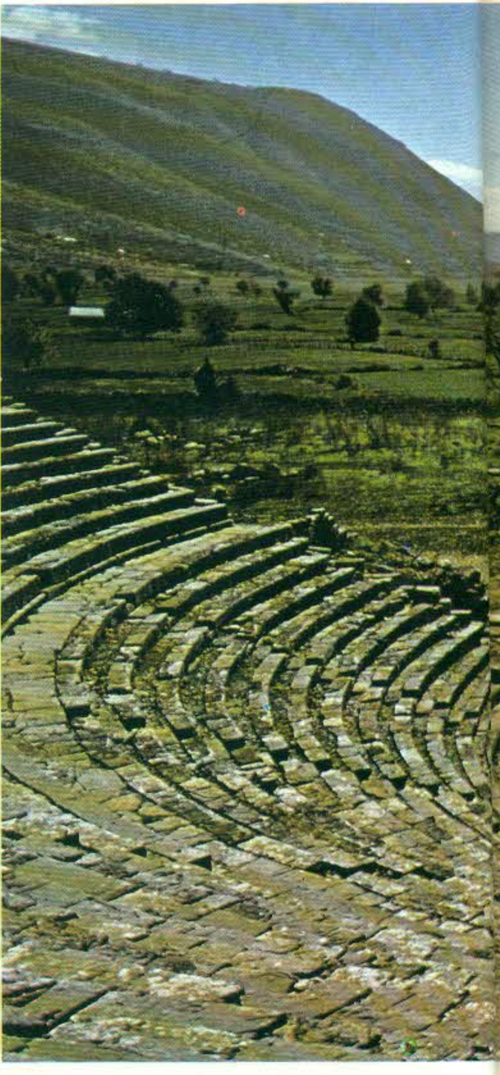
Esquilo (525-456 antes de Cristo) introdujo en la representación un segundo actor, y más tarde Sófocles hizo lo propio con un tercero. El reducido plantel de actores que representaban una obra estaban sometidos a diversos convencionalismos, propios de la tragedia griega: en el escenario nunca debían representarse escenas de violencia, y todo lo que hiciera referencia a las mismas, es decir, crímenes, guerras, etc., era explicado en voz alta por un narrador. Asimismo, un actor debía de representar diversos papeles en la obra, por lo que estaba provisto de las máscaras necesarias para cada ocasión. Tales máscaras, consecuentemente, tenían que expresar el dramatismo del momento. Ello impedía en cierto modo el desarrollo expresivo del actor, y la palabra cobraba una excepcional importancia, pues era el único vehículo para condensar las ideas que se pretendían desarrollar.

Las tramas dramáticas, tal como las conocemos actualmente, no existieron en la tragedia griega. Las historias representadas provenían de leyendas heroicas, ya conocidas por los espectadores. La habilidad del autor se valoraba por la belleza de su lírica, y por la nobleza de las conclusiones metafísicas y morales que extraía

Arriba, tribuna de las Cariátides, en el Erecteion de la Acrópolis de Atenas. La construcción, iniciada en el 421 antes de Cristo, estaba dedicada a Atenea Polias y a Poseidón. La segunda figura de la izquierda es una copia del original, que se encuentra en el British Museum de Londres.

Página anterior, Poseidón, Apolo y Artemis, detalle del friso del Partenón, obra de Fidias. (Museo de la Acrópolis, Atenas.)





de los materiales mitológicos. La música y la danza desempeñaban también un papel importante en la tragedia. El autor, un poeta, era también responsable de la puesta en escena, por lo que le acompañaban un compositor y un coreógrafo.

A finales del siglo VI antes de Cristo la tragedia era un género literario aceptado ya en Atenas, y recibía un poderoso apoyo por parte de los gobernantes de la ciudad. Anualmente, en las fiestas dionisíacas, se elegía a tres poetas que deberían presentar tres tragedias y una comedia ligera cada uno. Los gastos de la contratación de personal para la representación eran sufragados por los ciudadanos más ricos, lo cual constituía un honor para ellos. Esto contribuyó a la proliferación de un enorme número de obras, aunque de todas ellas sólo han sobrevivido unas pocas hasta nuestros días.

Existen siete tragedias escritas por Esquilo, siete más por Sófocles, y un total de diecinueve por Eurípides. Sin embargo, a pesar de su reducido número, estas obras permiten reconstruir los esquemas en que se basó el género. Los temas eran muy diversos. Así, por ejemplo, un autor considerado como maestro de Esquilo, Frínico, narra el saqueo de Mileto por los persas en el año 494 antes de Cristo. El propio Esquilo describe trágicamente la invasión de Grecia por Jerjes, y este mismo autor, en la última obra de su trilogía la *Orestíada*, es decir, en *Las Euménides*, conduce al matricida Orestes, perseguido por las furias mitológicas, hasta Atenas, donde los areopagitas le liberan. Esta obra se representó por primera vez en el año 457 antes de Cristo, y constituye un claro intento de alentar las reformas constitucionales del Areópago que propiciaron Efialtes y Pericles en el año 462 antes de Cristo.

Sin embargo, los trágicos griegos, aunque a veces derivaran hacia el sutil tratamiento de temas más humanos, procuraban no separarse excesivamente de los asuntos tradicionales: el imperativo implacable del destino, las grandes guerras, el abismo entre lo humano y lo divino, la poderosa justicia de Zeus. Tan rudas realidades se sustentaban en la idea del sufrimiento y de la nobleza de los humanos, siempre manifestada en los momentos álgidos.

En el *Agamenón* de Esquilo, el dirigente aqueo retorna triunfante de Troya a su ciudad de Argos, donde su adúltera esposa espera ansiosa vengar a su hija Ifigenia, a quien Agamenón sacrificara diez años atrás para obtener el favor de los dioses en su lucha contra los troyanos. Con ánimo de conducir al rey a su fatal destino, Clitemnestra le tienta para que penetre en su palacio a través de una alfombra roja y tome un baño como símbolo de su victoria. Cuando el rey está bañándose, Clitemnestra le asesina.

En la siguiente obra de Esquilo, Orestes, hijo de Agamenón, vengará a su padre matando a Clitemnestra y a su amante. Luego enloquece al tomar conciencia del matricidio y huye aterrorizado de Argos, perseguido por las furias. Llegado a Atenas será redimido por la intervención del Areópago, elemento introducido por Esquilo, como decíamos antes, a modo de propaganda política en favor de Pericles.

Las tragedias griegas tienen como motor esencial el honor del protagonista, cuyos actos siempre encuentran justificación y aparecen impregnados por la nece-



sidad de un imperioso y fatal destino. De hecho, Agamenón recibió la orden de matar a Ifigenia de la diosa Artemisa, y Clitemnestra tenía forzosamente que vengarla, al igual que Orestes debía vengar a su padre. Los hombres son juguetes de los dioses.

Sófocles (496-405 antes de Cristo) fue el segundo de los grandes trágicos griegos. Sus obras son más sosegadas que las del grandilocuente y duro Esquilo, mostrando una mayor compasión por el sufrimiento humano, lo que es palpable especialmente en *Filoctetes* y *Antígona*. Sin embargo, la base esencial del drama es la misma: la omnipotencia de los dioses y la sumisión humana ante su propio destino.

Los atenienses no consideraron a Eurípides (480-406 antes de Cristo) un autor del nivel de Esquilo y Sófocles. Este autor, a pesar de que no prescinde de la presencia de los dioses y de sus influencias, concede una mayor autonomía a sus protagonistas humanos, víctimas muchas veces de sus propias pasiones, rebasando así los límites de los otros dos dramaturgos. Sus obras *Medea* y *Las Bacantes* son de tanta calidad como las de los otros dos autores, aunque su estilo presenta una clara influencia de la densa retórica de los sofistas, es artificial y carece de la pureza del lenguaje, por ejemplo, de Sófocles.

De hecho, Eurípides, que a veces aparece como precursor del «drama psicológico» contemporáneo, no fue un autor intrínsecamente distinto de Esquilo y Sófocles, a pesar de que se le intente presentar así. Él escribió también en un contexto heroico, utilizando el mismo convencionalismo formal basado en los tres actores y el coro. Donde únicamente difiere es en el énfasis que pone en las relaciones entre dioses y humanos, y en el estilo literario que empleó.

Algunos analistas de nuestra época han intentado ver, en las tragedias griegas, ideas actuales, que nunca se les hubieran ocurrido a sus creadores, pues no existían las condiciones propicias para su desarrollo. Por ejemplo, se ha llegado a ver en la oposición de Antígona contra Creonte una apología de la desobediencia civil frente al poder. Sófocles, que fue general y amigo de Pericles, se habría sentido seguramente sorprendido de conocer tal interpretación de su obra.

Arriba, teatro de Dodona, en el norte de Grecia, restaurado por los romanos.

Página anterior, metopa del Partenón que representa un combate entre los lapitas (pueblo mitológico de Tesalia) y los centauros; alrededor de 440-432 antes de Cristo. (British Museum, Londres.)

Aristófanes

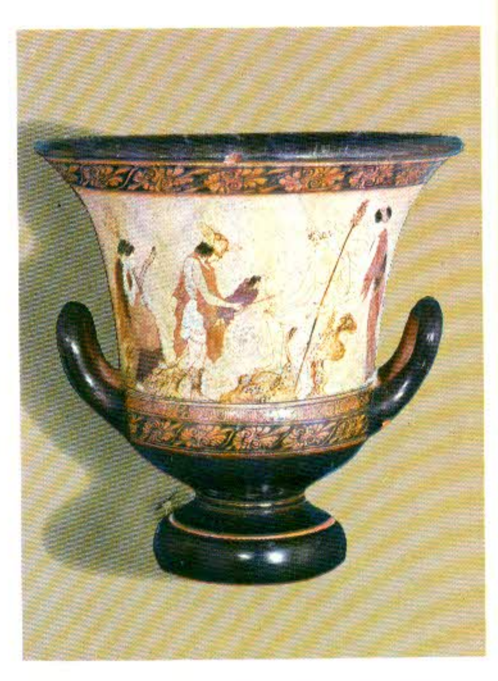
La comedia clásica, que se desarrolló en Atenas en la segunda mitad del siglo V antes de Cristo, ha llegado hasta nosotros exclusivamente a través de las obras de Aristófanes, quien nos proporciona el gran contraste de su mentalidad con la de los grandes trágicos de la época. El poeta cómico era libre de hablar. Podía atacar a prominentes hombres públicos, y hacerlo brutalmente; podía hacer descender a los dioses a la tierra y convertirlos en objeto de mofa; y podía enviar a Sócrates a los cielos, presentándolo como un estúpido. Y todo ello condimentado con las más disparatadas bufonadas.

Aristófanes (446-385 antes de Cristo) fue un acaudalado ciudadano ateniense –solamente los adinerados podían disponer del tiempo libre necesario para su creatividad–. Su obra abarca desde el desarrollo de la guerra del Peloponeso hasta el final. Después de la muerte de Pericles, en el año 429 antes de Cristo, la calidad del liderazgo en Atenas entró en rápido declive. Cleón, el demagogo; el brillante pero irresponsable Alcibíades; el precavido Nicias, y Terámenes –el líder de la breve revolución aristocrática del año 411 antes de Cristo–, fueron los sucesores del legendario Pericles. La democracia, especialmente después del desastre siciliano del año 414 antes de Cristo, declinó, y perdió ímpetu y credibilidad en el ciudadano ateniense.

En sus obras, Aristófanes refleja muchas de las dudas y temores del pueblo ateniense en aquella época. A diferencia de la tragedia, la comedia tenía una relación directa con los acontecimientos políticos y sociales contemporáneos, reflejada en los argumentos de Aristófanes. Él toma un hecho tópico y teje sobre éste una historia de fantasías, montando una serie de escenas cómicas –«gags», en lenguaje cinematográfico actual– unidas de modo forzado o hilvanadas de cualquier forma. La idea del autor que nos ha proporcionado el conjunto de su obra es que se trataba de un hombre moderado y culto, que abominaba la guerra y sentía disgusto cuando los campesinos padecían graves dificultades. Sin embargo, cuando se lo proponía era tremendamente mordaz. En particular se dedicó a ridiculizar a Cleón por su falta de humanidad con sus rivales, presentándolo como un pobre artesano sin categoría.

Por encima de otras cualidades, el mérito de la comedia griega estriba en que nadie escapaba a la crítica y la ironía. Todas las clases sociales y todos los hombres públicos podían ser objeto de su punzante análisis. El paroxismo de la comediografía se sitúa en *Las ranas* (405 antes de Cristo), ridiculización de las competiciones entre los dramaturgos, personificados en Esquilo y Eurípides, que paradójicamente se estrenó como un homenaje a este último que acababa de morir.

El contenido político de la obra de Aristófanes ha de ser analizado con precaución. El convencionalismo cómico le obligaba a observar la política con la perspectiva del hombre medio, lo cual puede no ser siempre válido. Pero a pesar de todo, Aristófanes fue un agudo comentarista sociológico. Sus esclavos, sus campesinos y sus jueces venerables y gruñones presentan el sello de la autenticidad. No sólo trató a los hombres públicos, sino que dedicó también su atención al ciudadano corriente, y en esto radica lo esencial de su producción literaria.



Thetes, esclavos y metecos

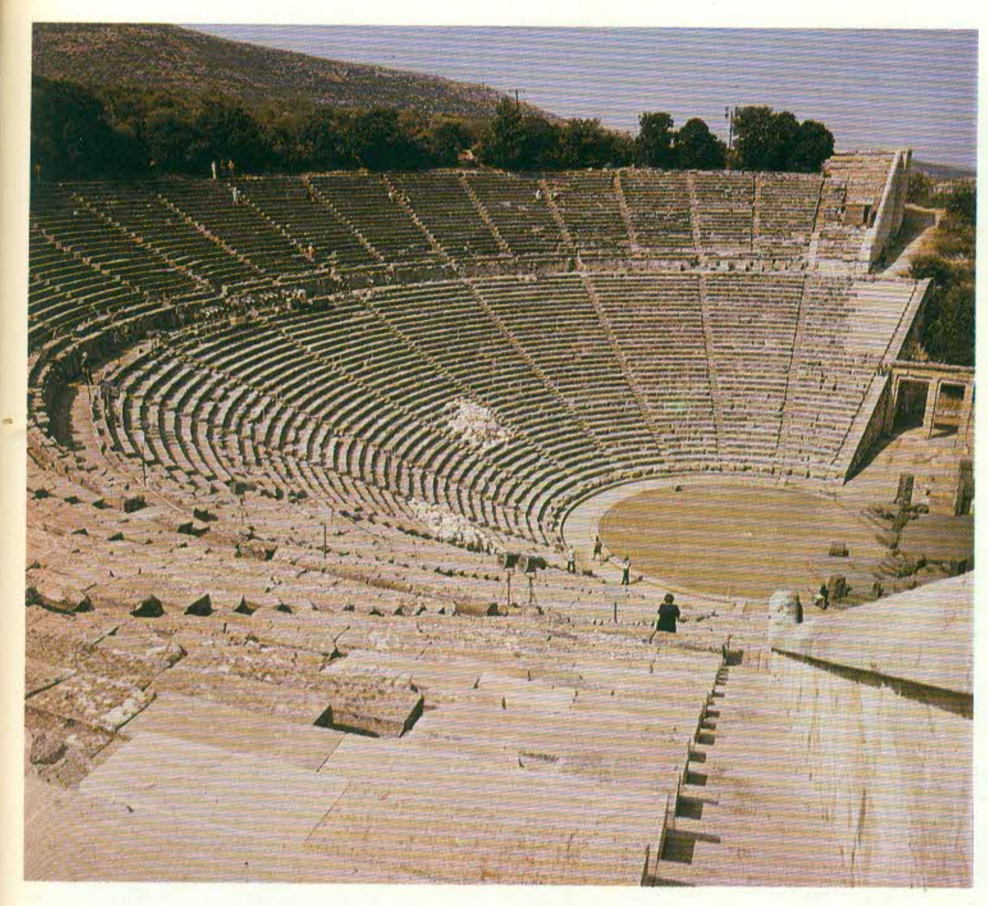
El pueblo ateniense del siglo V antes de Cristo ha sido objeto de curiosos análisis, no siempre correctamente realizados. Las inexactitudes se han cebado especialmente en los *thetes*, a los que se presenta como habitantes de los alrededores del puerto de El Pireo y cuya subsistencia dependía de la intensidad del comercio marítimo. Así, se vio en ellos un tipo de proletariado urbano cuyo amplio número obligaría a los políticos a tratarles con consideración, a expensas de los campesinos.

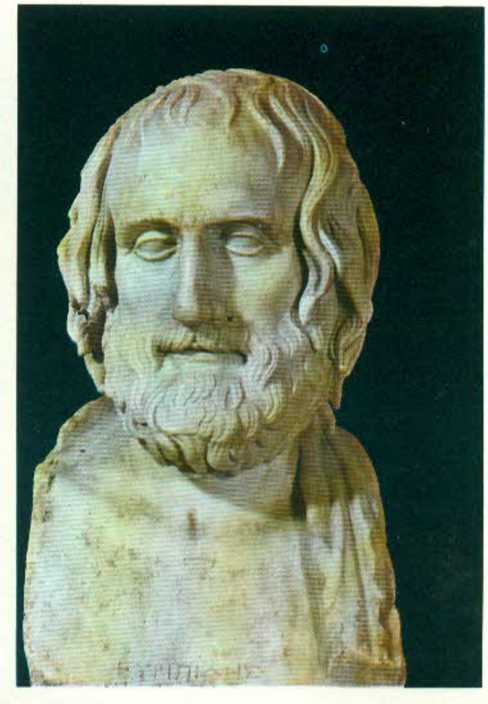
Esta visión es equivocada. Los únicos atenienses conectados con la actividad comercial eran los residentes extranjeros, llamados «metecos» («aquellos que cambiaron de país»). Los metecos tenían forzosamente que dedicarse a la labor comercial por la sencilla razón de que, al no poder adquirir la ciudadanía ateniense, no estaban autorizados para tener propiedad ni podían trabajar en la tierra. Sin embargo, a pesar de ello, los metecos no fueron una clase social pobre y oprimida. Aunque como extranjeros estaban separados de la vida política activa, la ley les otorgaba la posibilidad de que un ateniense les representara en los asuntos del gobierno. De hecho, este grupo social desarrolló una fuerte conciencia de su pertenencia a la ciudadanía ateniense. Tres mil de ellos sirvieron en las filas del ejército durante la guerra del Peloponeso.

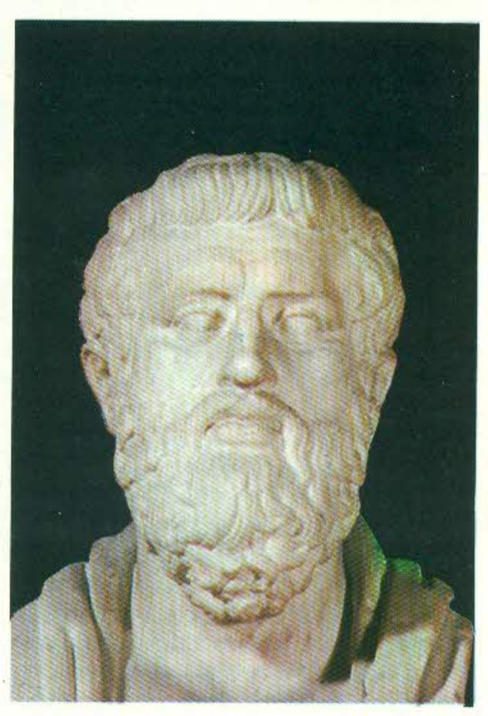
Por otra parte, los metecos no monopolizaban el comercio. También algunos *thetes* trabajaban en este sector, que compartían con la albañilería y la alfarería, y otros se dedicaron incluso al laboreo de la tierra, pues el volumen del comercio ateniense no podía proporcionar trabajo suficiente para aquella potencial masa laboral. Puede afirmarse que ningún miembro de los *thetes* tuvo prácticamente conexión alguna con el comercio, y sí en cambio con la agricultura, y desde luego también con la guerra, pues de ellos surgieron los fuertes remeros que movían los buques de la flota ateniense. Fue ésta su única conexión con el mar.

El tema del comercio griego ha sido a menudo mal interpretado por las modernas teorías económicas, que confunden la Atenas clásica con una ciudad moderna. En Grecia, el comercio no superó nunca el discreto nivel de una industria doméstica. El país era pobre, y los griegos no tenían gran cosa que ofrecer al exterior. El campesino del Ática, cuando obtenía una gran cosecha de aceite, exportaba a Crimea, pero ello no fue una práctica regular, y la prueba es que las embarcaciones de la época, de pequeño calado, no eran apropiadas para tal tipo de transporte. La alfarería ateniense se exportaba como material de lujo, pero incluso en el momento de su máximo apogeo no existían en Atenas más de un centenar y medio de alfareros. Es difícil, pues, valorar esta actividad laboral como una industria propiamente dicha. Por otra parte, los albañiles que trabajaban masivamente en la construcción de los edificios públicos eran obreros que trabajaban por su cuenta, a veces ayudados por uno o dos esclavos, al igual que los alfareros y los comerciantes.

Un caso aislado de concentración económica, y por tanto de producción más o menos masiva, lo representa Céfalo, un rico siracusano amigo de Platón, propietario de un taller en el que 120 esclavos manufacturaban escudos. Demóstenes, el gran orador, cita que en la propiedad de su padre había unos 20 esclavos emplea-







dos en fabricar camas y otros 30 especializados en cuchillería. Son las mayores unidades productivas de que se tiene noticia.

Probablemente fuera la trata de esclavos el comercio que alcanzó mayor volumen. La esclavitud era una institución universalmente aceptada en el mundo antiguo como un hecho natural. La población esclava de Atenas se ha cifrado en unos ochenta mil individuos, e incluso los agricultores más pobres estaban en condiciones de poseer al menos un esclavo. Normalmente, los esclavos atenienses provenían del este, es decir, de Tracia y Frigia, y desde luego, de las ciudades-estado griegas que fueron derrotadas en la guerra entre Esparta y Atenas. Una práctica muy común entre los ricos atenienses consistía en alquilar a otros ciudadanos, menos pudientes en mano de obra esclavista, para realizar trabajos de índole variada. Al parecer, Nicias, el famoso general ateniense derrotado en la batalla de Siracusa, poseyó unos mil esclavos.

La existencia de un esclavo en Atenas estaba en función de sus habilidades personales y del carácter de su propietario. La mayoría de los esclavos realizaban trabajos domésticos y agrícolas, y en muchos casos eran bien tratados por sus dueños e incluso compartían algunas costumbres de la familia a la que pertenecían. De hecho, algunos esclavos podían llegar a vivir como individuos libres, con la condición de que pagaran a sus dueños una parte del salario que pudieran recibir por sus trabajos. Este vínculo existió en Atenas, aunque no fue una práctica muy extendida y no hubo nunca una clase social de «esclavos liberados» como ocurrió más tarde en Roma.

Sin embargo, es un hecho cierto que los esclavos también eran tratados con brutalidad y despotismo. En las obras de Aristófanes es frecuente la figura de un amo azotando al esclavo, al incurrir éste en algún desaguisado. Asimismo, la vida de los esclavos en las minas de plata de Laurión debió ser realmente dura. Al final de la guerra del Peloponeso, cuando los espartanos ocupaban el fuerte de Decelia, en el Ática, Tucídides narra que veinte mil esclavos consiguieron escapar de Atenas.

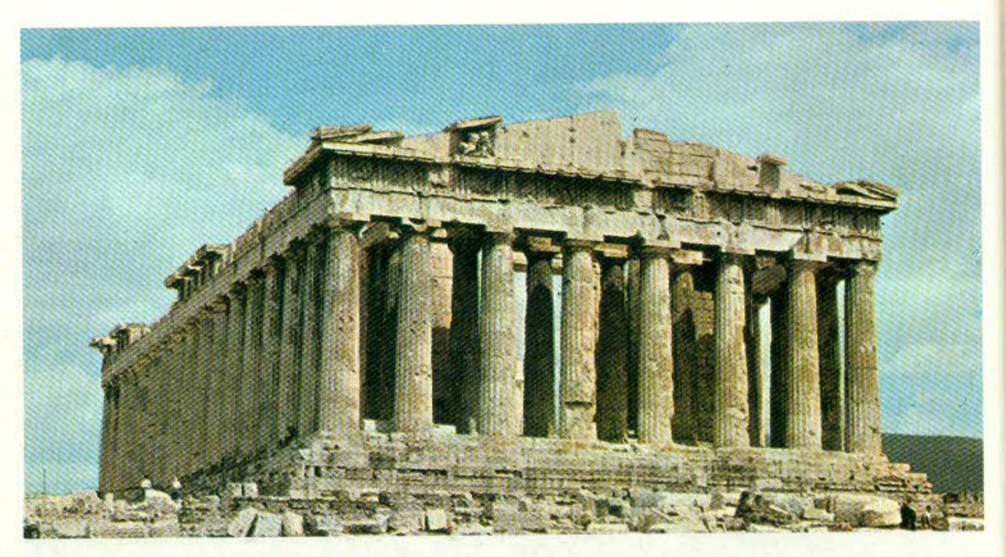
La esclavitud era un sistema brutal, pero en el caso de que los griegos hubiesen decidido abolirla, el hecho habría provocado una quiebra en el sistema socioeconómico de las ciudades-estado. La tierra de cultivo era tan pobre que el tener que pagar salarios por el trabajo de campesinos libres, aunque hubieran sido salarios bajos, habría resultado imposible para los propietarios. La esclavitud fue la respuesta a este problema meramente económico. Lo más probable es que el pequeño agricultor ateniense trabajase tan duramente como sus propios esclavos. El rico, por otra parte, podía permitirse poseer numerosos esclavos. La existencia de

Arriba, busto de Eurípides (480-406 antes de Cristo). Abajo, busto de Sófocles (497-406). Junto a Esquilo (525-426) están considerados como los máximos dramaturgos griegos. (Museo Archeologico Nazionale, Nápoles, y Musei Capitolini, Roma.)

Izquierda, teatro de Epidauro (Argólida).

Página anterior, crátera en forma de cáliz, de la segunda mitad del siglo V antes de Cristo, que muestra a Hermes presentando a Dioniso ante las musas. (Musei Vaticani, Roma.)

esclavos permitió a Platón dedicarse exclusivamente a la filosofía, a Esquilo escribir sus obras y a Pericles especializarse en la política. Esto puede parecer descarnado, pero es la realidad. Aunque Atenas era una democracia, solamente los muy ricos, es decir, aquellos con capacidad para poseer muchos esclavos, podían orientar exclusivamente su existencia hacia una carrera política.



El proceso democrático

El desencanto que a menudo producen las formas de gobierno en las democracias actuales, genera a veces un halo nostálgico respecto de los viejos modelos de democracia —como por ejemplo, la democracia de los cantones suizos del siglo XVIII, o de la Atenas del siglo V antes de Cristo— y una tendencia a citarlos como ejemplos de «democracia total». Sin embargo, al menos en Atenas, la realidad se sitúa entre el modelo ideal y el de un estado bastante rígido.

Atenas fue, sin duda, una democracia integral. Desde un punto de vista teórico, todos los ciudadanos atenienses con capacidad de voto podían participar en la Asamblea, constituirse en jurados y ser elegidos para cualquier cargo político. Sin embargo, este tipo de democracia era posible por lo reducido del ámbito geográfico del Ática y su pequeña población. Es necesario señalar que las mujeres atenienses no participaron nunca en la vida política, y que el electorado teórico no superó nunca las ochenta mil personas. El peligro que pudo representar una excesiva demanda de los ciudadanos para participar en las funciones de la política, lo pone de manifiesto un decreto de Pericles del año 451 antes de Cristo, por el cual todo aspirante a la política debía demostrar previamente que sus padres eran atenienses. Esta condición de ciudadanía era insoslayable, y de hecho, debió de impedir a muchos el acceso a cargos públicos. Por otra parte, hemos señalado antes que unos ochenta mil ciudadanos participaron de la cosa pública en determinados momentos de la etapa democrática ateniense; pues bien, a pesar de lo aparentemente elevado de la cifra, lo cierto es que nunca se produjo una inflación de cargos. Un factor era importante: el de la remuneración. El salario de dos o tres óbolos que cobraban los ciudadanos jurados y los miembros del Consejo de los quinientos no era lo suficientemente atractivo como para que un campesino abandonara el cultivo de sus tierras, ni tampoco seducía a los *thetes*, que con su profesión podían vivir mejor y sin las preocupaciones propias de la política. La política acabó siendo una función propia de los ciudadanos muy ricos y de los profesionalizados.

Además del citado obstáculo económico, la situación geográfica desempeñó también un papel selectivo en la configuración de una clase política. Los atenienses que vivían en los distritos más lejanos del Ática —con excepción de los muy ricos, o realmente fanáticos de la política— consideraban que el participar en la política no compensaba las molestias y gastos que representaba el largo viaje a Atenas. Algunos debates, como aquel en que se discutió la posible invasión de Sicilia, en el año 415 antes de Cristo, podían atraer hasta a los ciudadanos más pobres, pero esto constituía una excepción.

Debe quedar constancia de que, a pesar del desinterés de una parte importante de los ciudadanos áticos por la política, por las causas citadas, este hecho no oscurecía la realidad de las libertades democráticas. El papel que desempeñaba el azar en el nombramiento de algunos cargos, y el sistema de rotación para el desempeño de otros, puede parecer algo simplista para un profesional actual de la política, pero lo cierto es que en Atenas se evidenciaba una gran convicción democrática generalizada. Valorar de simplista aquella realidad, es desconocer el mérito que suponía su mantenimiento, en una época sin técnicas ni especialistas en las complejas tramas de la política. La democracia ateniense tuvo muchas más virtudes que defectos.

Aquella democracia se basó en la honradez y la capacidad del hombre medio para tomar decisiones y asumir responsabilidades en base a su sencillo sentido común. El modo como funcionaban las asambleas y tribunales atenienses ilustra perfectamente este hecho. La institución política más importante de Atenas era la Asamblea. Puesto oue los atenienses no conocían la separación entre los poderes legislativo y judicial, la Asamblea votaba indiscriminadamente sobre todo tipo de proposiciones que le eran presentadas, e incluso podía convertirse en el juez de políticos acusados de incompetencia o corrupción. Era en aquella Asamblea donde los políticos presentaban sus programas y sus puntos de vista, con el objetivo de influir en la vida pública. La presidencia de la Asamblea, un cargo indudablemente importante, no tenía carácter permanente, sino que lo desempeñaban rotatoriamente los miembros del Consejo. La inexperiencia de un presidente podía ocasionalmente provocar desatinos, como por ejemplo cuando los seis generales atenienses victoriosos en la batalla de Arginusas (406 antes de Cristo) fueron condenados indiscriminadamente por no auxiliar a los soldados heridos. Sin embargo, los atenienses consideraban que tales errores eran preferibles a la opción de que un experto —probablemente ambicioso— dominara la Asamblea durante un plazo fijo previamente estipulado.

El Consejo de los quinientos, que preparaba las mociones destinadas a ser discutidas en la Asamblea —lo que Solón valoró como un error—, no tenía tanta proyección sobre ésta como cabría esperar. La Asamblea alteraba a menudo sus propuestas y añadía enmiendas propias. La función esencial del Consejo era de carácter administrativo: la elaboración de presupuestos públicos para las festividades religiosas o militares, el cuidado y construcción de edificios públicos, la conservación y equipamiento de la flota. Nunca existió en Atenas, durante la etapa democrática, una casta burocrática al estilo de los «hombres libres» de la Roma imperial. Esto fue así porque los consejeros eran elegidos al azar y ninguno podía ser miembro del Consejo más de dos veces durante su vida.

En el terreno legal es donde aparece más claramente perfilada la honradez y



credibilidad del hombre medio ateniense. Los asuntos legislativos nunca acapararon la atención de los griegos, al contrario que en Roma, y en consecuencia no existía un código civil detallado ni una ley criminalista, lo que impedía la formación de una casta de leguleyos especializados. Los tribunales de Atenas fueron una derivación de la vieja «corte de apelación» instituida por Solón, la Heliea. Cuando los arcontes fueron elegidos por el sistema del azar, en el año 487 antes de Cristo, la Heliea se convirtió en un sencillo tribunal de reducida jurisdicción.

El número de funcionarios que servían en la Heliea era de unos seis mil. Estaban divididos en grupos de 500 y se reunían en unos círculos especiales llamados «dicasterios». Antes de que un ateniense llevara su caso a un tribunal superior, debía someter su información a un consejo integrado por los ciudadanos de mayor edad. Si no estaba de acuerdo con el veredicto que éstos emitían, entonces podía presentarse ante el dicasterio correspondiente para su revisión. Cada tribunal estaba presidido por un magistrado, el cual no daba nunca su opinión sobre la materia allí debatida. Su función estribaba en procurar que el desarrollo del juicio fuera correcto.

Los litigantes llevaban su propio caso, y exponían sus razones ante el tribunal. Luego se producía el veredicto mediante la emisión del voto de los jurados, decidiéndose por mayoría. Un empate significaba absolución. La inexistencia de códigos y normativas procesales, y la ausencia de precedentes legislativos, daban a los juicios un aire espectacular y emocionante, pero los atenienses siempre valoraron en alto grado el papel de estos tribunales. Los litigantes podían lanzar acusa-

Arriba, vista del tolos (tipo de construcción de planta circular), parte del santuario de Atenea Pronaia en Delfos, siglo IV antes de Cristo.

Página anterior, el Partenón (hacia 438 antes de Cristo), templo dedicado a Atenea Parthenos en la Acrópolis de Atenas.

ciones y calumniar a sus rivales y a sus antepasados, e incluso podían provocar el sentimentalismo de los jueces. Así, las sesiones podían ser dramáticas. La absolución dependía a veces de la elocuencia. Puesto que no existía la posibilidad de delegar acusaciones o defensas en terceras personas, un individuo que se sintiera inseguro de sus dotes de influencia personal ante el jurado, podía presentar sus alegaciones por escrito. En este sentido, sí surgió un grupo de especialistas en redactar discursos jurídicos que, como Lisias, alcanzaron fama y prosperidad.

Un grupo realmente siniestro en la trama jurídica ateniense lo componían los «sicofantes», cuyo apogeo se sitúa en el siglo IV antes de Cristo. Puesto que no existía la institución de acusador oficial o fiscal, la parte injuriada podía delegar en otra persona la función acusadora. Los sicofantes gozaban del privilegio de formular acusaciones, y se dieron casos de corrupción.

En conjunto, sin embargo, la justicia ateniense funcionó satisfactoriamente. La carencia de un código legal unificado parece que no preocupó nunca a los ciudadanos, y el hecho de poseer jurados compuestos de decenas y decenas de jueces impedía el soborno, que por supuesto estaba sometido a graves penas. Por otra parte, hay que recordar que los jurados se mantenían económicamente con los tributos de los aliados de Atenas, los cuales no estaban siempre autorizados para presentar sus litigios en los tribunales atenienses. Este hecho cuestiona una vez más la equidad del Imperio ateniense.

El imperialismo ateniense

Los atenienses tuvieron siempre gran interés en el mantenimiento de una moral y una justicia. Sin embargo, Tucídides, que en sus trabajos nunca explicita claramente sus opiniones personales, no oculta la realidad de las quejas de los súbditos de Atenas —especialmente durante la guerra del Peloponeso— por el trato que recibían de la metrópoli. En el año 416 antes de Cristo, Atenas saqueó la isla pro-espartana de Melos, por rehusar adherirse a la Liga potenciada por los atenienses. Tucídides profundizó en este hecho, a través del debate producido entre melosios y atenienses acerca de la dudosa moralidad de todo imperio. En aquel debate, los atenienses admitieron sin escrúpulos que su Imperio se fundamentaba en su propio interés, y que muchos súbditos estaban contra su gestión centralista.

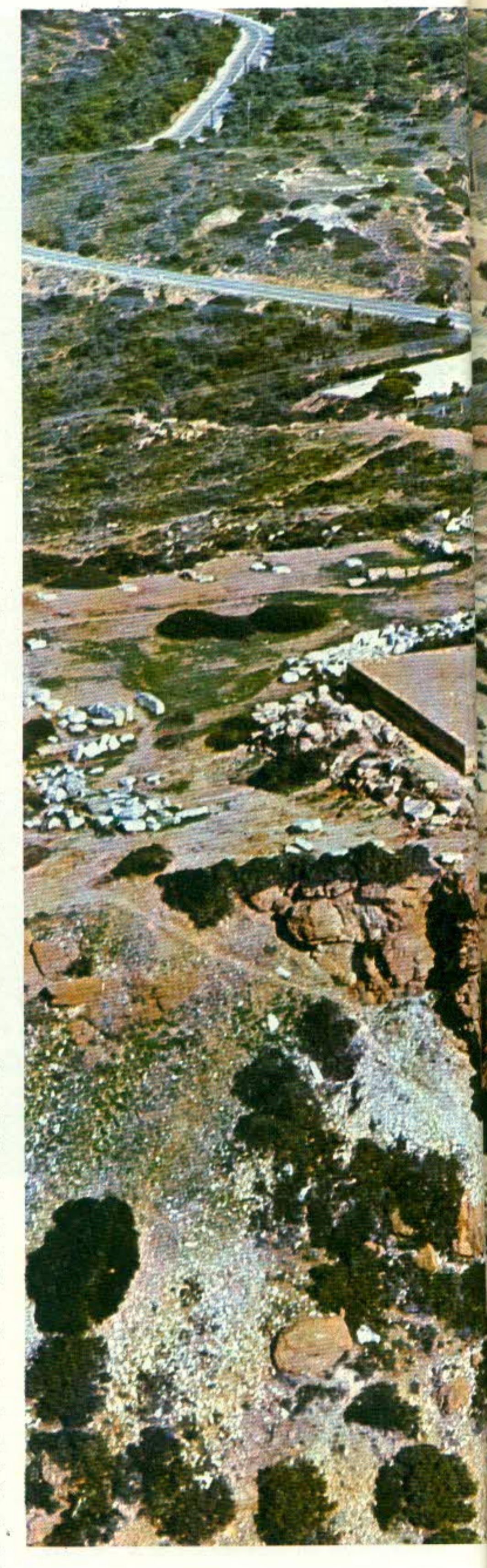
Esta cuestión de la hegemonía ateniense resurgió con Pericles y Alcibíades. No sorprende que los atenienses, poseedores de un Imperio, procurasen mantenerlo, pero se sintieron obligados a justificar su egoísmo, y lo hicieron razonando acerca de la debilidad de la naturaleza humana, lo que es realmente excepcional.

El principal beneficio que Atenas obtenía de su hegemonía imperialista era de carácter financiero. En los inicios de la guerra del Peloponeso, Pericles publicó los recursos de la ciudad para elevar la moral de los ciudadanos. Sus reservas se elevaban a 6.000 talentos de plata, y en su máximo apogeo habían alcanzado la cota de 9.100 talentos. El ingreso anual de las aportaciones de sus aliados era de 600 talentos. Está claro que los atenienses no podían renunciar fácilmente a esta situación.

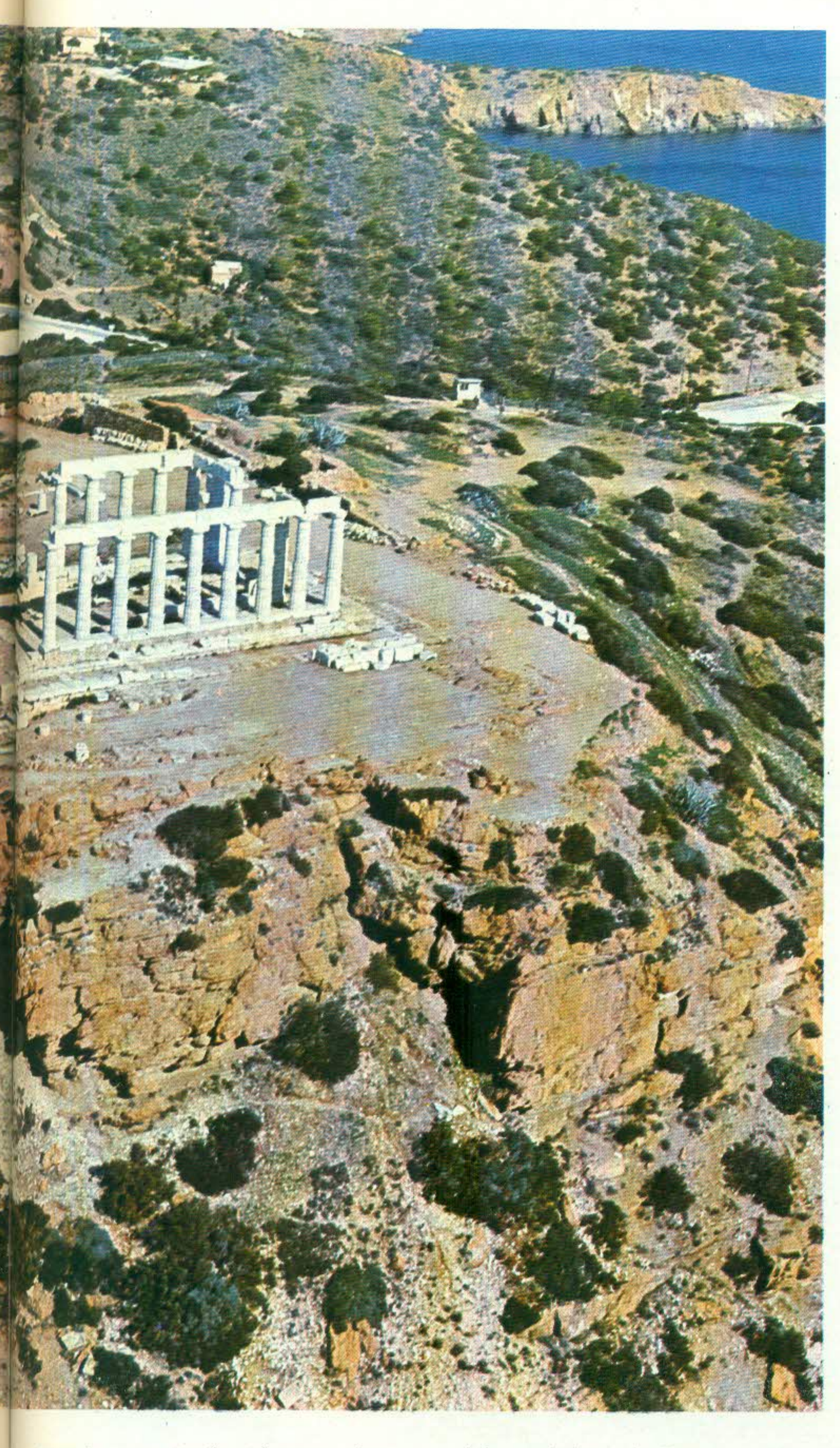
No obstante, ¿qué compensación recibían los «aliados» de Atenas a cambio del dinero que anualmente ingresaban en el tesoro ateniense? Un ferviente apologista de Atenas hubiera dado numerosas razones para demostrar que los aliados recibían beneficios por su participación en la coalición. Diría que disfrutaban de una vida política democrática, pues los magistrados atenienses presidían sus tribunales, y en ocasiones los litigantes podían incluso ser oídos en la propia Atenas y, sobre todo, la flota ateniense protegía sus naves comerciales y sus fronteras.

Sin embargo, responder con un simple catálogo de pérdidas y ganancias no parece el recurso más adecuado para valorar el grado de popularidad de la hegemonía ateniense. Cuando se produjo la rebelión de Mitilene —importante ciudad-estado— contra los atenienses, el papel que desempeñaron allí las diversas clases sociales proporciona notables elementos de juicio sobre el tema. Los instigadores de la revuelta fueron esencialmente los oligarcas partidarios de Esparta. Fueron numéricamente pocos, pero es imposible que resistieran la presión militar de Atenas de no haber contado con el concurso del pueblo.

La resistencia, sin embargo, se disolvió cuando el pueblo, desesperado por la carencia de alimentos, amenazó con entregar la ciudad a los atenienses, y los oligarcas rindieron la ciudad pretextando su buena disposición y pretendiendo sacar algún provecho. Tucídides insiste en que fue la desesperación promovida por el hambre el factor que impulsó al pueblo de Mitilene a amenazar con un pacto con los atenienses, y no una supuesta afinidad ideológica con Atenas. Los hechos de Mitilene parecen confirmar la idea de que en cualquier ciudad-estado aliada la aristocracia local era fanáticamente contraria a Atenas, puesto que la pertenencia a la Liga les excluía del poder, en tanto que las



clases sociales inferiores eran indiferentes, aunque bien pudieran haber sido galvanizadas coyunturalmente por algunos brotes de patriotismo localista. La conclusión más acertada puede ser que los atenienses recibían el apoyo de los pueblos sensibilizados políticamente, sobre los que la aris-



Templo de Poseidón, dios griego del mar y de las aguas, en el cabo Sunion, frente a la isla de Kea. Con su columnata dórica, todavía parcialmente en pie, el templo domina el promontorio que constituye el extremo sudeste del Ática.

tocracia no ejercía influencia alguna. Ahora bien, averiguar con datos y cifras concretos las dimensiones exactas de tales grupos de apoyo es un imposible, y por consiguiente, la respuesta concluyente a la cuestión de la popularidad de Atenas en sus dominios resulta inabordable.

A los ciudadanos de Samos y Lesbos, por ejemplo, a quienes la democracia ateniense permitía realizar actividades políticas, la hegemonía de Atenas debió parecerles muy conveniente. En cambio, a los ciudadanos más ricos, que aportaban los mayores ingresos al erario público pero



no podían desarrollar actividades políticas acordes con su aportación económica, el igualitarismo democrático de Atenas les debió parecer abominable. La situación en Esparta, donde las aristocracias gobernaban y las clases inferiores estaban en otro nivel, debió parecerles mucho más deseable como alternativa.

La guerra del Peloponeso

La guerra del Peloponeso, que estalló en el año 431 antes de Cristo y duró hasta el 404 antes de Cristo –con un intervalo pacífico en el 421 antes de Cristo, la Paz de Nicias–, fue un duelo singular entre Atenas y Esparta, respaldada cada ciudad por sus respectivos aliados. Tucídides aclara perfectamente el motivo que provocó el estallido de la guerra, en el primer capítulo de su obra sobre la misma: el temor espartano ante el creciente poderío de Atenas. Los espartanos, al igual que los atenienses, eran imperialistas y buscaban la consolidación de sus intereses políticos y económicos.

En los años anteriores al 431 antes de Cristo, se produjeron algunos incidentes que dejaban entrever la intención de Atenas de apoderarse de territorios espartanos. Esparta consideró la necesidad de adelantarse a la agresión y declaró la guerra. Pero antes de seguir adelante, es necesario puntualizar la naturaleza del imperialismo espartano. Es evidente que en ningún texto histórico aparece el concepto de «Imperio espartano». Se habla, en cambio, de la Liga espartana, y los mismos griegos les nombran como «los espartanos y sus aliados».

Sin embargo, a pesar de las apariencias, la Liga espartana era un imperio, en el cual sus miembros poseían gobiernos oligárquicos establecidos sobre el patrón de Esparta, y seguían los dictados políticos de la «metrópoli». Los oficiales espartanos formaban parte de los ejércitos locales como «supervisores militares», y cuando algún aliado se mostraba rebelde era sometido por la fuerza de las armas, tal como ocurrió en el caso de Élide, en el año 402 antes de Cristo.

El rechazo del estigma imperialista era argumentado por Esparta en base a la propia naturaleza de su Liga; sus «aliados» gozaban de cierta autonomía, desde luego más aparente que real. La Liga era una potencia militar básicamente terrestre, en contraste con la de Atenas, de naturaleza marítima. Además, los hoplitas se financiaban su propio armamento. Esparta, así, no necesitaba exigir tributos a sus aliados, disfrutando de las ventajas de un imperio sin ser afectada por sus desventajas.



Arriba, relieve de un monumento funerario del siglo V antes de Cristo. Es un ejemplo típico del estilo realista de la época.

Página anterior, restos de uno de los templos de Agrigento, colonia griega en Sicilia.

En tanto que imperialistas, aunque no lo fueran en apariencia, los espartanos eran muy sensibles a cualquier ruptura del equilibrio político y militar del área griega. El pretexto espartano para denunciar el creciente expansionismo de Atenas, lo constituyeron los conocidos decretos sobre Megara. Estos decretos, elaborados por Pericles, prohibían a los buques mega-

renses comerciar en Atenas o en cualquiera de los puertos de la Liga ateniense. Naturalmente, tales sanciones constituían un acto de enemistad contra un miembro de la Liga espartana, y la causa de su legislación por Pericles ha sido siempre un enigma: ¿fue una provocación, o simplemente un acto de gobierno para proteger los intereses propios? Quizá la explicación más plausible es la de que Pericles esperaba recuperar la colaboración de Megara y su reingreso en la Liga, la cual había abandonado recientemente. Si Megara hubiera optado por reingresar, la posición de Esparta se hubiera visto sumamente debilitada, pues hubiera perdido totalmente el control del istmo de Megara. Si Atenas se hacía con el control del istmo, los amigos de Esparta se habrían sentido aislados, y se habría perdido el contacto con los aliados de Beocia.

Si la intención de Pericles, como parece que fue, era buscar la desestabilización del equilibrio de la zona en favor de Atenas, es comprensible que soliviantara a los espartanos. Un incidente provocó el enfrentamiento abierto entre Atenas y Corinto —aliado de Esparta—, confirmando las previsiones. El incidente tuvo como centro a Epidamnos, colonia de Corcira y Corinto, donde estalló una guerra civil entre aristócratas y demócratas, los cuales pidieron ayuda respectivamente a Corcira y a Corinto, en su calidad de ciudades-madre. Corcira, sin apoyo ninguno, acudió a Atenas en busca de una alianza. Atenas decidió aceptar la petición, pues Corcira, dotada con 200 trirremes, representaba un aliado atractivo.

Como consecuencia de su intervención, los atenienses tuvieron que enfrentarse a los corintios en varias batallas navales. El conflicto entre las dos potencias marítimas más importantes del área griega intranquilizó profundamente a Esparta, que se mostró más dispuesta a escuchar las peticiones de sus aliados en favor de la guerra contra Atenas.

El catalizador final que provocó el estallido abierto de la guerra fue el incidente de la ciudad de Potidea, similar al que se produjo entre Atenas y Corinto. Potidea era también una colonia corintia, situada en Tracia, pero a la vez miembro de la Liga ateniense. Los atenienses, temerosos de que, por afinidad con Corinto, Potidea cambiara de alianza, ordenaron el derribo de las murallas de la ciudad. Los habitantes de la misma se negaron, y tras unas largas negociaciones bajo presión ateniense, acabaron por sublevarse. Fuerzas atenienses y corintias se desplazaron rápidamente al lugar, y allí sostuvieron un nuevo encuentro bélico. La guerra acabó con la derrota de Corinto. Los atenienses sitiaron Potidea y la tomaron, tras costosísimas maniobras estratégicas y tácticas.

Sería erróneo considerar las luchas entre Atenas y Corinto en Epidamnos y Potidea simplemente como la expresión de una conspiración ateniense para debilitar a Corinto, con el objetivo de arrebatarle sus mercados en el oeste del Mediterráneo y en el Adriático. Según esta versión, Esparta entraría en la guerra por motivos altruistas, es decir, para defender los intereses comerciales corintios. Sin embargo, como señala Tucídides, ésta no era la verdadera causa. El motivo fue, más bien, detener el expansionismo de Atenas.

Atenas frente a Esparta

La lucha entre Esparta y Atenas en la larga guerra del Peloponeso se ha comparado a menudo con un metafórico combate entre un elefante y una ballena. Pericles, que dictó la estrategia a seguir por Atenas en la contienda, sabía perfectamente que perdería si aceptaban un enfrentamiento abierto en tierra firme con el formidable ejército espartano. Así, pues, cuando periódicamente los espartanos penetraban en el Ática para incendiar las cosechas de cereales, los atenienses se replegaban al interior de sus murallas y no ofrecían resistencia. De haber dependido su supervivencia de aquel grano, los atenienses no hubieran podido resistir mucho tiempo, pero lo cierto es que la mayor parte de los cereales que consumían les llegaban del sur de Rusia, y esta vital vía de suministro estaba celosamente vigilada por su poderosa flota y por las sólidas fortificaciones que enlazaban El Pireo con Atenas. A no ser que los espartanos decidieran asaltar aquellas murallas o superar la hegemonía ateniense en el mar, la derrota de Atenas era prácticamente imposible.

La pericia de los griegos en la defensa de las ciudades amuralladas descartaba toda posibilidad de éxito por esa vía. Y hasta el año 405 antes de Cristo, Esparta no se sintió con la fuerza suficiente para vencer en el mar. La invasión anual del Ática para destruir las cosechas tenía escaso valor militar, y los espartanos la mantenían como forma de amedrentamiento. Por su parte, los atenienses no podían derrotar a Esparta en tierra. En consecuencia, las expediciones de castigo realizadas por la flota ateniense contra la costa del Peloponeso en la primera fase de la guerra, eran también operaciones de simple amedrentamiento, destinadas, por otra parte, a mantener la moral de sus hombres.

Así, desde el principio de la guerra se manifestó una situación estratégica equitativa: los atenienses evitaban una batalla terrestre, y los espartanos no estaban en condiciones de operar en el mar. Esta realidad explica la larga duración del conflicto, aun teniendo en cuenta que las épocas propicias para guerrear en el mundo antiguo clásico abarcaban desde la primavera hasta octubre, pues en el resto del año los esfuerzos se centraban en la economía, especialmente en la agricultura.



Sin embargo, por otra parte sería erróneo considerar la guerra del Peloponeso como un conflicto imposible entre dos colosos estáticos. Las páginas que sobre la guerra escribió Tucídides constituyen un catálogo de luchas desesperadas e intrigas despiadadas, un auténtico tablero de ajedrez en el que los contendientes se azuzaban continuamente para romper las teóricas tablas a su favor. En ambos lados se temía la posibilidad de que los respectivos

aliados pudieran cambiar de bando, pues la lucha enfrentaba a dos sistemas políticos bien diferenciados: la aristocracia contra la democracia.

Atenienses y espartanos instigaron las mutuas disensiones de sus bloques respectivos, exacerbándolas y promoviendo abundantes episodios sangrientos. En este trágico juego, el general espartano Brásidas, enérgico y minucioso, consiguió numerosos éxitos. Entre los años 424 y 422 antes de Cristo obtuvo la adhesión de numerosos aliados de Atenas en Tracia. Era un hombre que inspiraba confianza y ofrecía condiciones muy razonables, desprovistas de la consabida amenaza del recurso de la violencia.

Desgraciadamente para Esparta el general Brásidas murió en el año 422 antes de Cristo, durante una batalla entre espartanos y atenienses frente a la colonia ateniense de Anfípolis, enclave vital para Atenas. Cleón, el comandante ateniense, que también murió en aquella batalla, fue una de las figuras militares más extraordinarias de la guerra. Al morir Pericles, en el año 429 antes de Cristo, Cleón, hijo de un negociante, le sucedió en el liderazgo ateniense. Fue vituperado por sus oponentes como un hombre tosco, innoble y demagogo —aumentó el salario de los jueces—, y el mismo Tucídides no disimula el desagrado que le producía tal personaje. En las obras de Aristófanes, Cleón es fustigado continuamente como un hombre corrupto y ambicioso. Sin embargo, es necesario señalar que ambos autores, Tucídides y Aristófanes, tenían motivos personales contra Cleón, y al mismo tiempo, recientes descubrimientos documentales sitúan al líder ateniense como un competente político.

Pero no fue sólo en la política donde destacó Cleón. Dirigió también la más importante de las victorias de Atenas en la guerra contra Esparta. En el año 425 antes de Cristo, una flota ateniense que se dirigía a Sicilia, al mando de un experimentado almirante llamado Demóstenes, ocupó en la costa de Mesenia una bahía denominada Pilos, situada a unos 50 kilómetros de Esparta. El ejército espartano, que cercó a tan indeseables visitantes, fue rechazado. Los refuerzos navales atenienses hundieron la flota espartana de apoyo, y acorralaron a 400 soldados en la pequeña isla de Esfacteria, situada justamente en el centro de la bahía de Pilos.

Los espartanos enviaron una delegación a Atenas y ofrecieron negociar el final de la guerra a cambio de la liberación de aquel cuerpo del ejército. Cleón persuadió a los atenienses para que rechazaran la oferta espartana y abogó por la captura definitiva de los soldados espartanos cercados en la islita. Además, se ofreció para culminar la operación militar personalmente. Sus adversarios políticos, pensando que fracasaría, le nombraron general y le animaron a dirigir la operación militar. Hasta aquel momento, Cleón no había tenido experiencia militar alguna. Finalmente, el episodio terminó con el éxito de Atenas, especialmente por la extraordinaria acción de la infantería ligera.

La victoria de Pilos marca el máximo hito de la fortuna de Atenas y Cleón durante la larga guerra. Sin embargo, los momentos de gloria del general ateniense fueron breves. Sus pretensiones militares sufrieron un duro revés en Anfípolis, tres años más tarde, y allí perdió la batalla y su propia vida.

Su muerte dejó vía expedita al acceso de una figura pintoresca y controvertida: Alcibíades, un hombre joven, rico y aristocrático, protegido del prestigioso Pericles. Alcibíades fue un político hábil e inteligente. Si hubiera sabido controlar sus ambiciones personales, probablemente hubiera dado la victoria definitiva a Atenas. Más que ningún otro líder ateniense, tenía un especial carisma para entusiasmar al pueblo, pero desvió sus energías hacia asuntos políticos que redundaban en su provecho personal y no en el de Atenas.

En el año 421 antes de Cristo se acordó un armisticio entre Atenas y Esparta. Se le conoce como la Paz de Nicias, por el nombre del moderado general ateniense que la hizo posible. Pero la tregua resultó infructuosa. Aparte de la derrota espartana en Pilos, la correlación de fuerzas no había experimentado ninguna variación decisiva. Para Alcibíades, la tregua de Nicias fue una mera formalidad. También consideró superficialmente el intento de entendimiento entre Atenas y Argos —la tradicional enemiga de Esparta—, neutral hasta entonces en el conflicto. Después, Argos caería bajo el control espartano, en el año 418 antes de Cristo, tras la derrota del ejército de la coalición Atenas-Argos, en la batalla de Mantinea.

La expedición siciliana

Tres años después de Mantinea, Alcibíades ideó un nuevo plan bélico, y procedió a ultimar los preparativos para una expedición a Sicilia, que finalmente se convertiría en el mayor desastre militar de la historia imperial de Atenas. La rica isla de Sicilia había sido colonizada principalmente por los dorios, y sus ciudades —entre las cuales Siracusa era la más potente, económica y militarmente— eran en general partidarias de Esparta en la guerra contra Atenas, contribuyendo con el envío



Arriba, jarrón encontrado en la isla de Milo.

Página anterior, el Diadúmenos *(el galardonado) de Delos, estatua de Policleto (mediados del siglo V antes de Cristo) que representa a un joven atleta que se ciñe la frente con la cinta de la victoria. Las perfectas proporciones de esta figura constituyen uno de los ejemplos más característicos del «canon» de Policleto. (Museo Arqueológico Nacional, Atenas.)*

de importantes suministros de alimentos —concretamente cereales— a su aliado. Con el fin de cortar estos suministros y ayudar a las minoritarias comunidades pro-atenienses de Sicilia frente a sus agresivos vecinos dorios, Atenas decidió, tras un largo e intenso debate político, enviar a Sicilia una poderosa expedición con el objetivo de invadirla.

Tucídides expone muy claramente cuáles eran los motivos de Alcibíades para intentar la invasión siciliana. Pretendía conquistar toda la isla y luego actuar contra Cartago, buscando una nueva expansión imperialista en el oeste mediterráneo, con lo cual la hegemonía de Atenas hubiera sido indiscutible. Nicias, que compartió con Alcibíades el mando de la expedición, era un hombre muy cauto que desde el primer momento se opuso a la aventura, atacando duramente a Alcibíades durante los debates. En última instancia, creyó que la expedición acabaría limitándose a una exhibición de fuerza que hiciera recapacitar a los sicilianos, decidiéndoles a permanecer en una estricta neutralidad. Tras ello, la expedición volvería a Atenas.

Así, con un alto mando dividido por cuestiones estratégicas —Lamacos, el tercer general, tendía a apoyar a Alcibíades—, pero también dividido personalmente, la fuerza militar ateniense, compuesta por cien naves, partió hacia Sicilia en el año 415 antes de Cristo. Alcibíades no pudo estar en el lugar de los hechos el tiempo suficiente como para poder presenciar personalmente el naufragio de sus ilusiones, pues fue reclamado urgentemente a Atenas para defenderse de una acusación de sacrilegio (al parecer, él y algunos amigos suyos, ebrios, habían decapitado gran número de estatuas del dios Hermes, las cuales presidían las entradas de la mayor parte de las viviendas atenienses). Sorprendentemente, Alcibíades, desconfiando de la imparcialidad del juicio, decidió exiliarse en Esparta.

A pesar de la ausencia de Alcibíades, los atenienses permanecieron en Sicilia. Después de algunas maniobras y de superar ciertas dificultades, se aprestaron a sitiar Siracusa, foco central de la resistencia siciliana. Los siracusanos, bajo la dirección militar de su inspirado líder Hermocrates, ayudado por el experto asesor militar espartano Gilipo, lucharon con un ardor imprevisto por los atenienses. Un intento de rodear la ciudad mediante una muralla, con el objetivo de sitiarla por hambre, fue rápidamente contestado por los sitiados con la construcción de otra contramuralla, al tiempo que su caballería acosaba sin cesar a las tropas atenienses, que además debían de soportar el fuerte calor y las infecciones provenientes de las marismas: las fiebres recurrentes comenzaron a hacer estragos entre ellos.

En un informe dirigido a la Asamblea de Atenas, en el año 414 antes de Cristo, el propio Nicias se quejó de que estaba enfermo y solicitó el relevo del mando. La petición fue rechazada, y al mismo tiempo, se le enviaron refuerzos dirigidos por Demóstenes. Gran parte de estas tropas quedaron maltrechas en una imprevista y difícil batalla nocturna desarrollada en unos montículos cercanos a Siracusa, y prácticamente no aliviaron la delicada situación ateniense. La operación de rodeo de la ciudad fue interrumpida, y finalmente los atenienses se transformaron de sitiadores en sitiados. La culminación del desastre fue la derrota de la flota ateniense por los buques siracusanos, quienes habían pertrechado sus naves adecuadamente para maniobrar en espacios angostos, proveyéndoles de espolones.

La descripción de Tucídides, acerca de cómo los atenienses enfermos en las playas observaban la aniquilación de su flota, es una de las páginas más dramáticas de la historia. La batalla fue una lucha desesperada, pero los siracusanos consiguieron romper la resistencia y el frente ateniense.

Esta victoria fue decisiva. Los atenienses estaban ahora aislados en Sicilia y corrían el peligro de ser completamente aniquilados. Nicias ordenó levantar el campamento y llevó a los cuarenta mil supervivientes de su ejército lejos de Siracusa, intentando aproximarse a las ciudades-estado del oeste de la isla, que eran simpatizantes de la causa ateniense. Pero no pudieron sobrevivir. Los siracusanos y sus aliados les masacraron sin piedad, acosándoles con su caballería. Primero Demóstenes y después Nicias, se rindieron; éste último, tras la masacre del río Asinaro.

Los dos generales griegos fueron condenados a muerte y la tropa sometida a esclavitud. Solamente unos pocos soldados pudieron escapar y llegar a Atenas, anunciando la total destrucción del ejército en Sicilia. El desastre cambió el rumbo de los acontecimientos históricos en el Peloponeso, aunque la capacidad de lucha ateniense prolongó aún la guerra durante nueve años.

Quizás el aspecto más perjudicial de aquel desastre fue, para los atenienses, el que Esparta considerase que había finalizado el mito de la hegemonía marítima de Atenas. Ahora, el escenario principal de la contienda fue el área jonia, donde los espartanos, con ayuda financiera persa, intentaban cortar el suministro alimentario de Atenas proveniente de las llanuras del mar Negro. Los persas habían elegido ya al futuro vencedor de la contienda y apostaban a su favor.



La propia ciudad de Atenas, por primera vez desde que se iniciara la larga guerra, se hallaba bajo la presión militar espartana. Estas tropas ocupaban el fuerte de Decelia, al norte de la ciudad, y dominaban gran parte de la zona. Sin embargo, en el año 406 antes de Cristo los atenienses derrotaron a los espartanos en la batalla naval de Arginusas, pero el valor de esta victoria fue contrarrestado por los persas, que sufragaron las pérdidas espartanas con dinero de su erario.

Por otra parte, la carga que representaba la guerra se hacía sentir ya en la población ateniense. En el año 411 antes de Cristo, mientras la flota se encontraba en el este, un grupo aristocrático se sublevó y tomó el poder, gobernando durante un año. Fue una señal de que el pueblo comenzaba a perder confianza en su sistema político democrático.

Finalmente, en el año 405 antes de Cristo, el almirante espartano Lisandro asestó el golpe final a Atenas, cuando inopinadamente conquistó la playa de Egospótamos y destruyó las últimas naves atenienses. Temiendo perecer por hambre, Atenas se rindió. Las murallas atenienses fueron destruidas bajo el sonido burlón de las flautas enemigas, y Esparta impuso en



Relieve que representa a Sócrates con sus discípulos. (British Museum, Londres.)

Atenas el gobierno de una oligarquía reaccionaria, los «treinta». Aunque después sería restaurada la democracia, el poder y la gloria de Atenas sucumbieron definitivamente tras la posterior derrota frente a Filipo de Macedonia. El Imperio ateniense, tal como fuera perfilado por Pericles, concluyó en el año 404 antes de Cristo.

Filosofía y política

Los historiadores que han trabajado acerca de la caída del Imperio ateniense se han tenido que plantear ineludiblemente la cuestión de por qué se derrumbó. ¿Fue el sistema político el factor que propició la derrota ateniense en la guerra del Peloponeso? Algunas interpretaciones han desarrollado la siguiente conclusión: tras la muerte de Pericles, el pueblo ateniense se sentía decepcionado por la actuación de demagogos como Cleón y Cleofón, quienes perseguían fines políticos personalistas. Los ciudadanos asumieron actitudes derrotistas, y aprobaron las leyes que luego arruinarían a Atenas.

Esta explicación no es correcta. Es más, resulta muy injusta para el pueblo ateniense y sus principales líderes, pues busca solamente desacreditar el sistema político democrático. Platón contribuyó en gran parte a poner en circulación aquella errónea versión, pues era un enemigo acérrimo de la democracia. El filósofo nació en el año 429 antes de Cristo, año de la muerte de Pericles, en el seno de una familia aristocrática, y se educó en los círculos intelectuales de las oligarquías. Parte de su vida la dedicó a recopilar las teorías filosóficas de su maestro Sócrates, a quien recuerda especialmente en sus famosos *Diálogos*, presentándolo como uno de los hombres más dignos y estimados de Atenas.

Sócrates era picapedrero de profesión. Sus ideas filosóficas rehuyeron la problemática de la física y la matemática, tradicional en la filosofía griega, para centrarse en el hombre. Y fue él quien elaboró la técnica de abordar los fundamentos de cualquier problema en base a una serie de preguntas y respuestas.

El sistema socrático se iniciaba con preguntas tan simples como las siguientes: ¿Cuál ha de ser el comportamiento correcto de un individuo? ¿Qué significado tiene la palabra «bueno»? Y remontándose hacia cuestiones más complejas, culmi-

naba con preguntas como ésta: ¿Qué tipo de sociedad es la que conduce a una más amplia y verdadera justicia? Socrates desempeñó un papel esencial en la orientación de la filosofía hacia espacios como la moral, la política, y la epistemología.

En sus investigaciones acerca de la ciencia política, Platón tomó a los estados griegos como base para teorizar. Y su teoría se fundamentó en dos elementos fundamentales: la ley de la regresión histórica, y el papel de las élites.

Según el sistema platónico, la sociedad más pura es aquella que crearon directamente los dioses y que estaba gobernada por una élite de elegidos, una minoría selecta. Luego, los dioses abandonaron la sociedad a su propio impulso, y ésta comenzó a degenerar. A la «sociedad divina» le sucedió la timocracia, gobierno de una oligarquía sobre el pueblo, pero de una oligarquía dividida, que perdía su unidad divina original. El egoísmo económico y la búsqueda del placer y del poder serían las causas motrices del inicio de la descomposición. En el proceso degenerativo, la lucha entre las fracciones de la élite desembocaría en la descomposición total, traducida en la irrupción del pueblo en la política y el gobierno, conformándose la etapa democrática. El proceso seguiría hasta culminar en la tiranía, sistema en el cual un gobernante inteligente instrumentalizaría al pueblo para gobernar en provecho propio.

La ley de la degeneración de la historia se basa en considerar que, cuanto más se aleja un sistema político del origen ideal, más se pervierte. El orden de degradación era para Platón el siguiente: la timocracia, la democracia y la tiranía. Consideró necesario que la humanidad recuperase su pureza original, y para facilitar la regresión hacia el pasado divino creó el modelo que consideraba idóneo, aquel que más se parecía al creado por los dioses, y lo plasmó en su célebre «República».

La República de Platón se compone de dos cuerpos sociales: la élite y la masa. La élite está predestinada por los dioses para gobernar, y la integran los sabios, los magistrados y los guerreros. Esta élite debe reproducirse a sí misma por cooptación y debe vivir en un régimen comunitario, dedicada a gobernar, a la ciencia y al arte. Debajo está la masa, el pueblo, cuyo destino es ser gobernados, sumisos, dedicados a la economía, es decir, al trabajo.

En el control de la masa por la élite desempeñarían un papel esencial los guerreros, «educados en la música para ser bondadosos» y «en la gimnasia para ser fieros». Bondad y fiereza deben conjugarse para proporcionar una personalidad psicopática y sutil, pues no es conveniente que los guerreros «actúen respecto al pueblo como lobos, sino sencillamente como perros», pues de obrar con salvajismo se correría el peligro de exterminar al rebaño, factor básico de la economía.

Tal es el esquema histórico-social platónico. Para él, el sistema más cercano a la perfección, aun sin ser puro, era el modelo de Esparta, pues se trataba de una timocracia. Atenas, en cambio, era la democracia, un eslabón más avanzado de la descomposición histórica. Por eso, la influencia platónica fue nefasta para la expansión del ideal democrático.

En el descrédito de este ideal contribuyeron también políticos como Alcibíades, quien ideó el plan sobre la invasión de Sicilia para satisfacer sus propios fines, olvidándose de la justicia.

El declive urbano

La guerra del Peloponeso dejó exhaustas a las ciudades griegas, pero su lección no fue aprendida. Los 70 años que separan el final de esta guerra de la batalla de Queronea, en el año 338 antes de Cristo —cuando Filipo de Macedonia aplastó la alianza tebano-ateniense y consiguió el control de las ciudades-estado griegas—, son un desgraciado catálogo de pugnas, batallas, tratados y alianzas sin fin, muestra del estado de inestabilidad y debilidad en que quedó sumido el mundo griego.

La hegemonía ateniense fue sustituida por la espartana. Esparta, deseosa de extender su dominio, multiplicó las guerras; contra Persia, contra las ciudades-estado del este y de nuevo contra Atenas, Argos y Tebas. Incapaces de asumir por sí mismos las exigencias de la guerra naval que se desarrollaba en el este del Mediterráneo, los espartanos cedieron finalmente las ciudades-estado jonias a Persia mediante la Paz de Antálcidas, en el año 387 antes de Cristo.

En la propia Grecia, la capacidad militar espartana determinó la pervivencia de su hegemonía durante 30 años, y aunque los tebanos les derrotaron en la batalla de Leuctra, Esparta vengó con creces aquella derrota en el año 362 antes de Cristo, en Mantinea, diezmando al ejército tebano y asesinando a su jefe Epaminondas. Se restableció, pues, el poder espartano. Mientras, la potencia militar ateniense se recuperó, y en el año 371 antes de Cristo, Atenas formó una nueva Liga marítima. Pero, aunque los atenienses procuraron corregir los defectos y abusos de la primera Liga, lo cierto es que sus relaciones con las ciudades-estado aliadas se deterioraron con rapidez, culminando en la guerra social de los años 357 a 355 antes de Cristo.

Este período de la historia griega puede parecer trivial, pues las ciudades-estado cayeron fácilmente en poder de Macedonia. Sin embargo, hubo un factor nuevo que debe citarse: la aparición de los mercenarios. Las incesantes guerras del siglo V y principios del IV antes de Cristo habían promovido la aparición de gran número de exiliados políticos y soldados sin ejército, diseminados por todo el mundo griego. Muchos de estos hombres se pusieron al servicio de los sátrapas persas, y las ciudades-estado griegas acabaron por imitar a los persas, descubriendo la figura del soldado por dinero. Lentamente, el ejército cívico fue perdiendo su naturaleza genuina, y el dinero comenzó a sustituir al patriotismo.

El papel del dinero y la riqueza explica la gran influencia de Persia en la política griega. Por otra parte, el calibre militar de las tropas mercenarias se probó ampliamente en la llamada «marcha de los diez mil», en el año 401 antes de Cristo. En aquel año, Ciro, hermano del nuevo rey persa Artajerjes II, se rebeló con un ejército que incluía unos trece mil mercenarios griegos. Su lucha por conquistar el trono persa se quebró cuando fue derrotado en Cunaxa, cerca de Babilonia, perdiendo la vida en la batalla.

La temeridad de Ciro y la debilidad de sus tropas nativas fueron los factores básicos de la derrota de Cunaxa, pero los mercenarios griegos escaparon prácticamente ilesos de la batalla, y cuando sus generales fueron capturados por Artajerjes, nombraron nuevos jefes y decidieron combatir para escapar del Imperio persa. A pesar del permanente hostigamiento de

que fueron objeto por parte de los persas, los mercenarios consiguieron atravesar Mesopotamia y Armenia, y alcanzar las ciudades-estado griegas de la costa del mar Negro. La historia de la gran retirada la narró uno de sus propios generales, el ateniense Jenofonte, en su célebre obra *Anábasis*.

Aunque el historiador no hubiera plasmado aquella odisea en sus textos, la «retirada de los diez mil» hubiera pasado igualmente a la historia como un hito militar memorable, pues permitió a los griegos captar la debilidad del Imperio persa. ¿Debía ser considerado tan poderoso un rey que no pudo impedir que diez mil hombres escaparan desde el centro de sus dominios? Jenofonte y sus camaradas dieron al mundo griego una clara e inequívoca respuesta. Sin embargo, aún pasarían 70 años antes de que la lección fuera aprovechada. Y no fueron los griegos quienes demostraron haberla aprendido, sino los macedonios.

Página anterior, «Incipit liber quintus elementorum Euclidis.» Manuscrito del siglo XV del quinto libro de los Elementos *del matemático griego Euclides, que proporcionó las bases de la geometría plana durante toda la Antigüedad. (Biblioteca Nazionale Braidense, Milán.)*

GRECIA EN LOS SIGLOS V Y IV a.C.

Año a.C.	Grecia	Cultura	Resto del mundo y Roma
500	Sublevación de los jonios Los persas toman Mileto Victoria ateniense en Marathón	Frínico: *La captura de Mileto*	Los etruscos pierden el Lacio
490	Aumento del poder de Atenas Temístocles reconstruye la flota ateniense Los espartanos son derrotados en las Termópilas por los persas	Herodoto: *Historias*	Luchas de los plebeyos en Roma Jerjes se convierte en «gran rey» de Persia
480	Derrota persa en Salamina Victoria espartana en Platea contra los persas Construcción de la Muralla Larga de Atenas Temístocles condenado al ostracismo	Pausanias debilita la reputación de Esparta Esquilo: *Los persas*	Victoria de Siracusa en Hímera Roma emprende guerras contra Veyes, y contra los sabinos y los volscos
470	Muerte de Arístides Fundación de la Liga Délica	Nacimiento de Sócrates Fidias decora el Partenón Sófocles	Edad de Oro de la filosofía china (Confucio)
460	Victoria ateniense en Egina Victoria espartana en Tanagra Muerte de Cimón	Esquilo: *La Orestíada* Primer teatro de Eurípides	Ley de las Doce Tablas en Roma
450	Paz entre la Liga Délica y Persia Expansión de Atenas en el Peloponeso Pericles, estratega militar y político Paz de los Treinta Años		
440	Guerra del Peloponeso	Eurípides: *Medea*	Roma contra los volscos
430	Muerte de Pericles Cleón victorioso en Esfacteria Paz de Nicias	Aristófanes: *Caballeros, Paz*	
420	Alcibíades: expedición siciliana Desastre en Sicilia	Eurípides: *Las Troyanas*	
410	Lisandro de Esparta Rendición de Atenas: fin del Imperio ateniense	Tucídides Aristófanes: *Las ranas* Sófocles: *Edipo en Colona*	Dionisio el Viejo de Siracusa
400	Marcha de los «diez mil» Hegemonía espartana	Jenofonte: *Anábasis* Muerte de Sócrates Primeros *Diálogos* de Platón	Roma toma Veyes
390	Guerra de Esparta contra Persia Paz de Antálcidas	Nacimiento de Aristóteles	Invasión gala en Roma
380	Liberación de Tebas Derrota de Esparta en Leuctra	Academia de Platón	
370	Hegemonía de Tebas	Praxíteles Platón en Siracusa	

Alejandro Magno



Anteriormente al siglo IV antes de Cristo, Macedonia era un territorio localizado entre Tracia y Tesalia. Nunca fue considerada un peligro por los estados griegos más poderosos. Sus rudos pobladores, gentes de alta montaña, nunca guerrearon, salvo cuando se vieron obligados a pelear en los conflictos feudales que protagonizaron sus aristocracias, en lucha por el poder. Esta conflictividad intestina hizo de Macedonia un país débil. El hombre que finalmente unió a los macedonios en una nación coherente fue Filipo II, padre de Alejandro Magno, un político ambicioso y un brillante estratega militar, que en definitiva consiguió lo que parecía imposible: hacer de Macedonia una potencia imperialista.

En la diplomacia y en la guerra abierta, Filipo rebasó con facilidad los esquemas griegos. En el frente diplomático gozó de una gran ventaja. Los griegos consideraban a los macedonios gente de categoría inferior. En uno de sus célebres discursos, Demóstenes, el orador, recordó a su audiencia ateniense quiénes eran los macedonios: un grupo de bárbaros que «no sirven ni para ser esclavizados». Este irracional sentido de superioridad sería la ruina de las ciudades griegas. No tomaron en serio la amenaza de Filipo hasta que fue demasiado tarde.

Para reforzar sus habilidades diplomáticas, Filipo forjó un aparato militar formidable. Antes de acceder éste al trono, los soldados macedonios eran un tropel rudo e indisciplinado, una auténtica turba carente del mínimo sentido militar. Puesto que los macedonios no podían costearse los sólidos y eficaces equipos militares griegos, Filipo decidió proveer a sus soldados de una sencilla arma nueva: una pica de casi tres metros de longitud. Luego, organizó a la tropa en regimientos curtidos y disciplinados, con una falange especialmente dotada que sería la espina dorsal del ejército. Su función era resistir con sus largas picas los embates de la infantería enemiga, hasta que los aristócratas de la caballería pudieran cargar sobre un punto de la línea enemiga y romperla. En contrapartida, las ciudades-estado griegas seguían con sus viejos métodos de lucha. Por ello, al enfrentarse con los macedonios quedaron indefensas.

Filipo, que accedió al trono de Macedonia en el año 359 antes de Cristo, inició pronto una política expansionista. Para proteger la retaguardia de su país y obtener recursos minerales, optó por anexionarse el reino de Tracia, en el este. Esto le llevó hasta la frontera del Imperio persa, lo que más tarde revestiría gran importancia. En el año 348 antes de Cristo destruyó la Liga calcídica, y a partir de entonces las ciudades-estado griegas comenzaron a inquietarse por la amenaza macedonia. En Atenas, Demóstenes denunció a Filipo en una serie de célebres discursos, pero las posteriores actuaciones militares atenienses no estuvieron nunca a la altura de su brillante oratoria. El poder de Filipo crecía sin cesar, y con él, su presión sobre las ciudades-estado griegas.

En el año 338 antes de Cristo, Atenas y Tebas superaron su tradicional enemistad para unirse en alianza contra Filipo, pero la esperanza de salvar a las ciudades-estado de la amenaza macedonia se disolvió cuando Filipo derrotó al ejército aliado en la batalla de Queronea. Al mando del cuerpo izquierdo de la caballería macedonia iba un joven de 18 años de edad, Alejandro, y fue precisamente la actuación de sus tropas la que decidió la victoria macedonia.

Filipo era un político demasiado inteligente para ocupar directamente las ciudades-estado griegas. En lugar de ello, opto por obligarlas a entrar en la Liga corintia, institución que se ocupaba de los asuntos griegos, la cual era aparentemente autónoma pero estaba absolutamente influenciada por el rey macedonio. Él era el comandante en jefe de las fuerzas militares, y las decisiones de la Liga dependían exclusivamente de su criterio. Transcurrido un año, Filipo solicitó el apoyo de la Liga corintia en su proyecto de invadir Persia, y fue atendido rápidamente. Como pretexto para justificar su decisión, Filipo anunció que Persia debía ser invadida para vengar la afrenta que Jerjes infligiera a los griegos 150 años atrás. Puesto que aquella afrenta fue una de las razones que impulsaron a los griegos a unirse en múltiples ocasiones, les era difícil negarse.

A menudo se ha supuesto que Filipo llevó a la práctica un plan que preparó en



la sombra el anciano filósofo ateniense Isócrates, quien vio en la cruzada contra Persia la única posibilidad de cohesionar definitivamente el mundo griego. Sin embargo, el peso de la batalla lo deberían llevar las tropas macedonias, lo cual desmiente en cierto sentido aquella versión. El propósito de Filipo fue, probablemente, anexionarse Asia Menor para asegurar la estabilidad de Tracia, tierra pródiga en minerales.

Pero Filipo no pudo dirigir la guerra contra Persia, pues en el año 336 antes de Cristo fue asesinado en Pela, la capital de su reino. Le sucedió su hijo Alejandro, quien asumió los planes militares de su padre, iniciando una breve pero excepcional carrera.

Los primeros años

Alejandro subió al trono a los 20 años de edad, reinó durante 12 años y murió en el 324 antes de Cristo. Durante su mandato conquistó el mayor Imperio del mundo antiguo, y se creó una reputación militar con escasos parangones a lo largo de la historia.

Su personalidad refleja la ambivalencia de las influencias de su padre y su madre. De Filipo, Alejandro heredó sus dotes militares y una profunda convicción en sí mismo, además de un poderoso aparato bélico, con el que realizaría sus conquistas. De su madre, Olimpia, heredó elementos no menos importantes. Ella era una princesa epirota, y su tío Arribas, rey de Epiro, se sintió sumamente complacido por haber podido casar a su enérgica sobrina con el rey de la poderosa Macedonia. Olimpia era una mujer muy religiosa y apasionada, e inculcó a su hijo la idea de que era el descendiente de Aquiles, precisamente por vía materna, y de Perseo por línea paterna. Estas creencias míticas actuaron sobre la psique del joven Alejandro como un acicate, y le dominaron hasta el final de sus días.

La etapa más decisiva de la infancia de Alejandro quizá fuera aquella en la que tuvo como preceptor a Aristóteles, quien le inculcó, entre otras cosas, una gran afición por Homero, y le proporcionó la educación apropiada para un joven de rancio abolengo. Pero el temperamento de Alejandro ahogaba la racionalidad que su tutor pretendía inculcarle. La influencia de las ideas de su madre y su agresividad innata, finalmente pudieron más que los esfuerzos aristotélicos por cultivar su espíritu rebelde y apasionado.

Alejandro ascendió al trono macedonio en una coyuntura confusa, llena de intrigas y ambiciones. Eran muchos los macedonios que creían que la propia Olimpia estaba involucrada en el asesinato de su marido, Filipo, divorciado de ella en el año 337 antes de Cristo, hecho que la madre de Alejandro no aceptó nunca. Filipo fue un notable mujeriego, y en los últimos años de su vida, el odio que le profesaba su mujer fue compartido por su hijo Alejandro. La abierta hostilidad de Olimpia hacia Filipo generó entre la aristocracia macedonia el temor de que aquella extranjera acabara gobernando, hasta el punto de que llegó a peligrar el acceso al trono de Alejandro. Sin embargo, el

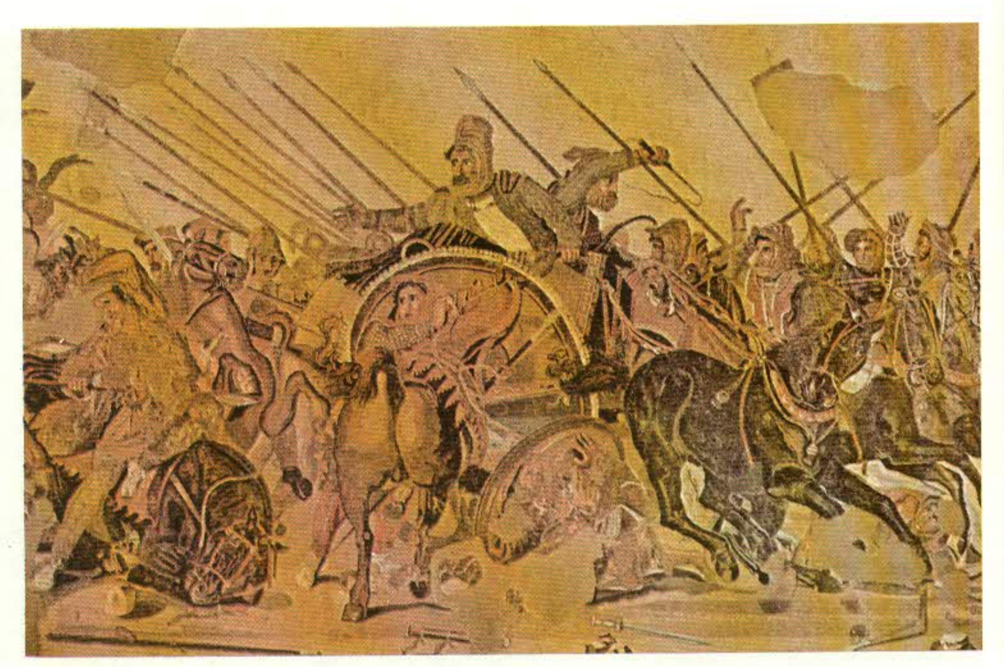


Arriba, la caza del león; mosaico de cristal de roca (300 antes de Cristo) hallado en Pela, pueblo natal de Alejandro Magno.

Abajo, anverso de una moneda con la efigie de Filipo II de Macedonia. (British Museum, Londres.)

Página anterior, cabeza de Alejandro Magno, por Lisipo, su escultor predilecto. (Musei Capitolini, Roma.)

asesinato de los otros dos pretendientes al trono y el apoyo de los mejores generales de Filipo, Antípater y Parmenión, fueron decisivos, y Alejandro pudo finalmente acceder a la soberanía de Macedonia.





Los primeros éxitos militares

Una de las facetas más típicas del carácter de Alejandro fue su predisposición para especular. Su posición como sucesor de Filipo era sumamente precaria. Su seguridad como monarca, en última instancia, dependía estrictamente del pacto establecido por Parmenión con las ciudades-estado griegas, que contando con la inexperiencia y bisoñez del joven rey, esperaban poder romper las ataduras que les impuso Filipo. Otro individuo hubiera optado seguramente por permanecer en Grecia, con el fin de mantener el dominio y dedicarse a una vida tranquila. Alejandro no. Él optó por avanzar sobre Persia.

En la primavera del año 335 antes de Cristo comenzó una campaña contra las tribus salvajes que habitaban en el área comprendida entre Macedonia y el río Danubio. Varias razones le impulsaron a proceder de aquella forma, pero básicamente deseaba extender sus fronteras hasta la línea natural de demarcación constituida por el caudaloso río europeo, con el objetivo de tener asegurada su retaguardia cuando más adelante decidiera invadir Persia. Asimismo, con aquellas batallas previas quería curtir a sus tropas. Los episodios de esta fase militar están cuajados de acciones nocturnas y sorpresivas contra el enemigo: cruzar de noche el Danubio fue una hazaña digna de ser recordada. La osadía y la habilidad se combinaban en el ejército alejandrino.

Acababa Alejandro de sofocar una revuelta de las tribus ilirias, cuando recibió, en el camino hacia Pela, la noticia de la sublevación de Tebas. Esto era un indicio grave, pues las demás ciudades-estado se agitaban política y socialmente, y en cualquier momento podía generalizarse una rebelión en cadena que hubiera sido imparable. La disolución de la Liga corintia parecía próxima. Por tanto, era necesaria una acción rápida y expeditiva. Durante 13 días, Alejandro y su ejército cubrieron casi 300 kilómetros, y acamparon delante de las murallas de los asustados habitantes de Tebas. Se produjo un corto pero violento enfrentamiento, y finalmente los macedonios penetraron en la ciudad salvajemente, saqueándola y ejecutando a seis mil de sus habitantes, sin distinción de sexo ni edad.

A continuación, y con el objeto de cortar radicalmente cualquier conato de revuelta, Alejandro convocó urgentemente a varios miembros de la Liga corintia y decidió imponer a Tebas un castigo durísimo. La ciudad fue arrasada, y sus supervivientes vendidos como esclavos. El impacto de esta brutal acción fue notorio en toda Grecia. Tanto, que durante las campañas persas de Alejandro, los griegos permanecieron sumisos a la dominación macedonia. El método del joven rey había surtido el efecto que deseaba.

El ejército macedonio

En el año 334 antes de Cristo el ejército macedonio, que incluía contingentes de los miembros de la Liga corintia, se concentró en Anfípolis. Los efectivos humanos eran 43.000 soldados de infantería y cerca de 6.000 de caballería.

El núcleo esencial de este ejército lo constituían 15.000 hombres, todos ellos macedonios, agrupados en dos regimientos de infantería y dos de caballería. Entre los caballeros, un cuerpo de élite era la guardia real, llamada los «compañeros», integrada por soldados reclutados entre la aristocracia propietaria de Macedonia. Se trataba de un grupo de caballería pesada, cuyos soldados iban provistos de cascos, defensas de plancha para piernas y torso, y armados con una pica, corta y fácil de arrojar, y una espada. Esta élite era el elemento clave del ejército macedonio, y sus irresistibles ataques en cuña sobre el enemigo eran decisivos. El comandante

nominal era Filotas, hijo de Parmenión, pero en la práctica era el propio Alejandro quien comandaba personalmente las cargas. El otro cuerpo de la caballería, llamado los «lanceros», era un cuerpo de reconocimiento.

La infantería macedonia, por su parte, se componía de un cuerpo de ataque y de las falanges. Los primeros, aunque su armamento no difería del de las falanges, tenían una misión muy específica: cuando la línea principal enemiga estaba rota, esta élite de infantería tenía que ensanchar la brecha. Es decir, se trataba de una élite esencialmente ofensiva. La estima que Alejandro sentía por Parmenión se puso de manifiesto al otorgar a uno de sus hijos, Nicanor, precisamente el mando de esta tropa. Las falanges, en cambio, eran tropas básicamente defensivas, cuya misión era contener al enemigo. Constituían también una guardia personal de Alejandro, y poseían un espíritu de cuerpo que las distinguía del resto del ejército.

Aparte de tan formidables cuerpos, el ejército macedonio incluía 15.000 mercenarios griegos y 9.000 soldados de las tribus balcánicas, que componían respectivamente una caballería ligera y una infantería pesada. Dentro de estos últimos, destacaban especialmente 1.000 agrianos armados con jabalinas, célebres por sus acciones tipo guerrilla. El resto de la tropa lo formaban cuerpos aportados por las ciudades-estado griegas.

Entre las innovaciones militares que aportó Filipo, destacaba la concepción estratégica-táctica sobre el cerco urbano, la cual difería notablemente de los usos en boga durante la época. En el siglo V antes de Cristo, la única opción de los generales griegos para doblegar la resistencia de una ciudad era rodearla permanentemente o intentar abrir un boquete que minara la resistencia de algunos sectores de sus murallas. El empleo de torres móviles y escaleras fracasó, porque las tropas defensivas podían fácilmente derribarlas. En cambio, Filipo de Macedonia ingenió una catapulta capacitada para disparar una pesada flecha a larga distancia. Con el empleo masivo de estas catapultas conseguía alejar a los defensores de la primera línea de la muralla, mientras sus soldados la asaltaban utilizando sus escaleras y torres.

Esta innovación explica por qué Atenas se rindió inmediatamente después de la batalla de Queronea, mientras que la guerra del Peloponeso había durado décadas sin una decisión clara. Estas tácticas contribuyeron decisivamente a fraguar las victorias que hicieron famoso a Alejandro, y más concretamente la que obtuvo en Persia. Su ejército cobró un aura de invencible allí donde hizo acto de presencia. En el año 334 antes de Cristo, el joven monarca y general macedonio se trasladó con su ejército a través del Helesponto, iniciando la invasión del Imperio persa.

La batalla de Gránico

Dos años antes, Filipo había asegurado ya, mediante una cabeza de puente, el paso a través del Helesponto. Así pues, Alejandro y sus soldados no tuvieron especiales dificultades en cruzar aquel territorio. Por su parte, el rey persa Darío no concentró sus tropas en dicho punto, sino que permitió que Alejandro se instalara cómodamente en el territorio persa. Darío no esperaba que su enemigo llevara hasta el fin el plan de invasión, creyendo que su objetivo serían las satrapías de Lidia y Frigia. Siendo así, consideró que las tropas locales, ayudadas por los mercenarios del general Memnón de Rodas, bastarían para contener a los invasores. Esto fue un grave error de cálculo, especialmente si se tiene en cuenta que el adversario era Alejandro.

Después de un sacrificio ante la tumba de Aquiles, en Troya, Alejandro dirigió sus fuerzas hacia el río Gránico. Allí, los sátrapas lidios, frigios y jonios habían concentrado un improvisado ejército de campesinos, caballeros aristócratas y mercenarios griegos. Estos últimos estaban deseosos de entrar en combate contra los macedonios y los griegos colaboracionistas del joven monarca, y entre ellos había un nutrido grupo de origen tebano.

El ejército de Alejandro llegó a orillas del río Gránico por la noche. Las tropas persas, que eran unos 30.000 hombres, se hallaban dispuestas a lo largo del río, en la orilla opuesta, en una suave ladera. Siguiendo los consejos de Parmenión, Alejandro decidió no arriesgarse a una batalla nocturna, y acampó. Al amanecer del día siguiente mandó a su caballería a través del río en una carga por sorpresa. Se inició así un choque feroz en el que ambas partes combatieron cuerpo a cuerpo, como si se tratara de una colisión entre fuerzas de infantería. Fue en aquel episodio cuando Alejandro estuvo a punto de morir a manos de Pitrídates, sátrapa de Jonia, pero fue salvado por su amigo Clito. Lentamente, se impuso el armamento más sofisticado de los macedonios, y la caballería persa se descompuso. Por otra parte, la infantería persa fue destrozada por la caballería y las falanges macedonias, que cruzaron el río posteriormente.

Los mercenarios griegos del ejército persa se retiraron ordenadamente a una pequeña colina y resistieron furiosamente los repetidos embates de la caballería e



Arriba, detalle de la cabeza de Darío, en el mosaico de Alejandro que describe la batalla de Isos. (Museo Nazionale, Nápoles.)

Página anterior, arriba, mosaico de Alejandro, de la casa del Fauno, en Pompeya; siglo I antes de Cristo. Descripción de la batalla de Isos, en la que Alejandro Magno derrotó a Darío, rey de Persia. Se cree que es copia de una pintura del siglo IV antes de Cristo. (Museo Nazionale, Nápoles.)

Página anterior, abajo, detalle del sarcófago de Alejandro Magno, en la tumba real de Sidón, Siria; finales del siglo IV antes de Cristo. (Museo Arqueológico, Estambul.)

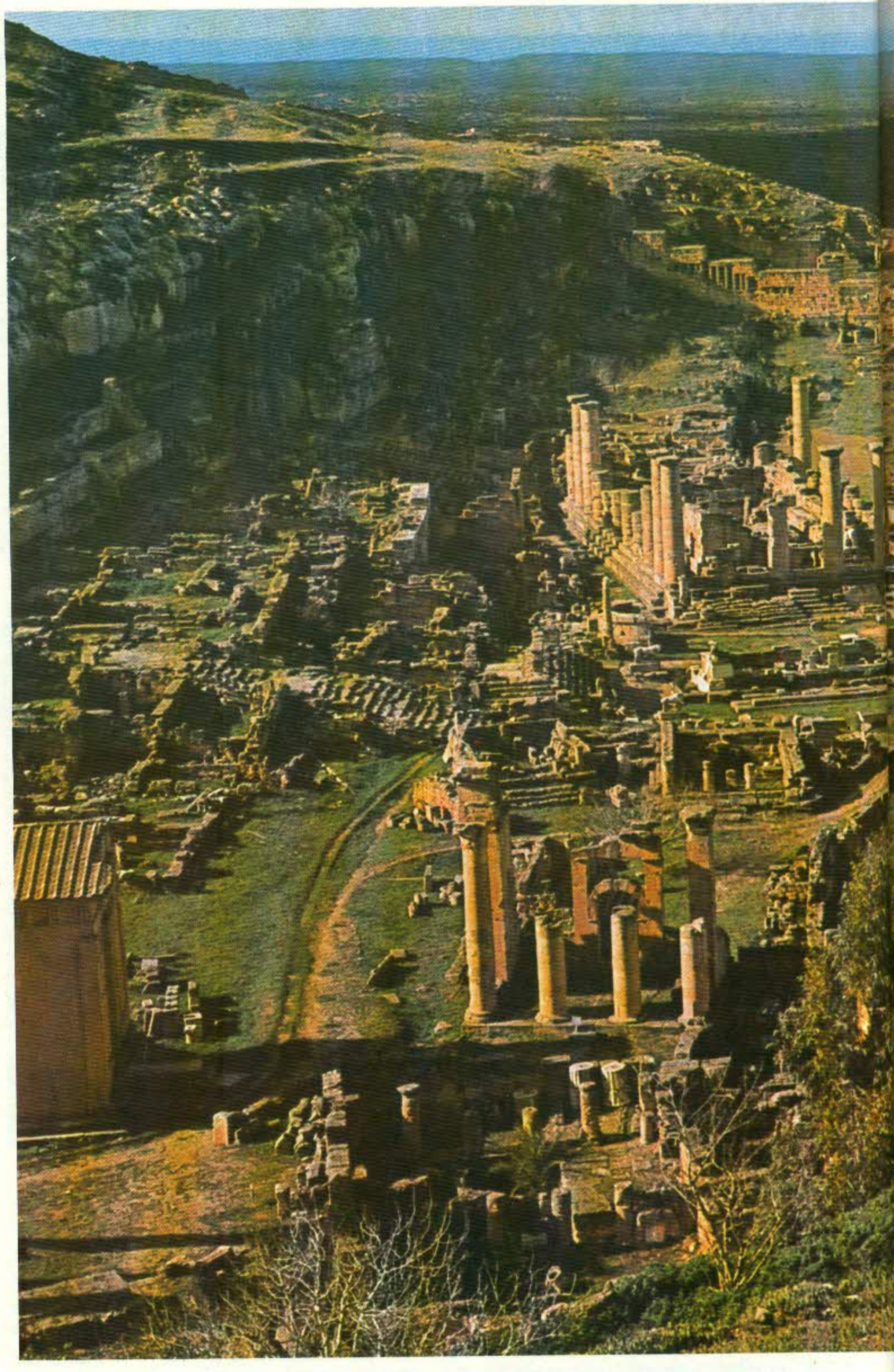
infantería enemigas. Finalmente, todo el cuerpo mercenario fue exterminado, excepto 2.000 soldados, que fueron capturados y enviados a Grecia para trabajar como esclavos en las minas macedonias. Alejandro les negó deliberadamente un desenlace honroso a cambio de la rendición, pues creyó que esto hubiera sido un mal ejemplo, y él pretendía evitar que nuevos soldados griegos se incorporasen al ejército persa. Esta política tendría posteriormente efectos contrarios a los deseados, y el rey macedonio hubo de modificarla.

Inmediatamente después de la batalla de Gránico, Alejandro marchó con sus tropas hacia Sardes, capital de Lidia y principal centro administrativo de Asia Menor. Quien poseía Sardes dominaba Asia Menor. El comandante de la ciudad, Mitrines, rindió la ciudad sin lucha, y Alejandro, consciente de la importancia de la propaganda, le perdonó y le concedió un puesto de honor en su cortejo. Desde Sardes, las tropas macedonias se dirigieron a Éfeso, que se rindió también sin lucha.

Alejandro decidió permanecer en Éfeso, y delegó en sus oficiales la acción de liberar las ciudades-estado griegas de la costa jonia. Alquímaco, oficial encargado de la operación, la culminó sin grandes dificultades, y estableció democracias tras disolver los gobiernos aristocráticos que se apoyaban en la hegemonía persa. Esta actitud en favor de la democracia no significó que Alejandro tuviera especiales simpatías por este tipo de régimen político. Fue más bien una mera utilización táctica de la política con fines militares. En la propia Grecia, cuando le convino, Alejandro no tuvo el más mínimo reparo en respaldar a las oligarquías.

No hay datos que permitan aclarar si las ciudades-estado jonias fueron incorporadas a la Liga corintia o bien recibieron facultades autonómicas. Sin embargo, en la práctica fueron simplemente estados sometidos a las decisiones del rey de Macedonia.

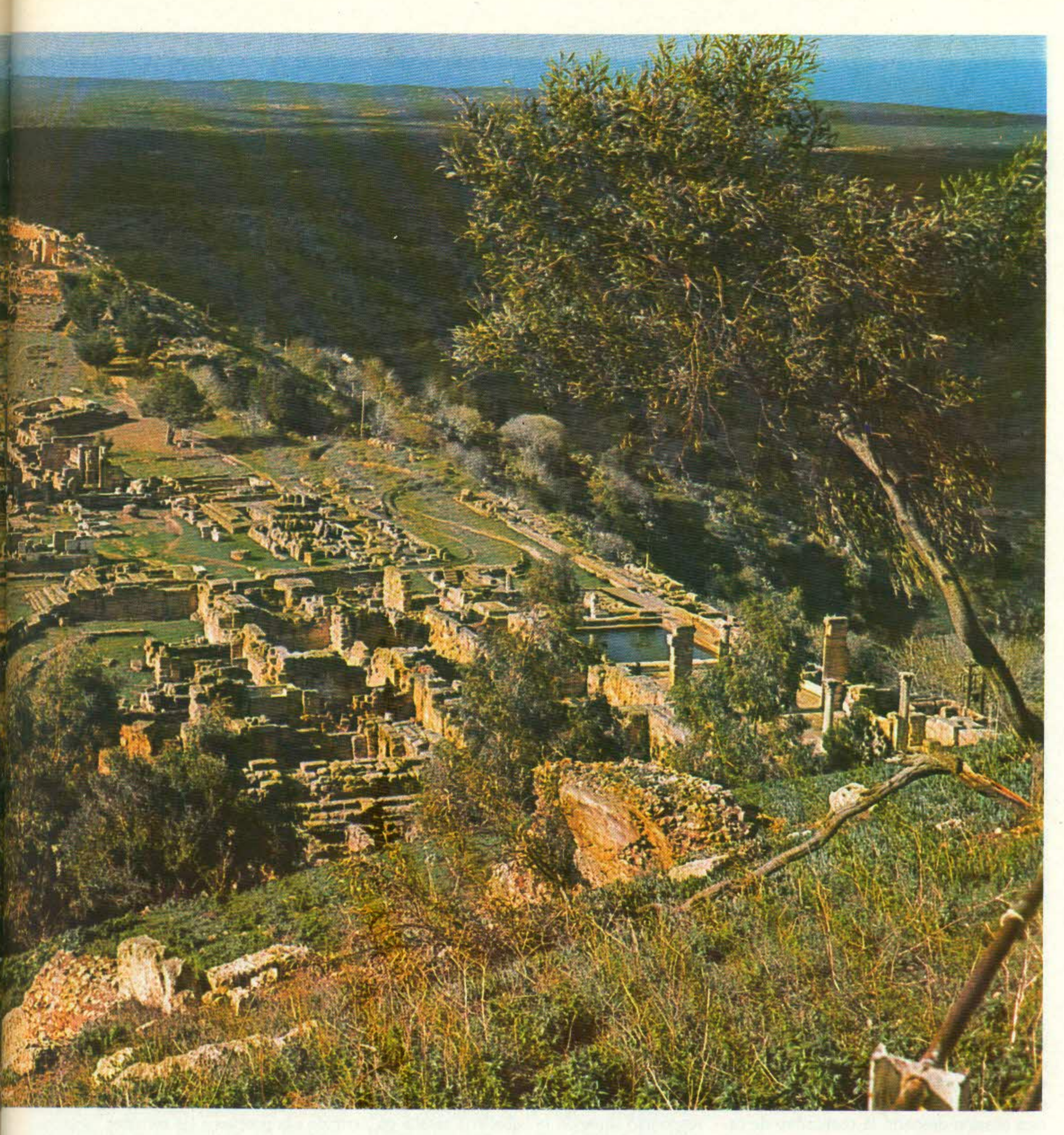
Repentinamente, surgió una nueva amenaza: la flota persa intentaba ahora apoderarse de la importantísima ciudad de Mileto. La flota macedonia, integrada básicamente por las aportaciones de las ciudades marítimas de la Liga corintia, se anticipó a los persas y ocupó Mileto antes de que éstos llegaran a sus proximidades. Ante esta situación, los persas se retiraron a Halicarnaso, con lo que la amenaza cesó momentáneamente. La decisión persa se basó en la consideración de que no se hallaban adecuadamente preparados para el combate, sin tener en cuenta que Alejandro había heredado de los espartanos una gran aversión a la guerra marítima. Muestra de ello es que, a las



pocas semanas, el rey macedonio ordenaba a sus naves que retornasen hacia sus lugares de origen y abandonaran el escenario de la guerra.

Luego, tomó rápidamente la decisión de combatir la amenaza marítima persa mediante la ocupación de sus bases de suministro y apoyo en tierra firme. Esta decisión era arriesgada, pues requería cierto tiempo para su desarrollo, y mientras, la flota persa podía actuar libremente. Podía, por ejemplo, dedicarse a su vez a cortar las líneas de suministro del ejército macedonio, e incluso invadir o fomentar rebeliones en Grecia. Por eso, la ocupación de las bases terrestres era un asunto de suma urgencia.

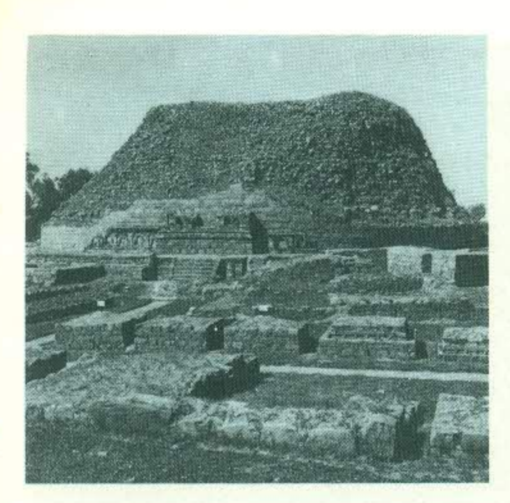
En aquellos momentos, un enclave decisivo de la flota persa era la fortificada ciudad costera de Halicarnaso. Alejandro decidió marchar sobre ella, y después de una feroz resistencia de los mercenarios griegos que la defendían, dirigidos por el sagaz Memnón —nombrado ahora almi-



rante de la flota persa por el rey Darío—, los macedonios penetraron en la ciudad. Ante tan grave situación, el general Memnón mandó incendiar la ciudad, retiró la flota de aquellas aguas y envió el cuerpo principal del ejército a la isla de Cos. Tras él, quedó una resistencia simbólica en la ciudadela, dentro de las murallas.

Consciente de que la velocidad era un elemento decisivo en la contienda, Alejandro optó por suspender todo descanso, a pesar de que se aproximaba el invierno. Asumiendo la dirección de sus tropas más ligeras, durante el invierno se dedicó a someter a las ciudades-estado de la costa de Asia Menor, y en primavera se reunió con Parmenión, quien había completado la conquista del norte de Frigia. Se encontraron en Gordio, un punto óptimo para poder penetrar, a través de Cilicia, en las llanuras del norte de Siria. Luego, marcharían sobre Fenicia, punto neurálgico del poderío naval persa. Al llegar a Cilicia, en un ataque nocturno por sorpresa el

Panorama de las ruinas del conjunto arqueológico de Cirene, en Libia. En el centro se elevan los templos de Apolo y de Artemis. Esta colonia, antigua capital de la Cirenaica, fundada por los griegos en el siglo VII antes de Cristo, fue un centro de intensa actividad cultural y de comercio en el periodo helenístico. Después de la muerte de Alejandro y la escisión del imperio en los cuatro reinos de Egipto, Siria, Macedonia y Pérgamo, Cirene permaneció bajo el dominio de los Tolomeos de Egipto desde el 321 al 67 antes de Cristo.



ejército macedonio obligó al del sátrapa local, Arsames, a salir a campo abierto, donde le derrotó. Sin embargo, Alejandro no se sintió capaz de atacar Fenicia, pues le llegaron noticias que podían variar el rumbo favorable de los acontecimientos. Mientras él completaba la conquista de Cilicia, recibió la noticia de que el ejército de Darío marchaba hacia el norte, en su búsqueda.

Victoria en Isos

Darío III de Persia habría sido un gran monarca si no hubiera tenido como enemigo a Alejandro de Macedonia. Era un general competente y un político inteligente. Las medidas que adoptó para defender su Imperio habrían tenido éxito si sus adversarios hubieran sido los habituales. Desgraciadamente para él, ni Alejandro ni el ejército que éste mandaba tenían nada que ver con el clásico esquema militar imperante hasta entonces.

El ejército que organizó Darío, en el año 333 antes de Cristo, para ir al encuentro de las fuerzas macedonias y frenar su avance, no fue el inmenso contingente que la imaginación popular inventó y que se transmitió a la posteridad, incorporado por algunos historiadores. Darío seleccionó deliberadamente un pequeño ejército integrado por la caballería irania y un cuerpo de mercenarios griegos. Para esta ocasión descartó la costumbre de ordenar a los sátrapas el reclutamiento de tropas, que luego se convertían en un lastre, pues su disciplina era nula. Su objetivo consistía en promover un enfrentamiento lo más rápidamente posible, con el fin de distraer a las tropas enemigas de sus intentos de destruir la flota persa. Al elaborar este plan, el rey de los persas demostró ser un sutil estratega.

Dejando su columna de abastecimiento en Damasco, marchó con sus tropas hacia el norte, llegando a un punto en el que sólo una cordillera montañosa le separaba de los macedonios. Por su parte, Alejandro esperaba que los persas cruzaran hacia las llanuras costeras a través del paso denominado «puerta de Siria», y ante esa perspectiva envió a Parmenión y su caballería tesalia a contener al enemigo. Alejandro le seguiría más lentamente, descendiendo hacia la costa.

Cuando ya se había iniciado la maniobra de Alejandro, Darío se movió con rapidez para sorprender a sus enemigos. En lugar de avanzar hacia la «puerta de Siria» y esperar allí a los macedonios, evitando la batalla en el desierto sirio, se dirigió hacia el norte dando un amplio rodeo: cruzó las montañas de Amanus y descendió hacia la costa por Isos. De este modo se sitúo de forma que interceptaba las líneas de comunicación de los ejércitos de Alejandro, al tiempo que operaba tras el grueso del cuerpo militar macedonio. En Isos masacró a los heridos macedonios allí hospitalizados, y luego continuó por el sur siguiendo el litoral, tomando posiciones junto al río Pínaro, que cruza una pequeña llanura entre las montañas y el mar. Alejandro, conocedor de las noticias, no tuvo en cuenta la agotadora marcha de sus tropas, e inmediatamente les obligó a dar la vuelta y dirigirse en dirección norte, alcanzando el río Pínaro tras cuarenta y ocho horas de marcha.

En lugar de esperar al amanecer, Alejandro ordenó iniciar de inmediato las hostilidades y mandó a su ejército desplegarse en orden de combate. Se situó con su guardia real y la caballería en el flanco derecho, y dejó a Parmenión el mando del centro y del ala izquierda, integrados por las famosas falanges, los arqueros con armas ligeras y los soldados con jabalinas, junto a la caballería de la Liga corintia. Darío, por su parte, situó a sus mejores tropas en el centro —se trataba de los mercenarios griegos—, en oposición frontal a las falanges macedonias, y encaró a su infantería pesada con las tropas dirigidas por Alejandro. En el último momento, Darío ordenó a la caballería que se situara en el flanco derecho con el propósito de romper las líneas de Alejandro en el punto supuestamente más débil. Éste, a su vez, respondió situando la caballería tesalia en el ala izquierda. Lentamente, los macedonios comenzaron a avanzar hacia el río y hacia las líneas persas. De pronto, la guardia real, con Alejandro al frente, cargó al galope provocando la desbandada del flanco izquierdo del ejército persa.

Sin embargo, esto no significó el final de la batalla. En el flanco izquierdo, la caballería irania y la de Tesalia, emparejadas opuestamente, chocaron ferozmente. En el centro, los mercenarios griegos de Darío habían aprovechado las vacilaciones del adversario y estaban infligiendo un durísimo castigo a las falanges, desprovistas de cobertura. Esta situación duró poco, pues el cuerpo del ejército que comandaba Alejandro llegó para reforzar la posición de las falanges. Fue en ese momento cuando el rey persa decidió abandonar la batalla.

La caballería persa y la mayor parte de los mercenarios griegos se retiraron ordenadamente, pero la infantería, más lenta, fue destruida en Isos. El propio emperador persa fue perseguido, pero pudo escapar aprovechando la noche. Por esta huida, a menudo se le ha tildado de cobarde, pero tenía razones para hacerlo. Su seguridad personal era más importante para el Imperio persa que cualquier ejército, pues su captura hubiera promovido un derrumbe moral inmediato.

El impacto político del enfrentamiento fue enorme. Agis, rey de Esparta, que estaba a punto de iniciar una revuelta en Grecia contra la dominación macedonia, abandonó sus planes forzado por la repentina marcha de sus colaboradores persas, que decidieron volver a su país al conocer la derrota de Isos. Ahora, Alejandro estaba en una inmejorable posición para conquistar Fenicia y hacer que sus ejércitos destruyeran definitivamente la flota persa.

El sitio de Tiro

La Fenicia que invadieron las tropas de Alejandro, a finales del invierno del año 333 antes de Cristo, era una llanura costera salpicada de importantes ciudades marítimas, que proporcionaban a los persas la mayoría de sus buques y marinos. Diez años antes, las ciudades fenicias, con excepción de Tiro, se habían rebelado contra la dominación persa, rebelión que fue brutalmente sofocada. En consecuencia, los fenicios acogieron a Alejandro como un libertador. Éste confirmó en sus cargos a los reyes locales y ellos pusieron a su disposición todos sus recursos.

Tiro, la más poderosa de las ciudades fenicias, permaneció leal a Darío, cerrando sus puertas a los ejércitos macedonios. Sus ciudadanos confiaban en que, a pesar de las probadas habilidades tácticas de Alejandro en el combate, sus tropas serían impotentes para tomar la ciudad, fortificada con sólidas murallas. Sus cálculos tenían cierta justificación. La parte principal de la ciudad se hallaba sobre una isla situada a 700 metros de la costa, y estaba rodeada de murallas que en algunos puntos tenían hasta 10 metros de altura. Asimismo, disponían de una poderosa armada desplegada por las tres ba-

hías que circundaban la isla, y por otra parte Alejandro carecía de naves. También era importante el hecho de que cuanto más tiempo necesitaran los macedonios para planear el asalto a la ciudad, más posibilidades tendría Darío de reorganizar sus efectivos militares. Esta realidad se compaginaba, por otra parte, con la necesidad que tenía Alejandro de destruir totalmente la ciudad-puerto de Tiro, pues mientras ésta siguiera activa, su proyecto de aislar a la flota persa desde tierra no era realizable.

El sitio de Tiro duró siete meses, y quizá fue la mejor hazaña militar de las realizadas por Alejandro. Éste demostró poseer una tenacidad extraordinaria que, combinada con una gran dosis de habilidad, le permitió mantener en su tropa un elevado espíritu de lucha. Puesto que carecía de naves, inició la construcción de un dique que comunicara la costa con la isla, utilizando los bloques de piedra provenientes de la destrucción de la parte antigua de la ciudad, que se encontraba en la zona del litoral.

Al final del dique hizo levantar unas torres, a través de las cuales podía intentarse la entrada en las murallas. Pero esta idea no tuvo éxito, pues los sitiados acosaban desde las almenas a los invasores permanentemente. De añadidura, la flota tirosita les hostigaba también sin descanso.

En la resolución de la situación incidió un hecho inesperado. La noticia de que la mayoría de las ciudades fenicias se habían pasado al bando macedonio se difundió por toda el área, y cuando circuló entre la flota persa, los marinos fenicios que formaban parte de ella desertaron y decidieron retornar a sus hogares. Por ello, inopinadamente, Alejandro se encontró al mando de un contingente naval que había formado parte de la flota persa. El primer paso estaba dado, pero la muralla seguía intacta. Entonces, el rey macedonio adoptó una ingeniosa decisión: era necesario construir torres flotantes. Mandó construir unas enormes torres que fueron amarradas por la base en dos naves unidas entre sí. Navegando alrededor de la muralla, los arqueros batían las almenas incesantemente. A pesar de los desesperados esfuerzos de la población tirosita, las torres flotantes causaron daños irreparables en las murallas, y tras un breve pero intenso ataque concentrado sobre el puerto principal y las partes más debilitadas de la muralla, la ciudad sucumbió al asedio.

Los habitantes de Tiro pagaron duramente su lealtad al rey persa. La ciudad fue saqueada, y los que no murieron en la masacre fueron finalmente vendidos como esclavos.



Arriba, relieve del siglo II antes de Cristo que decoraba el teatro de Corinto y representa una batalla entre griegos y romanos.

Página anterior, ruinas de la antigua ciudad de Taxila, Pakistán, donde Alejandro se detuvo cuando se dirigía hacia la India; 326 antes de Cristo.

Alejandro en Egipto

Para evitar el resurgimiento del poderío naval persa, Alejandro decidió ocupar la última base que Persia poseía en el Mediterráneo, e invadió Egipto. La palabra «invasión» es, en este caso, engañosa. Egipto nunca fue una satrapía leal a Persia, debido a la hostilidad de sus sacerdotes, exacerbada por la intransigencia y falta de habilidad persa. Al final del siglo V antes de Cristo la satrapía se rebeló, pero en el año 343 antes de Cristo volvió a ser integrada en el Imperio persa, tras una brutal acción militar de Artajerjes Oco. Así pues, la única resistencia que Alejandro encontró en Egipto fue la de la guarnición persa de Gaza, capturada tras una enconada resistencia.

Con el fin de dejar constancia de que era el descendiente de Aquiles, Alejandro arrastró con su carro al comandante persa alrededor de la ciudad, imitando el tratamiento que Aquiles diera a Héctor, según narra la *Ilíada*. El resto de la penetración en Egipto hasta la capital Menfis, fue una marcha triunfal. Allí le coronaron faraón, en un acto que revistió un gran valor propagandístico: Darío había impuesto antes su reconocimiento como faraón; por tanto, la acción de Alejandro tenía todas las características de un derrocamiento.

Tras una breve estancia en Menfis, donde sus soldados pudieron descansar y participar en los juegos celebrados en su

honor, el ejército macedonio partió Nilo abajo con la intención de inspeccionar los territorios de su nuevo reino. Y cuando alcanzó la desembocadura, cerca del lago Mareotis, Alejandro decidió construir una ciudad sobre el istmo que allí existe. Los datos documentales que han llegado hasta nosotros indican que se trató de una decisión repentina del rey macedonio, pero esto parece poco probable, pues la urbe fue construida en el punto más salubre del área, y al mismo tiempo en un lugar idóneo para la instalación de un puerto. Es probable que Alejandro pretendiera fundar una ciudad que sustituyera a Tiro como punto central del Mediterráneo oriental, eligiendo el lugar con precisión.

Desde Alejandría, el ejército macedonio se dirigió hacia el desierto libio, al oasis de Siwa, pues Alejandro quería consultar al oráculo de Amon, que para los griegos era el equivalente de Zeus. Nada se sabe acerca de lo que los sacerdotes de Amon dijeron a Alejandro, cuando se quedaron a solas con él para realizar la ceremonia. Arián, un historiador griego del siglo II antes de Cristo, afirma enigmáticamente que «Alejandro escuchó aquello que deseaba oír». En tanto que faraón, el rey macedonio era «un nuevo hijo» de Amon, y para los griegos, en correspondencia, «un hijo» de Zeus. Los sacerdotes confirmaron su ascendencia divina y le aventuraron grandes victorias y poderosas conquistas.

La visita al oráculo de Amon señala un cambio importante en el desarrollo del temperamento de Alejandro. Él creyó sinceramente que era un hijo del dios, al igual que antes creía que era descendiente de Aquiles. A partir de ese momento comenzó a comportarse progresivamente como un déspota oriental, y sus relaciones con sus súbditos y partidarios macedonios comenzaron a deteriorarse.

Después de reorganizar el gobierno de Egipto, el ejército macedonio se dirigió hacia Tiro, para reagrupar todos sus efectivos en la perspectiva del asalto final contra los persas.

El fin del Imperio persa

Aunque Alejandro había conquistado grandes áreas del Imperio persa, derrotando a Darío en Isos y arrebatándole el título de faraón, la posición del emperador persa todavía era sólida. Controlaba aún la mayor parte de su Imperio, las importantes ciudades de Babilonia, Susa, Persépolis y Ecbatana, así como los vastos territorios de las satrapías orientales. El objetivo de Alejandro era no sólo conquistar el Imperio persa, sino exterminar físicamente a su emperador, para poder ocupar con pleno derecho el trono de Persia.



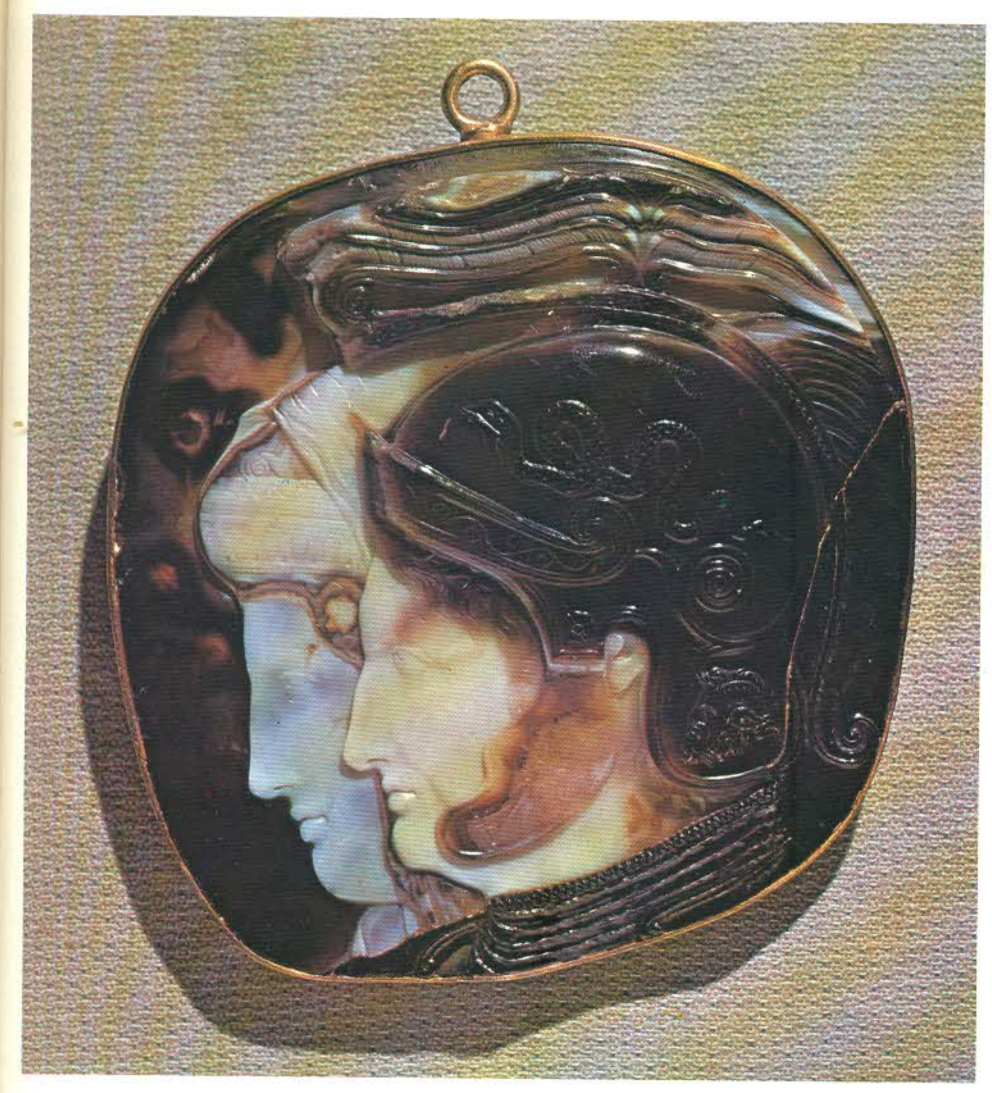
En Tiro, Alejandro procedió a ciertos reajustes administrativos, y partió en la primavera del año 331 antes de Cristo decidido a golpear en el corazón del Imperio. Por su parte, Darío, que había organizado un ejército de cien mil hombres, le esperaba en Babilonia, junto al Éufrates, creyendo que Alejandro seguiría la demarcación fluvial, al igual que hicieron siempre los invasores de aquellos territorios. Pero Alejandro, en lugar de bordear el río, lo que hubiera dado a Darío la posibilidad de elegir el lugar de la batalla, decidió mantenerse alejado del valle fluvial central de Mesopotamia y cruzar el Tigris para aproximarse a Babilonia por el este. Con ello evitaba el agobiante calor del valle, y podía combatir en terreno neutral. Al mismo tiempo, crearía gravísimos problemas a los persas, cuyo ejército era muy pesado y lento, y maniobraba con dificultades.

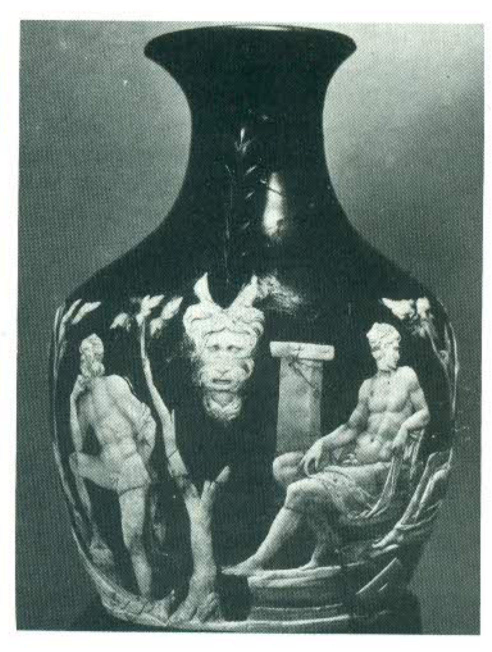
Darío, enterado de esta maniobra, varió sus planes. Decidió atacar al ejército macedonio en el momento en que realizara el difícil cruce del Tigris, río de rápida corriente. Sin embargo, la suerte fue una vez más aliada del rey macedonio, pues la captura de unos exploradores del ejército persa le puso sobre aviso de la nueva situación. Evitó, pues, el vado de Mosul, donde le esperaban los vigías de Darío, cruzó el río más al norte, y rodeando las ruinas de Nínive, se aprestó a encontrarse con el emperador persa en campo abierto.

Ambos ejércitos se enfrentaron en Gaugamela, un pequeño pueblecito situado en la llanura. Por la noche, acamparon uno frente al otro, separados por una franja de tierra de unos cuatro kilómetros. Los macedonios durmieron y descansaron, en tanto que Darío mantuvo a sus tropas en situación de alerta durante toda la noche, pues temía un ataque por sorpresa. Parmenión sugirió un ataque de este tipo, pero Alejandro lo rehusó pensando que Darío lo esperaba, y que por ello la tensión nocturna influiría en sus soldados para la batalla del amanecer.

La batalla de Gaugamela fue la acción decisiva del duelo entre Darío y Alejandro. La victoria macedonia fue laboriosamente conseguida. Los macedonios desplegaron la misma formación que en Isos. Alejandro envió su guardia real y los lanceros al flanco derecho, y a Parmenión con sus falanges y su caballería tesalia al flanco izquierdo. Por su parte, Darío dispuso la caballería en ambos flancos, al mando de dos de sus sátrapas. Él tomó el mando del centro, formado por otra sección de la caballería y por una poderosa infantería integrada por la guardia real y los mercenarios griegos.

La diferencia con Isos, por parte persa, estribó en el enorme número de soldados que Darío tenía a su disposición. Por ser el campo de batalla mucho más amplio que entonces, Alejandro curvó sus líneas en los extremos para delimitar mejor el área de lucha. En el curso de la batalla, los flancos macedonios acabaron dirigiéndose hacia el centro para contener la tre-





Arriba, el vaso Portland, ánfora de vidrio blanco y azul donde se representa a Peleo y a la diosa Tetis. (British Museum, Londres.)

Izquierda, camafeo en ónix de un rey y una reina de la dinastía de los lágidas o tolomeos, descendientes de Lago, general de Alejandro Magno. (Kunsthistorisches Museum, Viena.)

Página anterior, vaso adornado con relieves, procedente de Pérgamo. (Louvre, París.)

menda presión de las fuerzas persas, y Alejandro tuvo que retrasar la decisiva carga de la guardia real, pues mientras el centro persa fuera tan denso, el éxito de la misma era poco probable.

Las tácticas de Alejandro tuvieron éxito. Esperó a que toda la caballería persa estuviera involucrada en el combate, y entonces irrumpió por el flanco irquierdo persa. En el flanco izquierdo macedonio, Parmenión y sus tropas estaban prácticamente acorralados por el ingente mar de soldados persas, por lo que Alejandro decidió ir en su ayuda. Después, cargaron de nuevo sobre el centro del ejército adversario, al que finalmente destrozaron.

Por su parte, Parmenión se rehízo y puso en fuga a la caballería persa. Por consiguiente, el rey persa comprendió que su suerte estaba echada, y decidió huir del campo de batalla, perseguido por Alejandro, mientras los soldados de Parmenión liquidaban las últimas posiciones enemigas.

Esta victoria abrió a los macedonios las puertas del Imperio persa. Alejandro avanzó hacia Babilonia, cuya población le acogió con entusiasmo. Mazeo, traidor a la causa persa, consiguió así permanecer en el gobierno de su satrapía. Los soldados macedonios celebraron su victoria disfrutando de todos los placeres de la ciudad, aunque Alejandro no les dejó tranquilos por mucho tiempo. El avance debía continuar necesariamente. Cayeron las ciudades de Susa y de Persépolis, y el rey macedonio ordenó el incendio del hermoso palacio construido por el rey Darío I y su hijo Jerjes.

Alejandro ha sido condenado por la historia por este acto de barbarie, pero hubieron circunstancias atenuantes. Los soldados macedonios rebosaban rencor contra los persas, pues al entrar en Persépolis hallaron a los prisioneros de guerra griegos horriblemente mutilados, y Alejandro dio a sus hombres carta blanca para que saquearan la ciudad, alentándolos con su propio ejemplo.

Con el incendio del palacio, Alejandro señala el fin del Imperio persa. Sin embargo, no dio por terminados sus esfuerzos. Su propósito era capturar al rey persa, y completar su política de conquistas por las ignotas tierras del este.

Guerra de guerrillas

Las enormes satrapías de Partia, Aria, Sogdiana y Bactriana no presentaban el atractivo de los otros territorios persas. Estaban habitadas por tribus primitivas y nómadas, gobernadas por señores feudales, y la cultura persa apenas había penetrado en la población. Pero aparte de su insaciable deseo de conquista, Alejandro tenía importantes razones estratégicas para intentar someter a aquellas desoladas comarcas. Sus habitantes —tribus masagetas— podían representar una amenaza permanente para su flamante Imperio si no eran intimidadas. De acuerdo con ello, Alejandro se dedicó a inspeccionar exhaustivamente el área que tenía como límite sudoriental el Indo, y limitada al norte por el río Yaxartes. En esta tarea invirtió varios años.

La naturaleza de esta campaña fue totalmente distinta de las anteriores. Su adversario principal, Espitamenes de Sogdiana, aprovechó las dificultades de la orografía de la región y utilizó la táctica de realizar ataques esporádicos e imprevisibles con su ágil caballería nómada. Eran tácticas de guerrilla frente a las cuales Alejandro tuvo grandes dificultades, aunque como siempre, mostró su capacidad de adaptación militar, al contrario que los generales romanos que muchos años después lucharon en la misma zona.

Especial mención merecen dos facetas de esta versatilidad alejandrina en los asuntos bélicos. La táctica empleada contra los saqueos demuestra cómo decidió afrontar los audaces ataques de la caballería enemiga en campo abierto. Normalmente, los saqueos fustigaban intermitentemente a los adversarios hasta agotarlos. Otras veces, realizaban un ataque fulminante y se retiraban rápidamente, sin alejarse demasiado del centro de operaciones, girando vertiginosamente en amplios círculos hasta que en un momento determinado volvían a cargar. Frente a esta táctica, Alejandro optó finalmente por no concentrar tropas, sino situar como señuelo una fuerza ligera que fuera objeto de la hostilidad enemiga. Paralelamente, colocó sus fuerzas de infantería en los posibles lugares de fuga del adversario, al que perseguía con su guardia real. Con esta táctica, consiguió acorralar a las guerrillas enemigas y vencerlas.

Otro problema que tuvo que solventar el rey macedonio fue el creado por la gran altitud de las montañas de la región. Desde el primer momento, obligó a sus tropas a adiestrarse en el alpinismo y la superación de obstáculos geográficos montañosos, y poco tiempo después tuvo ocasión de comprobar el grado de preparación de sus soldados en el combate de alta montaña. Los campamentos macedonios estaban instalados en la región de Sogdiana, y tras la derrota de Espitamenes algunos cabecillas se refugiaron en las montañas. Uno de ellos, Oxiarte, se situó en una zona especialmente abrupta, la llamada «roca de Sogdiana», una fortaleza natural aparentemente inexpugnable. El guerrillero llegó a mofarse de Alejandro afirmando que necesitaría «soldados con alas» si quería derrotarle.

Acuciado por el reto de Oxiarte, Alejandro eligió una reducida fuerza de 300 hombres de entre sus más hábiles escaladores, y los envío montaña arriba provistos de garfios y cuerdas. Cuando el líder guerrillero observó la habilidad trepadora de sus enemigos, decidió poner fin a su resistencia y entregarse antes de que la élite alejandrina llegara a sus dominios. El rey macedonio le trató cortésmente y se casó con su hija Roxana, mujer de gran belleza. La política de clemencia, nueva en los comportamientos militares de Alejandro, indujo a los otros cabecillas rebeldes a rendirse.



Las últimas conquistas

La segunda mitad de la carrera político-militar de Alejandro fue muy variada y rica en acontecimientos bélicos y diplomáticos. Su principal adversario, el rey persa Darío, había sido traicionado y asesinado por el sátrapa de Bactria, Besso, quien buscaba congraciarse con el nuevo señor, evitando a Alejandro la ignominiosa tarea de hacer matar a su enemigo. Sin embargo, durante las largas luchas contra los persas, el rey macedonio había tenido oportunidad de calibrar el pundonor y la inteligencia de Darío —a quien sus soldados hallaron moribundo en una carreta de bueyes—, y molesto por la acción del sá-



trapa traidor, ordenó que le ejecutaran tras horribles tormentos.

Curiosamente, esta benevolencia de Alejandro con respecto a Darío conllevó al mismo tiempo una actitud de creciente hostilidad contra sus propios ayudantes macedonios. Sus víctimas principales fueron Parmenión y su hijo Filotas. El otro hijo de Parmenión, Nicanor, general de Alejandro también, murió antes de que su familia fuera diezmada por decisión del rey.

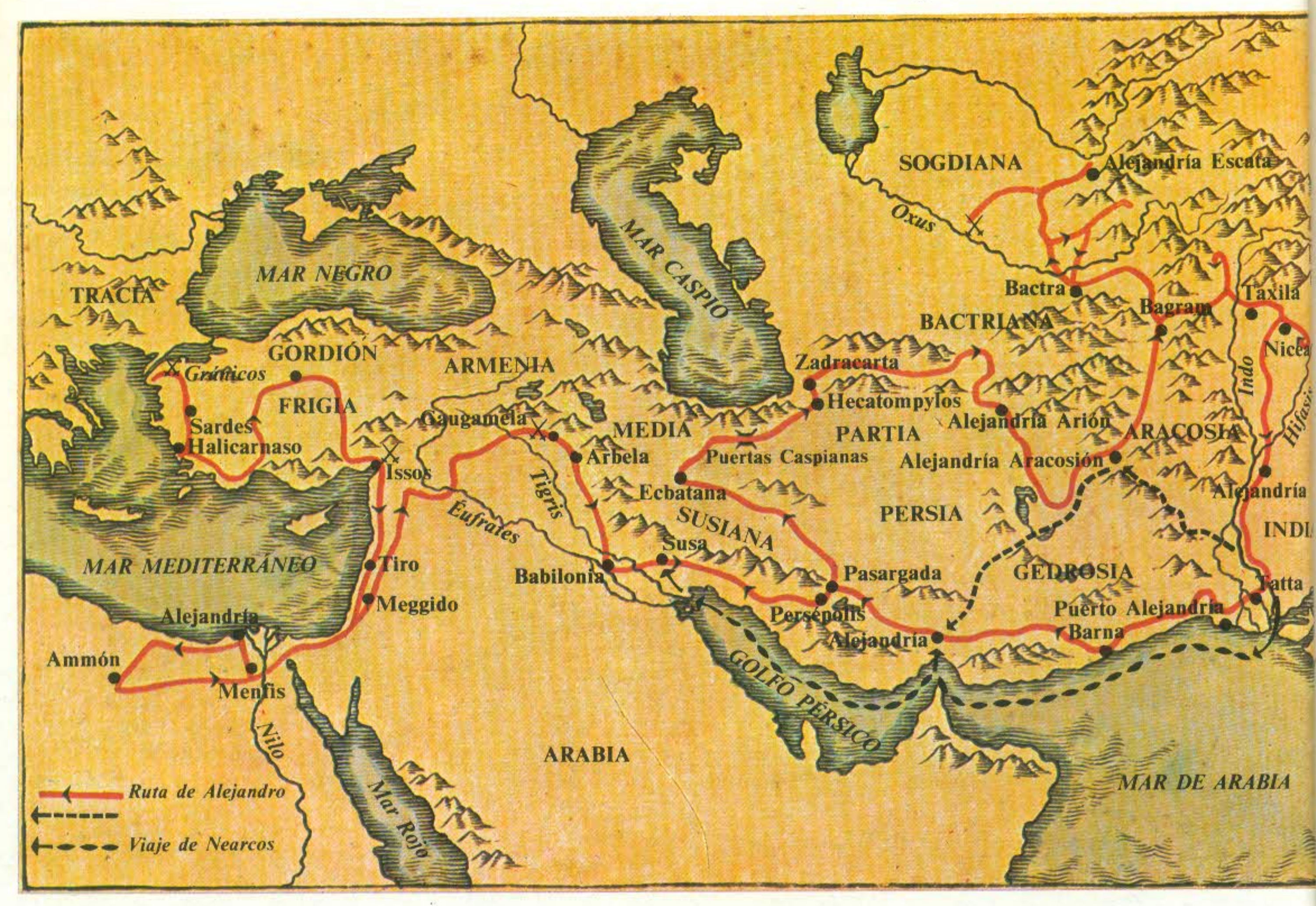
Filotas fue ejecutado bajo la acusación de haber encubierto rumores desleales —aunque carentes de relevancia— contra Alejandro. Antes de morir, se dijo que había revelado información —obtenida bajo tortura— que situaba a su padre Parmenión en contra del rey. Alejandro sentía hacia su anciano y mejor general una mezcla de admiración y rencor, y durante los últimos años buscó pretextos para deshacerse de él y de sus hijos. La muerte de Parmenión y su hijo fueron el resultado de un cálculo político, y carecieron de justificación concreta. Fueron los síntomas más evidentes de la transformación del rey macedonio en un déspota de tipo oriental. Vestía ropajes persas, y exigía las típicas muestras de servilismo en su relación con los súbditos.

Fueron muchos los macedonios que criticaron el nuevo comportamiento de Alejandro. Entre ellos, dos tenían especial relevancia por su categoría personal: el filósofo Calístenes, sobrino de Aristóteles, y Clito. Ambos denunciaron claramente la soberbia del rey, y ambos cayeron víctimas de la cólera de éste. La muerte de Clito, ejecutado personalmente por Alejandro durante una borrachera, promovió en el soberano fuertes remordimientos, pero no provocó ningún cambio en su actitud.

El rey tenía ahora nuevos planes: pretendía remodelar la corte, obligando a todos a adoptar nuevos comportamientos y a vestir ropajes diferentes. Por otra parte, dedicaba su tiempo a adiestrar en las técnicas macedónicas a un ejército de treinta mil jóvenes iranios, concibiendo además un complejo entramado de matrimonios entre sus mejores soldados y mujeres persas.

Arriba, mapa de Grecia y países próximos en la época de la batalla de Queronea, victoria de Filipo II de Macedonia sobre una coalición de atenienses y tebanos en 338 antes de Cristo.

Página anterior, el Laocoonte, *procedente de Rodas, obra de los escultores Agesandro, Polidoro y Atenodoro. Se atribuye aproximadamente al año 100 antes de Cristo. (Musei Vaticani, Roma.)*



El descontento fue paulatinamente en aumento, especialmente entre sus propios partidarios macedonios. Al poco tiempo, tras la victoria sobre el rey Poros, que señala la irrupción alejandrina en la India, el ejército macedonio se amotinó. Alejandro intentó sobornarles y luego les amenazó, pero sus soldados se mostraron irreductibles. Deseaban terminar las guerras y poder disfrutar de los botines obtenidos durante tantos años de lucha.

El rey macedonio tuvo finalmente que acceder y organizar el regreso. Después de navegar triunfalmente por el río Indo hasta su desembocadura, ordenó el retorno hacia el oeste, hacia las grandes ciudades persas. Y durante el viaje de regreso cometió uno de los mayores errores de su densa carrera militar. En lugar de marchar por la costa sur de Persia, intentó cruzar, para ganar tiempo, el desierto de Gedrosia, la zona más ardiente del Oriente medio. La travesía fue un desastre y Alejandro perdió en ella a las tres cuartas partes de sus efectivos militares.

Durante su último año de vida, el 324 antes de Cristo, sus estados de ánimo eran cada vez más psicopáticos. Su cólera era permanente, y su soberbia culminó cuando exigió su deificación. Poco después, moría en Babilonia víctima de unas fiebres, a la edad de 32 años. Cuando en su lecho de muerte le preguntaron a quién legaba su Imperio, respondió lacónico: «Al más fuerte». Después, sus generales se enzarzarían en una serie de pugnas que determinaron la escisión del Imperio en pequeños reinos.

La reputación histórica de Alejandro

El rey macedonio fue un hombre que durante su vida generó profundos odios y fervorosas admiraciones. Es por tanto difícil elaborar un cuadro equilibrado de su personalidad y de sus hazañas. Aunque la historia le concedió el título de «magno», lo cierto es que fue grande solamente en un aspecto: como militar. Su capacidad estratégica y táctica ha sido admirada por la posteridad, admiración extendida a su gran poder psicológico, que le facultaba para imbuir a sus soldados de un sentido de la victoria inigualable. Él mismo dio siempre el primer ejemplo, y su valor personal rayó a veces en lo temerario, pero fue la base de su influencia sobre sus soldados.

Sin embargo, el Alejandro gobernante es una figura completamente distinta. Fue un hábil político en el sentido maquiavélico del concepto, pero como administrador fue muy inferior a su padre, Filipo. Los cambios que impulsó en las ciudades y satrapías persas no sobrevivieron a su muerte, y raramente constituyeron una mejora respecto a la situación anterior. Sus nombramientos estaban condicionados, no por la inteligencia o eficacia del elegido, sino por su lealtad y servilismo.

Alejandro ha sido alabado como fundador de ciudades. Sin embargo, a excepción de Alejandría, no fundó ninguna urbe de importancia. Las ciudades que hizo construir, especialmente en las satrapías del este de Persia, eran sencillas guarniciones fortificadas, habitadas por veteranos del ejército macedonio y griego, quienes acabaron por abandonarlas por no ser compatibles con sus aspiraciones y forma de vida.

Asimismo, se ha exagerado su acción en pro de la fusión de las culturas de Occidente y Oriente. Es dudoso que, al margen del campo de batalla, Alejandro fuera lo suficientemente lúcido para concebir la grandiosidad de un proceso de identificación de tan vastas y distintas civilizaciones. Prefirió dedicarse a los placeres pro-

EL IMPERIO DE ALEJANDRO MAGNO

Año a.C.	Conquistas	Cultura	Roma
360	Filipo de Macedonia Nacimiento de Alejandro	Demóstenes: primera *Filípica*	Fundación de Ostia
350	Filipo invade Calcidia Filipo penetra en Grecia Liga de Corinto	Aristóteles Demóstenes: segunda y tercera *Filípica*	Primera guerra samnita
340	Alejandro, rey Represión de la sublevación griega Victoria de Alejandro en Gránico Alejandro derrota a Darío en Isos Alejandro en Egipto	Aristóteles funda el Liceo Fundación de Alejandría	Los plebeyos admitidos en la magistratura Victoria de Roma sobre los latinos
330	Incendio de Persépolis Conquista de las satrapías orientales Alejandro asesina a Clito Alejandro en India Regresan Alejandro y Nearcos Alejandro en Susa Muerte de Alejandro Desmembramiento del Imperio	Demóstenes: *En la corona* Teatro de Epidauro Muerte de Aristóteles y Demóstenes	Segunda guerra samnita Tratado entre Roma y Cartago

pios del despotismo orientalista, pero para poder desarrollar este comportamiento tuvo que romper con sus costumbres macedonias, basadas en una camaradería permanente con sus rudos pero leales soldados y cortesanos. Deseoso de enaltecer su figura y acabar con las familiaridades, procedió a desarrollar un proceso de «persificación» de sus gentes, generando el descontento y la animadversión. Su política de promocionar matrimonios masivos entre macedonios y persas no tuvo como objetivo fundir dos culturas y dos razas, sino diluir lo genuinamente macedonio. No existen evidencias testimoniales sólidas que induzcan a creer lo contrario.

Por otra parte, el juicio de su moralidad individual resulta normalmente condenatorio. Fue un infatigable bebedor, podía ser cruel y traidor, y al parecer sentía fuertes inclinaciones homosexuales, aunque contrajo varios matrimonios, probablemente por conveniencia política. Sin embargo, las cualidades intrigantes no eran exclusivas de él. En general, la nobleza macedonia participaba de tan penosa faceta. Los ajustes de cuentas mediante engaños y traiciones eran moneda corriente en la corte de Macedonia. Alejandro fue, en este sentido, una expresión de la realidad general. Su homosexualidad ha sido atribuida a la influencia ejercida por su madre, Olimpia, quien además le inculcó la soberbia de creerse descendiente de héroes y dioses míticos. Su obsesión final por la deificación se transmitió a sus sucesores, y muchos reyezuelos que le sucedieron siguieron esta costumbre.

Una faceta típica de su carácter fue la incapacidad para dominar su propio temperamento. Especialmente cuando estaba ebrio, se sumía en estados de cólera, con resultados tan trágicos como el asesinato de Clito. En la batalla su personalidad cambiaba radicalmente. Allí, canalizaba su impetuosidad de forma totalmente distinta.

Es esencial no aislar al hombre de su época para obtener una exacta dimensión de su valía. La carrera de Alejandro fue algo más que la carrera de un militar aislado y solitario. Sus acciones afectaron a la totalidad del mundo civilizado de entonces. Las conquistas de Grecia y Persia comportaron cambios tan decisivos que la antigua escala de valores desapareció. Las viejas ciudades-estado griegas no recuperaron nunca su pasado esplendor. La carrera de Alejandro señala el fin de la era clásica de Grecia y el principio del período helenístico.

Protagonizar el fin de una época y el inicio de otra puede parecer un colofón magistral, pero los griegos no opinaron lo mismo. Cuando las noticias sobre su muerte llegaron a Atenas, un político afirmó que «el mundo entero debería aborrecer su cadáver»; es el juicio que a lo largo de la historia han merecido los tiranos. Hay una diferencia esencial entre el mundo griego y el mundo alejandrino. Cuando los griegos destruían, era para construir y renovar. Alejandro, en cambio, destruyó por el placer de hacerlo. En cualquier caso, el título de «magno» lo hubiera merecido la colectividad ateniense.



Arriba, la Venus de Milo, *de fines del siglo II antes de Cristo. Esta estatua en mármol de la diosa Afrodita, descubierta por un campesino en la isla de Milo, de las Cícladas, en 1820, se ha convertido en el prototipo de la belleza femenina griega. (Louvre, París.)*

Página anterior, mapa de las conquistas de Alejandro Magno.



EL IMPERIO ROMANO



Introducción

En sus orígenes, Roma era sólo un conjunto de pueblos situados en el curso inferior del río Tíber. Sin embargo, aún hoy es posible observar los restos arquitectónicos dejados por los romanos, por ejemplo, en las marismas septentrionales de Bretaña, en el centro de España, en las márgenes del desierto del Sahara o en las llanuras mesopotámicas. Países como España o Francia y regiones como los Balcanes, en Europa, y en Asia países como Persia, formaron parte del Imperio romano. Desde el río Éufrates hasta el litoral del Atlántico, lenguas y razas se fusionaron en la Roma imperial. Roma, a diferencia del uniforme y cohesionado mundo griego, era una amalgama de culturas, quizás tan diversas como pocas veces se ha dado en la historia.

Esta amalgama se mantuvo unida básicamente por la existencia de un sistema político y legislativo extendido a todos los rincones del Imperio, en el que existía una lengua oficial, el latín, que se combinó con el uso de otras, como por ejemplo el griego.

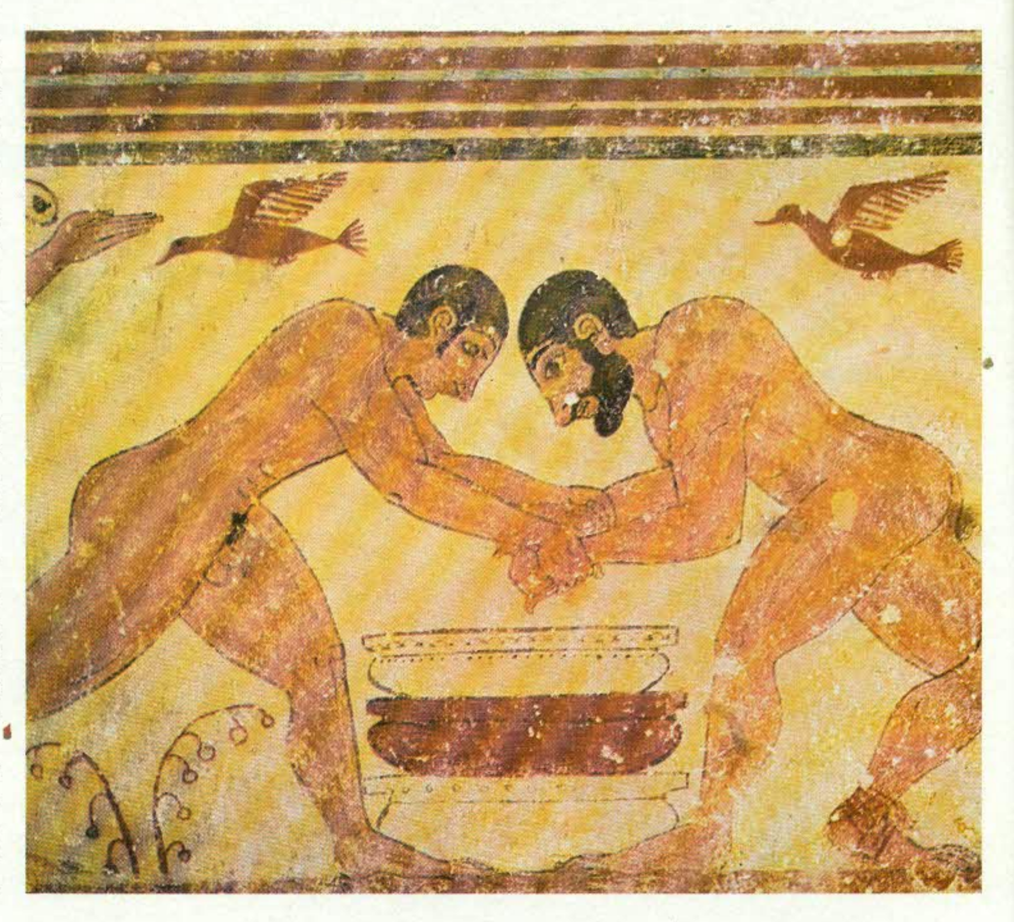
Los vínculos que unen a las culturas griegas y romana han generado a menudo grandes polémicas y confusiones, y en este tipo de análisis, Roma ha aparecido frecuentemente como una cultura subsidiaria de la griega en todos los aspectos. Así, el esquema de que «el arte romano no es más que el arte griego en decadencia» se ha generalizado hasta crear un ambiente de confusión que en muchos casos no responde a la realidad.

Sobre un mapa, es posible englobar fácilmente la Grecia del «período helenístico». En aquella área tan reducida existían múltiples ciudades que guardaban celosamente su independencia y su comercio marítimo. En el exterior, en las tierras del mar Negro o en las de Italia meridional, el excedente de población griego fundó prósperas colonias que conservaron vínculos muy fuertes con la ciudad matriz. Es indiscutible que la difusión cultural griega impregnaba toda el área de unos mismos valores civilizadores, lo que en cierto sentido uniformaba la zona.

El arte de aquella época griega es todavía primitivo, caracterizado por un cierto halo infantil, basado más bien en lo colectivo que en lo individual. Sin embargo, aquella impronta generalizadora fue magistralmente perfeccionada por la inteligencia griega, preocupada por los problemas del cálculo matemático y las proporciones. En el siglo anterior, es decir, en el siglo VI antes de Cristo, el gran Pitágoras consideraba los números como partes de un todo, y cien años después el escultor Policleto se basaba en estos principios. Asimismo, los arquitectos griegos escribieron tratados sobre proporciones arquitectónicas. En pocas palabras, en aquella fase la cultura griega estaba todavía impregnada de abstracción. Así, en las procesiones esculpidas en el friso del Partenón, que datan aproximadamente del año 440 antes de Cristo, las personas aparecen todas con fisonomías iguales, es decir, carentes de distinciones fisonómicas o de expresiones emocionales.

Esta impronta siguió persistiendo en el arte griego del siglo V antes de Cristo, y duraría hasta bien avanzado el siglo IV, cuando apareció el primer intento de producir retratos propiamente dichos.

En esta época surgió un escultor al que se le llamaba «constructor de hombres», pero cuyo verdadero nombre era Demetrio. Con aquel apodo se pretendía diferenciarlo de los «constructores de estatuas», es decir, del tipo de escultores que hasta entonces predominaban. Era un síntoma de la aparición de un nuevo concepto de naturalismo. Se dice que Demetrio realizó la escultura de un general corintio representándolo exactamente como era, esto es, con la barriga caída y la cabeza calva, a medio vestir, e incluso marcando en su rostro gruesas venas y su barba revuelta por el viento. En la época de Alejandro se difundió especialmente esta nueva forma de concebir la escultura como retrato, y en ella destacó el escultor Lisipo, promotor de una escuela. Éste inició, con su invención del trabajo en medallas, el camino que habrían de seguir los

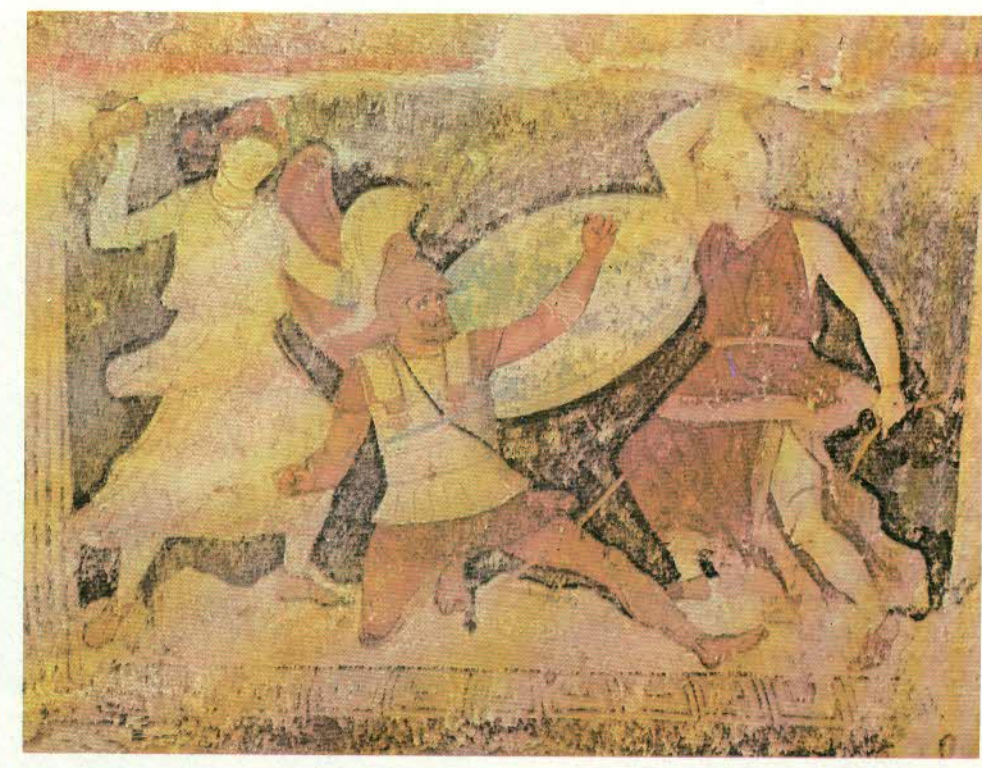


romanos, en cuyo período se producirían algunos de los más hermosos retratos de la historia.

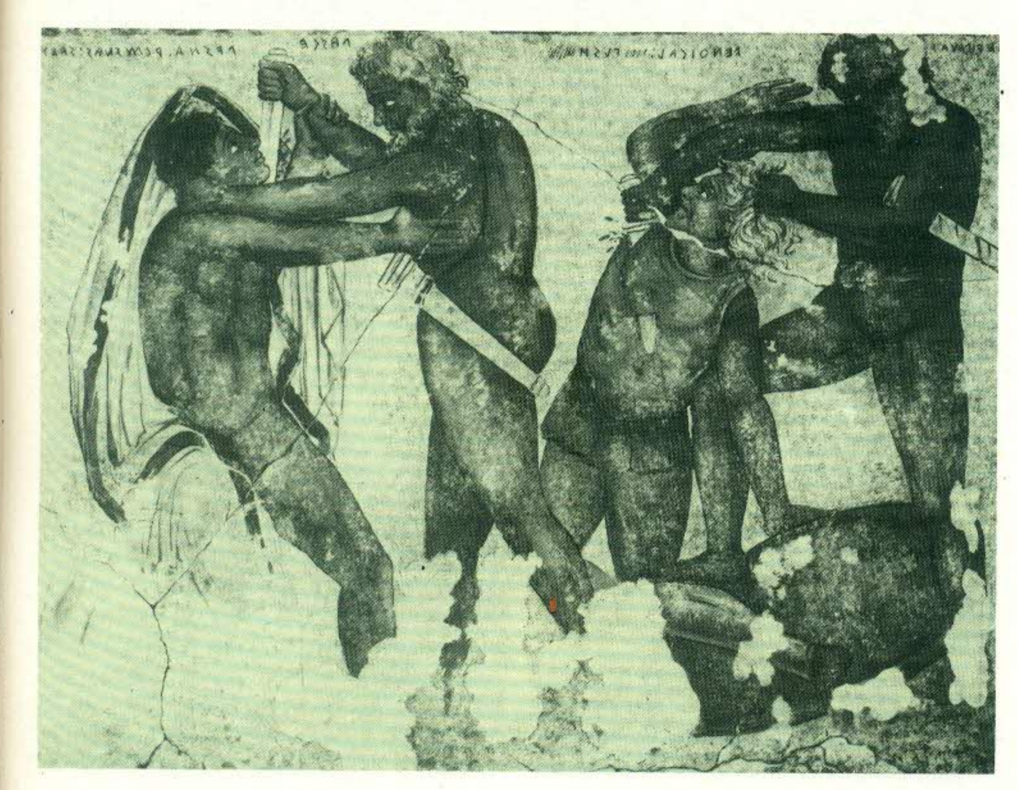
Alejandro y la época helenística marcaron, pues, el nacimiento de las ideas políticas, científicas y artísticas, que penetrarían luego en el Imperio romano. Fue con los helenos cuando lo individual predominó sobre lo colectivo, en lo artístico y en lo social. En el ámbito político, la autonomía de las ciudades-estado griegas dejó paso a grandes reinos e imperios, y la democracia —«gobierno de todos»— dejaría paso a las autocracias —«gobierno de uno»—. Alejandro y sus sucesores fueron, en cierto modo, los antecesores de Roma.

Junto a la aparición del individualismo comenzó a cobrar importancia el entorno. Los artistas griegos del siglo V antes de Cristo carecían de conciencia acerca del paisaje, al que representaban únicamente en forma simbólica. Sus sucesores, cuando comenzaron a pensar en la peculiaridad individual, tomaron simultáneamente conciencia del medio ambiente al cual estaba vinculada la persona: el sacerdote era inseparable de su santuario; el artesano, de su taller; el guerrero, de la milicia y la guerra; el pastor, de sus rebaños. Había nacido el paisaje, urbano y campesino. El desarrollo de la poesía pastoral y de la comedia romántica y doméstica, en el siglo III antes de Cristo, fue una faceta de aquella tendencia renovadora. El paisajismo iría a más, y Plinio llegó en tiempos de Augusto a pintar las casas con motivos paisajísticos: estanques, jardines, bosques, etcétera. Cuando la erupción del Vesubio destruyó Pompeya, en el año 79 después de Cristo, muchas de las casas tenían pinturas de este tipo. Los pasillos sin luz de los palacios de Nerón tenían pintadas ventanas con paisajes.

Todo ello son ejemplos que muestran que en el arte, al igual que en la política, Roma descubrió y desarrolló facetas que los griegos no habían impulsado. El Imperio romano poseyó su propia personalidad, y en cualquier caso incorporó a su bagaje cultural aquellos elementos de la antigua Grecia que más le interesaron.



Arriba, detalle de un combate de las amazonas, pintura de un sarcófago etrusco de Tarquinia, de finales del siglo IV antes de Cristo. (Museo Archeologico, Florencia.)

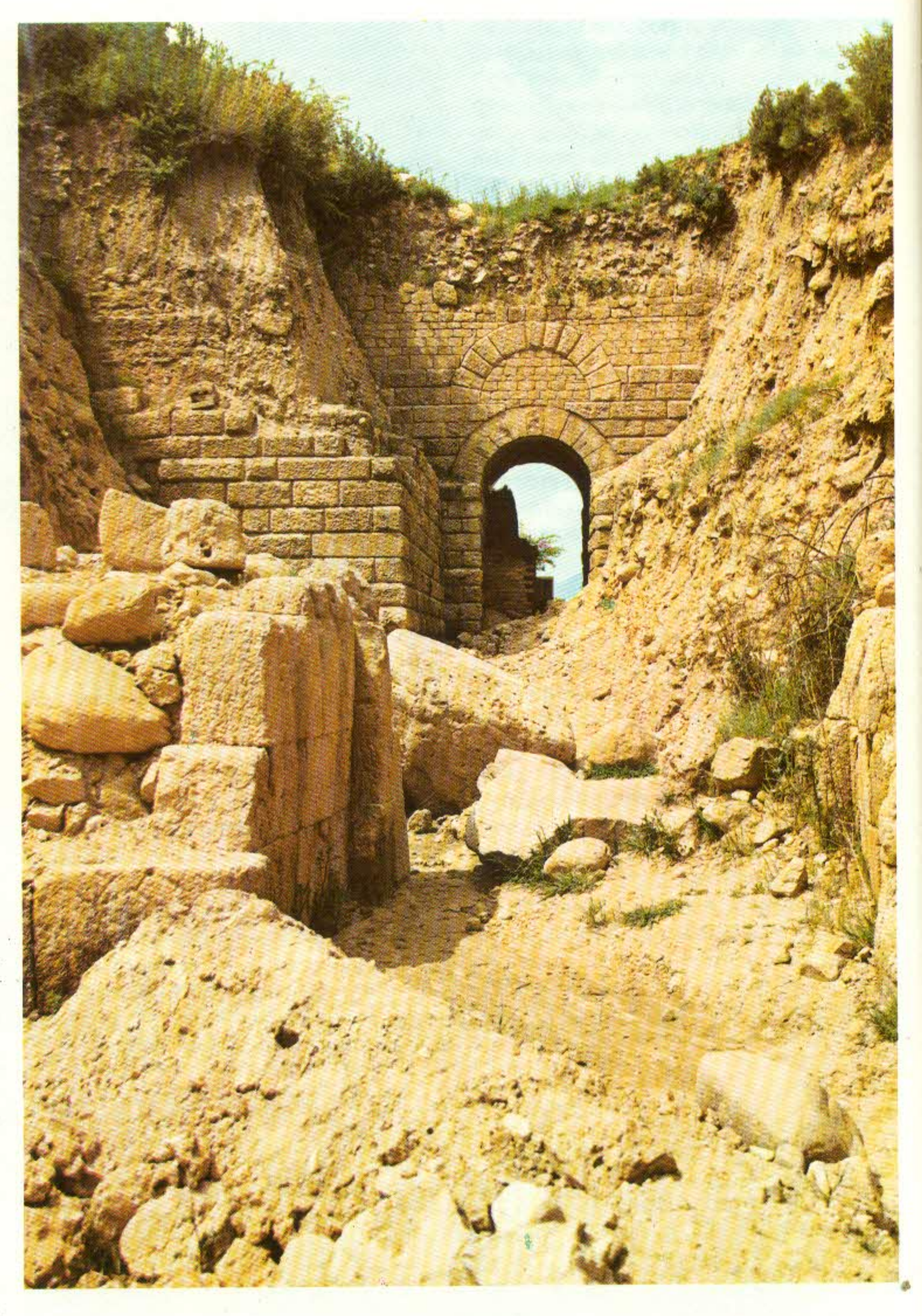


Abajo, detalle del fresco de la tumba François que muestra una escena bélica; finales del siglo IV antes de Cristo. (Museo Archeologico, Florencia.)

Página anterior, arriba, cabeza de una muchacha etrusca. (Musei Vaticani, Roma.)

Página anterior, abajo, fresco de la tumba de los Augures (hacia 530 antes de Cristo) en Tarquinia. (Museo Etrusco, Volterra.)

La fundación de la República romana



La historia del nacimiento y el poderío de Roma es la historia de cómo los descendientes de unos reducidos y primitivos aldeanos, desde los albores de la civilización, trabajaron y lucharon colonizando las colinas del río Tíber, para luego expandirse con ímpetu y forjar un gran Imperio.

Aproximadamente en el año 616 antes de Cristo, los etruscos dominaron a los pueblos de aquella área, esencialmente dedicados a la agricultura. Pero en un siglo, convirtieron los pastizales de Tíber en una ciudad. Aprovechando la estratégica situación geográfica de Roma, que permitía controlar las rutas comerciales que por allí pasaban, organizaron algunas industrias para satisfacer sus sofisticados gustos, proporcionando a esta ciudad una prosperidad desconocida. Hábiles constructores, dragaron un espacio para edificar el foro, reemplazaron las cabañas por casas, hicieron carreteras, enseñaron a las gentes la fabricación de arcos, y construyeron en la colina del Capitolio el templo más importante del centro de Italia. Allí colocaron una colosal estatua de Júpiter, la deidad que presidía la ciudad.

Los primitivos habitantes de Roma, incapaces de modelar la representación material de sus creencias, adoraban innumerables espíritus invisibles, para ellos tan reales como los seres humanos, creyendo que sus destinos estaban dominados por aquéllos. En los hogares romanos se veneraba a múltiples dioses locales, siempre con finalidades económicas, pues eran gentes esencialmente agrícolas, y temían la posibilidad de morir de hambre. A diferencia de los griegos, no imaginaron leyendas en torno a los dioses, ni sobre sus amores ni sobre sus odios. Los sacerdotes no desempeñaban un papel esencial en la vida comunitaria, pues cada jefe de familia oficiaba de sacerdote, dirigiendo los rituales.

Del pasado etrusco, los romanos tomaron los augurios, ritos que definían el porvenir basándose en el estudio de las entrañas de animales, en la observación del relámpago, del vuelo de las aves, y un sinfín de fenómenos naturales. Sin embargo, los romanos no llegaron a obsesionarse con tales asuntos como los etruscos, y por eso en los inicios no produjeron prácticamente ningún tipo de cultura relacionada con la mitología.

La creación de una República

En el año 509 antes de Cristo, después de más de un siglo de dominación etrusca, los romanos se rebelaron bajo el liderazgo de Lucio Junio Bruto. El motivo fue la indignación promovida por la violación de la matrona romana Lucrecia. El autor del hecho fue un hijo del rey etrusco Tarquinio. Los jefes de las familias más importantes de la ciudad participaron en la sublevación, que culminó con la expulsión del monarca etrusco.

Si en última instancia los etruscos hubieran conquistado la ciudad, su dominio de todos modos no hubiera durado mucho tiempo más, pues la potencia romana ya se mostraba en alza. Tras el triunfo de la sublevación, sus jefes organizaron el gobierno de Roma, desgajada ahora de la monarquía etrusca. Estos jefes eran los líderes de los grandes clanes familiares,



los llamados «patricios», quienes tenían plena autoridad *(patria potestas)* sobre todos los miembros de sus familias. Controlaban la propiedad y los beneficios económicos, e incluso podían decidir la venta de un miembro de la familia como esclavo, o bien sentenciar su muerte. Existía, bajo la dominación etrusca, un Consejo integrado por un centenar o más de tales patricios que asesoraban al monarca, y en la nueva situación esa institución persistió —el Senado— asesorando a los nuevos gobernantes. Éstos eran ahora los cónsules, concretamente dos —al estilo de los dos reyes de Esparta—, cada uno con igual poder y elegidos por voluntad popular. Los cónsules mandaban el ejército, decidían sobre las disputas y eran responsables de cobrar los impuestos y organizar el gasto público. Con el fin de impedir cualquier intento por su parte de perpetuar su autoridad, el cargo solamente podía ser desempeñado durante un año.

Con la misión de dirigir la relación de los romanos con los dioses, fue nombrado, de por vida en este caso, un sacerdote o *rex sacrorum* («rey de los sacrificios»), subordinado a un *pontifex maximus* o jefe de los sacerdotes, en realidad el supremo dirigente religioso. La participación política popular era clara: los cargos de la República eran elegidos por los ciudadanos, los cuales votaban la guerra o la paz, así como la cuantía de los impuestos y las leyes. El flagelamiento o la ejecución sumaria de cualquier ciudadano romano a causa de un delito, simbolizado por las *fasces* (hachas atadas con cuerdas en forma de haz, que de hecho era un residuo de influencia etrusca), dependía asimismo del voto popular. Fuera de la ciudad, el poder de los cónsules era omnímodo sobre cualquier romano.

Así, los cónsules, el Senado y el pueblo romano estaban organizados convenientemente para ejercer sus poderes. Muy pronto deberían demostrar su capacidad de gobierno, pues la nueva república estaba cercada de enemigos tan ambiciosos como los propios ciudadanos romanos por poseer más tierras o esclavos. La amplitud del territorio romano era envidiada por sus vecinos, pues nadie disponía de una extensión de cuatrocientos km^2.

Durante los primeros doscientos años de su existencia, los romanos republicanos mantuvieron constantes y sangrientas luchas con los etruscos y con otros pueblos próximos, en particular con los toscos habitantes de las colinas, que ambicionaban las riquezas de la ciudad independiente.

Ricos y pobres

Los tres primeros siglos de la Roma republicana se consideran la edad heroica

Arriba, muestra de escritura etrusca en la pared de un sarcófago. El alfabeto griego sufrió un proceso de adaptación en Etruria y se cambió la forma de algunas letras, suprimiendo otras. (Museo Archeologico, Florencia.)

Página anterior, la Porta Rosa *de Velia (nombre romano de Elea). La gran novedad de la arquitectura etrusca es la adopción del arco. Elea fue una colonia fundada por los griegos focenses en 540 antes de Cristo.*



de la comunidad. Durante este tiempo conquistaron la península itálica y sentaron las bases de su poder, que se extendería pronto por todo el Mediterráneo, formando el futuro gran Imperio. Se dice que la bravura de los romanos en el combate no conoció límites, así como su capacidad de sacrificio por la ciudad y la devoción hacia sus dioses. Según parece, aunque no se ha verificado totalmente, constituían un núcleo altamente civilizado en el seno de un conglomerado de pueblos atrasados y bárbaros (versión ésta de origen historiográfico romano posterior). Probablemente haya algo de cierto en esto, pero también es necesario señalar que en la guerra no solamente eran valerosos, sino también crueles, y a menudo francamente inhumanos. La dureza de su carácter también se manifestaba en las épocas de paz. La vida familiar era esencial y el derecho de propiedad estaba sumamente interiorizado en las mentes de los jefes de clan.

Como en todas las comunidades agrarias primitivas en proceso de crecimiento demográfico, los pobres superaban en gran número a los ricos. Si por motivos bélicos los campesinos eran expulsados de sus tierras, cuando las cosechas se perdían y los impuestos no podían ser pagados, los interesados tenían obligatoriamente que solicitar préstamos para poder comprar ganado y sobrevivir. Fueron muchos los romanos que por causas muy diversas perdieron sus tierras —su única seguridad vital— en beneficio de acreedores enriquecidos, que con una base legal exigían la devolución de intereses exagerados. Todos los esfuerzos populares por cambiar las leyes que permitían estos ultrajes fueron firmemente rechazadas por los patricios, quienes controlaban ya realmente la República.

Sin embargo, la permanente situación bélica a que estaba abocada la República hacía que los patricios necesitaran la colaboración plebeya, y el único medio de garantizar su participación en un ejército sólido y bien organizado era prometerles justicia social. A pesar de ello, el peligro de invasión era tan actual y palpable que los plebeyos, superando sus divergencias sobre asuntos internos, no promovieron ningún tipo de revuelta, aunque llegaron a emplear la violencia en casos aislados, para evitar que algún acreedor exigente pudiera vender a su deudor como esclavo.

En el año 494 antes de Cristo se produjo un episodio elocuente. Un grupo de plebeyos descontentos marchó de la ciudad, acampando en un monte sagrado a unos cuatro kilómetros de la capital. Solamente volvieron cuando se les garantizó que podrían elegir a dos personas de su misma condición social para ocupar un nuevo cargo político, el de tribuno de la plebe. Los poderes de estos tribunos eran de carácter preventivo. Podían proteger a cualquier ciudadano de los abusos de los cónsules y vetar la elaboración de nuevas leyes. Sólo un dictador podía desposeerles, pero esta figura política se dio poco en aquella época. Los tribunos no eran elegidos por las masas, sino por una asamblea popular que hacía de intermediaria.

En las votaciones, los soldados (cualquier romano en edad de combatir era soldado) constituían la masa electoral más numerosa. Pero al igual que en el cuerpo militar existían jerarquías, a la hora de votar no rigió la noción de «un hombre, un voto». El ejército romano era un mosaico jerárquico que reflejaba la potencia económica de sus integrantes, cada uno de los cuales tenía que pagar con su dinero su equipo de lucha. Puesto que sólo los romanos ricos podían sufragarse la compra de un caballo, los llamados «equites» constituyeron pronto una clase social aparte.

El ejército estaba dividido en cinco clases de acuerdo con su riqueza, medida probablemente por la tierra en propiedad y la cantidad y calidad del equipo militar que pudieran aportar. Los que poseían un equipo completo de armadura —casco, planchas para el pecho y torso, guardas para las piernas, escudo, lanza y espada—, formaban la primera de las tres clases que componían el grueso principal del ejército. Ellos tenían el mayor riesgo, pues portaban los mejores equipos. En la legión romana (que integraba de cuatro mil a seis mil hombres, y fue probablemente una institución tan antigua como la propia República) las diversas clases estaban divididas a su vez en «centurias», de unos cincuenta a sesenta hombres cada una y comandadas por un «centurión».

En las épocas electorales los soldados se reunían fuera de las murallas de la ciudad —nadie podía permanecer armado en el interior de Roma— para estudiar su voto, y votaban por estamentos. Los romanos más ricos integraban centurias con mayor calidad de voto, de modo que siempre resultaban vencedores. Los ciudadanos no vinculados al ejército y, por supuesto, los esclavos, no tenían influencia. Para poder recortar los privilegios del patriciado, los plebeyos hubieran tenido que proceder a reformar la composición de la Asamblea, pero el conservadurismo de los patricios era tan firme como su mayoría numérica, y los intentos reformadores no prosperaron. Los plebeyos acabaron organizando su propia asamblea, la *Comitia tributa plebis,* cuyas decisiones solamente afectaban a los propios plebeyos.





Posteriomente le sucedió un cuerpo político similar, aunque mayor, la *Comitia tributa populi,* el cual representaba a la totalidad del pueblo. Ambas instituciones, la *tributa populi* y la *tributa plebis* exigían como requisito de pertenencia el ser miembro de las tribus de la ciudad y de los alrededores. Solamente cuatro tribus eran urbanas, las restantes eran rurales, y los propietarios de la tierra eran mayoría. Así, el conjunto urbano nunca podía influir decisivamente en los asuntos políticos ni reducir los privilegios de los patricios. Un momento crucial para los plebeyos fue la primera declaración pública de las leyes de Roma, grabadas en doce tablillas, aproximadamente en el año 450 antes de Cristo. Pocos años después se autorizaban matrimonios mixtos entre patricios y plebeyos. En el 367 antes de Cristo se realizó una gestión para limitar la propiedad privada de la tierra y rebajar el interés a pagar por los deudores.

Fue en aquel mismo año cuando se decretó que uno de los dos cónsules de la ciudad sería de origen plebeyo. Poco después, los plebeyos obtuvieron el derecho a poder ocupar otros cargos políticos y administrativos de la República. El cargo de «cuestor» fue instituido en el año 449 antes de Cristo como funcionario encargado de las finanzas públicas, para lo cual

Arriba, cabeza de una ménade en la fachada del templo de Juno Sospita en Lanuvio (Roma), correspondiente al siglo VI antes de Cristo. En su fase de mayor esplendor, el templo etrusco-itálico se enriqueció con ornamentos de terracota como esta carátula, que mide 40 cm de alto. (Museo di Villa Giulia, Roma.)

Izquierda, estatua de un guerrero samnita, pueblo itálico que ocupaba el centro y sur de la península; luchó contra los romanos en el siglo V antes de Cristo. (Louvre, París.)

Página anterior, detalle de un fresco de la tumba de los Leopardos, en Tarquinia, siglo I antes de Cristo. Los etruscos eran muy aficionados a los banquetes.

era previamente designado por la Asamblea Popular. Los «ediles», inicialmente nombrados por los plebeyos para auxiliar a los tribunos, formaron un equipo de servicios con dos patricios: estaban al frente de la organización de edificios públicos, controlaban los juegos, los espectáculos y los archivos. Después del 337 antes de Cristo, los plebeyos pudieron presentar aspirantes para ocupar puestos en el pretoriado —fundado en el 366 antes de Cristo—, organismo cuya función era impartir justicia en las situaciones conflictivas. Los censores patricios, instituidos en el 443 antes de Cristo, compilaron el censo de los ciudadanos romanos, base de la estructuración del ejército y del control de las tasas impositivas. Para acceder al cargo de senador era requisito indispensable una conducta intachable, para lo cual los candidatos era convenientemente investigados. Por su parte, los plebeyos no pudieron ser censores antes del 351 antes de Cristo, y finalmente cabe señalar que en el 287 antes de Cristo, los «plebiscitos» aprobados por la *Comitia tributa* pasaron a formar parte del derecho romano.



Conquistar o perecer

Mientras organizaban la República, los romanos tuvieron que resolver graves problemas en los campos de batalla de la Italia central. Durante más de un siglo sus antiguos amos, los etruscos, representaron una amenaza. Una decena de kilómetros al norte de Roma, la rica ciudad etrusca de Veii, fortificada por una muralla de ocho kilómetros de circunferencia, era el centro de la amenaza. Roma tuvo que esperar para poder liquidar aquella amenaza, pues antes hubo de derrotar a los pueblos latinos, que no estaban vinculados por alianzas, en la batalla del lago Regilo, hacia el año 496 antes de Cristo. De aquí nació la Liga Latina, dirigida por Roma, que resistió con éxito las acometidas enemigas y venció sucesivamente a otros peligrosos vecinos —los ecuos, volscos, sabinos, etcétera—, siempre ansiosos de poseer tierras y apresar esclavos. Sólo entonces Roma se sintió firmemente consolidada y decidió afrontar y suprimir la latente amenaza etrusca de Veii, aunque la decisión comportaría diez años de luchas para cercar la ciudad, entre los años 406 y 396 antes de Cristo.

Pero los peligros eran innumerables y se renovaban continuamente. Súbitamente apareció en los alrededores de la República una horda salvaje de trashumantes galos, cuyas tribus se establecieron en los pasos alpinos, arrasando todas las ciudades que hallaron en su marcha. En el año 387 antes de Cristo, después de derrotar al ejército romano en la batalla de Alia, la horda ocupó Roma, la incendió y saqueó, matando a parte de la población.

La situación fue aprovechada por los otros miembros de la Liga Latina, quienes decidieron atacar a la debilitada Roma, pero fracasaron y tuvieron que aceptar nuevamente la hegemonía romana en la alianza. Un pueblo de la colina, los samnitas, situados en el sudeste de Roma, se convirtieron en un formidable enemigo de la República, en lucha por la posesión de la rica llanura de Campania, un terreno de aluvión muy fértil. Es decir, los conflictos eran prácticamente permanentes, y los enemigos se renovaban sin cesar. Una coyuntura decisiva en la crisis del poderío romano fue la derrota de las Horcas Caudinas infligida por los samnitas en el año 321 antes de Cristo, que tuvo su contrapartida con la victoria romana en la batalla de Sentino, en el 295 antes de Cristo, contra la coalición de samnitas, etruscos y galos.

En el año 280 antes de Cristo, la República de Roma controlaba las tierras comprendidas entre el norte de Italia, ocupadas por los galos, y el sur, donde había ciudades griegas. Intentando expansionarse por territorios griegos, los romanos encontraron un enemigo durísimo en el rey Pirro, de Epiro. En el 280 antes de Cristo, en Heraclea, las falanges griegas derrotaron a las legiones romanas. Pirro, que participó en la batalla utilizando una veintena de elefantes, aterrorizó a los soldados romanos, que nunca habían visto tales animales, contribuyendo decisivamente a la victoria. Sin embargo, valoró los resultados en el sentido de que la victoria había sido tan costosa que, de hecho, era una derrota. Fue una victoria «pírrica».

Hacia el año 272 antes de Cristo, gracias a su inquebrantable persistencia, los romanos eran el pueblo más poderoso de la Italia del sur del río Po, en cuyas márgenes septentrionales estaban establecidos los galos.

La guerra con Cartago

Si Roma hubiera perdido en sus luchas contra los otros pueblos italianos y griegos, la naturaleza de la civilización europea no hubiera sido muy distinta de lo que finalmente ha sido. En cambio, si Cartago hubiera derrotado a Roma, el desarrollo de la historia hubiera variado de modo sustancial.

Los cartagineses eran comerciantes que utilizaban su gran capacidad marinera para engrandecer su reino, situado en el Mediterráneo occidental, en tierras africanas. En el siglo III antes de Cristo comenzaron a expansionarse. Sin embargo, su ascendiente comercial no estaba acorde con su cultura, pues practicaban bárbaros sacrificios, y de hecho, no hay ningún rasgo sobresaliente, en el ámbito artístico o político, que merezca destacarse. Mientras Roma tuvo problemas con los etruscos y los pueblos peninsulares italianos, Cartago permaneció en sus dominios y comerciaba más o menos pacíficamente.

Entre los años 286 y 241 antes de Cristo, los cartagineses habían conseguido instalarse en la isla de Sicilia, hecho que provocaría la lucha con Roma. La primera guerra Púnica se desarrolló entre los años 264 y 241 antes de Cristo, y para vencer,



Roma tuvo que utilizar al máximo su poderío naval, soportando enormes pérdidas en hombres y naves, a causa de las tormentas y de la agresividad de los cartagineses. Después de una lucha durísima, Sicilia cayó en poder de Roma, que además exigiría muy fuertes indemnizaciones en oro.

Despues, Roma se apoderó de Cerdeña y Córcega. Por su parte, los cartagineses ocuparon y se extendieron por la península Ibérica, a partir del 219 antes de Cristo, sitiando y capturando una colonia aliada de Roma, la ciudad de Sagunto —unos kilómetros al norte de Valencia— tras vencer la resistencia extraordinaria de sus habitantes. Con ello se inició la segunda guerra Púnica.

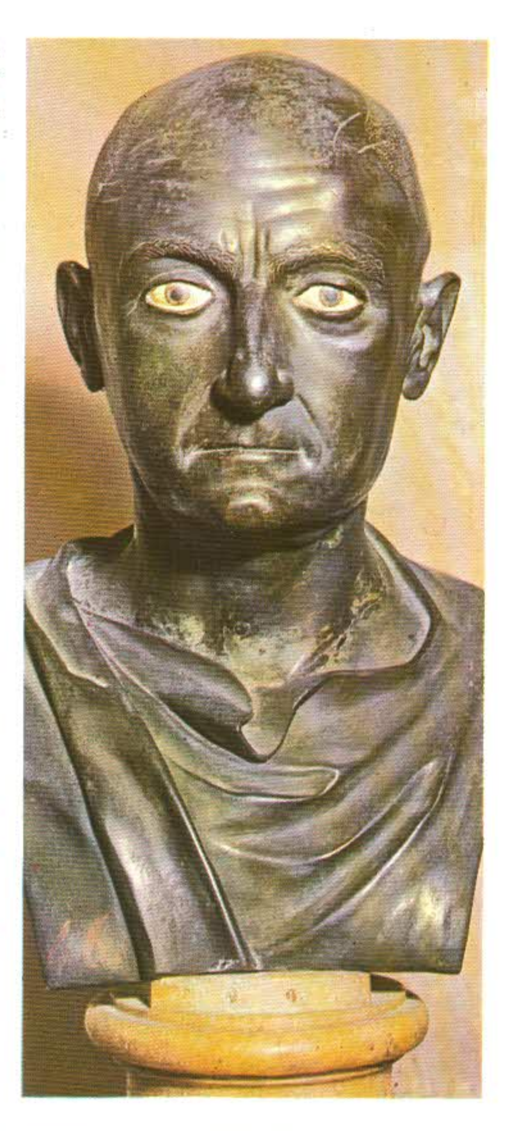
Después de un épico y costoso recorrido a través de los Alpes, siguiendo una ruta que todavía hoy es objeto de controversia entre los estudiosos, el general cartaginés Aníbal se situó en las llanuras del norte de Italia, territorio que el ejército había conquistado recientemente a los galos.

Aníbal había perdido en la terrible travesía alpina numerosos soldados y parte de los elefantes que integraban su ejército, pero aún así tuvo fuerzas suficientes para infligir a los romanos tal serie de derrotas, que éstos creyeron que su fin estaba próximo y que los dioses les habían abandonado. Cada una de las derrotas romanas a manos de Aníbal y sus tropas —en Trebia, en las cercanías del lago Trasimeno, en Cannas— era más aplastante todavía que la anterior.

Vencidos, pero no humillados, los senadores romanos decidieron no rendirse y continuar la lucha. Optaron por enviar una expedición militar a la península Ibérica, y en el año 210 antes de Cristo pusieron al frente del ejército a un joven general de 20 años de edad, Publio Cornelio Escipión. Mientras Aníbal recorría Italia con sus tropas, sin decidirse a asestar el golpe definitivo a Roma, Escipión combatía ferozmente en Iberia, pero no pudo evitar que el hermano de Aníbal, Asdrúbal, organizara otro ejército y marchara hacia Italia a reforzar a aquél. Sin embargo, Asdrúbal fue sorprendido antes de unirse con Aníbal, en Metauro, por divisiones romanas emboscadas, siendo derrotado y muerto en la batalla. Tres años más tarde, Escipión invadía el norte de África, y Aníbal tuvo que volver urgentemente a Cartago para dirigir la lucha contra la agresión romana. Ambos ejércitos se enfrentaron en Zama, en el 202 antes de Cristo, y Escipión, ahora llamado «el Africano», derrotó a Aníbal por primera vez.

Las consecuencias de la difícil victoria de Roma fueron importantes. Cartago se rindió, quedando desarmada al perder su flota, comprometiéndose a pagar a Roma una indemnización de 200 talentos anuales durante cincuenta años (un talento de oro, medida griega, era el peso que un hombre podía transportar). Roma no se anexionó los territorios africanos, pero a partir de entonces dominó sin problemas en todo el Mediterráneo occidental. Para Roma, las pérdidas habían sido brutales. Sin embargo, estas pérdidas fueron precisamente el origen de una serie de cambios en la tradicional forma de vida de los romanos.

Con la guerra fueron muchos los patricios que perdieron su poder económico y político. Ganados, cosechas, casas y enseres se habían perdido para siempre en vastas áreas de la República. El sur de Italia tardó mucho tiempo en recuperarse plenamente. La restauración de la economía exigía rapidez, requiriendo fuertes inversiones de capital. Esto hizo que los romanos comprobaran que un gran establecimiento, agrario o artesanal, empleando esclavos como mano de obra, era más productivo que una pequeña propiedad agraria cultivada en menor escala por un afanoso propietario.



Arriba, busto de Publio Cornelio Escipión, llamado el Africano, general romano que vivió entre 235 y 183 antes de Cristo, aproximadamente. (Museo Nazionale, Nápoles.)

Izquierda, el cónsul romano Marco Claudio Marcelo (hacia 268-208 antes de Cristo). Luchó contra los cartagineses y tomó Siracusa, pero murió en una emboscada. (Musei Capitolini, Roma.)

Página anterior, la Loba Capitolina (siglo V antes de Cristo). Los dos gemelos, Rómulo y Remo, según la leyenda, fueron los fundadores de Roma. Tras ser arrastrados por el río Tíber, fueron después amamantados por una loba. (Palazzo dei Conservatori, Roma.)

Las guerras macedonias

Una vez pacificado el oeste, el Senado orientó sus miras hacia el este. El rey macedonio Filipo V había atacado Roma de modo oportunista, aprovechando la debilidad de la República tras las sucesivas derrotas frente a los cartagineses, especialmente después de Cannas, y por otra parte el rey macedonio acosaba continuamente a los griegos, hasta el punto de que éstos decidieron solicitar la ayuda de Roma. En el año 197 antes de Cristo, Tito Quinto Flaminio derrotó a Filipo en la batalla de Cinocéfalos, en Tesalia, poniendo fin a una guerra de cuatro años (200-196 antes de Cristo). El aliado de Filipo, Antíoco III de Siria, atacó entonces a Grecia, lo que obligó a una nueva intervención romana que rechazó al enemigo hasta las tierras de Asia Menor. Allí, un ejército romano mandado por Escipión el Africano aplastó al rey sirio en la batalla de Magnesia, en el 190 antes de Cristo.

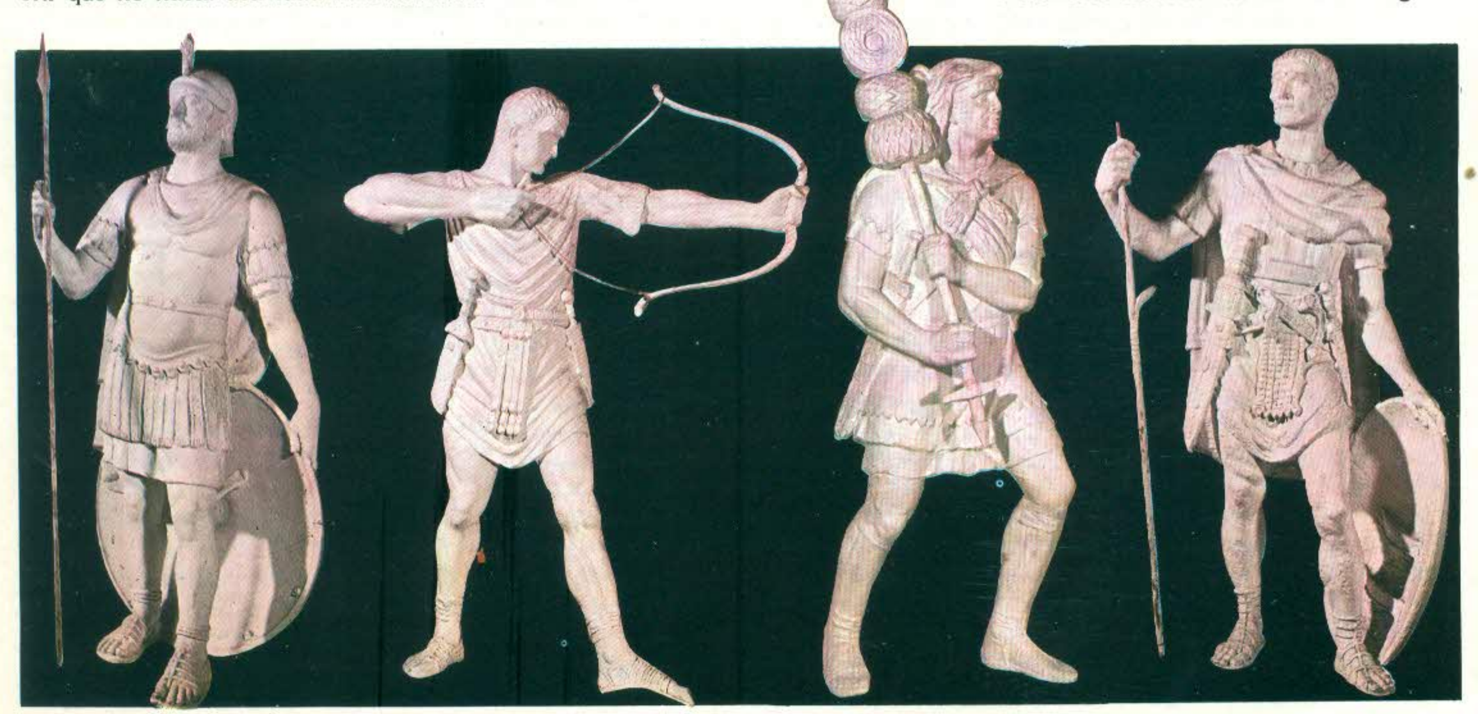
A su vez, Macedonia rompió el tratado firmado con Roma como resultado de las guerras anteriores, e inició una nueva campaña contra ésta en los años 171 a 167 antes de Cristo. De nuevo los macedonios fueron derrotados, pero ahora se les obligó a pasar un tributo anual a Roma. Hasta ese momento, los romanos habían guerreado, más que por su naturaleza belicosa, por su resolución de conservar sus libertades y de impedir la esclavización de sus esposas e hijos por poderosos enemigos, por no perder sus tierras, sus ganados y sus recursos tan costosamente obtenidos, y por defender sus hogares y sus templos. Pero con el curso de los acontecimientos acabaron por descubrir que no había actividad más lucrativa que la guerra. Cada victoria comportaba valiosos botines, excepto cuando la lucha era contra los celtas galos. Nada mejor que la riqueza adquirida mediante la guerra, aunque su disputa comportara graves problemas a la hora del reparto. En el año 396 antes de Cristo las tierras de Veii fueron ocupadas por cuatro nuevas tribus romanas campesinas, y su oro, plata y joyas fueron a parar a los templos de los dioses. Despojar a un enemigo derrotado se convirtió en un honor para los romanos, y los trofeos de guerra adornaron las mansiones de las élites de la República, a modo de objetos sagrados, hasta el punto de que tales objetos eran intocables y venerados.

La gran cantidad de botines obtenidos por Roma en las guerras del siglo II antes de Cristo fue tal, que el tradicional carácter de la época heroica se debilitó, y la austeridad dejó paso a la ambición. Los propios romanos reconocieron sin ambages el cambio, aunque fue un observador griego quien lo testimonió por escrito antes que nadie. Fue Polibio, el historiador, conducido a Roma como prisionero de guerra después de la batalla de Pidna, en el 168 antes de Cristo, al final de la tercera guerra con los macedonios, quien escribió: «Algunos romanos se dedican a perseguir a las mujeres; otros son homosexuales empedernidos, y también hay muchos que se dedican a los espectáculos y a la bebida». Sin embargo, esta tendencia la heredaron, en cierto modo, los romanos precisamente de Grecia. En el siglo II antes de Cristo, Escipión el Africano fue el primer romano célebre que se sintió impresionado por la potencia de la cultura griega. Escipión Emiliano se sintió asimismo subyugado por la civilización griega, e hizo de Polibio su mentor y permanente compañero.

Lo que especialmente impresionaba a los romanos eran las aportaciones culturales de los períodos más idealistas de la civilización griega. Esto supuso el inicio de una campaña de helenización o modernidad que encontró la oposición de la vieja tradición romana, poco conocedora de Grecia y sus costumbres.

De hecho, los romanos comparados con los griegos, eran en el siglo V antes de Cristo un pueblo zafio y brutal. Pero los otros pueblos que habitaban en torno al mar Mediterráneo no eran superiores. Los fenicios eran sórdidos y avaros mercaderes; los etruscos, eran un pueblo propenso a la molicie y sensualista, en tanto que los egipcios habían sido, durante años, los impotentes custodios de una cultura yerta. Solamente en el este había un pequeño pueblo hebreo, aferrado apasionadamente a unas creencias, que soportó estoicamente todos los profundos cambios de la época, para más tarde extender su ideología por el mundo civilizado.

Las viejas virtudes romanas de honestidad, capacidad de adaptación, tolerancia y buena gobernabilidad llegaron a admirar a Polibio en el año 150 antes de Cristo. Pero éste también había sido testigo de



sorprendentes manifestaciones de salvajismo, cuando acompañó a Escipión Emiliano y presenció el brutal exterminio de la indefensa ciudad de Cartago, borrada del mapa tras increíbles despojos y crueldades. Fue el mismo ejército que luego penetró en Macedonia, sometiéndola. Más adelante, los ejércitos de Roma destruyeron Corinto, de donde volvieron cargados de riquezas, obligando a muchos griegos ilustrados a marchar con ellos a Roma, donde fueron vendidos como esclavos. Con notable visión, Polibio profetizó que en Roma «la gran prosperidad y el gusto por el poder, comportarán rivalidades sin fin...» Y añadió: «será el principio de su autodestrucción». El resultado será «no la democracia, sino el peor de todos los gobiernos: el gobierno de las turbas».



Arriba, estatua de piedra caliza y urnas crematorias en Cartago, siglo I antes de Cristo.

Página anterior, cuatro miembros de las legiones romanas de la época republicana. Empezando por la izquierda, el primero y el cuarto son soldados con escudo y lanza, el segundo es un arquero, y el tercero era conocido como aquilífero o portaestandarte.

El reformismo de los Gracos

En la Antigüedad, en líneas generales no existieron colectividades agrarias autosuficientes en el suministro de alimentos. En Roma, a pesar de las conquistas realizadas, eran muchos los ciudadanos que padecían pobreza y necesidad, lo que comportaba hambre y enfermedades. Algunos planes económicos y legislativos para solucionar este problema llevaban implícitas medidas que afectaban a la propiedad, lo que suponía un freno a su aplicación. La situación de miseria se hizo agobiante, y sin embargo Roma era la primera potencia del Mediterráneo. En tal coyuntura, un tribuno de la plebe, Tiberio Sempronio Graco, hijo de una familia aristocrática y casado con una hija de Escipión el Africano, se propuso cambiar aquel estado de cosas.

Tiberio Graco trató de convertir a los proletarios urbanos en campesinos, asignándoles tierras comunales, estableciendo un límite en la extensión máxima de los latifundios y disponiendo que las tierras conquistadas en los últimos años debían servir para proporcionar trabajo y alimento a las clases necesitadas. Parte de esas tierras habían sido apropiadas por la aristocracia agraria. La reforma de Tiberio Graco fue vetada por otro tribuno, Octavio, pero éste fue destituido, lo cual constituía un hecho sin precedentes en la historia de Roma.

La ley agraria fue aprobada, pero Tiberio Sempronio Graco fue asesinado cuando intentaba hacerse reelegir como tribuno, alterando también con esto la tradición romana. Con él fueron muertos unos quinientos de sus partidarios. Sin embargo, la reforma agraria siguió adelante, impulsada ahora por el hermano menor del tribuno asesinado, Cayo Sempronio Graco, quien diez años después de la muerte de su hermano consiguió el nombramiento de tribuno. Cayo fue incluso más allá que su hermano, y sus planes reformadores rebasaron el ámbito de la agricultura, elaborando un vasto plan de obras públicas que incluía la construcción de carreteras. La feroz controversia sobre la compra de gran cantidad de trigo para revenderlo a bajo precio entre los pobres de Roma, unida a sus propuestas de cambios constitucionales encaminados a dar mayor relieve económico y legal a los comerciantes, minaron el poder del Senado. Este hecho se sumó a los motivos de odio que exaltaron los ánimos de las clases dominantes, propietarias de la tierra. En el año 122 antes de Cristo, Cayo Sempronio Graco consiguió hacerse reelegir como tribuno, pero al año siguiente cesó en el cargo y no pudo renovarlo por la acción de la aristocracia. Desprovisto de la protección que le otorgaba la inmunidad de su cargo, fue asesinado, y miles de sus partidarios acuchillados en sangrientas refriegas. Así, se institucionalizó en cierto sentido el asesinato en gran escala como forma de impedir la democratización de la política y las reformas económicas. Finalmente, las reformas de los hermanos Graco fueron aplazadas.

Un ejército profesional

En las fronteras de Roma, por otra parte, no reinaba la tranquilidad absoluta. En el este surgía una amenaza, pues Mitrídates VI de Ponto se expansionaba a expensas de diversos Estados de Asia Menor, granjeándose el odio de los cobradores de impuestos y comerciantes romanos. En el norte, los enemigos mortales de Roma, los celtas galos, unidos ahora a los feroces teutones, se rebelaban. Las imprevisiones militares de Roma provocaron la aparatosa derrota de dos de sus ejércitos en la brutal batalla de Arausio, en el año 105 antes de Cristo, a manos de los bárbaros del norte.

En el sur, un príncipe africano, Yugurta, había ejecutado a sus rivales para unir Numidia, aliada de Roma, a sus territorios. No fue hasta el 107 antes de Cristo cuando el cónsul Mario pudo afrontar con cierto éxito las maquinaciones de Yugurta, quien utilizaba el soborno como arma decisiva para anular la espada de Roma. Finalmente, en el 106 antes de Cristo, Yugurta fue apresado por Sila, un ambicioso aristócrata romano lugarteniente de Mario.

Libre ahora para enfrentarse a las tribus bárbaras del norte, Mario se dispuso a comprobar la eficacia de su nuevo ejército, compuesto por soldados profesionales, es decir, que cobraban por combatir. Esta nueva milicia, sufragada en salarios y equipo por el Estado, había reclutado gran parte de sus efectivos humanos entre el proletariado, aquella clase que carecía de propiedades y dinero con que pagar sus instrumentos militares. Este cambio habría de ser trascendental en la función del ejército romano.

En el año 103 antes de Cristo, Mario cruzó los Alpes y obtuvo una resonante victoria contra los teutones cerca de Aquae Sextiae. Mario había sido elegido cónsul por cuarta vez consecutiva, hecho sin precedentes en el mundo político romano. Por otra parte, sus éxitos militares y el afecto hacia sus soldados le habían convertido en un hombre muy popular.

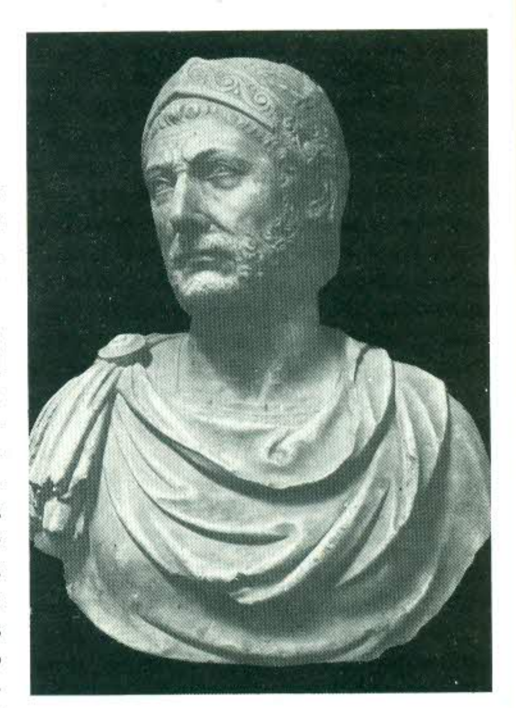
Ahora, los intereses populares cobraban un nuevo vigor, y las viejas reformas de los hermanos Graco volvieron a ocupar un plano de actualidad impulsadas por el tribuno Saturnino y el pretor Glaucia, estando ambos en funciones en el año 100 antes de Cristo, cuando Mario fue elegido cónsul por sexta vez consecutiva. Juntos, consiguieron tierras para los soldados veteranos del ejército, pero su acción política fracasó en la consecución de tierras para el pueblo hambriento. Estalló la violencia y el desorden en Roma, y en el 99 antes de Cristo la revuelta fue duramente reprimida, por lo cual Mario perdió rápidamente popularidad y desapareció durante diez años.

El descontento público contra los senadores se había exacerbado, pues su conservadurismo y rigidez política estaba extorsionando las riquezas de las provincias y sectores sociales inferiores, y las quejas de éstos no ejercían ningún efecto en el Senado. Las turbas hambrientas y sin trabajo constituían una grave amenaza revolucionaria. Los pueblos colindantes con Roma aumentaron su resistencia contra el dominio romano, sintiéndose despreciados por no poder ser ciudadanos romanos, lo que comportaba que tuvieran muchos deberes que cumplir y ningún privilegio. En el año 95 antes de Cristo, las noticias provenientes de Roma acerca de la expulsión masiva de súbditos carentes de ciudadanía capitalina, agudizaron aún más la tensión general. Satisfacer tantas exigencias y coordinarlas con el egoísmo de unos pocos era imposible, y a este convencimiento llegó un rico senador llamado Marco Livio Druso cuando, en el 91 antes de Cristo, presentó al Senado algunas propuestas destinadas a reformar moderadamente la sociedad. Sin embargo, acabó siendo odiado por todos y murió asesinado en su propia casa.

Las frustraciones que imperaban en los pueblos italianos, y que Druso había intentado solucionar, estallaron con violencia, produciendo una situación de descomposición en la que Roma vio peligrar sus ejércitos y perdió dos de sus más populares comandantes. Mientras la descomposición proseguía, acrecentada por la amenaza directa de umbrios y etruscos, Mitrídates de Ponto iniciaba sinuosas y amenazadoras maniobras militares. La lucha de Roma contra los pueblos latinos se fue desarrollando favorablemente para los romanos, pero con gran lentitud e ingentes pérdidas materiales y humanas. Hasta el punto de que el Senado reconoció el error de no haber seguido la política de Druso y prometió la ciudadanía romana a todos aquellos que no se habían rebelado y a los que depusieran sus armas. La revolución entró en vías de extinción. El Senado hizo volver del exilio al viejo cónsul Mario —que derrotó a los marsios en el 90 antes de Cristo— con el objetivo de ponerle al frente del ejército, pues la amenaza de Mitrídates en el este era una realidad insoslayable que podía tener repercusiones muy graves.

Sila contra Mario

Un tiempo antes, el Senado había nombrado a Sila comandante de las fuerzas militares en Asia Menor. Sin embargo,



dominada por un tribuno demagogo, Sulpicio Rufo, la Asamblea Popular de Roma en una acción sin precedentes, promulgó una ley que proporcionaba el mando a Mario. Sila protestó y se afirmó en su cargo, y lo que es más grave, sus tropas le secundaron. Estaban ansiosos por luchar contra Mitrídates, pues al parecer, según señala el historiador Apio: «se les había prometido un inmenso botín y temían que Mario utilizara otras tropas en la acción contra el rey enemigo».

Sila decidió marchar con sus hombres sobre Roma. Mario y Sulpicio reunieron tropas alrededor de la ciudad para hacer frente a su enemigo, y según el historiador Apio «aquello fue una guerra en toda regla». Por primera vez, un ejército romano invadía la ciudad de Roma como si fuera un país hostil, creando el peligroso precedente de resolver las rivalidades políticas apelando al arbitraje contundente de las armas. Sila obtuvo la victoria y Mario escapó, salvando la vida. En cambio, Sulpicio, el «inviolable tribuno» fue capturado y decapitado, y su cabeza expuesta en el foro, en un acto bárbaro.

Asumiendo el cargo de cónsul, Sila reforzó la autoridad del Senado. Más tarde, nombró a dos cónsules que juraron proteger la Constitución y la nueva legalidad romanas, Cinna y Octavio, y con sus tropas, deseosas de entrar en guerra, marchó hacia el este. Poco después de la partida, Cinna propuso llamar nuevamente a Mario. Depuesto por el Senado, Cinna no pudo escapar y organizó un ejército para sitiar Roma, al cual se incorporó Mario, quien al frente del mismo ocupó la ciudad una vez más. Si bien esta ocupación había tenido el precedente de Sila, lo cierto es que la conducta de Mario fue una trágica

novedad. Con una crueldad fuera de toda lógica se dedicó a exterminar a sus oponentes. El cónsul Octavio, junto a los senadores y caballeros, fue pasado por las armas, y «todas las cabezas de los senadores fueron expuestas en público». Según Apio, «Mario mató casi por complacencia... Todos los amigos de Sila murieron asesinados, sus casas saqueadas, y Sila fue declarado enemigo público de Roma, siendo sus propiedades confiscadas. Se intentó capturar a su mujer e hijos, pero éstos lograron escapar». Mario, el máximo responsable de esta situación murió en el año 86 antes de Cristo, dejando a Cinna como señor de Roma. Éste fue el cónsul supremo durante dos años más.

Sila, por su parte, colmó todas las expectativas de sus soldados. En tres años solucionó los problemas del este, tras unas guerras en las que hubo decenas de miles de muertes y que proporcionaron a los soldados ingentes beneficios. Ahora, se aprestaba a retornar a Roma dirigiendo un ejército satisfecho y avezado, con el fin de llevar a cabo una venganza largo tiempo planeada. Cinna, conociendo la fortaleza del adversario, organizó un ejército con la intención de navegar hasta Grecia para interceptar allí a Sila. Sin embargo, los soldados de Cinna se amotinaron y el cónsul fue asesinado en Brindisi, sin que la flota llegara a zarpar.

ROMA: DE LA REPÚBLICA A LA CONQUISTA DEL MUNDO

Año a.C.	Roma: política interior	Roma: política exterior	Roma: cultura	El mundo griego
509	Fundación de la República Tribunos de la plebe Ley de las Doce Tablas	Victoria sobre los latinos Los etruscos derrotados en Cumas	Templo de Júpiter Capitolio	Batalla de Salamina Hegemonía ateniense
450	Matrimonios entre patricios y plebeyos Creación de los censores	Guerra contra los volscos		Pericles Guerra del Peloponeso Rendición de Atenas
400	Los plebeyos acceden al consulado Creación de los pretores	Conquista de Veyes Los galos en Roma Se inicia la conquista de Etruria	Templo de la Concordia	Muerte de Sócrates Hegemonía espartana Batalla de Leuctra: hegemonía de Tebas
350	Rebelión y disolución de la Liga Latina Los plebeyos son admitidos para cargos sacerdotales	Primera guerra samnita Segunda guerra samnita	Fundación de Ostia Vía Appia	Filipo de Macedonia Alejandro accede al poder Muerte de Alejandro
300	Lex Hortensia: acuerdos favorables para la integración de los plebeyos	Tercera guerra samnita Toma de Tarento Toma de Volsinia Primera guerra púnica	Se inician luchas entre gladiadores como forma de espectáculo	Fin del Imperio de Alejandro. Luchas internas
250	Fabio Máximo, dictador	Anexión de Sicilia Victoria de Capua Segunda guerra púnica Batalla de Zama	Vía Aurelia Vía Flaminia Muerte de Arquímedes Plauto	Atalo I, rey de Pérgamo Antíoco III
200	Catón, cónsul	Batalla de Cinocéfalos Batalla de Pidna: fin de Macedonia	Ennio Terencio Muerte de Catón	Batalla de Magnesia
150	Consulado de Escipión Emiliano Tiberio Graco	Destrucción de Cartago Sitio de Numancia Anexión del sur de la Galia		Macedonia, provincia de Roma Atalo III lega a Roma el reino de Pérgamo
120	Cayo Graco			

La dictadura de Sila

Sila desembarcó en Italia en el año 83 antes de Cristo, y en Porta Collina destruyó al ejército adversario, dejando que sus soldados masacraran hasta el último samnita superviviente, pues este pueblo se había unido a sus adversarios. Sila persiguió implacablemente a miles de ciudadanos romanos a los que consideraba sus enemigos, fijando listas de busca y captura, y estableciendo premios a la delación y el asesinato. Entre los ciudadanos perseguidos se hallaban numerosos hombres pudientes de Roma, cuyas propiedades fueron confiscadas. Ningún rincón de Italia quedó a salvo de la ira de Sila. Fueron atacadas las ciudades cuando convino, sus murallas demolidas y sus casas saqueadas, imponiéndose nuevos tributos. Fue una época de terror.

Uno de los proscritos, Quinto Sertorio, escapo a la península Ibérica con objeto de resistir contra Sila, entre los años 80 y 72 antes de Cristo. Allí, sin embargo, fue derrotado por Pompeyo, enviado a la península por el dictador para negociar. Mientras, Sila era el dueño absoluto del Imperio, dedicándose a organizar el gobierno de acuerdo con su ideario conservador. Convirtió al Senado en el organismo más poderoso del Estado, debilitó la autoridad de los tribunos y controló a los magistrados obligándoles a rendir cuentas de su gestión. Reguló asimismo la edad en la que los romanos podían optar a cargos políticos en la República, y privó a los comerciantes de los privilegios que les proporcionara Graco. Por otra parte, designó nuevos gobernadores imperiales con el objetivo de reforzar el engranaje del dominio imperialista. Bajo su mandato, el Estado dejó de vender grano a bajo precio a los ciudadanos pobres. Además, adjudicó las tierras confiscadas de sus enemigos a sus soldados. En definitiva, Sila pretendía crear una situación que se consolidara más allá de su muerte. Cuando en el año 79 antes de Cristo se retiró, hizo jurar a sus amigos y colaboradores que no tolerarían ninguna alteración en la forma de gobierno y que el Senado sería siempre la suprema autoridad del Estado. Sila murió al año siguiente.

Los romanos más ancianos eran aún jóvenes en la época de los Graco y contemplaban asombrados el brusco cambio del Imperio. Nuevos hombres, más jóvenes, habían conocido solamente el ho-

Página anterior, busto de Aníbal (247-182 antes de Cristo), general cartaginés enemigo de Roma.

rror de la violencia de las luchas entre Mario y Sila. Entre estos hombres jóvenes, Pompeyo y Cicerón contaban 28 años de edad y Julio César 21 años en el momento en que Sila se retiró de la política activa.

Pompeyo y Craso

En los días de la heroica consolidación de Roma, el Senado era una institución respetada cuya palabra era la sentencia definitiva sobre cualquier cuestión. Desgraciadamente para Roma, Sila nombró senadores a hombres que demostraron no ser ni sabios ni valerosos.

Cualquier romano ambicioso de hacerse con el poder sabía que el control del Senado no era el medio más idóneo para ello. El propio Sila había demostrado que era más efectivo disponer de un ejército que negociar con los senadores. Dos jóvenes comandantes de la milicia, Pompeyo y Marco Craso, tenían en el año 71 antes de Cristo expectativas de poder. Pompeyo, que contaba por aquel entonces 36 años de edad, había derrotado a los enemigos de Sila en Sicilia, África y España. Volvió a Roma con el tiempo suficiente para unir sus legiones a las de Craso –seis años mayor que él–, quien luchaba por dominar una rebelión de esclavos dirigida por Espartaco que devastaba parte de Italia como si se tratara de un segundo Aníbal, en los años 73 a 71 antes de Cristo.

Pompeyo y Craso, aunque rivales entre sí, acordaron exigir al Senado que les nombrara cónsules, en el 70 antes de Cristo. Juntos desmantelaron la maquinaria gubernamental tan cuidadosamente organizada por Sila. Tribunos y censores recuperaron sus poderes tradicionales, y los tribunales fueron liberados del control senatorial. Era evidente que la organización política de Sila no era eficaz, como demostró el asunto del senador Verres, que expolió económicamente a Roma entre los años 73 y 71 antes de Cristo, y que se hubiera visto libre de todo cargo a no ser por la persistencia de Cicerón en denunciarle, recogiendo las quejas de los sicilianos, a los que había gobernado como cuestor en el 75 antes de Cristo. Verres fue procesado y condenado al eterno oprobio. Con él se hundió el aparato político fomentado por Sila.

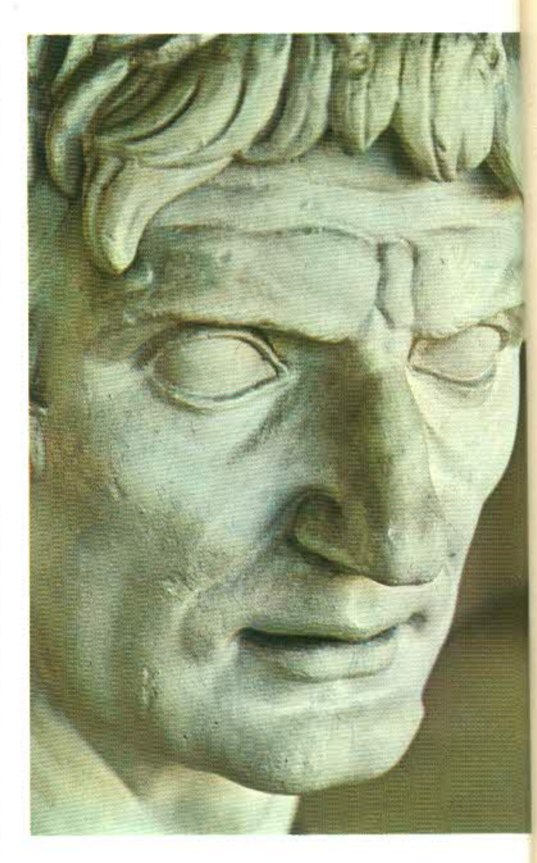
Pompeyo se sintió halagado cuando los tribunos y comerciantes le concedieron cuantiosos recursos económicos, en el año 67 antes de Cristo, para que combatiera a los piratas que infestaban el Mediterráneo. Craso era ahora un hombre inmensamente rico, pero sentía celos de Pompeyo y temía que éste se convirtiera en un nuevo Sila que arruinara el Imperio. Por otra parte, surgía con fuerza la figura de Julio César, interesado también por los asuntos del Estado. Pompeyo se encargó de combatir a los piratas, y después, en el año 66 antes de Cristo, fue recompensado con el mando de la campaña que Lúculo sostenía contra el antiguo enemigo de Sila, Mitrídates, que se había rebelado en el 74 antes de Cristo con la ayuda de otros enemigos de Roma.

Un siglo conflictivo

Analizando con precisión el período histórico expuesto hasta aquí, parece claro que el siglo de discordias que provocaron las guerras civiles romanas tuvo su inicio con el asesinato de Graco, en el año 133 antes de Cristo. Antes, desde luego, la existencia en Roma no era absolutamente pacífica, pero los romanos procuraban solucionar sus problemas y superar sus frustraciones sin romper el equilibrio político y social. Después del 133 antes de Cristo, como hemos señalado, se rompió este equilibrio, cuando los intereses individuales, las ambiciones y los celos calaron en la colectividad romana.

Hombres inteligentes como Druso, que más allá de las pasiones inmediatas veían la necesidad del equilibrio social y político, fueron incapaces de convencer a sus compatriotas para superar mezquinas y absurdas diferencias. Buena prueba de la sabiduría política de Druso fue el catastrófico período que se abrió en Roma después de su muerte. Tras la tremenda devastación resultante de las guerras sociales y civiles, Sila mediante la fuerza de las armas consiguió imponer un orden que por su carácter violento no podía ser el soporte de la pacificación. La tragedia de Roma estriba en que se llegó a una situación en la que la única –y lamentable– salida era el dominio de la espada de un dictador, capaz de imponer una coherencia y una uniformidad que, por otra parte, chocaban con la tradición romana, por lo cual lo más probable era que al cesar esa tiranía brotaran de nuevo los disturbios. Eran inevitables nuevas revueltas, a no ser que se hallaran los medios idóneos para evitarlas y recuperar la armonía necesaria.

El difícil período que siguió a la desaparición de Sila es una larga lista de rivalidades personales, debidas esencialmente al progresivo declive de la autoridad de los magistrados y del Senado. Sólo unos pocos magistrados y senadores capaces y honorables, sobrevivieron a la guerra social, a las masacres de Mario y Sila, y a la brutal guerra con los esclavos. Aquel puñado de hombres honestos tuvieron que



enfrentarse con la actividad militar de unos individuos ambiciosos y egoístas, que se apoyaban en el nuevo tipo de ejército creado por Mario, compuesto por soldados que no eran leales a la República, sino a su comandante y jefe, siempre que éste les pagara religiosamente y les asegurara la posibilidad de un botín, todo ello con la perspectiva de obtener una propiedad rural al retirarse de la milicia. Un mando militar en una brillante campaña y un regreso triunfal era tan deseados como la posesión de una gran fortuna.

Pompeyo reunía numerosos requisitos para asumir aquel papel. En largas y vigorosas campañas militares exteriores había sometido a los grupos belicosos de Asia Menor, incluido Mitrídates VI de Ponto, quien se suicidó. Consiguió anexionar Siria y organizó Judea como un reino tributario, fundando colonias y creando nuevas dependencias tributarias para Roma. Pompeyo amasó tesoros y esclavos en una escala muy superior a sus predecesores Lúculo y Sila. Ningún comandante romano había enriquecido tanto a sus oficiales y soldados, que podían ahora vivir con comodidad durante el resto de sus días. Y el propio Pompeyo se reservó una parte enorme del botín. Tanta llegó a ser su autoridad e influencia que cuando regresó a Roma en el año 62 antes de Cristo, habría sido aceptado con un apoyo popular superior al que acogió a Sila, si hubiera decidido entonces convertirse en dictador. Pero en lugar de ello, y sorprendiendo a todo el mundo, Pompeyo, después de sus

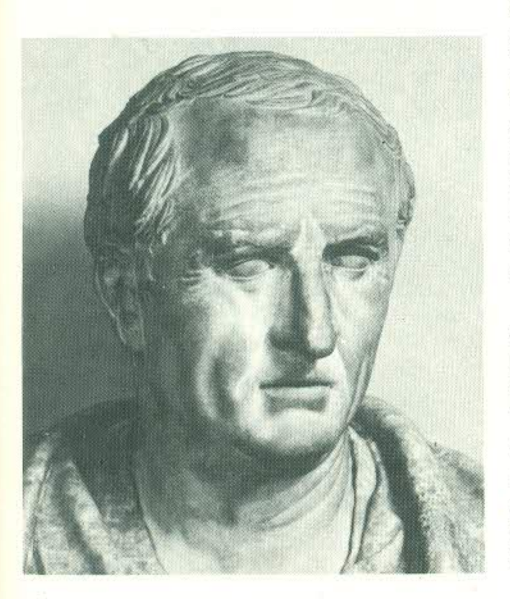
grandes triunfos, licenció a sus tropas, exigiendo tan sólo a cambio que a sus soldados les fueran proporcionadas las recompensas prometidas, y la ratificación de las riquezas obtenidas en sus acciones militares en Oriente. Y también sorprendentemente, los senadores cometieron la torpeza de obstaculizar las demandas del general.

Esta ceguera política del Senado abría el camino a la oportunidad que esperaban sus dos rivales: Julio César y Craso. Ambos habían tramado todo tipo de maquinaciones políticas para impedir que Pompeyo, a su regreso, asumiera plenos poderes. Entre sus iniciativas cabe reseñar el apoyo de César a una demagógica reforma agraria que Cicerón derrotó con su poderosa palabra en el año 63 antes de Cristo. En unión de Craso, elaboró un absurdo plan de conquista de Egipto para hacerse con un mando militar e incluso negociaron con el fracasado dictador Catilinia, acusado de extorsión durante su gobierno en las provincias africanas.

Decepcionado por la imposibilidad de obtener el cargo de cónsul, Catilina planeó una conspiración para hacerse con el poder y liquidar el contecioso jurídico establecido contra él por su mala administración. Era cónsul Cicerón cuando, en el año 63 antes de Cristo, fue descubierta la conspiración de Catilina. Actuando con una gran energía, Cicerón desarticuló la conjura, arrestó a sus cabecillas y envió un fuerte contingente militar a luchar contra el grupo de aventureros reclutado por Catilina en Pistoria. La derrota de éstos se consumó rápidamente, y el mismo Catilina murió en el combate. Carente de principios morales, sin otro motivo para su traición que intentar burlar a sus acusadores, y sin ningún plan político riguroso y serio para el gobierno de Roma, Catilina difícilmente hubiera podido tener éxito, a pesar de lo cual encontró apologistas entre algunos intelectuales y ciudadanos, que vieron en él a su representante.

LAS GUERRAS CIVILES EN ROMA DESDE CÉSAR A AUGUSTO

Año a.C.	Roma: política interior	Roma: política exterior	Roma: cultura	Resto del mundo
120	Mario, tribuno	Invasión de los cimbrios y teutones Guerra de Numidia		Mitrídates, rey de Ponto
110	Primer consulado de Mario Sexto consulado de Mario	Derrota de Yugurta Mario vence a los cimbrios y teutones	Nacimiento de Cicerón	
100	Sedición en Roma Rebelión en Italia			
90	Fin de la guerra civil entre Mario y Sila Muerte de Mario Dictadura de Sila	Primera guerra contra Mitrídates Sila toma Atenas Derrota de Mitrídates	Se construye en Roma el *Tabularium* Cicerón destaca como orador	Los partos invaden Siria
80	Muerte de Sila Consulado de Pompeyo y Craso	Rebelión de Sertorio Segunda guerra contra Mitrídates Fracaso de Sertorio	Teatro de Pompeyo en Roma	
70	Consulado de Cicerón Primer triunvirato	Guerras contra los piratas	Discursos de Cicerón acusando a Verres	Guerra civil en Judea
60	Consulado de César Sedición de Roma Segundo consulado de Pompeyo y Craso	Comienzo de la guerra de las Galias Muerte de Craso en Carres Fin de la guerra de las Galias	César: *Bellum Gallicum* Cicerón: *De oratore*	
50	Guerra entre Pompeyo y César Muerte de Pompeyo Asesinato de César Segundo triunvirato Octavio, dueño de Italia	César en Egipto y en Asia Batalla de Farsalia Filipo Marco Antonio en Egipto	Asesinato de Cicerón Virgilio: *Églogas* y *Geórgicas*	Incendio en la Biblioteca de Alejandría
40		Batalla de Actium	Horacio: *Sátiras* Muerte de Salustio	
30	Triunfo de Octavio			



Izquierda, busto de Marco Tulio Cicerón (106-43 antes de Cristo), político, orador y escritor romano. (Galleria degli Uffizi, Florencia.)

Página anterior, Cayo Mario (156-86 antes de Cristo), general y político romano, varias veces cónsul por sus éxitos militares. (Museo della Civiltà Romana, Roma.)

Por su éxito en oponerse y derrotar a Catilina, aquellos que todavía recordaban las terribles épocas de Mario, Cinna y otros demagogos, acogieron con agrado la nominación de Cicerón como «padre de la patria», aunque otros lo recibieron con reservas. Sin embargo, al igual que el malogrado Druso, Cicerón fue un hombre que aspiraba a lograr una Roma basada en la tolerancia y la comprensión, en el sacrificio y el trabajo en pro de la comunidad, únicas vías para salvar la República. Su programa político, basado en la «armonía social», era sencillo y sano, producto de una sabia mentalidad política.

Cicerón, como Mario, era natural de Arpino, pero él era un «hombre nuevo», pues, por ejemplo, ninguno de sus antepasados había tenido cargo alguno de relevancia. Sus posibilidades políticas se fundamentaban en su gran habilidad, energía y ambición. Con su habilidad retórica, se erigió en gran abogado defensor, generalmente en audiencias públicas que atraían a gran número de personas.

El final de la República

La derrota de Catilina no promovió la regeneración de la República, sueño de Cicerón. Al contrario, para Cicerón el destino de la República apareció gravemente comprometido cuando Pompeyo, César y Craso, en lugar de disputarse el poder, acordaron, mediante un pacto secreto, asumirlo conjuntamente, constituyéndose en lo que la historia conoce como Primer Triunvirato.

En el año 59 antes de Cristo, Cayo Julio César fue nombrado cónsul, cargo que compartió durante un tiempo con un hombre de paja, Bíbulo, en tanto que los veteranos soldados de Pompeyo obtenían las tierras deseadas como premio a sus conquistas exteriores. Frente a esta situación, el Senado optó por obstruir las acciones de César, pretextando malos augurios para las asambleas en las que se aprobaran sus propuestas. Sin embargo, la corrupción era una realidad. Así, César modificó ciertas leyes económicas, concretamente relacionadas con el sistema impositivo, para favorecer a Craso y a unos cuantos amigos suyos, y a pesar de la presencia de Bíbulo, el general logró obtener de la Asamblea Popular el mando militar de la Galia por cinco años.

Antes de partir para la Galia, en el año 58 antes de Cristo, César nombró al joven aristócrata Clodio para que le representara en Roma durante su ausencia. Antes, dado el origen de Clodio, fue necesario inventarle un pasado plebeyo para que pudiera acceder al cargo de tribuno. Cualquiera que fuera la intención de César, lo cierto es que el resultado de este nombramiento fue un revulsivo para Roma.

Nunca se vio actuar en Roma a un demagogo semejante. Clodio hizo todo lo posible para destruir el orden social. Demolió las instituciones más venerables, atacó al Senado, distribuyó el grano barato gratuitamente al pueblo, cargando los costes en el erario estatal, formó bandas de matones a sueldo para amedrentar a la población, hizo aprobar una ley que permitía, en apariencia, a los trabajadores formar organizaciones y sociedades, aunque controló siempre la dirección de aquellos variopintos «clubs sociales», e incluso se atrevió a arrestar domiciliariamente a Pompeyo, cuando éste consiguió de César la orden de perdonar a Cicerón. Finalmente, Clodio procuró retrasar al máximo la vuelta de César a Roma, mientras los disturbios comenzaban a producir saldos sangrientos.

Mientras tanto, César, en la Galia, tenía serias dificultades frente a galos y teutones. En el año 56 antes de Cristo volvió apresuradamente al norte de Italia para renovar el pacto con Pompeyo y Craso, y al año siguiente conseguía cruzar el Rhin en una demostración de fuerza, llegando incluso a atravesar el canal de la Mancha y explorar las islas Británicas. En el 54 antes de Cristo murió Julia, hija de César y esposa de Pompeyo. Con ello desapareció el vínculo que unía a los dos militares. En aquel momento, Craso se hallaba en camino hacia Partia para someterla, cumpliendo su viejo sueño de lograr un mando militar. Pero nunca retornó a Roma. En una emboscada, los persas destruyeron totalmente su ejército y el triunviro romano fue asesinado durante la retirada, en Carre, en el año 53 antes de Cristo.

La guerra intestina entre los diversos bandos siguió destrozando Roma, hasta que el Senado, en un acto de firmeza desesperada, nombró a Pompeyo cónsul único en el 52 antes de Cristo, con el fin exclusivo de que restaurara el orden. La cuestión era ahora la siguiente: ¿quién mandaría en Roma cuando César volviera? Ni él ni Pompeyo abandonarían el mando de sus legiones sin garantías, y la situación entró en un proceso de descomposición tal que César, viendo que su porvenir político peligraba, decidió regresar a Italia como invasor. Pompeyo, desprevenido, tuvo que ceder la iniciativa a su adversario, y huyó de Roma apresuradamente para organizar un ejército en el este. Ambos enemigos se encontraron en el campo de batalla de Farsalia, en el año 48 antes de Cristo. Allí venció César y Pompeyo marchó a Egipto, donde fue asesinado poco después de desembarcar, suerte a la que César escapó milagrosamente cuando llegó a aquel país en persecución de Pompeyo. Sitiado en Alejandría por las tropas egipcias, César rompió el cerco y derrotó a sus adversarios, cuyo rey fue asesinado durante la retirada. Inmediatamente, César elevó al trono egipcio a Cleopatra, una princesa macedonia de 22 años de edad, la cual consiguió cautivar al dirigente romano que permaneció en Egipto durante tres meses. Luego marchó a Asia, y posteriormente cruzó el norte de África hasta llegar a la península Ibérica. En el año 45 antes de Cristo, la oposición republicana al dictado de César había terminado, y éste pudo celebrar en Roma sus victorias, tanto la conquista de la Galia como el triunfo sobre sus oponentes romanos.

El dictador del mundo romano

Las crueles carnicerías producidas en los campos de batalla y el profundo conocimiento del pasado político inmediato de César, generó en Roma el temor a una nueva dictadura al estilo de la de Sila. Sin embargo, Cicerón manifestó que se sentía «sorprendido por la sobriedad, la justicia y la sabiduría» de César. A pesar de su azarosa existencia en la actividad política romana, y de sus diez años de durísimas campañas frente a feroces enemigos en Galia y Germania, que culminaron con las guerras civiles, lo cierto es que César no había perdido sus criterios de romano noble y culto. Si Roma tenía que someterse a un dictador vitalicio, César, que asumió el cargo en el 44 antes de Cristo, era el más capaz, inteligente y previsor gobernante que los romanos hubieran podido tener. Era un mal menor, capaz de recuperar para Roma el equilibrio social y político que permitiera iniciar un nuevo período de progreso y armonía social. Pero la dictadura de César fue breve, y la situación estaba excesivamente deteriorada. Miles de soldados exigían las recompensas prometidas, y los amigos personales de César esperaban de él un trato generoso. Todo el mundo temía por su futuro y cada uno procuraba asegurárselo sin reparar en los medios. Sin embargo, César afrontó algunas reformas: disolvió las demagógicas leyes de Clodio y limitó las distribuciones de grano gratuitas, abolió las reuniones obreras, y extendió la ciudadanía romana a los habitantes de las Galias. Promocionó también una política de liberación de esclavos para reactivar el trabajo agrícola, y fomentó la emigración a las colonias. Por otra parte, reforzó su autoridad en el Senado, reformó el gobierno local e introdujo el calendario juliano, con el cual los años tenían ahora 15 meses.

Sin embargo, este conjunto de reformas no bastaron para crear las condiciones que posibilitaron un progreso auténtico. En realidad, esperar que César hubiera podido aplicar un plan eficaz de soluciones a la compleja problemática romana habría sido desconocer la realidad de Roma y las propias intenciones del dictador. Su objetivo primordial era la autoafirmación en el poder a cualquier precio, en un medio tan corrupto que ningún individuo que no fuera muy rico podía alcanzar cargos políticos. Aquel que careciera de dinero o de un aparato de violencia física a su servicio, no podía desempeñar en la Roma de aquella época cargo alguno de importancia. Y tanto César como Pompeyo y Craso participaban en ese modo de entender las relaciones políticas.

El historiador Salustio (86-34 antes de Cristo) lo testimonió con claridad: «Resumiendo la verdad en unas pocas palabras: desde los tiempos de Sila, quedaron en un segundo plano las luchas por defender los derechos del pueblo y las leyes del Senado. Ahora primaba el proyecto individual, y bajo la apariencia de perseguir el bien de la República, se buscaba el lucro personal». Cicerón sabía perfectamente que César no disponía de remedios políticos extraordinarios, y así lo manifestó en el año 46 antes de Cristo: «Nosotros somos sus esclavos, pero él se ha convertido en esclavo de sus circunstancias...»

En el año 46 antes de Cristo, Roma carecía de instituciones económicas, administrativas, legislativas y militares que no fueran controladas totalmente por César. A cambio de ello, el orden había sido restablecido.



Retrato de Cayo Julio César (101-44 antes de Cristo), general y estadista romano. (Museo Nazionale Romano, Roma.)

Los idus de marzo

César fue de hecho un monarca, aunque no utilizara este nombre. Llegaron a ofrecérselo pero él lo rehusó, consciente de la aversión popular contra el concepto de «rey». Un hombre llamado Bruto había expulsado al último rey que gobernó Roma varios siglos antes. Ahora, otro Bruto, con un grupo de 22 conspiradores más, asesinó a César en el Senado el 15 de marzo del año 44 antes de Cristo. Los que se regocijaron por la muerte del tirano, pronto cambiarían de actitud. La conspiración acabó con la única garantía de orden y paz interna, sin perspectiva alguna de poderla restablecer. Las viejas discordias ahogadas por el gobierno de César, estallaron nuevamente.

César, durante su mandato, puso de relieve su inteligencia, y aunque gobernó como un dictador, lo cierto es que Roma respiró con sosiego. Esto lo tuvo muy presente el pueblo romano, que repudió totalmente a los asesinos. Ello hizo posible que otro hombre heredara la autoridad de César, apropiándose de todos sus poderes. Con presteza, Marco Antonio utilizó su poder económico y político para amedrentar al Senado, su gran rival. Durante un tiempo, la situación permaneció indecisa a causa de la irrupción en la escena política de un joven sobrino de César, Octavio, de 19 años de edad, a quien Cicerón intentó de inmediato vincular al Senado. En abril del 43 antes de Cristo, Marco Antonio fue derrotado en dos batallas sucesivas por las fuerzas militares senatoriales, pero al afrontar la tercera batalla las fuerzas del Senado se le unieron inesperadamente. Al mismo tiempo, Octavio rompía sus relaciones con el Senado.

En noviembre del 43 antes de Cristo, Marco Antonio, Lépido y Octavio constituyeron el Segundo Triunvirato de la historia de Roma, que acabaría con los partidarios de la República en Italia. Con una frialdad y crueldad absolutas, que excedían en mucho a las de Sila, los triunviratos proscribieron a sus enemigos de la vida política y confiscaron sus propiedades. Trescientos senadores, entre ellos Cicerón, y dos mil quinientos caballeros fueron asesinados. Poco después, dos de los conspiradores que asesinaran a César, Bruto y Casio, que habían organizado un ejército en Macedonia, fueron derrotados por Marco Antonio en dos batallas consecutivas, en Filipos, con lo que finalizaba la resistencia republicana, en el año 42 antes de Cristo.

El papel de la República romana

Cuando el último defensor de la República romana cayó muerto, ya fuera bajo



el puñal de un sicario en las calles de Roma, o bien en el campo de batalla de Filipos, pareció que con él desaparecían siglos de democracia política. Fueron doscientos cincuenta años de luchas casi permanentes, dentro o fuera de Italia, en los que la República se forjó como la institución del gobierno romano. En menos de un siglo, Roma se había adueñado del Mediterráneo, configurando un Imperio que desde Asia Menor hasta la península Ibérica, incluyendo Grecia y el norte de África, cotizaba gran cantidad de impuestos, con unos pueblos absolutamente sometidos a la autoridad de los gobernadores militares romanos, y donde los comerciantes y mercaderes de esclavos romanos eran los dueños de la economía. Julio César añadio a Roma la posesión de la Galia —que cubría aproximadamente la actual Francia y Países Bajos, así como Suiza—. De hecho, la mayor parte de este Imperio fue conquistada durante los cien años siguientes al conflicto civil que protagonizaron los hermanos Graco en el 133 antes de Cristo. En este tiempo, por otro parte, los campesinos romanos consiguieron hacer de Italia una tierra fértil, pese a las importaciones de cereales.

Fue también en aquel período cuando la literatura romana alcanzó la cúspide de su prestigio, desde que se iniciara en la época de las guerras púnicas, es decir, entre los años 243 y 204 antes de Cristo. Durante los últimos doscientos años hubo en la República romana un gran florecimiento de la poesía y el teatro, de la historia y la literatura, de la oratoria y la educación. La filosofía estuvo ausente hasta el siglo anterior al nacimiento de Cristo, cuando Cicerón elaboró algunas versiones, simplistas y personalistas, del ideario de Platón, Aristóteles y los estoicos. También datan de esta época algunos libros de religión. Aunque ha llegado hasta nosotros una muestra considerable de tales productos intelectuales, lo cierto es que son tan sólo una pequeña parte de una herencia que debió de haber sido inmensa. Las obras teatrales de Plauto (250-184 antes de Cristo) y de Terencio (aproximadamente, 195-159 antes de Cristo) fueron elaboradas sobre patrones griegos, y fueron bien acogidas por los soldados que combatieron contra los cartagineses en Sicilia, donde presenciaron obras dramáticas por primera vez. Ennio (236-169 antes de Cristo) es el primer poeta épico de Roma, y fue también un prolífico dramaturgo, aunque solamente se ha conservado una ínfima parte de su producción. Los discursos de Cicerón y sus tratados sobre oratoria, teoría política, ética y religión, llevaron a la prosa latina a sus máximas cumbres, en elocuencia y didáctica. Sus cartas y discursos denunciando a Marco Antonio son las principales fuentes de conocimiento de los últimos y trágicos años de la República.

De hecho, Lucrecio es el único autor filosófico que puede resistir algún tipo de comparación con los griegos. En unos hermosos versos reprodujo la filosofía atomista y el racionalismo de Epicuro, poniendo en guardia a sus contemporáneos contra la superstición religiosa. En contraste con la erudición de Lucrecio están los apasionados versos con que Cátulo (84-54 antes de Cristo), un poeta que aportó una nota de lirismo y erotismo a la literatura romana, expresó su agitada vida sentimental. Salustio (86-34 antes de Cristo) escribió una historia vívida y amena, pero solamente poseemos sus breves relatos acerca de la conspiración de Catilina y de la guerra contra Yugurta. En otro ámbito, los relatos de César acerca de las guerras que dirigió en las Galias y las luchas civiles de Roma, desprovistos de elementos superfluos, exhiben su verdadero valor de autopropaganda, pese a su aparente objetividad.

En consecuencia, la República legó una madurez literaria innegable. La medicina romana derivó totalmente de la de los griegos, y en una primera fase los mejores médicos de Roma eran esclavos traídos de Grecia, o griegos libres contratados como doctores. La pintura y la escultura presentan una gran influencia griega, aunque el arte del mosaico alcanzó en Roma cotas superiores. La única música que conocieron los romanos fue prácticamente la del toque de trompeta que llamaba a la batalla. Incluso sus inscripciones con letras elegantemente diseñadas eran una herencia de Grecia.

En obras públicas desarrollaron notables construcciones. Es importante su sistema de canalización de las aguas potables para abastecer a la ciudad, utilizando una red de acueductos. Con ello, Roma superó en mucho a cualquier otra ciudad antigua, e incluso a ciudades medievales y algunas modernas. Tres grandes sistemas de canales —el *aqua appia* (312-308 antes de Cristo), el *anio vetus* (278-269 antes de Cristo) y el *agua marcia* (144 antes de Cristo)— suministraban cincuenta millones de galones de agua a Roma cada veinticuatro horas.

La arquitectura, la construcción en general, las carreteras y la planificación de las ciudades florecieron extraordinariamente mientras la República vivió en paz y con orden interior, pues los enormes botines obtenidos del expolio exterior permitieron abordar la construcción de obras realmente ejemplares. El arte de la jardinería solamente tuvo breves momentos de brillantez. Los más notables jardines fueron los de las residencias de Lúculo, Pompeyo y Salustio, en los alrededores del monte Pincio.

Antonio y Octavio

Antes de que los romanos se repusieran del horror y la devastación resultantes de la guerra civil que enfrentó a César con el Senado, la muerte de éste trajo consigo nuevas dificultades. Octavio y Antonio tuvieron entre sí una difícil relación y ambos orientaron sus respectivas actividades a enriquecerse con dinero y propiedades ajenas. Marco Antonio decidió marchar hacia





Oriente para obtener nuevas riquezas, mientras Octavio, instalado en Roma, se presentaba al pueblo como «hijo del dios Julio César», aprovechando la sorpresa que provocó en los romanos la visión del cometa Halley, en el año 43 antes de Cristo, al que se identificó como un signo de la divinización adquirida por César en el más allá. Las legiones dieron a Octavio el mando supremo llegándose a forjar una corte de auténticos aduladores, a pesar del odio que los crueles métodos de éste suscitaban, y de su falta de apoyo constitucional.

Durante diez años, Octavio se dedicó a instrumentalizar a su favor el nombre y la leyenda de César, apoyándose en la lealtad del pueblo para venerar los mitos, en la habilidad de su comandante Agripa y en la inteligencia de Mecenas, un rico comerciante etrusco. Sin embargo, el enfrentamiento entre Octavio y Marco Antonio era inevitable. Su alianza fue un pacto de conveniencia mutua para enriquecerse y acceder al poder, sin que el matrimonio de Antonio con Octavia, hermana de Octavio, contribuyera a mejorar la delicada situación.

Antonio estuvo en Egipto durante sus correrías militares, conoció a Cleopatra, se enamoró de ella y decidió repudiar a su esposa.

Los favores que Antonio dispensó a Cleopatra y sus hijos, siempre a expensas del erario público de Roma, fueron el pretexto que Octavio utilizó para desatar una campaña de propaganda con la finalidad de poder declarar la guerra a la reina de Egipto, decisión que arrancó de un Senado completamente sometido a su voluntad. Antonio guerreó sin éxito contra los difíciles partos en el año 36 antes de Cristo. En Actium, se enfrentó con Octavio y fue derrotado, huyendo luego a Egipto y suicidándose. Por su parte, Cleopatra, tras descubrir el carácter y las intenciones de Octavio, optó también por el suicidio.

Fue entonces cuando Octavio se apoderó del tesoro de los Tolomeos, convirtiendo a Egipto en su feudo privado. Permaneció en aquel país dos años, para retornar finalmente a Roma como dueño y señor del mundo mediterráneo. De regreso, Octavio sólo tuvo una ambición, ejercer el poder absoluto lo mismo que había hecho César.

Arriba, mapa de la República Romana. Durante esta época, la expansión romana se concentró en el norte de África y Europa. En la parte superior, localización de la batalla de Actium, en la que Octavio derrotó a las tropas de Antonio y Cleopatra, en el 31 antes de Cristo.

Página anterior, arriba, Marco Antonio (82-30 antes de Cristo). Cuando gobernaba las provincias romanas de Oriente, fue seducido por Cleopatra y, más tarde, derrotado por Octavio en la batalla naval de Actium, en el golfo de Prevesa (Grecia).

Página anterior, abajo, Octavio (Cayo Julio César Octavio Augusto, 63 antes de Cristo - 14 después de Cristo), heredero de César, en un retrato póstumo que lo muestra en su juventud. (Museo Archeologico, Aquilea.)

El primer Imperio

Imperator era una palabra que en Roma no había tenido nunca actualidad. Se utilizaba para describir al hombre que daba órdenes, ya fuera a nivel político o en el campo de batalla. Los comandantes del ejército, durante mucho tiempo, fueron conocidos como «imperator» por sus tropas después de una victoria, y Roma los recibía con el mismo saludo al regresar triunfantes. Cuando Octavio volvió, en el año 29 antes de Cristo, lo hizo como triunfador absoluto y se atrevió, como demostración simbólica de su poder, a cerrar las puertas del templo de Jano, siempre abiertas en tiempo de guerra.

César ya había utilizado el término «Imperator» para complementar su nombre, y Octavio lo adoptó como si fuera su heredero real. Ningún romano del año 43 antes de Cristo podía imaginar que Octavio, a los 19 años de edad, asumiría el poder de Roma simplemente porque su ilustre tío abuelo le dejara heredero de sus riquezas y bienes personales. El poder real de Octavio radicaba en la lealtad de las legiones de César, por lo que no tenía respaldo constitucional.

Fue en los años 28 a 27 antes de Cristo cuando, asesorado por Agripa, Octavio comenzó a revisar en profundidad toda la maquinaria gubernamental. Asumió el título de «Príncipe», y el Senado se sometió a su voluntad, después de que doscientos de sus miembros fueran destituidos. En el 27 antes de Cristo, Octavio, en una hábil maniobra política, renunció a todos sus poderes cediéndolos al Senado, que se los devolvió de inmediato, y tomó el mando de los ejércitos romanos en España, Galia y Asia Menor. Fue entonces honrado con el título de «Augustus». En el año 23 antes de Cristo puso en práctica un ardid similar, rehusando el nombramiento de cónsul, sólo para ser posteriormente recompensado con el mando de todos los ejércitos y el derecho —sin precedentes— a introducirlos en la ciudad. Luego consiguió que su autoridad fuera, a perpetuidad, superior a la de los tribunos populares, y en el año 19 antes de Cristo le fue otorgado un poder similar sobre los cónsules.

Los republicanos senatoriales fueron cediendo una y otra vez a las exigencias del nuevo dictador, dando la razón a la antigua observación de que «la república es una ficción». Cicerón también había tomado conciencia de la crisis del ideal republicano, pero nunca perdió la esperanza en una solución. Quizá, de haber vivido, hubiera podido contribuir a un desarrollo distinto de los acontecimientos, pero fue asesinado por orden de Octavio. Con ello, el nuevo dictador de Roma manchó de sangre su gobierno, y cuando le convino inventó el pretexto de una conspiración para mandar ejecutar a sus enemigos políticos, como hizo con los hijos de Cleopatra. Los logros de su posterior mandato no deben enmascarar el cúmulo de atrocidades que cometió para alcanzar el poder.

Augusto

Octavio Augusto comenzó a gobernar en unas circunstancias excepcionalmente favorables. Le respaldaba un extraordinario aparato militar, contando además con las riquezas del Imperio romano y las ansias de paz y seguridad a cualquier precio del pueblo romano. Augusto hizo factibles la seguridad y la paz, canalizando las energías de sus súbditos hacia el trabajo.



El largo reinado de Octavio Augusto significó para el pueblo romano una vida mejor. La República fue perdiendo imagen en la memoria popular. Sus héroes, Cicerón, Catón y otros, eran ya vagas siluetas diluidas en la historia, comprometidas por el asesinato de Julio César, el gran héroe del pasado inmediato.

Fue unos cien años después cuando el historiador Tácito, al analizar la ascensión de Octavio al poder, la justificó señalando que «después de la batalla de Actium, era imprescindible que el poder se concentrara en un solo hombre». Luego, trazó los rasgos de su gobierno: «Primero obtuvo la confianza del ejército por su generosidad con los botines de guerra, la del pueblo mediante la cesión de trigo barato, y la de toda la población con las delicias de la paz». A partir de entonces su poder creció irresistiblemente, asumiendo las funciones del Senado y de la Magistratura. No encontró oposición, pues los espíritus más osados habrían muerto o hubieran sido declarados proscritos. La aristocracia obtuvo notables riquezas y apoyó al dictador. En las provincias romanas la situación era similar, y allí el Senado se había hecho especialmente odioso por su presión impositiva. Las leyes no regían, pues todo estaba preñado de violencia, intrigas y corrupción.

Octavio Augusto asumió, pues, plenos poderes a pesar de su delicada salud. Su dedicación fue absoluta. Viajó por todas partes, procuró ampliar el Imperio con precaución y seleccionó cuidadosamente a los centenares de hombres a los que confió la administración, la política y el mando de las tropas. Él mismo dio ejemplo de vida sobria y sencilla, esforzándose por disminuir el lujo, y enviando a su única hija, Julia, a un miserable exilio cuando fue acusada de libertinaje, en plena campaña moralizante contra las depravaciones de la vida privada romana. Asimismo, dio un gran impulso a la cultura.

No resulta fácil completar los detalles del gobierno de Augusto, pues tal como señaló el historiador griego Casio: «La mayor parte de la actividad política se hacía en secreto. Todo el mundo sabía que el emperador o sus consejeros respaldaban las más mínimas decisiones políticas».

A pesar de la carencia de datos concretos, no hay duda de que las ventajas de la paz motivaron un sustancioso desarrollo económico. Augusto combatió a piratas y bandidos, mandó construir nuevas carre-

teras, amplió las fronteras provinciales, concedió créditos y generó unas condiciones de seguridad que permitieron a los campesinos, artesanos y comerciantes dedicarse tranquilamente a sus trabajos. En el exterior profundizó la romanización, especialmente en Francia, España, la zona del Rhin y Bretaña. En el este, Judea se convirtió en provincia. Y con el total dominio de Egipto logró asegurar a Roma el abastecimiento de cereales. Sin embargo, el intento de ampliar las fronteras más allá del Rhin fue desastroso. Un ejército romano compuesto por tres legiones, mandado por Quintilio Varo, fue diezmado por los feroces teutones en los bosques germánicos, en el año 9 antes de Cristo. Tal desastre permaneció siempre presente en la mente del emperador, quien a partir de ese momento mantuvo la frontera común con la Galia, emplazada en el Rhin.

Sin pretender exaltar las virtudes de la vida republicana, Augusto intentó limitar por todos los medios la concupiscencia y el derroche. Pero sus leyes fueron una continuación de las que implantó la República poco después de la guerra contra los cartagineses. Para cimentar la familia dictaminó que el adulterio era un crimen. Con similar espíritu, aunque sin éxito, intentó reavivar las antiguas tradiciones religiosas, reconstruyendo más de ochenta antiguos templos y construyendo otros.

Culturalmente, una importante contribución fue la de los poetas Virgilio, Horacio, Ovidio, Propercio y Tíbulo, así como la del historiador Tito Livio. Todos ellos habían nacido en el período de la República, pero escribieron durante la «época augusta». Mecenas contribuyó a ayudar a los artistas y a difundir la cultura entre el pueblo.

La sucesión imperial: Tiberio

Para hallar la verdadera esencia del poder en la «época augusta» no es necesario investigar las relaciones de Octavio con el Senado o con el pueblo de Roma. Es mejor estudiar la influencia de la familia del emperador y ver que ésta indujo la selección de Tiberio como sucesor, con el pleno y dócil acatamiento del Senado. Entraron en la competición otros aspirantes, pero todos ellos murieron excesivamente jóvenes. Cuando en el año 14 antes de Cristo, se anunció la muerte del emperador, Tiberio había sido ya designado para sucederle. Tenía entonces 56 años de edad.

Después de una brillante carrera militar patrocinada por Augusto, a quien siempre fue leal, Tiberio se había retirado coyunturalmente de la vida pública, facilitando con ello la popularidad de una figura más extrovertida, la de Germánico, sobrino del propio Tiberio, quien, después de una campaña indecisa y poco convincente contra los teutones en Germania, fue enviado a Oriente, donde obtuvo diversos éxitos, antes de fallecer víctima quizá de un envenenamiento ordenado por el emperador. Lo cierto es que a partir de ese momento Tiberio comenzó a gobernar como un tirano, ordenando el asesinato de numerosas personalidades romanas, incluidos varios parientes suyos.

En el año 17 –después de Cristo–, Lucio Aelio Sejano, prefecto de la guardia pretoriana, comenzó a ejercer una influencia total sobre Tiberio, quien en el año 27 se retiró a Capri, permaneciendo allí durante once años, y dejando el poder prácticamente en manos de Sejano.

Curiosamente, Tiberio nunca había prestado mucha atención a la posibilidad de un atentado contra su vida. Pero sorprendentemente, Sejano consiguió cambiar su actitud y el emperador comenzó a decretar procesos en masa. El terror se desató en Roma, hasta que finalmente el emperador fue persuadido por otro colaborador de confianza acerca de la conspiración que contra él preparaba el propio Sejano. Éste había sido elevado al cargo de cónsul adjunto de Tiberio por cinco años y procónsul con mando militar. Ello no impidió que Sejano y sus hijos fueran asesinados por orden del emperador. Y con él, todos sus amigos y conocidos sufrieron la misma suerte.

El ambiente de terror se expandió gradualmente por todo el Imperio, y en las provincias los gobernadores se convirtieron en parte de una máquina de apresar, torturar y matar a hombres, mujeres y niños, supuestos conjurados o cómplices de presuntos rebeldes. Los procesos eran tantos y de tal magnitud que Poncio Pilato, gobernador romano en Judea desde hacía siete años, creyó innecesario informar a Roma de que el 3 de abril del 33 un joven judío llamado Jesús había sido crucificado junto a dos delincuentes comunes. Tampoco dio importancia al rumor de que la víctima había sido vista con vida, después de que su cadáver hubiera desaparecido misteriosamente. Tampoco se interesó por la noticia de que unos pocos amigos de aquel crucificado, que le seguían como a un maestro, explicaban nuevas doctrinas y difundían ideas nuevas acerca del amor, de la caridad, y del significado de lo material.

Los romanos estaban ocupados en el desarrollo de un culto nuevo: el de la divinización del emperador. En Macedonia, Alejandro había sido adulado de forma si



Arriba, busto de Tiberio Claudio Nerón (42 antes de Cristo - 37 después de Cristo), emperador romano durante cuyo mandato ocurrió en Palestina la condena y muerte de Cristo. (Museo Archeologico del Palazzo Reale, Venecia.)

Página anterior, estatua de Augusto con el atuendo de Pontífice Máximo. (Museo Nazionale Romano, Roma.)



milar. En Roma, los honores dispensados a Octavio como «hijo del dios Julio» y «Augusto», se aproximaban indiscutiblemente a las viejas prácticas orientalistas. El «genio vital» del emperador presidía en todos los dominios de Roma cualquier ceremonial, político o religioso. Era como un tributo espontáneo del pueblo a su velador, y en las provincias orientales del Imperio el culto se desarrolló de forma más exagerada, levantándose templos en muchos lugares con el único fin de rendir culto al emperador.

Por otra parte, las continuas conquistas territoriales abarrotaron en Roma los mercados de esclavos. Y la mayor parte de las personas obligadas a venir a Roma para satisfacer la lujuria y las necesidades de trabajo de los aristócratas acabaron por mixtificar las creencias religiosas de éstos, aportando nuevos mitos y supersticiones. Muchos de sus descendientes fueron posteriormente hombres y mujeres libres, ciudadanos de segunda clase cuyas tradiciones, experiencias y pasado servil eran extraños a los autosuficientes romanos. Todo ello aceleró la tendencia hacia el sensualismo, característica que dominaría la sociedad romana en los siglos posteriores.

«Calígula»

En el año 37, Roma recibió con alegría la noticia de la muerte de Tiberio, a los 79 años de edad, en su retiro del sur de Italia. Algunos de los candidatos más prometedores habían ya muerto, y su sobrino Cayo fue nombrado para sucederle. Era éste un hombre joven, de 25 años de edad, conocido por el apodo infantil de «Calígula» que le pusieron los soldados de su padre. Si Tiberio había sido un gobernante avaro y rencoroso, Calígula, por el contrario, comenzó a dilapidar el dinero del erario público en actividades tan curiosas como las carreras de cuádrigas.

Según parece, una grave enfermedad adquirida durante el primer año de su mandato le lesionó el cerebro, pues solamente este hecho puede explicar su insensato comportamiento posterior. Mandó asesinar a su esposa y hermana, y a múltiples aristócratas romanos. Ninguna mujer en la que el emperador pensara, podía sentirse segura, y con ella sus parientes y amigos masculinos. Sus actividades militares fueron de escaso relieve, por no decir nulas, llegando a fingir la invasión de las islas Británicas, excusa con la que obtuvo cantidades ingentes de dinero que luego malgastaría. El agotamiento de su economía comportó la creación de nuevos impuestos, y los tesoros de los templos desaparecieron. Finalmente, en el año 41 fue asesinado.

Claudio

Las dificultades para hallar un sucesor a Calígula crearon en el Senado esperanzas de una reactivación de su papel político. Sin embargo, la guardia pretoriana puso fin rápidamente a tales ilusiones cuando presentó al tío del emperador fallecido, Claudio, para que asumiera la máxima gobernación del Imperio.

Tenía 51 años de edad cuando el Senado tuvo que reconocerle como emperador. Siempre se le consideró como un viejo poco capaz, aunque parece ser que su debilidad mental fue simulada para evitar las iras de Tiberio y de Calígula. Claudio restauró la tranquilidad en la vida pública. Cesaron las conjuras y traiciones, y los propagadores de rumores fueron duramente perseguidos.

Los edictos y discursos que han llegado hasta nosotros revelan una personalidad compleja y minuciosa, con una extraordinaria visión de futuro. Su principal afición fue la literatura. Sumamente interesado por la lengua y la cultura etrusca, escribió acerca de su historia y su religión. Sin



embargo, no se ha conservado ninguno de sus trabajos. Para descentralizar el poder, retornando a la tradición administrativa de Augusto, delegó funciones en numerosos colaboradores, algunos de los cuales se enriquecieron desmesuradamente. Claudio extendió las fronteras del Imperio, añadiéndole Mauritania y Bretaña. Asimismo inició la conquista de las islas Británicas, y en el año 43 encargó a Aulo Plato la misión de completar esta conquista.

Sin embargo, sus esposas fueron su ruina. Mesalina, instigó a su marido contra muchos amigos y allegados, y fue la culpable de numerosas muertes antes de ser



ella misma víctima de un asesinato por libertinaje. Claudio, ya en declive, se casó con su sobrina Agripina en el año 49. Pero ella le envenenó cinco años después, durante una conjura cuyo objetivo era asegurar la sucesión a Nerón, hijo de un matrimonio anterior de Agripina, en lugar de Británico, hijo legítimo del emperador Claudio.

Nerón

Nerón, de 17 años de edad, sucedió efectivamente a Claudio en el año 54, pero fue instruido durante un tiempo por el filósofo Séneca y el prefecto de la guardia pretoriana, Burro. Ambos trataron de inculcarle el «espíritu de Augusto».

Agripina, madre del nuevo emperador, se sintió menospreciada, y como reacción contra su hijo Nerón, conspiró ahora en favor de Británico, que tenía entonces 14 años, al que Nerón mandó asesinar en el año 55. El nuevo emperador, con el paso del tiempo, extremó el culto a su propia vanidad, convirtiéndose en un ser arbitrario y extravagante, llegando a extremos de morbidez sensualista que hacían de él un monstruo. En el año 59 se hizo amante de Popea Sabina, esposa de su

Arriba, actores entre bastidores. Mosaico del siglo I antes de Cristo. (Museo Nazionale, Nápoles.)

Página anterior, izquierda, estatua del emperador romano Claudio Tiberio Druso (10 antes de Cristo - 54 después de Cristo), sucesor de Calígula. (Museo di Antichità, Parma.)

Página anterior, derecha, busto en mármol de Calígula (Cayo Julio César Germánico, 12-41 después de Cristo), tercer emperador romano sucesor de Tiberio. Famoso por su crueldad, murió asesinado. (Museo Archeologico, Venecia.)





amigo Otón, a quien había enviado como gobernador a Lusitania. Esta mujer, ambiciosa hasta el paroxismo, indujo el asesinato de la madre de Nerón, Agripina, suerte que siguieron posteriormente Octavia, la esposa del emperador, y otros familiares. El odio popular contra el emperador crecía sin cesar. De nuevo, Nerón puso en vigor las leyes contra la traición, utilizándolas para deshacerse de toda aquella persona que poseyera bienes y riquezas, ya que las costosas guerras en las islas Británicas y su vida extremadamente licenciosa habían agotado el erario público.

Las ambiciones literarias, musicales y dramáticas de Nerón rayaron en lo grotesco. Mientras se dedicaba a estas actividades, el ejército romano sufría un revés desastroso en las islas Británicas, en el año 61.

Mayor aún fue el desastre del trágico incendio producido en el año 64, que destruyó completamente el centro de la ciudad. Mientras miles de personas se quedaban sin hogar, el emperador planificaba una «mansión dorada», rodeada por un «parque del placer», que procedió a edificar precisamente en el centro de la zona incendiada. Los rumores señalaban a Nerón como promotor del incendio, ya que fue posible fuente de inspiración mientras pulsaba su lira.

Lo que sí es cierto es que intentó desviar el odio público achacando la culpa de la catástrofe a «una abominable secta conocida con el nombre de cristianos, por su jefe llamado Cristo, que había sido crucificado por Poncio Pilatos durante el reinado de Tiberio». Tácito, el historiador, nunca creyó en esta versión, por lo cual expuso en sus obras las atrocidades y torturas que sufrieron los cristianos como consecuencia de aquellos hechos. Algunos fueron crucificados; otros, despedazados en el circo; y otros, incinerados en las plazas públicas. La crueldad de Nerón, reflejada en semejantes espectáculos, motivó una compasión generalizada por los cristianos.

Después del incendio, Nerón decretó nuevos impuestos, pues necesitaba dinero para edificar sus nuevos aposentos y para reconstruir Roma. Mientras, la agitación popular aumentaba, Calpurnio Pisón y muchos otros conspiradores intentaron atentar contra el déspota, y en el año 65 pretendieron asesinarle. Traicionados en el último momento, fueron capturados y tuvieron un final horrible. Nerón ordenó a los verdugos «que sintieran palpablemente que están muriendo». Séneca, el filósofo, y Lucano, el poeta, fueron obligados a suicidarse. Tácito ha inmortalizado en sus obras el servilismo de unos y la entereza de otros.

Nerón sobornó a cada miembro de la guardia pretoriana con dinero y propiedades. Su temperamento corruptor no conoció límites. En el año 62 se casó con Popea, y más tarde la mató con una espada. Además de la miserable situación económica, la península italiana se vio sacudida por una epidemia, a causa de la cual se dice que murieron treinta mil personas. En su locura egocéntrica, Nerón marchó a Grecia para efectuar diversas representaciones musicales, y una vez allí, mientras era aplaudido por un grupo de aduladores, proclamó «la libertad de Grecia», liberándola del dominio romano. Mientras estaba en Atenas, ordenó a uno de sus mejores generales que se suicidara. Una orden similar envió a dos generales destinados a Germania. Ningún jefe del ejército se sentía seguro. En Galia, Hispania y el norte de África se produjeron descontentos y rebeliones militares, y Nerón planeó terribles y sangrientas venganzas. Finalmente, el Senado le declaró «enemigo público de Roma», y la guardia pretoriana le abandonó. Completamente solo, se suicidó en el año 68.

El año de los cuatro emperadores

Nerón fue el último representante de la dinastía Julia-Claudia, fundada por Augusto. El poder imperial sería ahora para el comandante del ejército que se mostrara más audaz. Galba fue el primero de ellos. Su carrera militar era brillante, pero tenía más de 70 años de edad y padecía



Arriba, moneda romana imperial con la efigie de Nerón. (Museo Archeologico, Florencia.)

Izquierda, pintura mural de la Casa de Oro, palacio construido por Nerón posteriormente al año 64 después de Cristo.

Página anterior, izquierda, Germánico (Julio César Germánico, 15 antes de Cristo - 19 después de Cristo), general romano, padre de Calígula y de Agripina la Menor. Venció a los germanos y murió envenenado con el consentimiento de su tío Tiberio, que lo había adoptado, en una expedición a Oriente. (Museo Profano Lateranense, Roma.)

Página anterior, derecha, camafeo romano que conmemora el triunfo de Tiberio. El emperador desciende de su carro triunfal, contemplado por Augusto y Germánico. En la parte inferior, soldados, prisioneros y trofeos. (Bibliothèque Nationale, París.)

gota. Otón era otro de los generales, antiguamente casado con Popea, la cual había contraído matrimonio con Nerón. Vitelio era el jefe del ejército apostado en la frontera con los bárbaros, concretamente en el Rhin, y Vespasiano mandaba las fuerzas militares romanas destacadas en Oriente Medio.

A principios del año 69, Otón mandó asesinar a Galba y fue proclamado emperador por los pretorianos. El orden público se colapsó. Tácito describe el caos reinante: «Roma estaba invadida por las catástrofes, aterrorizada por la violencia, dividida por las sediciones. Cinco gobernantes asesinados, guerras civiles, guerras en el exterior... Italia está herida de muerte y Roma devastada por el fuego... Los templos son profanados, el adulterio es norma, el exilio es el fin de las personas honestas, los campos están sembrados de cadáveres, pero es más atroz el salvajismo de la ciudad. La corrupción impera en todas las relaciones y corroe los cimientos del Imperio. Los esclavos se soliviantan contra sus amos y los libertos contra sus patronos. Aquel que cree no tener enemigos, es finalmente destruido por sus propios amigos».

Vitelio se declaró emperador en Colonia y Otón marchó contra él, pero fue derrotado. En abril del año 69 Vitelio era ya emperador, pero nueve meses después fue asesinado por Vespasiano, el general que tenía el mando de las tropas destacadas en Alejandría.

Las dinastías Flavia y Antonina

Tan grande fue el desorden generado por la etapa de Nerón, y consecuentemente eran tantos los deseos de recobrar la tranquilidad perdida, que el pueblo romano y el Senado, aun conociendo la compleja personalidad de Vespasiano, acogieron a éste con gran cordialidad. Se le reconocieron poderes imperiales e incluso se le ampliaron, pues el nuevo emperador, con su brillante historial militar, se había ganado «el derecho y el poder de gestionar todas aquellas actividades propias del Estado y destinadas al bienestar del pueblo». El emperador era el «gran señor de las cosas divinas y humanas» y el Senado asumió su papel subsidiario y de mero instrumento al servicio del dictador.

Asegurada momentáneamente la paz, Roma tuvo escasas dificultades para acabar con las revueltas que habían estallado en numerosos lugares del Imperio en los dos años anteriores. En el año 70, los judíos, que ya se habían sublevado en el año 66, se alzaron nuevamente contra la tiranía romana, pero una vez más fueron derrotados y Jerusalén destruida. De hecho, a finales del año 70 la paz había sido restaurada en el Imperio. A partir de esta situación, Vespasiano procedió a reconstruir la economía en base a una estricta administración.

Nombró a su hijo Tito prefecto de la guardia pretoriana y sucesor suyo, y a su hijo menor Domiciano le dio el lugar siguiente en la línea de sucesión. Los escaños senatoriales, vacíos por las masacres generalizadas que caracterizaron el reinado de Nerón, fueron cubiertos por romanos ilustres y personas de rango procedentes de algunas provincias del Imperio. Los libertos fueron excluidos de todo cargo de responsabilidad. La romanización progresó en las provincias, en tanto que se mantenía una rigurosa vigilancia sobre los gobernadores y la oficialidad. Las fronteras estaban ahora bien controladas, y en cierto sentido se recuperaron algunos aspectos de la vieja tradición, surgiendo personajes como Agrícola (40-93), cuya hija fue la esposa de Tácito, el historiador. Agrícola fue nombrado gobernador en Britania y sus ejércitos conquistaron el difícil y rebelde enclave de Gales, avanzando hasta el sur de Escocia. La flota romana, que circundaba parte de las islas Británicas, informaba de que el mar era denso y pesado, sin saber que se hallaban ante una concurrencia de mareas.

Por otra parte, el nuevo gobierno procedió a desmantelar el famoso «parque del placer» construido por Nerón. Algo más tarde, se edificaría en su lugar el «anfiteatro Flavio», el célebre Coliseo, levantado precisamente en la zona que ocupara el gran lago del parque, y que sería pronto el escenario de una serie de terribles luchas a muerte entre gladiadores, y entre éstos y bestias salvajes, para regocijo y macabro solaz de las turbas romanas, en un espectáculo que duraba cien días seguidos.

El Capitolio, el gran templo de Júpiter, Juno y Minerva, fue reconstruido y convertido en un «templo de la paz», y los acueductos y carreteras fueron asimismo restaurados. En el resto de Italia y en todo el Imperio se llevó a cabo un gran progreso material.

Tito

En el año 79, Tito, hombre generoso, inteligente y popular, sucedió en el trono imperial a Vespasiano, pero su reinado fue breve, pues murió inesperadamente en el año 81, a la edad de 42 años. Fue durante su reinado, concretamente los días 23 al 25 de agosto del 79, cuando se produjo la espantosa erupción del volcán Vesubio que destruyó las ciudades de Pompeya y Herculano. Para colmo de desgracia, al año siguiente otro pavoroso incendio devastó la ciudad de Roma durante tres días, destruyendo el nuevo templo capitolino, el Panteón, la Biblioteca Augusta y otros grandes edificios públicos, y nuevamente la ciudad fue asolada por una terrible plaga.







Domiciano

En el año 81, tras la imprevista muerte de Tito, ascendió al trono imperial Domiciano, el hijo menor de Vespasiano. El nuevo emperador era un hombre de costumbres austeras, duro y ambicioso, que gobernó inicialmente con justicia, aunque manteniendo al Senado como un mero instrumento de su voluntad. Domiciano ordenó un aumento de los impuestos, pues necesitaba fondos para proceder a una nueva restauración de la ciudad, devastada por el fuego, y también para mantener la lealtad de sus soldados y una numerosa corte de aduladores. Este hecho inició una serie de inquietudes sociales entre la población, y constituyó también el punto de partida de nuevas conjuras cuyo objetivo era apartar a Domiciano del poder. A cada conspiración descubierta le sucedía otra —según fuentes oficiales—, y la represión era cada vez más feroz. En un ambiente corrompido por la sospecha, los confidentes del emperador llegaron a



constituir legión, y la arbitrariedad represiva de éste generó un intenso odio entre los romanos. En tan turbia situación, incluso la esposa del emperador tramó venganza contra él, y ayudada por dos prefectos de la guardia, le asesinó en el año 96.

Nerva

Desaparecido Domiciano sin descendencia, el Senado resurgió de nuevo para nombrar al sucesor del trono imperial, escogiendo a un anciano legislador llamado Nerva que había sido ya cónsul en el año 71 bajo el gobierno de Domiciano. La elección fue acertada, pero el nuevo emperador no era militar, y numerosos pretorianos, exaltados por el asesinato de Domiciano, despreciaron los intentos de Nerva para sobornarles. Éstos exigían la captura y muerte de los asesinos del anterior emperador. Nerva, sagazmente, eligió como sucesor a un curtido soldado, Trajano. El reinado de Nerva fue lógicamente breve, dada su avanzada edad, pero durante el mismo se puso en vigor un nuevo sistema crediticio estatal para ayudar a los agricultores, y también un sistema de ayudas a la infancia con el fin de educarla en las artes y la milicia, pues se veía en ella a los futuros legionarios.

Nerva derogó las normas y cargos de traición, y condenó a los informadores, lo que representó un gran alivio para el Senado. Por otra parte, los esclavos y libertos fueron objeto de una nueva y severa reglamentación, y aquellos que habían traicionado a sus amos fueron ejecutados.

Trajano

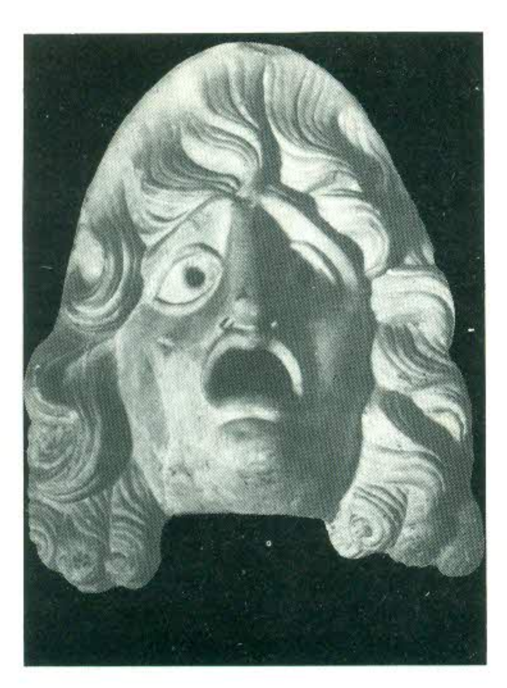
Cuando Nerva falleció en el año 98, Trajano, su sucesor, estaba luchando en las campañas de Germania. Trajano era

Arriba, villa de los Misterios en Pompeya (siglo I antes de Cristo). Los ciudadanos ricos o influyentes construían en los alrededores de la ciudad lujosas casas de campo.

Izquierda, calle de Pompeya. Construida al pie del Vesubio, no lejos de Nápoles, Pompeya fue sepultada en la erupción del año 79 después de Cristo, en la que murieron 2.000 personas, aproximadamente un 10 % de los habitantes.

Página anterior, arriba, busto del emperador Tito Flavio Vespasiano (9-79 después de Cristo), que asoció al gobierno a su hijo Tito. (Museo della Civiltà Romana, Roma.)

Página anterior, abajo, Arco de Tito (parcialmente restaurado), erigido en la Vía Sacra de Roma por el emperador Domiciano, en el año 81 de nuestra Era, para conmemorar la captura de Jerusalén en el 70.



un hombre popular, que durante la guerra compartía las duras condiciones de sus soldados y aceptaba propuestas e ideas, sin importarle la condición de sus consejeros. Era, además, enérgico y flexible, Haciendo pleno honor a su fama de hombre tranquilo, Trajano no se apresuró a marchar a Roma, ciudad que no conocía bien. Prefirió permanecer en el Rhin para consolidar las fronteras en el Danubio. Finalmente, llegó a Roma en el año 99.

Desde un principio mostró su decisión de acabar con la actitud amenazadora de los pretorianos. Ordenó ejecutar a los principales cabecillas del motín, y redujo a la mitad la cuantía del tradicional soborno que la guardia recibía de cada nuevo emperador. Por otra parte, fue extremadamente generoso en la costumbre de distribuir cereales y regalos entre la población, norma que instituyera Octavio Augusto, y se dedicó a pacificar algunas zonas del Imperio. Así, entre los años 101 y 106 sometió a los dacios, belicoso pueblo que habitaba en las actuales Hungría y Rumanía, al norte del Danubio. La lucha fue larga, y en una primera fase el rey dacio admitió constituirse en vasallo de Roma, pero pronto rompió el pacto y entonces Dacia fue institucionalizada como una nueva provincia. La posesión de Dacia era vital para Roma, pues esta tierra albergaba abundantes minas auríferas. Fue entonces cuando Trajano cambió su actitud, mostrándose más generoso con las famélicas masas romanas, y los créditos fueron aumentados y extendidos a toda la península italiana.

Repudiables fueron, sin embargo, los dramáticos «cien días» de festejos que siguieron al retorno de Trajano después de su importante victoria en Dacia, cuyo espectáculo central fue una repulsiva carnicería desarrollada en el anfiteatro, donde sucumbieron salvajemente gran número de gladiadores y animales salvajes. En contrapartida, se abordaron nuevos trazados de carreteras, acueductos y puentes, inaugurándose un nuevo y amplio mercado conocido como el «Foro Trajano». Todavía permanece en pie la célebre columna «Trajana», levantada para conmemorar los éxitos del emperador.

Trajano impulsó asimismo la construcción de nuevas termas, centros de recreo y solaz públicos que incluían las famosas «casas de baño» construidas en mármol y rodeadas de fastuosos jardines, cuya utilización había sido iniciada por Agripa, en el año 20 antes de Cristo. Fueron reducidos algunos impuestos, tanto en Roma como en las provincias, lo cual estimuló la expansión comercial y la fundación de nuevas colonias y ciudades, como Numidia. En el sector oriental del Imperio, Trajano no tuvo excesivo éxito. En los años 105-106 fue organizada la provincia de Arabia, donde se construyeron numerosos templos. Pero los judíos estaban en permanente estado de rebelión.

Vespasiano había sofocado ya sendas revueltas judías e incluso destruido la ciudad de Jerusalén, ordenando que los impuestos que el pueblo judío pagaba al templo de la ciudad fueran destinados a sufragar los gastos suntuarios del templo de Júpiter, en Roma. Para los romanos, los judíos eran un pueblo detestable y fanático, debido básicamente a la ley mosaica, que condenaba a muerte a cualquiera que intentara persuadir a un hebreo para que abandonara su religión y adorase a otros dioses. Razones similares explicaban una parecida aversión romana hacia los cristianos, que a su vez eran odiados por los judíos. Pero la influencia cristiana se mantuvo en alza a pesar de la feroz persecución de que fueron objeto, pues la firmeza de sus creencias fortalecía a los cristianos frente a la muerte. Por otra parte, despreciaban las glorias y riquezas terrenales, y no solamente osaban rechazar la obligación de rendir culto a otros dioses, sino que consideraban a quienes esto hacían como portadores del mal. Por más tolerante que fuera un emperador, aquel desafío merecía una drástica respuesta, aunque un cierto halo de inquietud comenzó a difundirse entre los romanos, impresionados por aquellos rituales clandestinos de los cristianos y por la pureza de unas conductas generosas y tolerantes con sus perseguidores. Uno de los romanos que se sintió impresionado por aquel nuevo fenómeno fue Plinio el Joven (aproximadamente, 61-113).

El tío de Plinio, conocido también con el mismo nombre pero apodado «el Viejo» (23-79), mandó la flota en Miseno cuando en el año 79 se produjo la tremenda erupción del Vesubio. Extraordinariamente interesado por el fenómeno, aproximó sus naves al litoral para observarlo mejor, y al mismo tiempo, rescatar a algunos supervivientes. La operación se prolongó excesivamente, muriendo él y sus soldados víctimas de la asfixia provocada por la ardiente lluvia de cenizas y fragmentos de piedra, envueltas en un humo sofocante. Su sobrino, Plinio el Joven, era amigo de Trajano, y en el año 112 fue nombrado gobernador de Betania y Ponto, zonas situadas al este de Bizancio. Desde allí, enviaba a Trajano gran número de despachos sobre asuntos diversos, algunos de nimia importancia, que en realidad él mismo debía haber solucionado Y entre aquellos miles de asuntos uno destacaba por su novedad: «¿Los cristianos tenían que ser castigados por su condición de tales, o porque hubieran cometido algún delito o crimen contra la propiedad o el Estado?». Inicialmente, Plinio se mostró durísimo con los cristianos. Les daba siempre tres posibilidades para renegar de su religión, y si el cristiano no cedía en su actitud era objeto de castigo. Otras veces les ofrecía el perdón a cambio de que venerasen la imagen de Trajano y simultáneamente renegaran de Jesús. Normalmente, mandaba ejecutar a todos los encausados, excepto si eran romanos, pues a estos los enviaba a la metrópoli para que allí decidieran sobre su suerte. Pero pronto comenzó Plinio a sentir dudas acerca de su actitud frente a aquellos férreos creyentes. En uno de sus informes puede leerse: «La superstición es contagiosa y no se limita a las ciudades, sino que se extiende por los pueblos y el campo... Y personas de todas las edades, sexos y categorías sociales se han adherido a ella con un fanatismo inquebrantable».

La respuesta de Trajano a las inquietudes de Plinio el Joven constituye la primera muestra de una decisión oficial de Roma frente a la cuestión cristiana: «En principio no debería ser objeto de persecución si no intentan extender la superstición. Solamente es necesario castigarles cuando su delito sea probado, y si entonces se retractan y adoran a nuestros dioses, entonces deben ser liberados. Las denuncias anónimas contra ellos no deberían ser aceptadas, pues ello constituiría un mal ejemplo y es contrario a nuestro espíritu».

La realidad política y religiosa de Roma exigía dureza. Las antiguas tradiciones religiosas romanas declinaban rápidamente. Los templos estaban vacíos de fieles, y las fiestas deístas eran ignoradas o sólo acudían a ellas minorías que buscaban únicamente recompensas materiales. Por otra



parte, el poder estaba dispuesto a impedir que la vieja tradición fuera desafiada por un fervor religioso extraño al espíritu romano. Los cristianos predicaban la necesidad de abolir los viejos cultos inmemoriales y su sustitución por un nuevo concepto de la religión y de las costumbres. Es imposible, por la carencia de datos, analizar la actitud que frente al problema debieron asumir los otros gobernadores de las provincias romanas del este, pero lo más probable es que los cristianos fueran drásticamente perseguidos. Es difícil admitir que hombres tan curtidos enla guerra y la política, como eran los gobernadores romanos, necesitaran continuamente instrucciones para solucionar asuntos de una importancia tan relativa como los que Plinio el Joven planteaba al emperador en sus misivas. La mayor parte de las respuestas las redactaban los secretarios de Trajano, aunque algunos estudiosos sostienen que éste redactó personalmente algunas de ellas. Dicha correspondencia es la única fuente documental existente para el análisis del tipo de problemas con que se enfrentaban corrientemente los gobernadores de las provincias romanas.

Asuntos de mayor importancia reclamaban la atención del emperador, como

Arriba, retrato de un hombre y su esposa, fresco de Pompeya del 79 después de Cristo. (Museo Nazionale, Nápoles.)

Página anterior, máscara de tragedia encontrada en Pompeya, siglo I. (Museo Nazionale, Nápoles.)

la expedición que en el año 113 tuvo que dirigir contra los partos. Éstos eran una gran amenaza para los intereses de Roma, pues interferían con sus incursiones la ruta de la seda y de las especias. En el año 114 las tropas de Trajano asolaron Armenia, y al año siguiente reagrupó sus fuerzas con el objetivo de iniciar una intensa campaña en Mesopotamia. Trajano rompió la tradición maléfica de sus predecesores en el gobierno de Roma, y derrotó finalmente a los partos. Esto le permitió penetrar hasta el Éufrates y remontar sus aguas utilizando naves, hasta llegar a Babilonia y Ctesifonte –esta última, capital de Partia–, que conquistó en el año 116. Concluida esta operación, el ejército romano se dirigió hacia el golfo Pérsico, llegando antes que la flota. Aquel mismo año se produjo una rebelión judía en Egipto, simultáneamente con diversas revueltas en Cirene y Chipre, que Trajano ordenó reprimir severamente. El emperador, enfermo, decidió regresar a Roma, donde murió en el año 117 a la edad de 63 años.

Adriano

Con el reinado de Adriano el Imperio romano alcanzó la cumbre de su poderío. Trajano había ampliado ya sus fronteras hasta límites muy alejados en Oriente. Ahora se trataba de consolidar el orden social y promover el desarrollo económico y cultural.

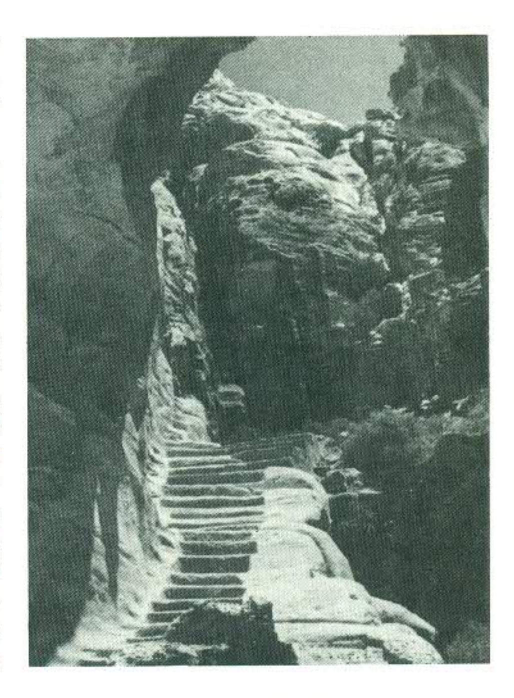
Al igual que Trajano, Adriano era oriundo de Sevilla. Para el nuevo emperador, lo más importante era la cultura helénica y la caza. Fue Trajano quien en el año 93 decidió traer a Adriano a la capital imperial, cuando éste contaba 17 años de edad. El emperador carecía de descendencia, pero nunca llegó a adoptar oficialmente a su joven pariente, aunque de hecho le trató como si fuera su primogénito, proporcionándole una gran educación y casándolo con su sobrina Vibia Sabina. Adriano reunía, pues, todas las condiciones exigidas a un heredero.

Cuando Trajano falleció, el joven Adriano era gobernador en la provincia de Siria. Aunque no carecía de dotes y experiencia militares y era una persona disciplinada y de gran sentido táctico, no realizaría durante su mandato campañas como las impulsadas por su predecesor. Más realista, se concentró en asegurar las defensas imperiales. Las conquistas orientales de Trajano fueron muy costosas y proporcionaron escasos beneficios, pues los pueblos sometidos carecían de grandes riquezas. Por otra parte, la conservación de los nuevos territorios exigía cuantiosos gastos. Consecuentemente, Adriano decidió renunciar a los territorios de Armenia, Mesopotamia, Asiria y Partia, conservando solamente los de Arabia.

La reactivación económica era una necesidad imperiosa, pues de lo contrario el Estado se vería abocado a aumentar los impuestos y devaluar la moneda. Adriano restauró el equilibrio financiero, y decidió resolver el problema de las ingentes deudas que se debían al Estado mediante un decreto que las abolió, y mandó quemar públicamente todos los registros y archivos de deudores, en el año 118. Con el objetivo de mejorar los servicios administrativos, incorporó a los caballeros –la segunda categoría de ciudadanos, tras los senadores– a los cargos más relevantes, eliminando definitivamente la presencia de los libertos, hacia los que sentía un profundo desprecio. Creó también un cuerpo de auditores fiscales para que supervisaran las contabilidades de las provincias.

Este conjunto de medidas constituyeron el inicio de la expansión del burocratismo, que con el paso del tiempo generaría graves problemas. Los senadores fueron enaltecidos con tratamientos especiales, a pesar de que cuatro de los más eminentes, sospechosos de conspirar contra el césar, habían sido ejecutados durante los primeros meses del mandato de Adriano, cuando éste aún se hallaba en Siria. El emperador formó un nuevo consejo privado, en el que estuvieron presentes diversos hombres de negocios, procurando sin embargo que los senadores no se sintieran menospreciados. Asimismo, dedicó gran energía a perfeccionar la administración de las provincias, tarea que le llevó a pasar largas temporadas fuera de Roma. La disciplina y la organización del ejército fueron renovadas, y las tropas dispuestas como si imperase un estado de guerra. El mismo emperador convivía en los campamentos con sus soldados alimentándose con la misma comida, dirigiendo largas marchas de entrenamiento, presenciando maniobras tácticas, e inspeccionando trincheras, fortines y hospitales militares. En resumen, hizo sentir su presencia en todos los rincones del vasto Imperio.

En el ámbito de las obras públicas, mandó realizar ingentes construcciones, como por ejemplo, la famosa «muralla de Adriano», edificada en la lejana Britania en los años 121 y 122, después de realizar una visita de inspección a aquellos territorios. Por otra parte, dotó a muchas ciudades de nuevos acueductos, edificios públicos, puertos y templos, trabajos que a veces eran realizados por personal militar. Grecia, y especialmente Atenas, que el emperador visitó en los años 125 y 126, y de nuevo en el año 128, obtuvo el favor personal de Adriano. Era un admi-

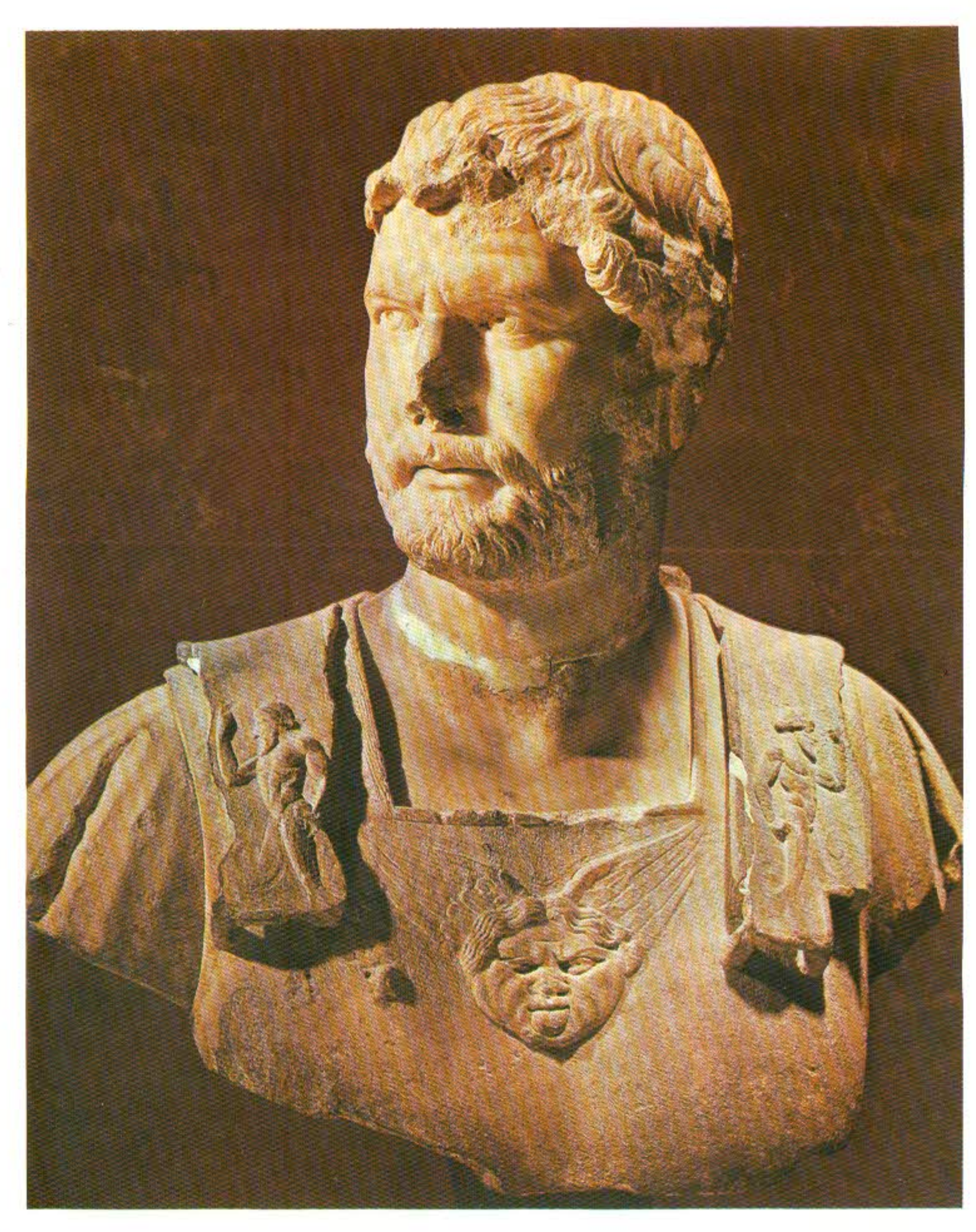


rador de la filosofía y literatura griegas y a modo de agradecimiento, dotó a la región de una gran red de acueductos y carreteras. En Grecia adquirió a un hermoso joven, a quien convirtió en su ayudante de cámara, llevándole a Egipto en el año 130. Cuando este joven, llamado Antínoo, pereció ahogado en el Nilo, el dolor de Adriano fue tan intenso que decretó que fuera adorado como un nuevo dios, y el culto perduró varias décadas en el sector oriental del Imperio. Para él, aquel joven representaba la belleza y virilidad del helenismo.

Consciente de que todo buen gobierno sólo es viable si posee leyes correctas y jueces justos, Adriano encomendó a Salvio Juliano –un joven abogado de brillante carrera–, la tarea de crear un código de la ley romana, resultado de lo cual fue el *Edictum Julianum*, fundamento de posteriores trabajos legislativos que culminaron con Ulpiano y Justiniano. En la magistratura, desempeñaban un papel importante cuatro jueces que se turnaban por rotación.

Durante el reinado de Adriano, el hecho más trágico fue la rebelión judía acaudillada por Bar Kocheba, entre los años 132 y 135. Incapaces de entender la religión judía y el profundo sentimiento nacionalista de aquel pueblo, inspirado en la ley mosaica, los romanos afrontaban en aquellos territorios un estado de permanente agitación. Roma realizó allí constantes provocaciones, como la sustitución del templo de Salomón por el de Júpiter, que fue la chispa que encendió la rebelión. Tras una salvaje resistencia, los judíos fueron finalmente reducidos. Cientos de miles murieron o fueron vendidos, abarrotando los mercados de esclavos. Así, se verificaba la mítica profecía cristiana de que

Jerusalén sería destruida y los judíos dispersados por el mundo. Aparte de esta acción militar, el reinado de Adriano fue pacífico, y el emperador se dedicó a gozar de la literatura y la música, reconstruyendo el Panteón de Agripa y ordenando la construcción de su propia mausoleo. En las cercanías de Tívoli fundó un vasto palacio y un «parque de placer», la llamada Villa Adriano. Ya enfermo, antes de morir, eligió como sucesor a Antonino Pío.



Arriba, busto en mármol del emperador Publio Elio Adriano (76-138), natural de Itálica (Sevilla). Adoptado por Trajano, le sucedió en el año 117. (Louvre, París.)

Página anterior, escalinata que conduce a la ciudad de Petra, capital, en el siglo II, de la Arabia Pétrea (actualmente Jordania). Fue un importante centro del comercio de caravanas hasta el siglo III y formó parte del Imperio Romano desde el 106 después de Cristo.

Los Antoninos

Adriano nombró cónsul a Antonino en el año 120. Luego le nombró miembro de su consejo privado, probándolo con misiones legales en Italia antes de que partiera a inspeccionar los territorios orientales del Imperio, entre los años 133 y 136. Antonino era un rico caballero con grandes propiedades agrícolas, y su elección fue muy bien acogida por el Senado, que mantuvo con él unas cordiales relaciones. En el año 139 el nuevo emperador, cumpliendo los deseos de su predecesor, adoptó a Marco Anio Vero, conocido como Marco Aurelio, con el objetivo de que algún día le sucediera, y lo casó con su hija Ania Faustina.

Antonino tuvo la fortuna de heredar un Imperio sólido, bien gobernado, y con una máquina burocrática eficaz. Orientó sus actividades gubernamentales a reforzar su poder y consolidar el complejo burocrático. Pero la herencia recibida era tan sólida, que la confianza psicológica del pueblo romano era una garantía para el progreso. Aunque las amenazas y los problemas no dejaron de estar presentes, ningún hecho de especial relevancia perturbó la tranquilidad general, ni siquiera las esporádicas revueltas de Britania, Numidia, Mauritania, Judea y Egipto, siempre resueltas favorablemente para los intereses imperiales. En las provincias europeas y en la propia Roma, la situación era tan tranquila que las clases más acomodadas solicitaron del emperador la construcción masiva de casas de baño y templos. Por otra parte, el gobierno organizó equipos contra incendios y amplió la red de acueductos. En Roma, los pobres solicitaban periódicamente ayuda, y Antonino, siempre generoso, respondía con presteza. Estas gentes vivían estrictamente de los óbolos estatales, y pasaban las jornadas presenciando las carreras de cuádrigas y los macabros espectáculos de las arenas.

Deificar al emperador después de su muerte era un privilegio que Antonino había conseguido, para rendir homenaje a la memoria de su predecesor, Adriano. El diligente Senado le concedió el mismo privilegio a él cuando falleció en el año 161, a los 74 años de edad.

Cuando era un adolescente, Marco Aurelio se había granjeado ya la estima de Adriano. La estima prosiguió con Antonino, pues el joven demostró sus cualidades con una existencia austera y espartana. Marco Aurelio fue un entusiasta estudioso de las literaturas griega y latina, y en una época se sintió seducido por las doctrinas estoicas, en función de las cuales procuró modelar su vida. Su destino habría de ser duro, y requeriría toda la solidez del pensamiento estoico para afrontarlo. Le esperaba un futuro muy difícil.

El nuevo emperador, al igual que Antonino, provenía de una rica familia, aislada de la alta sociedad por su espíritu de servicio. Él y su hermano adoptivo Lucio, diez años más joven, fueron cónsules en el año 161, cuando Antonino murió. Reconocido como «príncipe augusto», Marco Aurelio insistió en que su hermano fuera

césar y coemperador. Al año de gobernar, surgieron las primeras complicaciones, y entre ellas la más importante era la amenaza de los partos. Éstos habían derrotado en dos ocasiones al ejército romano y generaban en el sector oriental del Imperio la desestabilización y el temor. Lucio fue enviado a la zona, al frente de poderosas fuerzas. Cuando llegó allí, el general se encontró con que los gobernadores provinciales de Roma ya habían solucionado en parte el problema de la amenaza parta, de manera que Lucio volvió a Roma triunfante en el año 166. Pero, con su ejército vino el terrible mal que asolaba el Próximo Oriente: la peste.

La ciudad se vio afectada por la enfermedad y el hambre, y en el año 167 la noticia de que las tribus germánicas se extendían por Dacia y Retia, a través del río Danubio —aprovechando que la mayoría de las tropas romanas allí destacadas, habían sido enviadas a luchar contra los partos— provocó una oleada de pánico. El norte de Italia se vio amenazado por las hordas invasoras. Salvando el período 175-177, la guerra fue casi permanente, y la situación exigió de Marco Aurelio una vida prácticamente militar. En el año 175, Avidio Casio, gobernador de Siria, un hombre duro y competente, creó un problema imprevisto al proclamarse emperador, creyendo que el Imperio estaba gobernado por un jefe débil e ineficaz. Otra versión histórica señala que había recibido falsas noticias acerca de la supuesta muerte del emperador. Al rebelde se le unieron las fuerzas destacadas en Egipto, y el suministro de cereales a Roma se vio interrumpido.

La situación mejoró cuando un centurión asesinó al gobernador rebelde, y Marco Aurelio decidió realizar un viaje por las provincias insurrectas, ahora reducidas por el gobernador de Capadocia. Mientras el emperador se encontraba en Asia falleció su esposa, y regresó a Roma junto con su hijo Cómodo, abatido por la tristeza. Sin embargo, ambos fueron aclamados como *imperator*, y su hijo Cómodo, que contaba tan sólo 15 años de edad, fue nombrado cónsul en el año 177, título que poco después fue ennoblecido con el de *augustus* y con los poderes de tribuno. Ambos, padre e hijo, tuvieron que dirigirse ahora al norte, donde los marcomanos desafiaban a los ejércitos romanos. La campaña contra esta tribu se desarrolló entre los años 167 y 175. Finalmente victorioso, Marco Aurelio decidió dedicar sus energías a asegurar el control de las fronteras septentrionales, pero fue sorprendido por la muerte en el año 180. Antes de morir, encargó a su hijo Cómodo la misión de completar la consolidación de las fronteras.

A la temprana edad de 18 años, Cómodo se encontró repentinamente con la ingente tarea de gobernar el Imperio. Durante los últimos años, en vida de su padre, había mostrado ya una personalidad inmadura y compleja, hasta el punto de que Marco Aurelio llegó a considerar la posibilidad de nombrar otro heredero, posibilidad que desechó creyendo que ello provocaría graves perturbaciones. No cabía mayor contraste, con un padre estoico y espartano.

Cómodo dilapidó rápidamente los triunfos que su padre obtuviera en sus años de reinado, y se apresuró a regresar a Roma, donde reveló su carácter sensualista. Su hermana Lucila planeó su asesinato, pero la conspiración fracasó, y tras un breve exilio, fue ejecutada. Cómodo comenzó a sospechar de todo el mundo, y especialmente de los senadores. Acuciado por la desconfianza y el temor, se desentendió del gobierno del Imperio, que de hecho desempeñaba su pretor Perennis, hasta que el propio Cómodo le acusó de usurpar el poder imperial —cuando era él mismo quien le había inducido a gobernar en su nombre—, y en el año 185 Perennis y su familia fueron ejecutados. Al año siguiente, un antiguo esclavo y ayuda de cámara del emperador, Cleandro, fue nombrado por éste prefecto pretoriano. El nuevo prefecto se dedicó a la venta de cargos públicos, actividad que realizaba sin pudor de ningún tipo. Las sentencias de los tribunales se modificaban según la presión de los sobornos, y los libertos vieron facilitado su acceso a los cargos públicos, llegando hasta el Senado. El valido llegó incluso a asesinar al cuñado del emperador, y decretó el exilio de sus críticos, aunque se tratara de senadores. La misma emperatriz fue forzada a exiliarse, y posteriormente fue asesinada. Sólo cuando el pueblo amenazó con la insurrección, Cómodo decidió sacrificar a su favorito, y entonces le acusó de ser responsable de la escasez de alimentos y de retrasar el pago de los óbolos populares. Finalmente, Cómodo se hizo llamar Hércules, después de haber matado a un león en el circo, en presencia de miles de personas.





En el año 193, su concubina favorita, Marcia, urdió una conspiración contra el tirano, que murió asesinado.

Declive y final

Hasta el reinado de Marco Aurelio, los súbditos de Roma gozaron de una prosperidad extraordinaria. Es posible que, hasta las sociedades industriales avanzadas de nuestra época, la historia de la humanidad occidental no conociera una época de abundancia como aquella. El Imperio romano fue gobernado por una serie de inteligentes y cultos emperadores, y durante un siglo Roma se vio libre de interferencias arbitrarias. Todos los grupos sociales gozaron de una vida apacible, sin temores. El ejército era disciplinado y laborioso; los magistrados emitían sentencias justas; los comerciantes se movían con absoluta libertad; los campesinos obtenían créditos, y las cosechas eran pródigas. Se universalizó el latín como lengua imperial, aunque el griego siguió siendo dominante en algunas zonas orientales.

Era el imperio de la ley, y ésta era acatada por todos. Las veintiocho provincias sobre las que gobernara Octavio Augusto, eran cuarenta y cinco bajo el reinado de Marco Aurelio. Los provincianos dependían de su propia capacidad para asegurarse el sustento, pero las condiciones facilitaban su prosperidad. Pequeñas ciudades se extendieron por todo el Imperio, y se dijo que durante el reinado de Marco Aurelio el número de ciudades nuevas fue tres veces superior a las edificadas por Octavio. El nivel de vida campesino aumentó considerablemente. Incluso los esclavos, aquel vasto y silencioso estrato social sobre el que descansaba la prosperidad del mundo antiguo, mejoraron sus condiciones de vida.

El Imperio que Cómodo recibiera de su padre, y que él hundió en el desastre, estaba fundado sobre sólidos cimientos y su prosperidad era la promesa de un lento pero progresivo auge que afectaba especialmente a las clases sociales inferiores, pero no en detrimento de las clases ricas generalizada. El declive del Imperio sería rápido y traumático, igual que su nacimiento.

Arriba, mapa del Imperio Romano a principios del siglo II después de Cristo, período de su máxima extensión.

Página anterior, estatua ecuestre de Marco Aurelio (121-180), emperador y filósofo romano de procedencia hispánica. Adoptado por Antonino, subió al trono en el 161. (Plaza del Capitolio, Roma.)

La civilización romana

Mucho antes de que el Imperio romano alcanzara su gran expansión en el siglo II después de Cristo, Cicerón había reconocido el carácter depredador de gran parte de los habitantes de Roma: «Hasta los hombres más justos –dijo– buscan las propiedades ajenas, y no se detienen hasta lograr la adquisición del mundo entero»; si los romanos hubieran tenido que restituir todos los bienes que arrebataron a otros pueblos, o a sus propios conciudadanos, «volverían a las cavernas, a un estado de miseria y necesidad agobiante».

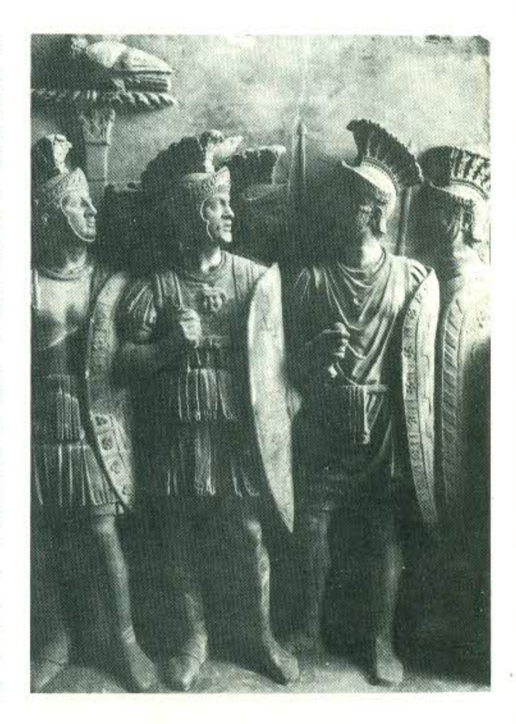
Más de doscientos años después de Cicerón, el emperador Marco Aurelio –uno de los pocos gobernantes romanos con verdadera categoría de estadista, y un culto militar–, persiguiendo a los nómadas, llegó a ocupar las posesiones de los sármatas, despojándoles de los enseres más nimios, y comportándose, pues, como un depredador.

La corta pero punzante y afilada espada de los legionarios romanos era el instrumento esencial del Imperio, el arma que facilitaba el suministro permanente de tributos, bienes ajenos y esclavos, así como un vasto emporio comercial y político, en el cual militares y burócratas hallaban las posibilidades de promocionarse en la compleja trama de cargos y privilegios que articuló Roma a lo largo de su densa historia.

Mario forjó un ejército de profesionales. Octavio Augusto procuró que estos profesionales fueran todos ciudadanos romanos, comandados siempre por oficiales que además eran senadores. Las tropas auxiliares se reclutaron en las provincias imperiales, y sólo cuando demostraban su valor y disciplina los soldados de estos cuerpos secundarios obtenían la ciudadanía romana. Este ejército de segunda clase, mandado por caballeros, cobró progresivamente una mayor importancia en el mundo romano, básicamente a causa de un hecho bastante normal: los ciudadanos de Roma, acostumbrados a una vida cómoda y relajada, optaron por evitar su enrolamiento en la milicia, cuya vida hallaban excesivamente dura, a pesar de la excelente paga y el espléndido retiro que les aseguraba su lealtad al emperador, supremo mandatario y gran pagador. Por eso, aquellos soldados auxiliares fueron aumentando en número hasta convertirse en uno de los cuerpos centrales del poder militar de Roma. Por otra parte, Octavio Augustó fundó la guardia pretoriana, la cual desempeñó un importante papel en numerosos episodios políticos del Imperio. La guardia pretoriana era un cuerpo de élite, radicado permanentemente en Roma y compuesto por unos cinco mil combatientes, todos ellos conscientes de su importancia en los mecanismos del poder. Su líder podía perfectamente ser aspirante a emperador, o brazo derecho del mismo. En determinadas coyunturas, la defensa del Imperio estuvo encomendada a un conjunto de ciento cincuenta mil hombres armados distribuidos en treinta legiones, unidos por una simbología común –la célebre águila– y por la conciencia compartida de pertenecer a un Estado. Las tropas auxiliares, que como hemos señalado se reclutaban en las provincias, llegaron a sumar también unos efectivos de ciento cincuenta mil soldados.

Los romanos republicanos fueron siempre conscientes del peligro que suponía mantener un ejército permanente, pues en cualquier momento podía convertirse en el brazo armado de una tiranía. Por eso los líderes de la República tomaron siempre tantas precauciones, eligiendo anualmente a dos jefes civiles que disponían de plenos poderes militares. Procuraban asimismo imbuir a los soldados de la idea de que, por encima de la obediencia a sus jefes directos, el deber les imponía servir a los dioses, al Senado –que encarnaba a la República– y a los ciudadanos de Roma. Se estableció la costumbre de que ningún hombre armado pudiera permanecer o entrar en Roma. La movilización militar, los entrenamientos y las reuniones tenían que celebrarse fuera de las murallas de la ciudad, en el llamado Campo de Marte.

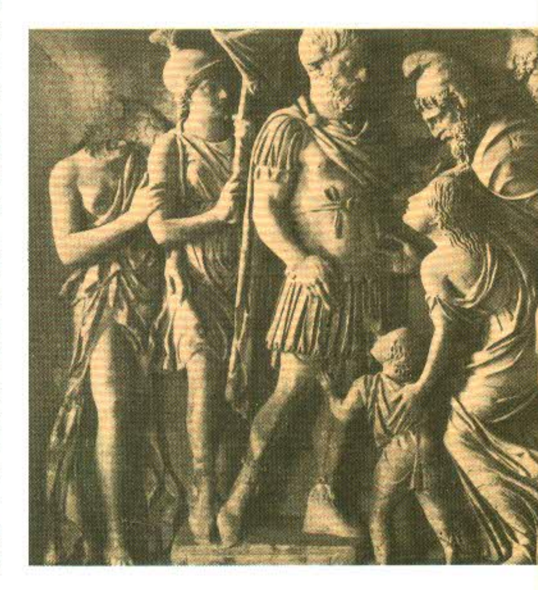
Para reflejar el cambio radical que se produjo con el tránsito de la República al Imperio, nada mejor que observar cómo los emperadores disolvieron prácticamente tales costumbres. Fue un cambio dramático. Si durante la República la ley era el símbolo supremo del Estado, en el Imperio este símbolo se convirtió en la voluntad del emperador. El objetivo más importante de los emperadores era mantener su hegemonía y procurarse la lealtad de las tropas. Los mandatos imperiales de Antonino Pío y Marco Aurelio, así como los de Trajano y Adriano, fueron los más racionales, en el sentido de que los poderes imperiales fueron subordinados por el propio emperador a una normativa legal institucionalizada. Sin embargo, los reinados de Tiberio, Calígula y Nerón constituyeron ostentosas muestras de hasta dónde puede llegar el despotismo y la corrupción



de un poder sin control. Fue Octavio Augusto quien creó las condiciones para que pudieran ocurrir hechos de tal calibre. Aunque él era recto y justo, para sus súbditos la existencia podía llegar a ser algo muy difícil.

Un próspero intermedio

Tres generaciones de romanos alcanzaron la madurez entre los años 96 y 180 de nuestra era. Su mundo parecía firmemente establecido y sus fronteras perfectamente protegidas, mientras en el seno del Imperio reinaban el orden y la paz. En las provincias, muchos habitantes se enriquecieron. Hasta el final del mandato de Marco Aurelio, el tesoro público rebosaba, como resultado de las medidas económicas establecidas por Adriano y Anto-



nino Pío, a pesar de la dilapidación que suponía la distribución de alimentos gratuitos y óbolos generosos entre la plebe. El costo de estas operaciones de prestigio gubernamental, las sufragaban los emperadores mediante la imposición de fuertes tributos e impuestos en las provincias, en tanto que el sistema fiscal era sumamente benigno con los ciudadanos romanos. Había un impuesto o gravamen sobre la herencia de un 5 %; un impuesto del 1 % en las subastas públicas, y otro del 5 % sobre el tráfico esclavista; asimismo, cuando un esclavo era liberado el Estado recibía un 5 % del pago liberador. Las minas de plata y oro se transformaron en propiedad imperial, pues estos metales eran necesarios para la acuñación de moneda.

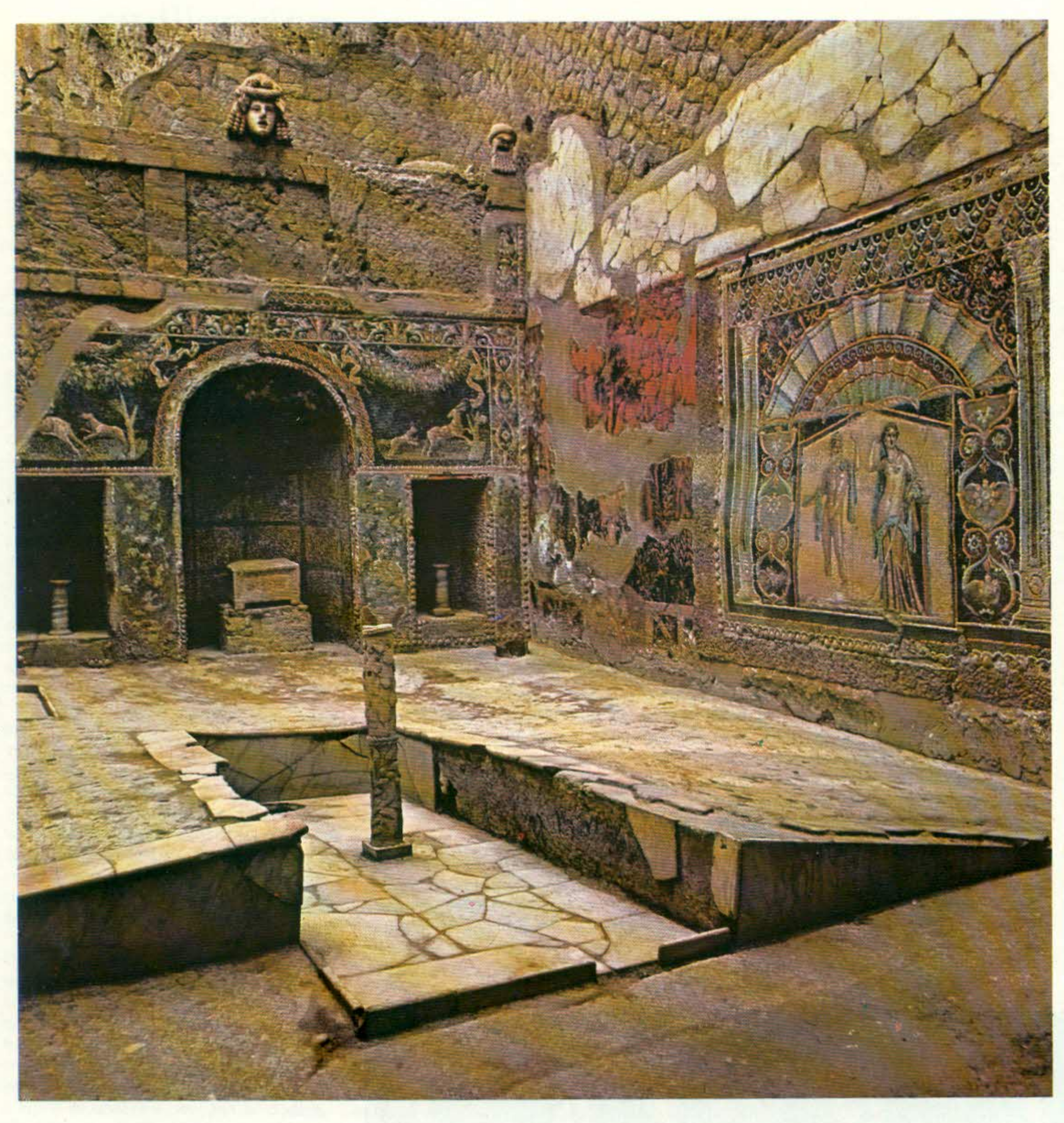
Por carecer de estadísticas fiables, resulta imposible valorar la cuantía del balance ingresos-gastos del Imperio. El crecimiento económico se ha de valorar a través de muestras tales como las masivas construcciones de edificios o de redes viales. Octavio Augusto inició unos planes de

Arriba, inscripción latina del siglo I antes de Cristo que recuerda el transporte de una escuadra naval romana a través del istmo de Corinto.

Abajo, escena de la vida en Roma. Relieve de mediados del siglo II de la Era cristiana.

Página anterior, arriba, miembros de la guardia pretoriana, soldados escogidos de las legiones del Imperio Romano. (Louvre, París.)





construcción, y se jactaba de haber transformado una ciudad de ladrillos en una ciudad de mármol. Este mármol fue comprado, más que por él mismo, por los romanos enriquecidos después de la batalla de Actium.

De hecho, el número de ciudadanos romanos realmente ricos era muy reducido, pero esta minoría practicaba la ostentación y multiplicaba los gastos superfluos, y ni siquiera las medidas austeras de Octavio Augusto pudieron mitigar esta nociva cualidad del patriciado romano. El ejemplo dado por el propio emperador de nada sirvió. Bajo los mandatos de Tiberio, Calígula y Nerón, la aristocracia descubrió que su existencia podía peligrar si seguía con aquel desmesurado nivel de vida, pero lo cierto es que las conductas no se corrigieron.

Existen muy pocos datos acerca de los célebres jardines y «parques del placer» que en ciertas épocas se difundieron en Roma. Antes que los romanos, sólo los egipcios habían dispuesto de semejantes lugares de esparcimiento y recreo. Tres requisitos necesitaban aquellos parques: un terreno que facilitara la implantación de fuertes normas de seguridad; abundante agua, y un personal altamente cualificado para el mantenimiento de las instalaciones. Los egipcios disponían del inmenso Nilo. Los romanos, de sus acueductos y sus esclavos. Prácticamente, nada se sabe de dichos jardines, hasta el fin de la República. De hecho, su gran difusión se produjo en el Imperio, cuando el Estado se convirtió en el máximo propietario de los mismos, como resultado de

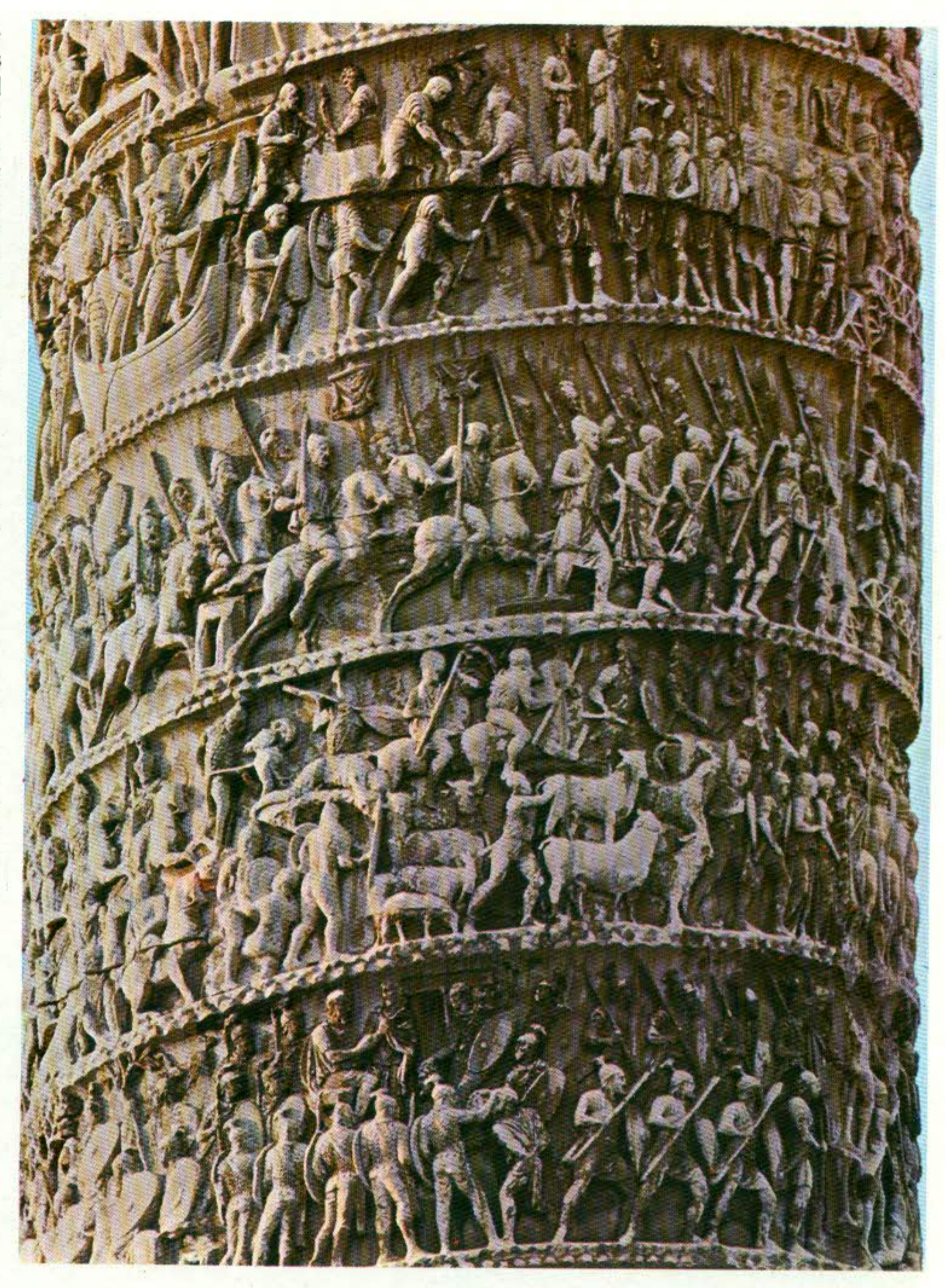
donaciones de patricios o de confiscaciones. Más de un romano adinerado vio sus jardines particulares confiscados por el simple hecho de que el emperador, o algún influyente personaje estatal, desearan apropiárselos, para lo cual evidentemente tenían que inventar alguna acusación. El hecho es que durante el Imperio, la ciudad de Roma estuvo prácticamente circundada de jardines, a los cuales, aunque fueran de propiedad estatal, no tenían acceso todos los ciudadanos romanos.

Los jardines no eran el único rasgo que hacía de Roma una ciudad sofisticada. Durante el Imperio, se fue convirtiendo progresivamente en una urbe ruidosa, populosa y extensa. Era el centro político, militar y administrativo de todo un mundo. Los alquileres de viviendas eran muy elevados, y las turbas vivían en situación miserable. Su oportunidad de tener un empleo pagado era escasa, debido a la competencia que representaban los esclavos, los cuales constituían mano de obra gratis, utilizada en la artesanía, el comercio y los servicios.

La apariencia de Roma causaba asombro en los visitantes que llegaban a la ciudad en el siglo II. Grandes edificios de apartamentos daban cobijo a numerosas familias, y aunque Octavio Augusto limitó la altura de las casas, lo cierto es que la mayoría superaban los dos pisos.

Más sorprendentes aún eran los grandes templos, los baños y otros edificios estatales. El Coliseo, para su construcción, requirió aproximadamente doscientas mil toneladas de piedra, y la misma cantidad de cemento y ladrillos. Durante cuatro años, una cadena de transporte efectuaba el depósito de doscientas cargas de piedra diarias. El acueducto de Claudio, de más de nueve kilómetros de longitud, requirió para su construcción seiscientas mil toneladas de piedra, a razón de cien cargas diarias durante catorce años.

Cuando se ponían en marcha obras de esta envergadura, las posibilidades de trabajo aumentaban. Las empresas constructoras empleaban el trabajo de una gran parte de la población, pues las construcciones no solamente se realizaban en la ciudad. Fuera de ella se llevaron a cabo también numerosas obras. Claudio organizó la reconstrucción del puerto de la ciudad de Ostia, que con Trajano se transformó en una bahía espléndida. Más adelante, el puerto fue rodeado de almacenes, graneros y oficinas, y en la época de Adriano se convirtió en un importante centro comercial. Viviendas muy bien construidas, con grandes ventanales —lo cual era una novedad para los romanos—, dieron a la ciudad una cierta dignidad. Comparativamente, Roma era una ciudad donde a veces el hedor del alcantarillado se hacía insoportable. Las sátiras de Juvenal y los poemas de Marcial contienen vívidas descripciones sobre las miserables condiciones de vida de muchos ciudadanos romanos en el año 100 después de Cristo.



Arriba, detalle de la columna de Marco Aurelio en Roma, erigida por Cómodo entre el 180 y el 192 para celebrar las victoriosas campañas de su padre.

Página anterior, interior de la Casa de Neptuno, en Herculano, año 62 de nuestra Era.

Baños, pan y circo

El verano mediterráneo, caracterizado por el fuerte calor, impulsaba a los romanos hacia los ríos, pero les movió también a construir casas de baño en gran escala. Han tenido que transcurrir muchos siglos para hallar otras civilizaciones con la misma obsesión hacia los baños. Los ricos poseían sus propios baños privados, en



general no muy grandes, mientras que los ciudadanos con menos posibilidades económicas asistían a los baños públicos. En Pompeya, fueron construidos unos grandes baños públicos ya en el siglo II antes de Cristo. Agripa creó los primeros baños de Roma, en el año 20 antes de Cristo. Más tarde los ampliaron Nerón, Tito y Trajano. A partir de estos baños, se organizaron establecimientos públicos de recreo y relación social. Desde la salida del sol hasta su puesta, por módicos precios —a veces gratuitamente, cuando la generosidad del emperador así lo determinaba— los romanos de condiciones muy diversas —hombres, mujeres y niños— podían pasar el día en un lujoso palacio de mármol, refrigerándose en el estío y calentándose en invierno. Con el transcurso del tiempo los baños se hicieron mucho más lujosos. Nerón perfumaba sus baños imperiales; Cómodo, por ejemplo, pasó días y días en las termas, y allí hacía servir sus comidas.

Las distracciones para romper la monotonía de la vida diaria eran muy variadas. Por las calles buscaban su fortuna payasos, prestidigitadores, adivinos, músicos y cantores. Se les veía pulular por las esquinas y plazas del mercado. Las representaciones teatrales se iniciaron en el siglo II antes de Cristo, época en la que surgieron autores como Plauto y Terencio. El teatro, sin embargo, no era el espectáculo favorito de la plebe, que prefería la violencia y la emoción. Las espectaculares carreras de cuádrigas, que se desarrollaban en el enorme circo Máximo, exaltaban los ánimos de aquellas masas. En el año 221 antes de Cristo el cónsul Flaminio mandó construir un circo en el Campo de Marte. Y el circo de Nerón, muchos años después, se levantaba al

otro lado del Tíber. Los corredores de las cuádrigas llevaban distintivos de colores –rojo, verde, azul y blanco–, y en torno a sus habilidades se generaban multitud de apuestas, provocándose violentas polémicas. Los cónsules y los emperadores presenciaban carreras que en ocasiones duraban todo un día.

Durante el Imperio la plebe exigía espectáculos cada vez más intensos y emocionantes, y las carnicerías entre hombres, y entre éstos y animales salvajes, se sucedían sin interrupción en las arenas. Tito amplió extraordinariamente su popularidad cuando, en el año 80 después de Cristo, remozó el Coliseo construido por su padre y mandó organizar una orgía de luchas sangrientas que duró cien días seguidos.

Aquellas luchas eran verdaderos combates por la vida, pero no indujeron ningún tipo de condena o de crítica. Solamente Cicerón, durante la República, y Séneca, bajo el despotismo de Nerón, pusieron en cuestión tales prácticas, mostrando su repugnancia y desagrado por aquellos bochornosos espectáculos. Las víctimas eran normalmente esclavos adiestrados especialmente para la lucha, pero también tenían ese destino los convictos de crímenes. En otro orden de cosas, los cristianos eran masivamente arrojados a las fieras, siendo éste un espectáculo que se dio tanto con emperadores tan abominables como Nerón, como con moralistas del tipo de Marco Aurelio.

La paz romana

Fue Octavio Augusto quien realizó un cambio sorprendente: en un decreto dirigido a los gobernadores de las provincias, les expresó su deseo de «que todos aquellos que están bajo mi égida, aunque sea lejos de Roma, tienen que ser tratados con el mismo cuidado con que el Senado y yo tratamos de evitar que nuestros súbditos sufran injusticias o sean extorsionados». La gran acogida que esta orden imperial tuvo en todos los rincones del Imperio sólo puede entenderse si se considera la brutalidad que caracterizaba las relaciones jerárquicas en todo el orbe romano.

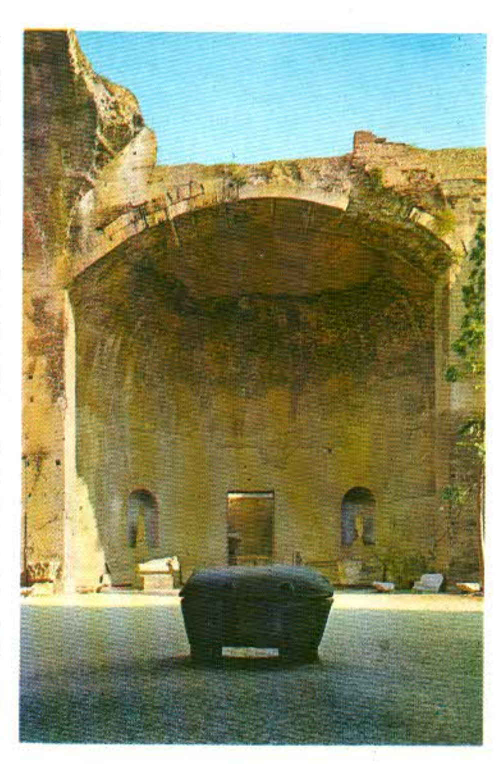
Cicerón se dio a conocer precisamente como un poderoso abogado en favor de los sicilianos, consiguiendo sentenciar a la pena de exilio al odiado Verres, quien entre los años 73 y 71 antes de Cristo usó de su poder político como gobernador para expoliar, e incluso asesinar, a los súbditos sicilianos, confiando en su influencia y capacidad de corrupción para impedir o mixtificar las posibles investigaciones. Julio César consiguió acumular grandes riquezas en botines y esclavos durante su estancia de un año en Hispania, en el 61 antes de Cristo. Luego, en la Galia –que no era considerada una especial fuente de riqueza– el futuro emperador durante sus campañas militares de los años 58 a 49 antes de Cristo amasó una inmensa fortuna.

Cicerón, en su pueblo natal de Cilicia, se ganó un inmenso respeto en el año 51 antes de Cristo, cuando ordenó que las tropas allí estacionadas bajo su mando se mantuvieran a sí mismas, sin extorsionar a la población que las acogía, como era la norma. Su amigo Bruto, en cambio, prestaba dinero con intereses enormemente elevados, de hasta un 48 %. Después de que los ejércitos de Lúculo, Sila y Pompeyo saquearan sin piedad los países del Próximo Oriente, poco quedaba ya por robar, pero a pesar de ello los gobernadores provinciales procuraron agotar todas las posibilidades.

Por todo ello, no es sorprendente que Octavio Augusto fuera considerado «casi un dios» por adoptar una política orientada a acabar con aquel estado de cosas. Pero sus órdenes se tradujeron la mayor parte de las veces en una simple formalidad burocrática. De hecho, el emperador las decretó para simular sus excelentes relaciones con el Senado, lo mismo que cuando se le ocurrió nombrar gobernadores y comandantes militares con el visto bueno senatorial. Pretendía crear la imagen de que compartía el poder con la institución que encarnaba el ideal de la República.

Desde los más lejanos tiempos, el gran problema de Roma fue disponer del suficiente trigo para satisfacer la creciente demanda de su población. Por otra parte, la administración careció de una política económica adecuada para el mantenimiento de estos suministros. Durante el Imperio no hubo gran dificultad en obtener trigo, pues las conquistas se fueron ampliando. Así, Octavio Augusto anexionó Egipto y varios territorios europeos que aseguraban la frontera natural que formaba el Danubio. Claudio sumó al Imperio la gran isla de Britania, y los emperadores de la dinastía Flavia conquistaron una considerable área del sudoeste de Germania, concretamente el territorio comprendido entre los ríos Rhin y Danubio. La mayor conquista de Trajano fue Dacia. Siempre, en cualquier caso, los mayores beneficios estribaban en la consolidación de las fronteras, la obtención de nuevos tributos e impuestos y la explotación agraria.

El comercio se basó esencialmente en la importación a Roma de grandes cantidades de alimentos, especialmente trigo, aceite, pescado, etcétera. Por su parte, la capital del Imperio exportaba manufactu-



Arriba, interior de las Termas de Diocleciano en Roma (305-306). Los baños públicos en Roma eran muy numerosos y albergaban, además de las piscinas, palestras, locales para unciones, salas de masaje, etcétera.

Página anterior, Foro romano de Aquilea (en la Venecia Julia), colonia romana del 181 antes de Cristo, fortificada por Marco Aurelio, que se convirtió en la vanguardia estratégicamente más importante en la lucha contra los bárbaros. Fue destruida por Atila en el 452.

ras, como por ejemplo alfarería, piezas de cristal y bronceados. Pero este tipo de exportación entró pronto en declive, pues los provincianos aprendieron también a elaborar estos objetos por sí mismos. El producto de exportación más duradero fue la imposición de las costumbres romanas.

La cultura y el civismo se extendieron a medida que en Roma se desarrollaba progresivamente la vida urbana. En todas las provincias del Imperio se levantaron ciudades, cuyos restos han sobrevivido hasta la actualidad. Por otra parte, el modelo de ciudad que Roma impuso estaba concebido sobre un patrón cuadrangular, parecido al de los griegos —que era casi rectangular—. Y por todas partes proliferaron los célebres anfiteatros.

Otros elementos de las ciudades romanas eran simple copia de ciudades extranjeras. Así ocurría con el foro, las termas, y especialmente los templos. En resumen, lo fundamental de la influencia romana fue la asimilación de un estilo de vida urbano que alcanzó una difusión sin precedentes, aunque su desarrollo no fue igual en todas las provincias.

Las dimensiones del Imperio

La parte del Imperio que se extendía desde los Alpes hasta el sudoeste de la Galia, concretamente hasta el Ródano, y desde Marsella a Lyon, recibió el nombre de Galia Narbonense, y su romanización comenzó ya en el siglo I antes de Cristo, aunque el helenismo se había anticipado, fundando una colonia en Marsella. Fue ésta una provincia tranquila. Climatológicamente, como observara Plinio el Viejo, era similar a Italia, al igual que sus pobladores.

Sin embargo, en el sur de la Galia, algunos grupos, aquellas «gentes de pelo largo», eran rebeldes, y César los sometió brutalmente, por lo que siempre guardaron rencor hacia Roma. Con el tiempo se fundaron ciudades, pero la vida campesina siguió siendo muy vigorosa, y las aldeas se concentraban constituyendo grandes «villas rurales». La religión de los druidas, típica de aquella zona, fue prohibida, pero los dioses nativos fueron asimilados a los romanos sin grandes dificultades. Aquellos territorios eran abundantes en trigo, frutas y verduras, que exportaban junto con artículos de piel y embutidos, esencialmente. Los enormes bosques alimentaban los hornos de numerosos talleres, donde se trabajaba el metal y el vidrio. También se exportaban productos como joyas y telas.

Nuevos descubrimientos realizados recientemente revelan el grado de presencia de Roma en las islas Británicas, que ellos llamaban Britania. La zona del río Wash interesó profundamente a los romanos, que se instalaron en Gales. La mayor parte de villas romanas se encuentran al sur de una línea que abarca desde Glucester (la romana Glevum) hasta Colchester (la romana Camulodonum). La red de carreteras culminaba en el norte con la muralla de Adriano y en el sur con Exeter. Cornualles no fue ocupada. Los principales productos que Roma obtuvo allí fueron trigo, plomo y hierro. Y de los bosques de Wealden se extrajeron cantidades notables de carbón. A pesar de los sorprendentes descubrimientos realizados en Bath, Fishbourne (cerca de Chichester) y en Londres, la presencia romana en Britania fue mucho menos intensa que en la Galia, lo cual es lógico si se tiene en cuenta que esta última limitaba con el centro del Imperio. Los restos más importantes de la romanización británica son los monumentos arquitectónicos, algunas esculturas, mosaicos, pinturas e inscripciones espléndidamente talladas.

La Germania superior, que comprendía aproximadamente las actuales Luxemburgo, Países Bajos y Bélgica, y la Germania inferior, que abarcaba el Palatinado, eran territorios situados al oeste del Rhin. El río permaneció como frontera imperial tras el fracasado intento romano de ensanchar las posesiones hasta el Elba, aunque después, en el período comprendido entre los años 74 y 274 después de Cristo, los Alpes Suavos y la Selva Negra estuvieron sometidos a Roma. Una extraordinaria fuerza militar compuesta por ocho legiones vigilaba pemanentemente la frontera. Los militares allí establecidos fueron un factor de romanización de aquellos agrestes territorios, y con el tiempo, veteranos jubilados de la milicia romana establecieron allí sus granjas. Ellos difundieron modos de vestir, conductas cotidianas, formas decorativas, etcétera, y en el proceso de asimilación hallaron una gran colaboración en los galos celtas, con los que mantuvieron siempre vinculaciones. Allí se desarrolló una notable artesanía en vidrio y bronce, pero lo fundamental fue, como siempre, la agricultura.

Octavio Augusto había ensanchado el Imperio por tierras del Danubio, y Trajano completó la obra anexionando Dacia, que comprendía las actuales Baviera, Austria, Hungría, Rumania y Yugoslavia. Cómodo, posteriormente, fracasó en asegurar el control de esta compleja y difícil área, y no pudo conquistar el territorio de la actual Checoslovaquia. En Dacia la agricultura era rica, y el oro abundante. Por eso, Roma decidió impulsar una vigorosa política de romanización. Se fundaron ciudades de base cuadrangular, haciendo de la zona un verdadero mosaico urbanístico. Tales urbes disponían de los clásicos elementos: foro, alcantarillado, anfiteatros y termas. También los veteranos del ejército se instalaron allí, pero el proceso fue difícil, pues aquella tierra era menos favorable que las posesiones occidentales. La abundancia de terreno montañoso dificultó el cultivo de las tierras.

Tras derrotar a los cartagineses a finales del siglo III antes de Cristo, los romanos se extendieron gradualmente por el norte de África y la actual España, que ellos denominaban Hispania, aunque ya poseían allí algunos enclaves. La zona cartaginesa de África fue declarada tierra estatal por los romanos (la actual Tunicia), y aunque Cayo Graco fracasó en su programa de colonización, posteriormente éste se realizó con éxito. En las demás zonas el papel del ejército como vehículo de romanización fue fundamental, y tras ellos los funcionarios estatales y los comerciantes. En los primeros años del Imperio habían tres legiones estacionadas en Hispania, dos en el norte de África y dos más en Egipto. Al igual que en las otras provincias del Imperio, los romanos hallaron una notable colaboración en las poblaciones autóctonas, especialmente receptivas a adoptar una cultura superior. El norte de África, por la calidad de sus cereales, fue prácticamente la despensa de Roma, y luego el primer centro exportador de aceite de oliva, pues las demandas de este producto crecían sin cesar. Las ciudades de aquella área se desarrollaron, como hemos señalado, a partir de la milicia, especialmente con el afincamiento de veteranos del ejército. La gran masa de la población permaneció impermeable a la romanización, pero una numerosa élite la asimiló rápidamente, y llegó a ejercer en la prpia Roma una considerable influencia.

La romanización de Hispania fue difícil en el período inicial, pero finalmente las legiones fueron sometiendo a sus habitantes, y durante el Imperio gozó de una gran prosperidad económica. La península Ibérica era rica en minerales —oro, plata y plomo—. Más tarde se obtuvieron otros productos, como trigo, aceite de oliva y vino, lo que exigió un masivo empleo de mano de obra esclava. Domiciano prohibió la plantación de viñas en las provincias para proteger la industria vinícola de Roma, pero el consumo creció tanto que aquellas leyes fueron abolidas, y Roma bebió vino español. Fueron muchos los íberos incorporados al ejército romano, por lo que Vespasiano pudo reducir la presencia militar a una sola legión. Cabe



Lago del teatro de la villa del emperador Adriano en Tívoli, siglo II de la Era cristiana.

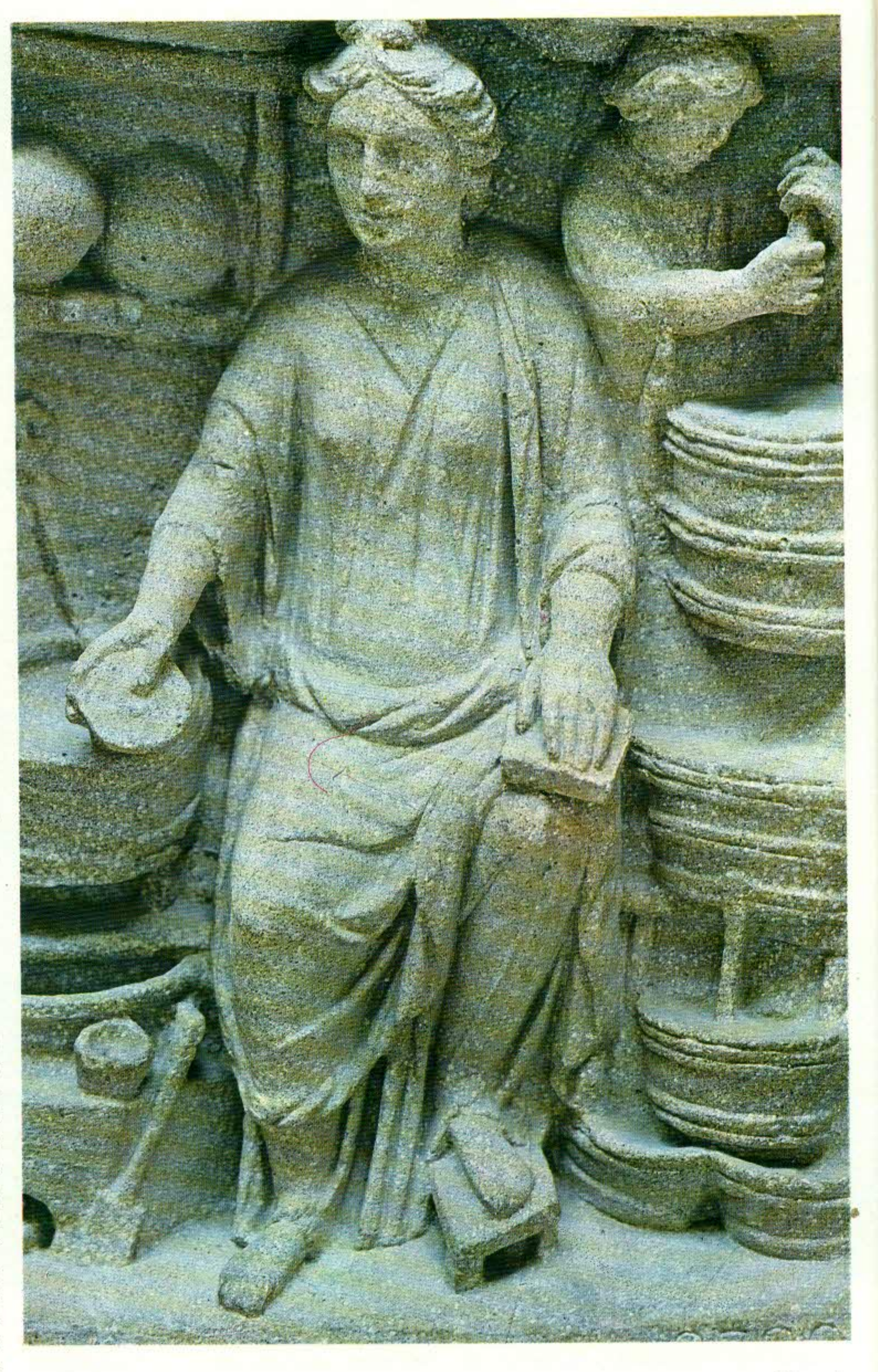
señalar que los emperadores Trajano y Adriano eran oriundos de aquella colonia, concretamente de Sevilla. Asimismo, numerosos intelectuales latinos, de entre los más importantes del siglo I después de Cristo, fueron también oriundos de Hispania: Séneca, Lucano y Marcial, entre otros. Como en las demás áreas del Imperio, la romanización fue asumida por una élite.

Grecia, habitada por gentes muy inteligentes, herederas de una cultura más antigua que la romana, mejoró su situación cuando la invasión de las legiones de Roma puso fin a las interminables luchas intestinas. En general, la administración romana procuró evitar la depredación de las obras de arte griegas, y sólo Nerón osó apropiarse de algunas de ellas, especialmente esculturas.

Durante la República, las ciudades de las provincias de Asia fueron absolutamente desatendidas por unas administraciones corruptas. Luego, durante el Imperio, su recuperación fue notable. La gran masa de la población, al igual que en Grecia, siguió siendo pobre. De hecho, tanto Grecia como las ciudades de Asia Menor,

sufrieron bastante más que simples pérdidas de carácter económico. Miles de habitantes que pudieron haber trabajado en sus tierras, fueron vendidos en los mercados como mano de obra esclava, venta de la que los mercaderes romanos obtenían pingües beneficios. El nivel mental de algunos de aquellos esclavos, especialmente los de origen griego, era superior al de sus toscos dueños, asombrándoles con sus habilidades y conocimientos, y en muchos casos fueron tutelados como verdaderos intelectuales, desarrollando actividades con las que obtuvieron una sólida posición en Roma.

Durante los últimos años de la República, Cicerón y César estuvieron en Grecia, interesándose por su cultura, que pudieron apreciar sobre el terreno. Resulta muy difícil concretar qué aportación genuina realizaron los romanos en el campo de la cultura, y también qué grado de influencia ejerció sobre ellos la cultura griega. Muchas de las cosas que hoy son admiradas como producto de la cultura romana no se hubieran materializado sin el previo concurso de las aportaciones griegas. Corresponde sin embargo a Roma el mérito de haber sabido calibrar la genialidad de los griegos. De hecho, Roma fue el vehículo que ha permitido que llegasen hasta nosotros las mejores obras de la cultura helenística.



La hegemonía de los más fuertes

A pesar de que existían varias rutas comerciales establecidas con remotas zonas de Oriente —de donde Roma importaba seda y especias—, lo cierto es que los romanos tuvieron un escaso conocimiento de las tierras con las que comerciaban. La imposición sobre los demás pueblos la fundamentaron en el criterio de «la ley del más fuerte», divisa que en ocasiones comportaba el corolario de «matar o morir». Esto explica por qué muchas rivalidades culminaban con el exterminio físico del adversario. Fueron víctimas de aquella idea hombres como Pompeyo, Julio César y Marco Antonio. Y también Cicerón, mandado asesinar por Octavio Augusto cuando fracasó la conjura que dirigía contra el nuevo emperador. Luego, Octavio, mucho más astuto que su tío abuelo César, adoptó grandes precauciones, aunque sus enemigos habían sido ya derrotados.

Si Roma hubiera sido derrotada por los etruscos, los griegos o los cartagineses, su papel en la historia habría sido como el de los sabinos o los samnitas, pueblos conquistados y exterminados por ellos. Su mérito estribó en haber sabido mantener una hegemonía durísimamente conquistada a través de varios siglos.

Pero finalmente, también ellos fueron derrotados. Tácito señala en sus obras que Roma impuso al mundo civilizado unas estrictas y severas condiciones de existencia, que denominó la «pax romana». Octavio Augusto intuyó la necesidad de liberalizar las relaciones internas del Imperio, es decir, de Roma con sus provincias, pero la práctica de esta idea la realizaron sus sucesores, especialmente Trajano, Adriano y Antonino Pío. La falta de datos dificulta la información sobre el grado de autonomía de las provincias. Cuando se conoce, por ejemplo, el hecho de que una provincia no podía disponer de un servicio de extinción de incendios propio sin el permiso de Roma, se llega entonces a la conclusión de que el autogobierno local era inexistente. Sin embargo, no es descartable que la construcción de templos, bibliotecas, mercados, anfitea-

EL IMPERIO ROMANO EN EL SIGLO I

Año	Roma: política interior	Roma: política exterior	Roma: cultura	Resto del mundo
30 a.C.		Egipto provincia de Roma Tratado con los partos	Termas de Agripa	Augusto recibe a la embajada de India
20 a.C. 10 a.C.	Agripa, protegido por Augusto Augusto, *Pontifex Maximus*	Iliria, provincia de Roma Germania, provincia de Roma	Muerte de Virgilio Juegos seculares Construcción del *Ara Pacis*	
0			Muerte de Mecenas y Horacio	Nacimiento de Cristo
10	Tiberio es protegido por Augusto para sucederle *Lex Papia Poppaea*	Desastre de Varo		
20	Muerte de Augusto Tiberio Sejano, prefecto de la guardia pretoriana		Muerte de Ovidio y Livio	Artabano, rey de los partos
30		Rebelión en las Galias		Muerte de Juba II de Mauritania
40	Caída de Sejano Calígula, emperador	Intervención en Partia		Muerte de Cristo Conversión de san Pablo
50	Claudio, emperador	Conquista de Britania	Trabajos en el puerto de Ostia Puente de Gard	Primer Concilio de Jerusalén
60	Nerón, emperador			
70	Gran incendio en Roma Galba-Otón-Vitelio Vespasiano, emperador	Rebelión de los judíos Toma de Jerusalén	Casa de la Moneda Muerte de Séneca	
80	Tito, emperador Destrucción de Pompeya		Arco de Tito Construcción del Coliseo Muerte de Plinio el Viejo	
90	Domiciano, emperador	Primera guerra dacia		
96	Asesinato de Domiciano			

Página anterior, relieve que representa un taller de fabricación de jabón, con la diosa protectora en el centro. (Museo della Civiltà Romana, Roma.)

tros, termas y otros servicios públicos se hiciese libremente, es decir, sin la tutela imperial, pues es indiscutible que estos servicios se difundieron ampliamente a lo largo de todos los territorios imperiales. Algunos cargos políticos eran de elección local, pero se trataba de puestos subsidiarios.

Las relaciones entre la capital y las provincias fueron siempre en última instancia, unas relaciones centralizadas. Roma era el centro de decisión.

La calidad de la cultura romana

¿Cuál fue la naturaleza y calidad de la cultura que los romanos extendieron por todo su Imperio? ¿Y hasta dónde fue superior a las tradiciones autóctonas con que se encontró? En ninguna parte, ni siquiera en Germania, Hispania o Britania, hallaron los romanos un vacío cultural. Allí había pueblos con sus propias culturas. El historiador Tácito ha proporcionado unos relatos excesivamente idílicos acerca del desarrollo de aquellos pueblos, como si se tratara de cantar las excelencias del «buen salvaje», pero algunas de sus aportaciones han sido posteriormente verificadas por la documentación arqueológica. Por ejemplo, los trabajos en metal de los germanos eran notables, siendo la base de un comercio que tuvo cierta envergadura. Para todos aquellos pueblos dominados por Roma, con tradiciones culturales inmemoriales, la irrupción de la nueva hegemonía debió producir un contraste notable.

La cultura romana fue, sin embargo, lenta en el proceso de despertar adhesiones y solidaridades entre las élites locales. Pero se implantó el latín como un lenguaje «unificado», que sirvió de vínculo con todas las provincias imperiales. Por pri-

mera vez en la historia de la humanidad, se pudo viajar por todo el mundo conocido con la ayuda de una sola lengua común. En las provincias, el latín dio lugar también a cierto desarrollo literario. En el sur de la Galia, en Hispania y en el norte de África surgieron notables intelectuales autóctonos con una cultura romanizada. Tan sólo los griegos se sirvieron de su propia lengua, dejando que los romanos utilizaran el latín, hecho lógico dada la superioridad de la cultura griega, como reconocieron Cicerón y Lucrecio. Adriano fue el más «helénico» de los emperadores romanos, pues su afición por el conocimiento de la cultura griega llenó buena parte de su vida. Y el mismo Marco Aurelio escribió sus meditaciones en griego y no en latín, lo cual es un índice del aprecio que Grecia halló en Roma.

En líneas generales, y salvo las excepciones de rigor, los romanos no fueron creadores de cultura, pero sí conservadores y canalizadores de la cultura griega. Por ejemplo, la ciencia no promovió en Roma ninguna novedad digna de mención. Los trabajos científicos que se escribieron en latín eran traducciones o adaptaciones de trabajos previamente elaborados, especialmente de origen griego. Concretamente en el campo de la medicina, la situación es clara en este sentido, aunque existió un autor llamado Celso (14-37 después de Cristo), que escribió un sumario sobre la historia de la medicina. Los romanos fueron un pueblo que apreciaba las cosas prácticas, y según parece alcanzaron gran difusión manuales de tipo práctico, aunque la mayoría de ellos se han perdido. Asimismo realizaron compilaciones enciclopédicas, siempre a partir de conocimientos obtenidos de Grecia. El viejo Catón, el censor, inició en el año 180 antes de Cristo una amplia recopilación sobre medicina, agricultura y oratoria, pero fue superado poco después por otro tratado similar realizado por Varrón, con sus nueve libros sobre gramática, dialéctica, retórica, geometría, aritmética, astronomía, música, medicina y aquitectura, que formaron parte de la base cultural de la Edad Media. Sin embargo, hasta nosotros ha llegado muy poco de esta obra. Ha sobrevivido, en cambio, el trabajo de Plinio el Viejo, una importante historia naturalista elaborada en el año 77 después de Cristo. Posteriormente, ningún discípulo —si los tuvo— o cualquier otro erudito, sintieron la necesidad de corregir los numerosos errores que presenta, ni mostraron interés por proseguir aquellos temas que el autor dejó esbozados.

El mismo Plinio dejó constancia de la pereza o falta de curiosidad de los romanos, aunque su obra dista mucho de tener el mínimo rigor de sus predecesoras grie-



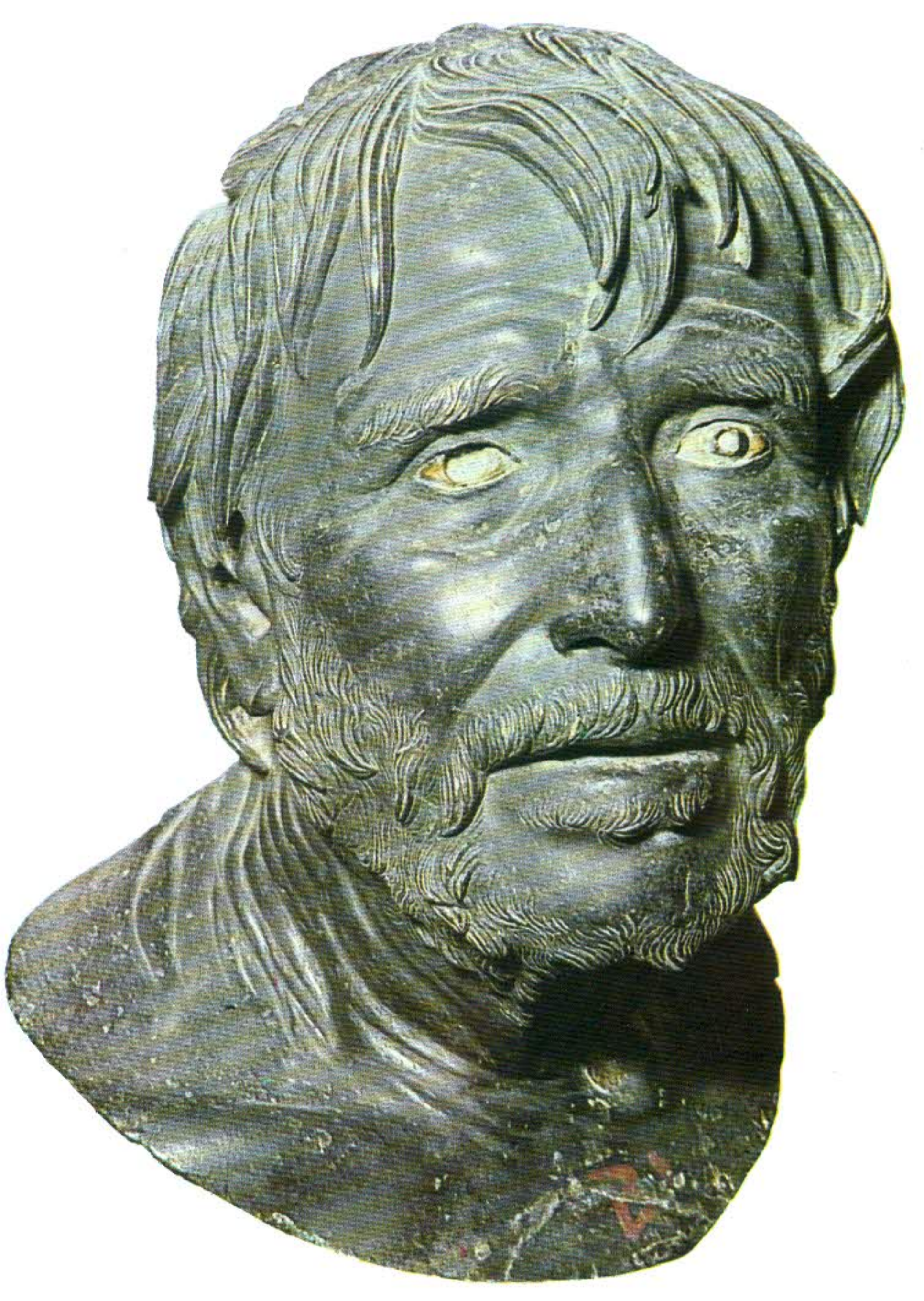
gas. El autor recopiló indiscriminadamente viejas tesis, junto con opiniones personales y de sus amigos, que muchas veces resultan absurdas. Séneca también hizo algo parecido, y su trabajo sobre Atistóteles se apoya enteramente en este último, sin aportar nada personal. Pero tanto los trabajos de Plinio como los de Séneca sobrevivieron —no así los originales griegos—, y en los inicios de la Edad Media fueron utilizados como instrumentos para el progreso intelectual. Mientras, los griegos no permanecieron ociosos. Así, Ptolomeo realizó extensos y profundos trabajos sobre geogafía y astronomía, y Galeno aportó nuevas luces sobre cuestiones médicas, campos ambos en los que los eruditos romanos no se interesaron en absoluto.

Desarrollos teóricos, como los de la matemática, quedaron fuera del alcance de los romanos. Hay una reveladora expresión utilizada a menudo por Cicerón para señalar lo insoluble de algún fenómeno: el «problema arquimediano» (de Arquímides). Ello pone de manifiesto, al menos, que una élite debió saber quién era el célebre físico griego, pero es mucho más dudoso que comprendieran sus ideas. Lo máximo de que se sintieron capaces los romanos fue de recopilar la ciencia griega en manuales prácticos y sumamente elementales. Su difusión abarcó todo el Imperio, pero cualquiera que fuera el uso que de ellos se hizo, es indiscutible que no estimuló a nadie a profundizar en aquellas materias.

Los romanos destacaron más en tecnología militar. Sus poderosos arietes para batir murallas, sus hondas y sus baluartes, fueron instrumentos indispensables en sus victorias. Su habilidad para construir largas carreteras, enormes y eficaces acueductos, y colosales edificios, ha causado el asombro de la posteridad, porque tuvieron que pasar muchos siglos para que la técnica humana pudiera igualarles. Vitrubio, que vivió bajo el reinado de Octavio Augusto, describe la existencia de una especie de rueda impulsada por la acción del agua, lo que constituye el primer ejemplo de un sistema de transmisión de energía. Con el uso de este ingenio, la molturación de los cereales resultaba mucho más fácil. Sin embargo, no generalizaron su uso, pues les resultaba más sencillo emplear animales o esclavos activados por la acción del látigo, obligándoles a mover pesadas ruedas de molino. A finales del siglo II después de Cristo, cuando ya en Roma había un notable auge cultural, el número de molinos situados junto al Tíber, es decir, movidos por la acción del agua, no superaba la veintena, y es una pobre muestra frente a los doscientos molinos accionados por energía animal o humana diseminados por otros lugares de la ciudad.

Arquímides diseñó un modelo celeste que explicaba ciertos movimientos planetarios, difundido en Roma en la época de Cicerón, pero ningún romano aportó novedad alguna al esquema del científico griego. Igualmente ocurrió con las aportaciones de Hiparco de Betania en el ámbito de la trigonometría, en el siglo II después de Cristo. Este autor catalogó además ochocientas estrellas, y descubrió la precisión de los equinoccios.

Herón de Alejandría inventó la máquina de calor, la propulsión a chorro, el método de atornillar, una bomba de cilindros, y muchos otros inventos que murieron con su autor. En comparación con tan variado poder creador, ni un solo autor romano demostró estar a la altura de las



Arriba, cabeza de Lucio Anneo Séneca (hacia el 4 antes de Cristo - 65 después de Cristo), filósofo y escritor hispanorromano, preceptor de Nerón. La cabeza procede de Herculano. (Museo Nazionale, Nápoles.)

Página anterior, El discóbolo, *copia romana del original en bronce, obra del escultor ateniense Mirón, hacia 450 antes de Cristo. (Museo delle Terme, Roma.)*

circunstancias, exceptuando al poeta Lucrecio. Fue él, junto con Cicerón, quien reconoció sin ambages la gran deuda de Roma con la cultura griega: «Descubrir las complejas aportaciones de la cultura griega es una ardua tarea, sobre todo cuando se carece, como en nuestro caso, de las palabras adecuadas para identificarlas».

Literatura y oratoria

De todos modos, es necesario señalar que el mundo romano fue desigual en su comprensión de la cultura griega, pues si en el ámbito de la ciencia se mostraron absolutamente ineficientes, en cambio, en el campo de la estética, su inferioridad es menos pronunciada.

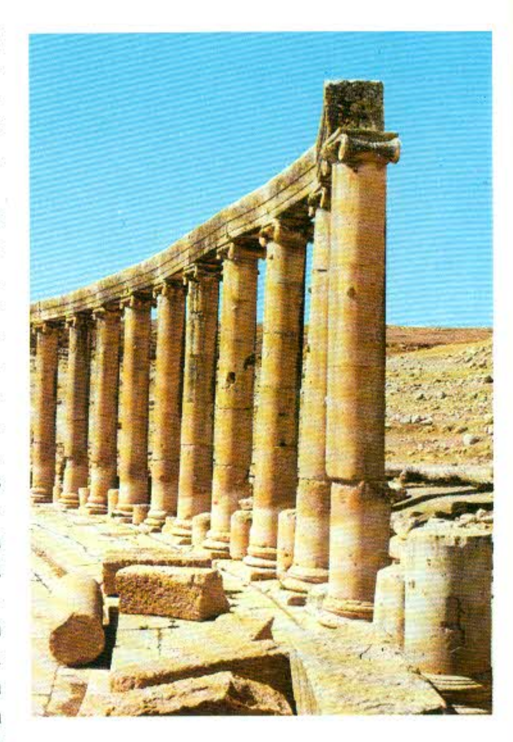
Durante los tres primeros siglos de la historia de la República, los romanos demostraron no poseer unas perspectivas culturales más allá de la rutina cotidiana. En la práctica, esto significa que no apreciaban en absoluto la literatura, pintura, escultura, ni en general, las artes decorativas. «En aquellos duros y violentos días —escribe Suetonio en el siglo II después de Cristo—, no había tiempo para dedicarse al estudio.» Sin embargo, cita a dos poetas que fueron grecorromanos: Libio y Ennio.

Livio (siglo III antes de Cristo) realizó una tosca traducción latina de la *Odisea* de Homero, así como de varias comedias y tragedias también griegas. Ennio (239-169 antes de Cristo), imitando a Homero, compuso un poema épico sobre la historia de Roma que llega hasta el año 171 antes de Cristo. Al igual que Livio, era oriundo del sur de Italia, de un territorio largamente ocupado por colonizadores griegos. Sólo se han conservado escasos fragmentos de sus trabajos, lo que también ocurre con la obra de Nevio (aproximadamente 270-201 antes de Cristo), autor que sufrió persecución y exilio a causa de sus publicaciones, en las que hacía libres comentarios acerca de la calidad de los hombres políticos de la época, y que escribió también algunas comedias. Plauto (aproximadamente 250-184 antes de Cristo) y Terencio (195-159 antes de Cristo) realizaron numerosas adaptaciones de obras dramáticas griegas. En Roma, las representaciones teatrales fueron más espectaculares, buscándose ambiciosos efectos escénicos, pero lo cierto es que la inmensa mayoría de las representaciones escenificadas en tiempos de Cicerón eran adaptaciones de obras antiguas. Paulatinamente, el teatro perdió su atractivo entre el pueblo, que necesitaba espectáculos más emocionantes y pasionales, y después del año 22 antes de Cristo la crisis teatral fue completa. Las carreras de cuádrigas y los sanguinarios espectáculos de las arenas centraban el interés de Roma. La literatura, que había alcanzado su madurez en los dos últimos siglos antes de Cristo, perdió interés y cayó verticalmente.

Desde un punto de vista técnico, cabe señalar que los poetas romanos despreciaban la rima, pues la encontraban infantil. Utilizaron métricas copiadas de la versificación griega, pero pronunciaban sus significados en latín, sin importarles el número de sílabas. Cátulo amplió la variedad de la métrica y posteriormente hicieron lo mismo Horacio, Marcial y Séneca, estos últimos bajo el primer Imperio. Los grandes poetas romanos épicos, como Lucrecio, Virgilio y Lucano, escribieron en hexámetros. Más adelante, llegaron a combinar los hexámetros con los pentámetros, convergencia de la que nació la elegía. Propercio, Tíbulo y Ovidio fueron los mejores elegíacos. La poesía romana que culmina con Ovidio, tuvo, pues, una amplia y variada gama, tanto en calidad como en cantidad.

La prosa romana, que dependía de la calidad sonora —fonéticamente hablando— inherente al latín, tuvo con Cicerón su mejor período. Éste fue un maestro en administrar majestuosamente las cadencias en la oratoria, y como declamador y escritor es una figura que destaca con mucho sobre todas las demás. Sus imitadores se agotaron procurando escribir como él sin conseguirlo. Tácito obtuvo una merecida celebridad por su habilidad en el empleo de una fraseología breve, punzante e irónica. Sus expresiones son casi telegráficas. Plinio el Viejo, siempre preocupado por el contenido de sus escritos, descuidó totalmente el estilo, en tanto que su sobrino Plinio el Joven, cuyos escritos no revelan datos especialmente importantes, cuidó mucho más la estilística.

Tácito señaló varias veces, con tristeza, el declive de la oratoria en Roma. El gran florecimiento del arte de hablar se produjo en los últimos años de la República, cuando la libertad permitía el uso de la palabra como el instrumento más poderoso para defender la democracia, sin que las prohibiciones de Sila afectaran al surgimiento de nuevos oradores. Hacia el año 85 después de Cristo el sistema de gobierno imperial «había impuesto ya el silencio, y la elocuencia enmudeció». Un contemporáneo del historiador, llamado Longino, que recopiló numerosos escritos recogidos bajo el título de *Lo sublime*, denunció sin ambages la carencia de libertades democráticas como causa de la muerte de la elocuencia: sólo la «libertad democrática —dijo— permite la libre expresión de la mente». En la Roma imperial —señaló luego— «aprendemos la lección de



una rigurosa servidumbre, ya durante la infancia». Y añadió: «Es inútil, en estas condiciones, esperar nada de la creatividad humana, pues ningún esclavo puede ser orador».

Tácito alabó sin cortapisas la restauración de las libertades propiciada por Nerva después del año 96 de nuestra era, definiéndolo como «un bendito período en el que cualquier hombre podía expresar libremente sus más recónditos pensamientos». Sin embargo, aunque esta etapa se prolongó durante casi un centenar de años, lo cierto es que la cultura literaria y de la palabra hablada no renacieron. Suetonio y Apuleyo, que vivieron durante el reinado de Antonino Pío, son los últimos representantes de una época que agonizaba. Suetonio acabó de recopilar diversas obras historiográficas, e incluso como biógrafo su calidad es incomparable entre los romanos. Fue precisamente la historia uno de los géneros literarios en los que Roma alcanzó mayor preponderancia, pero con el declive político también entró en crisis, diluyéndose sin aportar finalmente ninguna obra de valor. En los lejanos tiempos de Tito Livio, la historia se basaba en la moral y en el estilo literario. Posteriormente, Tácito fue menos moralista y su estilo más brusco, pues sólo le interesaba realmente la historia por su contenido. Mostró una gran devoción por hallar la verdad, y siempre manifestó su aversión por la dictadura.

No hay datos acerca del influjo de la literatura, la métrica y la oratoria romanas en las provincias. Según Marcial, sus poemas se cantaban en Britania, y los centuriones apostados en el Danubio los leían en las frías noches de vigilia.

El desarrollo artístico



Arriba, *teatro de Marcelo en Roma. Empezado por César y acabado, en el 13 antes de Cristo, por orden de Augusto, que lo dedicó a la memoria de su sobrino y yerno Marco Claudio Marcelo.*

Página anterior, foro romano de Gerasa (Jordania), de los siglos II-III después de Cristo.

«En Roma, los trabajos artísticos constituyen una legión de magníficas muestras —escribió Plinio el Viejo—, pero el afán de comerciar y la dedicación al trabajo, impide a los romanos su disfrute.» Durante varios siglos, los romanos se dedicaron al saqueo de pinturas, estatuas y todo tipo de obras artísticas pertenecientes a otros pueblos. Los comandantes que celebraban sus triunfos en Roma imitaban a Marcelo, el cual, después de la captura de Siracusa en el año 211 antes de Cristo, mostró en un desfile público las obras artísticas expoliadas al enemigo, y posteriormente las donó a los templos públicos como botín. Más tarde, se escogieron determinados lugares públicos —la Puerta de Octavio y la Biblioteca Augusta— para alojar la ingente cantidad de obras de arte acumuladas. Naturalmente, muchas de las obras que han llegado hasta nosotros eran el resultado del trabajo de artistas romanos, pero los mejores trabajos realizados en mármol y bronce provienen sin lugar a dudas de Grecia. Por otra parte, no ha sido posible establecer una catalogación exacta del arte romano, pues no se han conservado registros de las obras.

Recogiendo el testimonio de Plinio el Viejo en su *Historia Natural,* podemos señalar que fueron numerosos los artistas romanos que se dedicaron con afán a sus actividades creadoras. Señala aquel autor la existencia «en Italia de un arte muy antiguo en esculturas de bronce», pero nada explica acerca de sus características, ni aporta dato alguno sobre ellas que permita clarificar su realidad. La escultura etrusca, a menudo dotada de una gran distinción, floreció entre los siglos VII y I antes de Cristo. En otros lugares de la península italiana se sabe de la existencia del arte escultórico, pero sobre Roma no aparecen datos concretos hasta el siglo I antes de Cristo. Probablemente, pocos de los escultores que trabajaban en Roma eran oriundos de la ciudad, pues de otro modo sus nombres hubieran pasado a la posteridad. Una enorme estatua de Apolo —que Octavio Augusto encargó para presidir la Biblioteca de su nombre, en el templo del Palatino— trabajada en bronce, fue probablemente obra de un artista no romano. Se sabe con certeza que la colosal estatua de Nerón fue encargada por el propio emperador a Zenodoris, un griego oriundo probablemente de Alejandría, que alcanzó fama trabajando en las Galias como escultor.

En pintura, los romanos tampoco destacaron especialmente, hasta el punto de que resulta difícil hallar algún nombre concreto fuera del célebre Fabio. En los años 304 a 302 antes de Cristo, Quinto Fabio recibió el encargo de pintar las paredes del nuevo templo de Salo, y seguramente pintó varias escenas bélicas que recordaban la batalla contra los samnitas. Como resultado de su labor recibió la denominación de *pictor,* extendida a todos los miembros de su familia. El propio Plinio el Viejo observó aquellas pinturas antes de que el templo se incendiara durante el reinado de Claudio. Sin embargo, los Fabio no tuvieron sucesores. Es más, puede ser que la familia no valorara debidamente el título recibido, pues no mantuvo la tradición. He aquí, pues, una muestra profundamente diferencial ante los griegos, que honraban a los artistas y artesanos por sus obras, y los romanos, que si bien valoraban las obras artísticas, en cambio no trataban del mismo modo al artista.

El desprecio que sentían los romanos por los vecinos no sólo lo demostraban militar o socialmente, sino que verdaderamente lo extendieron a todo aquello que un pueblo sometido era capaz de producir. En este sentido, se llegaron a sentir superiores no sólo con respecto a pueblos tales como, por ejemplo, los etruscos, sino incluso sobre los griegos. Cicerón intentó matizar aquellas aberraciones con indicaciones que no fructificaron, como cuando ponía al pintor Fabio como ejemplo a seguir, sin que su llamada encontrara eco alguno.

«Desde los días del poeta Vacubio —escribió Plinio el Viejo— la profesión pictórica ha sido honrada por todos los bien nacidos, pero nuestro contemporáneo Turpilo no es tratado como merecen sus hermosas obras.» Otro pintor, nieto del cónsul Quinto Pedio, era mudo. Entre los romanos, el pintar era considerado un pasatiempo aceptable para un noble que tuviera un defecto físico.

Al no haber recibido en la escuela enseñanzas de elementos de dibujo o de trabajos artesanos, disciplinas en las que los



etruscos y los griegos fueron verdaderos maestros, los romanos dejaron la producción artística en manos de aquéllos contentándose con gozar de los resultados. De hecho, romanos cultos y adinerados competían entre sí para obtener las obras de famosos pintores griegos, como Apeles, Nicómano, Melancio y Actio, tan extraordinarios que según Plinio el Viejo, «la riqueza de una ciudad no podía comprar una sola de las obras de aquellos maestros».

La posesión de obras de arte fue considerada en Roma como un signo de distinción. Se ha dicho que Marco Antonio declaró proscrito a Verres para poderle robar sus bronces corintios. Los trabajos artesanos en plata fueron asimismo objeto de una codicia desmesurada que produjo grandes competencias, sobre todo si las obras llevaban la firma del célebre artista Mirón. Fueron especialmente apreciadas las copas de plata, grabadas con escenas de caza o de batallas, o bien recordando algún episodio mitológico. Durante los más gloriosos días del Imperio, cuando los romanos aristocráticos gozaban más de la riqueza y el placer, Plinio el Viejo destaca el hecho de que «es extraordinario que mientras se pagan enormes sumas de dinero por obras de arte, la habilidad de crearlas se desvanece». Es también interesante analizar un comentario del escritor, según el cual «el artista, como cualquier otro mortal, busca también la ganancia personal».

En tiempos pasados, la habilidad del artista llegó a ser considerada como muestra de una profunda convicción religiosa, o sencillamente como un don divino. Esta habilidad artística, al igual que el amor sagrado o la bondad de carácter, logra sus más altas cotas en el servicio de ideales y el olvido de la propia persona. La ejecución instintiva de este ideal se aprecia sobre todo en el arte griego, en el siglo V antes de Cristo. En Roma, en cambio, se generalizó un verdadero tráfico de falsificaciones. Se buscaban copias, buenas o malas, de obras de arte más o menos conocidas, con el exclusivo fin de impresionar a huéspedes de los que se sabía que nunca podrían comprarlas.

En Roma, ni se empapelaban las paredes ni se las cubría con tapices, aunque las casas tenían los muros pintados con una gran variedad de diseños, de los que han sobrevivido algunos restos notables. El más antiguo de los hallados en Roma se remonta al año 200 antes de Cristo. De hecho, estas pinturas son más realistas que las de los etruscos, aunque se inspiran en ellas. Ejemplos extraordinarios de este arte son los restos de los palacios de Octavio Augusto, en el Palatino, o los de la «casa dorada» de Nerón. En mejor estado y más valiosos son los hallados en las ciudades de Herculano y Pompeya. Estos restos, aunque no muy numerosos, permiten profundizar en el estudio del arte pictórico doméstico, llegando a la conclusión de que la influencia griega fue muy fuerte en Nápoles y sus alrededores, puesto que los dibujos que allí se han hallado son todos de concepción y ejecución típicamente griegas.

Por consiguiente, puede afirmarse que los artistas romanos fueron enseñados por los griegos, aunque en la combinación colorista y en la línea de dibujo, los artistas que concibieron aquellas pinturas demostraron poseer una elevada calidad. Los murales romanos se desarrollaron ampliamente hasta incluir una considerable variedad temática, que incluso llega a ser tópica, como si se tratara de modas o de trabajos en serie. Así, se repiten una y otra vez escenas mitológicas, retratos de personas, representaciones de edificios, escenas teatrales, paisajes, jardines, bodegones, escenas de cacería y de la vida cotidiana. En el palacio de Octavio Augusto, las pinturas de paisajes y jardines presentan un frescor extraordinario, y a través de ellas sabemos de las predilecciones naturalistas de sus moradores. En Roma hubo una creciente afición por la jardinería.

El análisis de la pintura romana quedaría incompleto si no se hiciera alguna referencia a la técnica romana y griega de colorear las estatuas de mármol exhibidas en lugares públicos, así como los relieves escultóricos y los frisos de los templos. A partir de los trazos, muy deteriorados, que han llegado hasta nosotros, se pueden, sin embargo, elaborar representaciones del vívido aspecto que debieron tener. Los ro-

manos extraían los pigmentos coloristas de vetegales —especialmente el azafrán— y también de sustancias marinas, como el extracto de concha, de donde obtenían la célebre púrpura. En cualquier caso, sus coloraciones nos hubieran parecido a nosotros sumamente toscas.

La técnica artística del mosaico, es decir, la idea de cubrir determinados espacios con fragmentos de piedra pulimentada y pintada con escenas variadas, proviene de los griegos y otros pueblos incluso anteriores. Los diseños hallados en algunos palacios y construcciones romanas son tan equilibrados que solamente un inspirado artista podía concebirlos. Por el oeste de Europa y norte de África, las ruinas de numerosas villas han revelado ejemplos sorprendentes de este arte tan peculiar de los romanos, pues aunque ellos no lo inventaron, lo cierto es que lo perfeccionaron de un modo insuperable. De ellos partió la posterior inclinación cristiana por el mosaico, tan utilizado para representar escenas sagradas en paredes y techos.

La pintura de los jarrones, que en Grecia tuvo un enorme desarrollo entre los siglos VIII y IV antes de Cristo, había alcanzado una gran difusión en las colonias griegas del sur de Italia durante un siglo y medio aproximadamente, para luego declinar y desaparecer en el siglo III antes de Cristo. Sin embargo, este arte no motivó a los romanos en ningún aspecto realmente importante.

La alfarería de más calidad ha sido la encontrada en Arezzo, una antigua localidad etrusca donde se hicieron moldes para producir piezas con relieves. La manufactura de este tipo de artesanía se inició hacia el año 30 antes de Cristo, y desapareció unos cien años después. Sin embargo, durante su breve duración, alcanzó una excepcional difusión, expandiéndose por todos los rincones del Imperio. Los diseños indican que la mayoría de autores, o eran orientales, o eran griegos, o bien estaban influenciados por artistas de tales procedencias.

La competencia que para Roma representó la habilidad de los galos en sus trabajos con el vidrio, hizo que en la capital del Imperio las artesanías de esta especialidad acabaran por desaparecer. En realidad, durante el primer Imperio los trabajos en vidrio alcanzaron un verdadero furor: tazones, tazas, jarrones y cristalería en general, profusamente coloreada, fueron ornamentos de primer orden en Roma y las principales ciudades. Las clases pudientes utilizaban recipientes de un vidrio refinado, y en cambio las clases plebeyas, poseían recipientes de un vidrio llamado «acorazado», es decir, grueso y poco pulimentado.



Arriba, atrio de la Casa del Fauno en Pompeya. La construcción se centra en torno al atrio tradicional y al peristilo de origen helenístico. Alrededor se distribuían los diferentes ambientes de la casa: los cuartos de los criados, la cocina, la despensa, las habitaciones de los jóvenes y el dormitorio del cabeza de familia y su mujer.

Página anterior, ruinas de Leptis Magna, antigua colonia fenicia del norte de África (Tripolitania), fundada en el 650 antes de Cristo. Fue un importante puerto romano y la ciudad floreció especialmente durante el reinado de Septimio Severo, que había nacido en ella.

Escultura y arquitectura

A pesar de la tosquedad de las clases adineradas, prevaleció una tradición de buen gusto hacia las obras de arte equilibradas y simétricas. En algunas mansiones de la aristocracia, el mobiliario y la decoración simétrica alcanzó especial buen gusto. En Pompeya y Herculano, las casas que fueron sepultadas por la lava, en el año 79 después de Cristo, han conservado muestras de viviendas romanas de una calidad sin precedentes. Las piezas pequeñas, como joyería, artesanía, espejos, lamparitas, bronces, braseros, cobres y utensilios de cocina, se han difundido por todo el mundo.

Los bustos de personajes más o menos conocidos constituyeron un tipo de arte que se extendió rápidamente por todo el Imperio romano, como resultado de la vieja tradición de fabricar mascarillas mortuorias de cera para conservar el recuerdo de hombres ilustres, especialmente cónsules, pretores, censores y patricios. Posteriormente, estas mascarillas se hicieron en el momento en que el personaje obtenía un preciado cargo político o militar.

Estas máscaras estaban colgadas en las paredes de los domicilios, como símbolos que enaltecían el linaje familiar. Luego, cuando el titular desaparecía, sus familiares las guardaban como muestra de nobleza y las llevaban a las procesiones como signo de piedad y recordatorio. A partir de las mascarillas, no fue difícil realizar bustos, que los romanos valoraban en función de la semejanza de la reproducción con el original. Los bustos podían encontrarse en cierta cantidad, en palacios, casas, edificios públicos, templos y tumbas. En estas últimas, los miembros



de la familia aparecían también a menudo representados junto al jefe de la misma.

Uno de los monumentos más bellos de la cultura romana, curiosamente ignorado por Plinio el Viejo en sus comentarios sobre la historia imperial, es el gran «Altar de la Paz», el *Ara Pacis*, mandado construir en el año 9 antes de Cristo por el Senado, para conmemorar el retorno triunfal de Octavio Augusto tras sus estancias en Galia e Hispania. El altar, profusamente decorado con relieves que representaban los animales sacrificados en el ceremonial, estaba sostenido por unos muros espléndidamente decorados con hojas de acanto. En los paneles superiores, unos relieves representaban a Augusto, a la familia imperial, a prominentes senadores y a otros personajes que tomaron parte en los ritos organizados con motivo de aquella efemérides.

Cuando se analizan los relieves del *Ara Pacis*, a menudo se discute su calidad, inferior a las producciones griegas. Pero lo cierto es que, si se sitúan en el cuadro general de la cultura romana, no precisamente dotado de gran originalidad, cobran entonces especial calidad. Es necesario, por otra parte, valorar el esfuerzo realizado a partir de la época de Octavio Augusto, para revalorizar el pasado cultural, intención de la que son buena muestra los relieves del *Ara Pacis*. Más extraordinaria aún es la narrativa pictórica y escultórica de las campañas de Trajano en Dacia, que adorna la gran columna del Foro, y que, aunque carece de perspectiva, contiene más de dos mil quinientas figuras humanas, constituyendo un vívido recuerdo del ejército romano en acción durante el apogeo del poderío imperial.

Es necesario también dejar testimonio de la capacidad de los artesanos romanos para trabajar las formas de las letras, en las inscripciones realizadas sobre mármoles o simples piedras. Algunas de las mejores muestras datan del primer Imperio, pero una vez más hay que señalar la existencia del precedente griego. De las inscripciones que grabaron los romanos para conmemorar hechos públicos o privados, dentro o fuera de Roma, la ya citada columna Trajana es una muestra notable. Durante muchos años se la consideró como paradigma de la perfección, en el arte de expresar con grabados la palabra escrita.

El uso de sellos y gemas demuestra también un gusto considerable del artesanado romano, siempre inspirado en su precedente griego. Y también es digno de mención el arte de la acuñación de monedas. Julio César fue el primer romano cuya efigie apareció en una moneda. Hasta entonces, los romanos sólo habían honrado con tal técnica a dioses o héroes míticos. Las «casas de la moneda» romanas siempre estaban atareadas y con mucho trabajo. En un solo año, durante el reinado del emperador Adriano, se llegaron a acuñar más de cien tipos distintos de moneda. Sin alcanzar los niveles de las producciones griegas, los romanos, que utilizaban perfeccionados troqueles, mantuvieron una calidad notable hasta finales del siglo II después de Cristo. Algunos de los mejores trabajos de orfebrería aparecen en los medallones, piezas de carácter conmemorativo, no siempre con valor monetario. Las ideó Trajano, como modo de recompensar a sus súbditos más leales.

En todo el área mediterránea, e incluso en las islas Británicas, hay testimonios de la presencia romana. Aportaciones tales como los acueductos, las arenas, puentes, termas, templos y cementerios, fueron muy bien acogidos por las poblaciones autóctonas. Eran los signos más visibles de la dominación, y despertaron admiración y simpatía entre amplias fracciones de la población de provincias.

Religión

Los habitantes de las provincias del Imperio que orientaron sus mentes hacia Roma, en busca de una guía espiritual para soportar su existencia, no hallaron nunca una respuesta asequible y satisfactoria. Ahora bien, muchos de aquellos habitantes no demostraron tener necesidades religiosas especialmente acuciantes. La mayoría, si eran jóvenes, se conformaban con ser algún día reclutados para integrarse en las legiones. Otros, a cambio de su lealtad al emperador, esperaban únicamente protección y seguridad.

Si algún provinciano pretendía buscar en Roma un sustento para la mente, además del correspondiente para el cuerpo, se equivocaba completamente. Los romanos carecían de una visión global sobre la idea de progreso, y no sentían especial interés por la investigación. La famosa divisa de Virgilio sobre la felicidad de «aquel



que es capaz de comprender el porqué de las cosas» no era compartida por sus compatriotas. La inmensa mayoría de los romanos no buscaban ninguna explicación a casi nada, y otros se sentían satisfechos con algunas conclusiones superficiales. Tanto en el campo religioso como en el filosófico los romanos asumieron conductas muy similares.

Esencialmente conservadores, los romanos continuaron siempre adorando a sus viejos y remotos dioses, manteniento la tradición de sus antepasados, al igual que mantuvieron las formas políticas, aunque éstas habían perdido su significación original. En la vieja República, probablemente el tema religioso no alcanzara nunca un nivel profundo, aunque sí es claro que los romanos honraban pomposamente a sus muertos. Cualquiera que fuera el significado de la primitiva religión de Roma, lo cierto es que no generó ningún mundo de fantasía mitológica, como ocurrió en Grecia. Lo religioso apenas

Arriba, detalle del sarcófago Ludovisi, que representa una batalla entre romanos y bárbaros, siglo III. (Museo Nazionale Romano, Roma.)

Página anterior, ruinas de villa Adriana, en Tívoli, a 30 km al nordeste de Roma.

tuvo una representación en el mundo del arte, ni tampoco se teorizó sobre cuestiones teológicas o sobre rituales del servicio religioso.

Fue estrictamente la costumbre la que mantuvo el hecho religioso, transmitiéndose de padres a hijos. En el llamado primer Imperio, muy pocas familias eran partícipes de una profunda convicción religiosa. Reinaba una gran dosis de escepticismo como resultado de las guerras civiles, de los conflictos entre las clases sociales, de las rebeliones esclavistas, del hambre, de las periódicas pestes, de las dictaduras y de la corrupción. Los sufrimientos y las grandes y prematuras mortandades no fueron, sin embargo, la única explicación de la crisis permanente de las viejas creencias. Los romanos, acostumbrados a una existencia compleja y agitada, estaban convencidos de que la religión no era el remedio para solucionar los males que aquejaban a su civilización.

Un pueblo que erigía templos para apaciguar a divinidades como la mala fortuna, la fiebre, las tormentas y otros males, podía muy bien cuestionarse sus creencias si estos males aumentaban. El poeta Lucrecio da constancia de ello en su obra *De la naturaleza de las cosas*. Tras narrar algunas de las calamidades de su época, Tácito explica que el castigo de los romanos, y no su salvación, era la tarea de sus dioses.

Por otra parte, las tradiciones religiosas romanas, si se hubieran basado en profundas convicciones, habrían tenido que superar la competencia de otras creencias religiosas, propias de los pueblos a los que dominaron o con los cuales entraron en conflicto, la mayoría de ellas mejor sincronizadas con su realidad que la mitología romana con la realidad de la capital imperial.

La religión romana estaba mal equipada para proporcionar consuelo y valor, o para desarrollar la afectividad humana. Como máximo, suministraba un recetario de observaciones acerca de determinadas costumbres y un código moralista que acompañaba las ceremonias civiles de los nacimientos, matrimonios y muertes. Cuando los romanos asistían a los templos, la visita era siempre sumamente interesada, a menudo vinculada a peticiones sobre ventajas y favores materiales.

Ante tanto vacío cultural, las religiones orientales comenzaron a tener una gradual aceptación. Los soldados romanos conocieron aquellas religiones a través de sus largas estancias en los lejanos territorios del este del Imperio, pero se mostraron siempre bastante impermeables a sus influencias. Fueron los esclavos llevados a Roma desde lugares remotos, los que introdujeron algunos elementos de religiones foráneas. La diosa egipcia Isis, esposa de Osiris, que era el «dios del mundo», llegó a Atenas en el siglo IV antes de Cristo. El culto a Isis tuvo en Roma un centro en la época de la hegemonía política de Sila, pero en el año 53 antes de Cristo el Senado mando destruirlo. Serapis, un dios más reciente, pero también proveniente de Egipto, halló en Roma cierta acogida, aunque Octavio Augusto no deseaba la presencia en Roma de dioses egipcios que le recordaran a Cleopatra. El poeta Ovidio acostumbraba a recomendar a los jóvenes que frecuentasen los alrededores del templo de Isis, porque así obtendrían éxito entre las mujeres. Tiberio mandó destruir un nuevo santuario de Isis y otro de Serapis, instalados en el Campo de Marte, pero Calígula los reconstruyó, para ser de nuevo destruidos por el voraz incendio del año 80 después de Cristo. De nuevo, Domiciano los mandó reconstruir, ahora con gran boato. Él mismo, durante una conjura, escapó de la muerte disfrazado precisamente de sacerdote de Isis.

Bajo el mandato de los emperadores de la dinastía Flavia, se difundió por gran parte del Imperio el culto a Mitra, un dios proveniente de Persia, pero al parecer oriundo de la remota India, es decir, de origen védico.

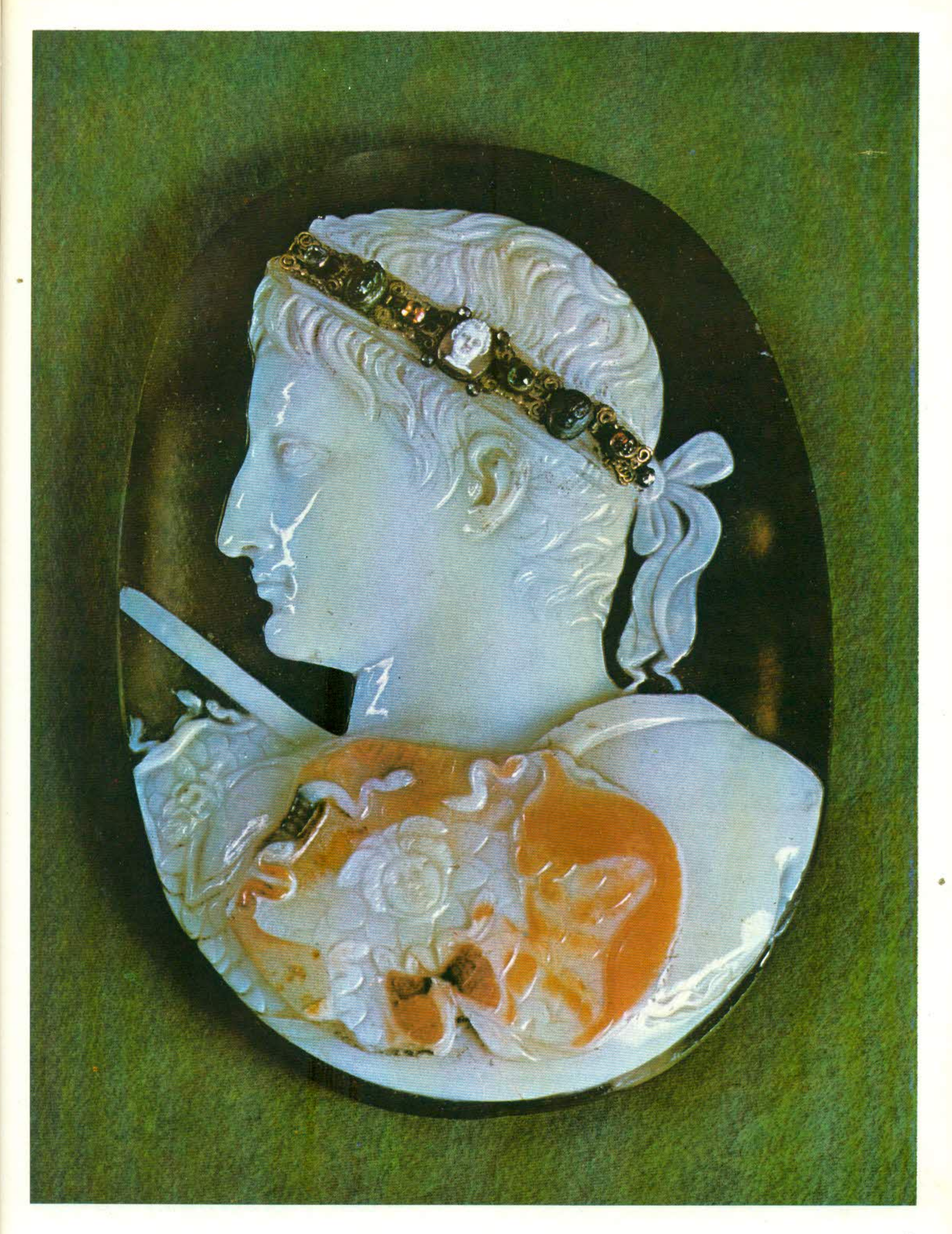
Todas aquellas religiones orientales pusieron al pueblo romano en contacto con extrañas formas de culto, dirigido por sacerdotes que no eran elegidos o nombrados como los sacerdotes de la religión pagana oficial. Éstos eran nombrados coyunturalmente para realizar una determinada función. Luego, finalizada ésta, regresaban a sus actividades cotidianas. En cambio, los sacerdotes de aquellos cultos orientalistas eran funcionarios con dedicación plena y de por vida.

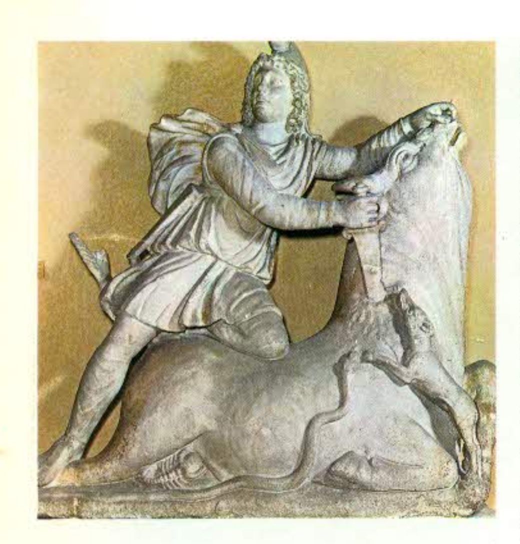
No hay duda de que, de un modo u otro, la penetración de aquellas fuerzas espirituales debió tener algún influjo entre el pueblo romano, pues, de hecho, el objetivo de tales religiones era ganar adeptos, sacudiendo las conciencias para despertar la fe en creencias que no eran de este mundo. Las ceremonias se generalizaron y se privatizaron. Y los sacerdotes procuraban tocar la fibra sensible de sus oyentes con profundos sermones y charlas, a pesar de que tenían un competidor considerable en la astrología. Hasta el año 139 antes de Cristo los astrólogos pululaban por toda la ciudad, pero en aquella fecha el gobierno decretó su expulsión, al igual que en cierta ocasión se prohibió la difusión de ideas filosóficas griegas. Sin embargo, posteriormente, las prohibiciones fueron relegadas al olvido. Fue Cicerón quien nuevamente denunció a aquellos astrólogos portadores de «buenas nuevas que nada tienen que ver con la razón», pero la superstición fue calando progresivamente entre las clases superiores de Roma.

Hasta aquí algunos datos acerca de las principales actividades religioso-mitológicas de la Roma republicana e imperial. Después de la crucifixión de Cristo, mientras en Judea gobernaba Poncio Pilatos, se difundieron algunas noticias acerca de su vida, enseñanzas, muerte y resurrección. Entre los años 50 y 64, Pablo recorría Corinto, Tesalónica, Filipos y Roma, ganando adeptos y enviando cartas de consuelo y aliento a los más distantes. Aproximadamente en el año 65, Marcos había catalogado en un Evangelio datos sobre la vida y las ideas de Jesús. Poco más tarde, entre los años 89 y 100, otros evangelistas, Mateo y Lucas, realizaron un trabajo similar, añadiendo más datos acerca del mensaje de concordia cristiano. Luego se dijo que estos evangelios se basaban en un escrito anterior que desapareció.

La nueva religión hablaba en un lenguaje distinto al utilizado hasta ese momento. Sus cultos eran también distintos, y las formas de vida que predicaba eran absolutamente extrañas a los romanos, basándose en la promesa de la redención de los pecados y la derrota del «demonio», y asegurando la inmortalidad del alma humana más allá de la muerte del cuerpo. Todo ello sonó a los oídos de los romanos como una extraña novedad. «Si cualquier hombre es Cristo, —se les explicaba a los romanos— se renueva totalmente. Todo lo demás pertenece al pasado.» Esta «posesión espiritual» proporciona «amor, alegría, paz, bondad infinita, santidad, fe, mansedumbre y autodominio». Todos los que compartieron estas ideas formaron comunidades de fieles. Se reunían para orar, tomar los sacramentos, rendir culto a Dios y escuchar los sermones. Compartían sus ideas, y en caso necesario, sus bienes materiales. «Dios se ha acercado a nosotros —decían los discípulos de Cristo—, y nosotros, portadores de su buena nueva, nos acercamos a los otros hombres.» Todos los que se encargaban de difundir esta nueva religión hablaban con una autoridad indudable, que los predicadores de otras religiones no poseían.

Para todo el que est viera confundido, y para todo el que, en el Imperio, estuviera insatisfecho con su vida había un gran número de religiones gratificantes, cuyos devotos estaban ansiosos por ganar adeptos. Sin embargo, sería un error creer que muchos súbditos de Roma eran conscientes de la necesidad de cambiar su sistema ideológico y su vida. La mayoría se sentían, o bien dominados por la inercia de los acontecimientos, o por la idea de un destino fatal.





Los dioses locales, los espíritus hogareños, los amuletos y hechizos, junto con las tranquilizantes palabras de los astrólogos, satisfacían ya fácilmente las limitadas perspectivas de los romanos. Aquellas mentes aletargadas sólo se sentían sacudidas cuando presenciaban el culto a Mitra, es decir, cuando los devotos debían bañar sus cuerpos con la sangre obtenida del sacrificio de un buey. Difícilmente podían contenerse, cuando observaban los frenéticos movimientos de los fanáticos que se automutilaban en las celebraciones en honor de la diosa Cibeles, la «gran madre», cuya imagen, adornada con flores, se paseaba por las calles.

Los cristianos tardaron mucho tiempo en exhibirse públicamente, pues eran considerados enemigos de la religión oficial, pero en su labor de infiltración consiguieron crear gradualmente un ambiente propicio para la futura expansión de su credo religioso. Mientras tanto, ganaban adeptos.

Filosofía

Quizá la prueba más evidente de la superficialidad de las mentes romanas fue su escasa capacidad para profundizar en el campo de la lógica. Cicerón, que reverenciaba a Platón, también habló siempre con admiración de Aristóteles y de las escuelas peripatética, megaria y estoica. Y aunque el orador y político romano conocía las divergencias entre el platonismo y el estoicismo, no intentó nunca relacionar ambas doctrinas. Sabían los intelectuales romanos que el uso de la lógica podía mejorar sus discursos, y ayudar a convencer a un jurado. Pero ni Ciceron ni ninguno de sus compatriotas anteriores, contemporáneos o posteriores, demostraron el mínimo interés necesario para penetrar en el mundo de la especulación filosófica. Poderosas fuerzas lo impidieron.

La prohibición republicana sobre la difusión de ideas filosóficas griegas halló un rápido y positivo eco entre el pueblo de Roma, pues los filósofos eran considerados «enemigos del orden establecido». La prohibición persistió hasta que Nerva, y posteriormente Trajano, la suspendieron. Sin embargo, entonces era ya demasiado tarde: la educación y cultura romanas estaban ya pervertidas por la retórica.

Séneca informó certeramente del tema: «Los problemas excesivamente complejos dejaban escaso margen para la ornamentación». Los retóricos buscaban el lucimiento personal, y unos beneficios inmediatos y rápidos para su propio provecho. Las causas que defendían ocultaban egoísmos individuales. La avalancha de los retóricos fue tan enorme, que en el año 92 antes de Cristo se abrió una escuela de retórica, que los censores clausuraron rápidamente.

Paradójicamente, durante el Imperio la libertad de palabra promovió una nueva e intensa oleada de retórica. Esta disciplina, junto con la gramática, fueron los elementos principales en la educación de la juventud, y sus efectos serían desastrosos

ÉPOCA ÁUREA DEL IMPERIO CON LOS ANTONINOS (96-192 d.C.)

Año	Roma: política interior	Roma: política exterior	Roma: cultura	Resto del mundo
96				Embajada India en Roma
100	Trajano, emperador			
		Segunda guerra dacia	Construcciones de Trajano en el puerto de Ostia y en el Foro de Roma	
	Plinio el Joven comisario especial en Bitinia	Anexión de Dacia		Embajada romana en la India
		Anexión de Palmira	Columna de Trajano	
	Adriano, emperador	Conquista de Mesopotamia	Tácito: *Anales*	
120		Insurrección en Judea		
	Viajes de Adriano por todo el Imperio	Construcción de la Muralla de Adriano en Britania	Suetonio: *Vida de los doce césares*	
	Edictum Perpetuum, códice del derecho civil	Insurrección en Judea	Construcción de la Villa Adriano	
140	Antonino Pío elegido emperador		Muerte de Juvenal	
	Marco Aurelio, adoptado como sucesor del Imperio		Columna de Antonino	Vologeso III rey de los partos
160		Campañas en Mauritania		
	Marco Aurelio, emperador	Campañas en Armenia y contra los partos	Luciano: *Los retratos*	
		Los germanos asedian Aquilea	Teatro de Herodes	Embajada romana en China
180	Persecuciones de cristianos en Roma	Campañas en el Danubio	Columna de Aurelio	
190	Cómodo, emperador Asesinato de Cómodo (192)	Paz con los germanos	Nacimiento de Orígenes	



Arriba, alfileres de marfil; el del centro, decorado con una mano, fue usado como amuleto.

Página anterior, izquierda, Mitra sacrificando al toro (siglos II-III después de Cristo). Mitra es el dios de la luz de los mazdeos y su culto penetró en Europa en el siglo I antes de Cristo, alcanzando mucho auge entre las legiones romanas. (Museo Archeologico del Palazzo Reale, Venecia.)

Página anterior, derecha, el emperador Marco Aurelio, que gobernó del 176 al 267, asistiendo a un sacrificio. (Musei Capitolini, Roma.)

Página 139, camafeo del emperador Augusto, siglo I de la Era cristiana. La diadema corresponde a la época medieval. (British Museum, Londres.)

para las demás materias, y especialmente para la filosofía.

Cualquier esfuerzo por descifrar la esencia o el origen del universo y de las cosas materiales —tal como intentó Lucrecio—, estaba condenado a la esterilidad, carecía de porvenir entre los romanos, absorbidos estrictamente por lo inmediato y los prosaico. Cuando el pensamiento filosófico fue aceptado por algunos fieles de determinadas sectas religiosas, los problemas que se planteaban fueron rápidamente solventados con respuestas mágicas o fantasiosas. Ni el estoicismo ni el epicureísmo calaron tampoco en Roma, ni interesaron los trabajos de aquel griego instalado en Alejandría llamado Galeno (129-199 antes de Cristo), que propugnaba las ideas de Aristóteles. Fue durante el mandato de Vespasiano cuando se produjo un cierto resurgir de la filosofía de los cínicos, pero los romanos despreciaban a aquellos «sucios, desaliñados y pordioseros, parásitos que nada positivo tienen que ofrecer a cambio de su retribución».

Quizás, en última instancia, cabe considerar que la única corriente filosófica de origen griego que llegó a tomar cierto cuerpo —en realidad de poca entidad— fue el estoicismo, aquella vieja doctrina impulsada por Zenón y su discípulo Crisipo, y llevada a Roma por Panecio. Sus sólidos principios éticos eran atractivos para los romanos con profundas convicciones republicanas. Y, por ejemplo, su doctrina influenció poderosamente a Escipión Emiliano, y más tarde la asumieron los oponentes a César, especialmente Catón y Bruto, y con menos intensidad, Cicerón.

La creencia estoica en la naturaleza divina de la razón proporcionó a algunos romanos, como antes a los griegos, unas sólidas actitudes morales y políticas. Profundamente convencidos de estar en posesión de la razón, sin importarles el dolor y la muerte, que valoraban como asuntos de menor cuantía, fueron muchos los que pudieron afrontar la persecución, torturas y muerte por parte de los déspotas como Calígula y Nerón.

Un esclavo griego proveniente de Frigia, llamado Epícteto (aproximadamente 55-135 después de Cristo), liberado durante el reinado de Domiciano, adquirió gran reputación por su sabiduría en la enseñanza de las tesis estoicas para afrontar la existencia, predicando además la hermandad y el humanitarismo.

Adriano exhibió ciertas cualidades estoicas, pero el representante más notable del estoicismo en el Imperio fue Marco Aurelio.



El siglo III del Imperio romano

Después de que Cómodo fuera estrangulado por su guardia pretoriana, ésta asumió el mando en Roma e instaló en el trono imperial a Pertinax, quien les había prometido una gran recompensa. El nuevo emperador pagó el dinero prometido, pero también intentó restablecer la disciplina, absolutamente relajada durante el reinado de su antecesor. Tres meses después, los pretorianos invadieron el palacio imperial y le asesinaron. Casi inmediatamente, organizaron una burlesca subasta y eligieron emperador a un rico senador llamado Didio Juliano, el que mayor recompensa les prometió si accedía al poder imperial. Dos meses después resultó también asesinado, y Septimio Severo fue nombrado emperador por sus soldados.

El nuevo emperador era un norteafricano nacido en Leptis Magna, y para obtener el cargo imperial tuvo que derrotar a un rival llamado Pescennio Níger, quien se había proclamado también emperador en Egipto y Siria. Tras una larga campaña, Níger fue derrotado y muerto. Bizancio se resistió contra Severo durante dos años, siendo finalmente conquistada y saqueada por el nuevo emperador. El tercer pretendiente en liza, Clodio Albino, gobernador de Britania, fue también derrotado por Severo.

Vengativo, cruel, insaciable y carente de los mínimos escrúpulos, Severo h ı sido descrito como el «Sila africano». Sin embargo, demostró poseer recursos políticos y gran energía, contando además con el consejo de su culta esposa, la siria Julia Domna. Severo licenció a los miembros de la guardia pretoriana y los reemplazó con quince mil de sus soldados. Plautinado, otro romano africano, fue nombrado nuevo prefecto y su hija se casó con Caracalla, el mayor de los hijos del emperador. El prefecto era un hombre ambicioso que ejerció un gran influjo sobre el emperador a través de Julia Domna y Caracalla, es decir, de la esposa y el hijo de Severo, hasta que finalmente Caracalla cansado de su esposa, acusó al prefecto de haberse conjurado para derribar al emperador, y éste ordenó su ejecución. Como consecuencia de este hecho, Severo confiscó grandes cantidades de tierras a la aristocracia, dedicando la mayor parte del terreno con mejores condiciones para el cultivo. Esto debilitó extraordinariamente la fortaleza del Imperio y tuvo gravísimas repercusiones posteriores.

Por otra parte, el servicio civil administrativo fue organizado sobre pautas militares, proporcionándose cargos de gobierno a centuriones y ex oficiales del ejército. Los militares, y en general todo tipo de personal burocrático, de origen africano y asirio, se vieron favorecidos, y paulatinamente los romanos de la capital y los italianos, incluidos los senadores, perdieron su influencia política.

Asimismo, el poder social del patriciado comenzó a disminuir a medida que llegaba a Roma personal de la periferia del Imperio. El poder residía exclusivamente en el emperador y su Consejo. Entre los años 203 y 212, el jurista Papiniano, hombre juicioso, inteligente y hábil, fue uno de los consejeros de máxima confianza de Severo, y con él volvieron a Roma el equilibrio y el sosiego. Sus escritos sobre leyes impresionarían, por su precisión y magnanimidad, a las generaciones posteriores. Con el tiempo, este jurista aumentó su poder, llegando a ser jefe del Tribunal Supremo, encargado de enjuiciar todo tipo de casos criminales en un ámbito de casi doscientos kilómetros. Asimismo, la administración que controlaba las entregas de trigo a la población hambrienta, quedó bajo su control.

En cambio, la contabilidad del gasto público permaneció controlada por el emperador, ahora conocido con un nuevo título, el de *Dominus* o «señor supremo», denominación rehusada por Octavio Augusto en su momento. Fue a partir de entonces cuando, por primera vez en el Imperio, se legalizó la divisa de que «el deseo del emperador tiene la fuerza de la ley». Por otra parte, los problemas comenzaron a aumentar. Italia y numerosas provincias estaban infestadas de bandas, integradas por enemigos de Severo. Como contrapartida, y para sentirse seguro, el emperador desplegó una política demagógica respecto a la plebe, a la que donaba trigo, aceite y medicinas gratuitamente. Aficionado a la astrología, Severo ordenó construir —entre otros muchos edificios— uno de siete pisos al que se dio el nombre de Septizonio («Casa de los Siete Planetas»), y levantó un enorme arco triunfal sobre el foro. En las provincias se acometieron grandes obras públicas, pero el lugar más favorecido fue Leptis Magna, localidad de la que el emperador era oriundo.

La partida de las tropas de Clodio Albino, que intentaba hacerse con el poder en Roma, tuvo efectos desastrosos en Britania, pues facilitó la rebelión de las tribus del norte de la isla, que rebasaron los límites señalados por la famosa muralla de Adriano. Con el objetivo de restaurar la paz en aquella lejana colonia, Severo envió allí a Caracalla, y luego, en el año 208, él mismo fue a reunirse con su hijo, falleciendo en York en el año 211.

Caracalla, ignorando el deseo de su padre de que compartiera el poder con su hermano menor Geta, le asesinó en el año 212. Fue Caracalla, en su breve mandato, quien formuló el decreto mediante el cual se concedía plena ciudadanía romana a todos los provincianos libres del Imperio, con lo que Roma alcanzaba una unidad jurídica. En el trasfondo de esta decisión estaba la cuestión económica, pues el emperador necesitaba dinero para proseguir sus campañas militares, y de este modo podía aumentar los impuestos en todo el Imperio. Los gastos estatales crecían sin cesar, pues las guerras contra los germanos eran costosas, y por otra parte, Caracalla necesitaba costear sus extravagancias, tales como sus colosales termas en Roma.

Caracalla combatió a los germanos junto al Rhin y a los partos en el Éufrates. Finalmente murió asesinado, sucediéndole su asesino Macrino, otro africano, prefecto de la guardia pretoriana, que se proclamó emperador, cargo que ocupó poco tiempo. La esposa de Septimio Severo, Julia Domna, una mujer de gran temple, y su hermana Julia Maesa, conspiraron contra el usurpador para conseguir la sucesión imperial en favor de un nieto de Maesa, un niño de 14 años de edad. En el



año 218, Macrino fue derrotado por los rebeldes, y aquel niño, llamado Elagábalo, ascendió al trono imperial sin consultar con el Senado.

El joven emperador, dominado por su abuela Julia Maesa, introdujo en Roma el culto al dios sirio Baal, del cual ya era sacerdote, como homenaje a las tropas sirias que le apoyaron decisivamente para derrotar a Macrino. Asimismo, nombró senadores a numerosos ciudadanos sirios, que también invadieron la administración de Roma. A pesar de su juventud, Elagábalo se ganó rápidamente el odio y el repudio del pueblo de Roma, lo cual era significativo en una colectividad que llevaba ya varias décadas presenciando extravagancias gubernativas que nadie pudiera haber imaginado. El joven emperador fue asesinado en el año 222 y su cuerpo arrojado a las aguas del Tíber, asumiendo el título imperial otro adolescente, su primo Alejandro Severo, dominado por su activa y ambiciosa madre Julia Mamea, que fue quien de hecho gobernó. Ella consiguió el nombramiento de Ulpiano como prefecto de la guardia pretoriana.

Ulpiano era un inteligente jurista que escribió copiosamente acerca de las leyes romanas, reuniendo comentarios, recopilando casos de juicios y teorizando sobre nuevas necesidades legalistas. Este hombre intentó mantener la confianza de la guardia pretoriana, pero fracasó en su intento y murió asesinado en el año 228.

Durante tan tempestuosos tiempos, los enemigos de Roma se tornaron más agresivos. En el año 224, Persia se había reunificado bajo el mando de Ardacher I, proclamado «rey de reyes». El ejército romano que se le enfrentó tan sólo pudo evitar que penetraran en el Imperio. Asimismo, otras amenazas se cernían sobre el Imperio: en el año 231 los partos se agitaban nuevamente y los marcomanos penetraban en el Imperio saqueando las zonas de la periferia septentrional.

La descomposición era tal, que el emperador y su madre murieron víctimas de un motín de las tropas estacionadas en Maguncia, en el año 235.

Anarquía militar y crisis imperial

En el curso de los siguientes cincuenta años, unos treinta hombres fueron proclamados emperadores, y sólo uno de ellos escapó al destino de morir violentamente. Este caos político hundió el Imperio en la miseria y el desconcierto durante un siglo. Existen escasos datos fidedignos sobre tan agitado período de la historia de Roma, y en consecuencia no es posible seguir las vicisitudes de cada uno de aquellos individuos que tenían la desgracia de ser nomi-

Arriba, camafeo persa en sardónice (siglo IV después de Cristo), que muestra al emperador Publio Licinio Valeriano en el momento de ser capturado por Sapor I de Persia. Valeriano murió en cautividad después del 260. (Cabinet des Médailles de la Bibliothèque Nationale, París.)

Página anterior, busto en mármol del emperador romano Caracalla (188-217), constructor de las grandes Termas que llevan su nombre. (Louvre, París.)

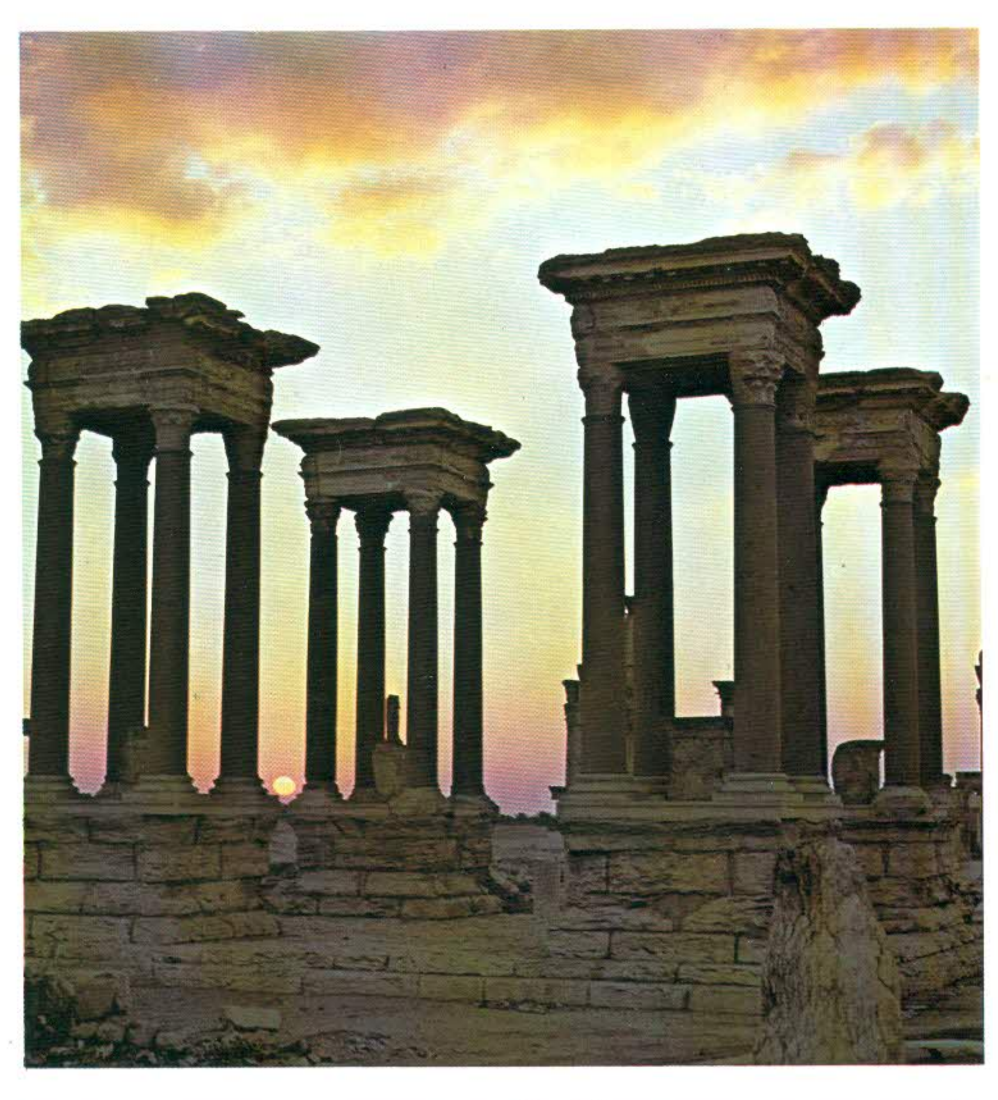
nados para la más alta magistratura del Imperio. Es más, resulta curioso que, vistos los fatídicos desenlaces de los emperadores, todavía quedaran en Roma hombres con aspiraciones al cargo, aunque representaba un notable tributo al poder y majestuosidad del Imperio.

Al quedar acéfalo el Imperio, las necesidades populares eran muchas veces cubiertas mediante mandatos de los burócratas, que decidían por cuenta propia, y fue posible organizar nuevos ejércitos para luchar, por ejemplo, contra los sármatas, los dacios, los germanos y los persas. Tales luchas eran durísimas. Las victorias romanas no se producían ya con la facilidad de antaño; es más, las derrotas se generalizaban. En el año 254 los marcomanos devastaron Panonia, penetrando hasta Rávena. Sapor I dirigió victoriosamente a sus tropas persas en el año 260, capturando al entonces emperador Valeriano, e incluso incendiando Antioquía.

Durante diez años aproximadamente una violenta peste asoló Roma, debilitando aún más su poder ya seriamente quebrantado por la anarquía reinante, frente a lo cual se sintieron impotentes emperadores tan hábiles como Galieno (260-268?) o Aureliano (270-275). Ambos fueron asesinados.

El origen de una serie de desastres, que tuvieron un efecto catastrófico en la tradicional vida romana, se remonta a la época dorada de Adriano, Trajano y Marco Aurelio. Fue en esta época cuando la defensa del Imperio empezó a necesitar recursos cada vez más difíciles de obtener. Roma, para mantener su hegemonía, necesitaba una masa militar de cuatrocientos mil soldados absolutamente disciplinados, cifra que no es exagerada si se tiene en cuenta que el número de habitantes del Imperio se cifraba en unos sesenta millones de personas. Ahora, sin embargo, la indisciplina reinaba en el estamento militar, y los soldados habían adquirido la costumbre de asesinar o destruir a sus jefes. Los impuestos fueron en progresivo aumento, pero cada vez era más difícil cobrarlos. Y por otra parte, la estatificación de la economía podía destruir definitivamente el progreso basado en la competencia. El Estado había tenido siempre en Roma un importante papel económico, ya desde los tiempos de la República, asumiendo la distribución de trigo entre la plebe. En la época de Octavio Augusto, la acción privada alcanzó un gran desarrollo, pero a un nivel modesto, y los beneficios siempre fueron a parar a muy pocas manos.

A pesar de los desórdenes de los cien primeros años después del nacimiento de Cristo, el progreso económico mantuvo cierto ritmo, y en el siglo II el crecimiento fue notable. Sin embargo, Cómodo dejó gravísimos problemas a sus sucesores: los gobernantes del siglo III tuvieron que afrontar los dispendios de unas guerras cada vez más generalizadas, los pagos a un ejército que exigía cada vez más sobornos a cambio de su lealtad, y las exigencias de una plebe asustada por la amenaza del hambre. La recaudación de impuestos se amplió, lo que obligó a aumentar el número de inspectores encargados de cobrarlos, tarea que cada vez era más difícil. El resultado fue una devaluación permanente de la moneda.



El denario de plata romano, cuya cotización regular y estable facilitó el comercio y la industria en el siglo II, ahora, al llegar el siglo III, dejó de acuñarse en plata, y perdió rápidamente su antiguo valor. Ello provocó la ruina de la industria y el comercio privados, y la plebe sufrió los efectos del empobrecimiento de la hacienda pública.

Como hemos señalado, los emperadores se sucedieron a un ritmo vertiginoso. La inestabilidad del poder político se reflejó en todos los órdenes de la vida romana. De hecho, todos los emperadores del período 235 a 305 fueron militares, casi siempre generales de fortuna oriundos de las provincias, que eran nominados por sus tropas, transformadas definitivamente en un factor primordial del poder.

Maximino el Tracio gobernó entre los años 235 y 238, y durante su mandato consiguió derrotar a los alamanes en el centro de Europa, pero no pudo impedir que los persas invadieran Mesopotamia en el año 237. Le sucedió, tras su asesinato, Gordiano III, que gobernó entre los años 238 y 244. Reclutó a soldados godos, y derrotó al ejército persa de Sapor I en la batalla de Resaina, expulsándolo de Mesopotamia. Derrocado en el 244, Gordiano fue sucedido por Filipo el Árabe, que rigió el Imperio durante cinco años, y durante su mandato se celebró el milenario de la fundación de Roma.

El emperador Decio, nombrado en el año 249, era de origen ilirio. Impulsó una renovación de la administración y apoyó a la religión genuina de Roma frente a las otras creencias, desencadenando la trágica primera persecución en gran escala contra los cristianos: aunque las muertes fueron pocas, el temor motivó numerosas apostasías. El emperador murió guerreando contra los godos, en el año 251. Le sucedió brevemente Trebonio Galo,

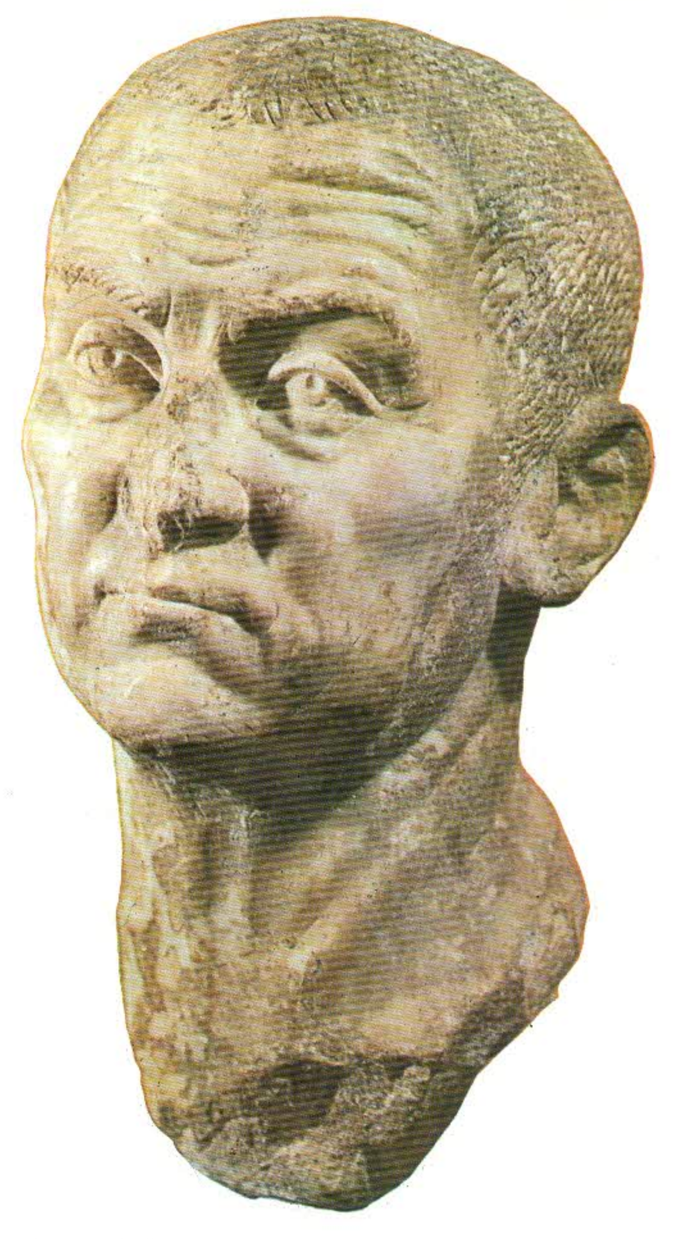
cuya única acción digna de mención fue pactar la paz con los godos. En el 253 le sustituía Valeriano, que tuvo un mandato muy agitado. Pasó parte de sus siete años de gobierno en Asia Menor, encargando a su hijo Galieno que asumiera su cargo en Roma, mientras él se dedicaba a combatir las masivas invasiones enemigas. Tuvo que combatir a los godos, cuados, sármatas, partos, alamanes y francos. En África, las tribus mauritanas se rebelaron, y Valeriano fue hecho prisionero en Edesa por Sapor I, en el año 260, muriendo en el cautiverio.

Su hijo Galieno, que ya ejercía las funciones de emperador, gobernó hasta el año 268. Para vencer el caos, abordó la reforma del ejército, organizando más unidades de caballería con objeto de aligerar los desplazamientos, pues las agresiones al Imperio seguían siendo permanentes. Sus tímidas reformas promovieron su destitución, y le sucedió Claudio II en el año 268, quien consiguió derrotar a los alamanes y a los godos. En el 270 le relevó en el trono Aureliano, que nuevamente tuvo que afrontar a los alamanes, a los que derrotó en Pavía. Posteriormente, tuvo que desplazarse a Asia Menor, donde derrotó a las tropas de la reina Zenobia, del reino de Palmira. Este emperador consiguió momentáneamente restablecer la unidad, y adoptó el título de *Dominus et Deus* («Señor y Dios»), introduciendo un nuevo culto al Sol, compartido con el culto a su propia persona.

Tras un brevísimo reinado, a Tácito (275-276) le sucedió Probo, que gobernó hasta el 282. Este emperador se dedicó a pacificar las fronteras del centro de Europa, consolidando las posiciones en el Rhin, y murió asesinado por tropas desleales. Su sucesor, Caro (283-284), derrotó en varias ocasiones a los persas, pero también fue asesinado, víctima de una conjura.

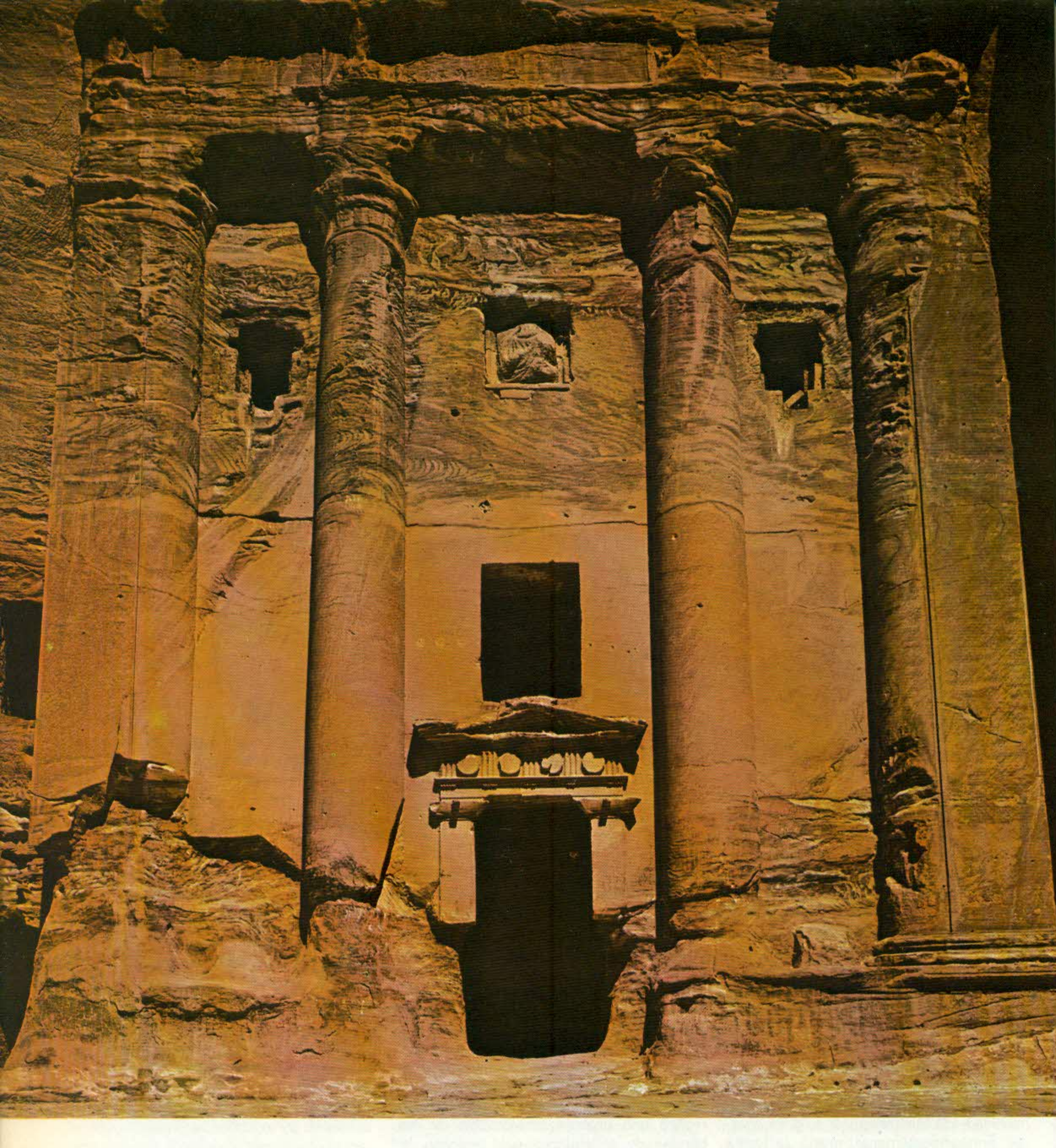
La sucesión de Caro fue difícil, pues sus hijos Carino y Numeriano fueron asesinados al mismo tiempo que el emperador. Fue entonces cuando ocupó el trono un dálmata de origen humilde llamado Diocleciano, militar astuto e inteligente.

Diocleciano gobernó Roma durante 21 años, y debió gran parte de su éxito a su habilidad administrativa y a su gran energía. Sorprendentemente, murió de forma pacífica en su retiro, tras haber abdicado voluntariamente en el año 305. Diocleciano se mostró mucho más inflexible que sus predecesores en exigir una servidumbre total a las provincias, poniendo especial énfasis en la naturaleza divina de su cargo. Su divisa política fue «dividir para gobernar». Consciente de los riesgos que entrañaba el gobierno unipersonal, decidió dividir el Imperio en dos grandes sectores. Él se reservó el gobierno de la zona oriental, estableciéndose como *Imperator Augustus* en Nicomedia, junto al mar de Mármara, aproximadamente a ciento veinte kilómetros de Bizancio, y confió la dirección de la zona occidental a su camarada de armas Maximiano, que se instaló en Milán. Los dos emperadores eran ahora una peculiar expresión de la vieja tradición de los dos cónsules que gobernaban Roma, cuando ésta era una república. Ambos sostuvieron duros combates contra enemigos fronterizos, y Maximiano realizó una urgente erradicación de las bandas de salteadores que asolaban la Galia. En el año 293, cada uno de los dos emperadores tomó a un sucesor: Diocleciano eligió a Galerio, y Maximiano a Constancio Cloro. Como condición para su nombramiento, ambos sucesores tuvieron que divorciarse de sus esposas y casarse con las hijas de sus emperadores. De hecho, pues, funcionaban cuatro emperadores, componiendo la llamada «tetrarquía».



Arriba, busto del emperador Diocleciano (Cayo Aurelio Valerio Diocleciano, 245-313), que intentó detener la crisis económica que afligía a Roma y al imperio, y aseguró la defensa contra los bárbaros. En el 305 abdicó en favor de Galerio. (Ny Carlsberg Glyptotek, Copenhague.)

Página anterior, amanecer en el Tetrapilón de la ciudad de Palmira, importante centro de caravanas del desierto sirio-arábigo, ocupada por los romanos en el siglo I de la Era cristiana.



Las invasiones bárbaras y las insurrecciones internas continuaron sacudiendo el Imperio, especialmente en Oriente y en el norte, y más concretamente en Egipto. En occidente, el almirante Carausio se sublevó en el año 286, gobernando Britania hasta que fue asesinado por Alecto en el año 293, quien a su vez gobernó autónomamente hasta el 296, año en que fue derrotado. Por otra parte, en las campañas militares del norte de África, Egipto y Persia acabaron por imponerse las armas romanas.

Los «tetrarcas» tuvieron que afrontar ingentes tareas en un Imperio que rebosaba de problemas. A pesar de los esfuerzos realizados por Aureliano y Probo, emperadores de breve mandato, el caos persistía. Probablemente, la dominación romana se vio alterada muy a menudo en aquel período. La indisciplina de los soldados se traducía en permanentes robos y asaltos a propiedades privadas. La inflación había devaluado el valor del dinero y la paga militar era insuficiente para cubrir las expectativas de la tropa. Los soldados cobraban poco, pero no morían víctimas del hambre o de la enfermedad. Sus incursiones en busca de botín sembraron el terror en el campo y la ciudad, tanto

como las invasiones de las tribus bárbaras. De hecho, muchos de los legionarios eran bárbaros reclutados militarmente al servicio de Roma, debido a que los ciudadanos del Imperio habían perdido su capacidad de combatir.

Diocleciano, en un intento por controlar la situación, decidió dividir las provincias imperiales en unidades más pequeñas, pretendiendo con ello estrechar el control y disminuir los riesgos de sublevaciones. Las medidas económicas incluyeron diversas novedades. Puesto que sus antecesores, con una pésima administración mercantil, habían anulado el valor de la moneda, implantó la posibilidad de pagar los impuestos en especies. Por otra parte, vinculó a los arrendatarios y asalariados campesinos a la tierra, disminuyendo por consiguiente las posibilidades de reclutamiento militar. Por ello, tuvo que reclutar a individuos de las tribus bárbaras que pululaban por las fronteras del Imperio. Intentó también cambiar el tipo de moneda. Las antiguas monedas, hechas con cobre, sin ningún porcentaje de plata, carecían de valor; entonces, ordenó acuñar nuevas monedas de oro y plata de buena calidad, pero no pudo detener la inflación, pues fue imposible retirar del mercado las monedas viejas. Ahora, la moneda de oro, llamada áureo, tenía un valor equivalente a 106 sestercios, o 25 denarios.

Para detener la brutal alza de los precios, Diocleciano intentó controlarlos, e igual medida adoptó respecto a los salarios. En su famoso «Edicto de precios máximos», promulgado en el año 301, elaboró una lista de mercancías de primera necesidad y otra de productos de lujo, fijando los precios en función de su calidad y origen. Elaboró también un catálogo de topes salariales y otro de costes de transporte. El edicto constituye el único documento económico importante que en mil años de historia romana ha llegado hasta nosotros. El nivel inflacionario se ha podido establecer comparando sus cifras con otros datos aislados, correspondientes a precios de productos en épocas anteriores. En el siglo II, un modio –medida romana que equivalía a 8,75 kilos– de trigo hubiera costado un denario. Ahora, Diocleciano se vio obligado a prohibir, bajo pena de muerte, que se vendiera un modio de trigo a más de cien denarios. El salario que recibía un maestro de enseñanza básica era de cincuenta denarios. Un maestro de arquitectura podía cobrar al mes hasta cien denarios.

En su lucha permanente contra la especulación, Diocleciano persiguió ferozmente a los usureros, «máximos enemigos del Estado», «aquellos cuya voraz avaricia les impide pensar en la humanidad». Promulgó penas de muerte contra ellos.

Gobernando como un autócrata, Diocleciano intentó sanear la economía imperial, pero fracasó. Solamente tres años después de que se publicara el edicto sobre precios y salarios, el propio gobierno ofrecía a los ricos propietarios egipcios unas cantidades de dinero que rebasaban los topes establecidos. Era la impotencia económica y política. En el año 303, la política económica estaba derrotada por una inflación galopante e imparable. En el año 305, Diocleciano, abrumado por los problemas, abdicó y obligó a Maximiano, el coemperador, a hacer lo mismo.



Arriba, el emperador Septimio Severo (146-211) y su familia. Este retrato fue rectificado para borrar la figura de uno de sus hijos, que había muerto. (Staatliche Museen, Berlín.)



Izquierda, Baal-samen (señor de los cielos), divinidad suprema asirio-babilónica y de los fenicios, entre los dioses del Sol y de la Luna. Relieve de Palmira, siglo I después de Cristo. (Louvre, París.)

Página anterior, tumba de Urn en Petra, ciudad romana en el desierto de Jordania.

El fin del Imperio romano



Inicialmente, los dos nuevos césares, Galerio y Constancio, asumieron los títulos de *Augustus,* tal como planeara Diocleciano. Y también siguiendo sus instrucciones, cada uno de ellos nombró a su vez a otros césares. Cuando Constancio murió en York, Britania, en el año 306, su hijo, llamado Constantino, fue proclamado augusto por sus tropas. Galerio, impotente ante el hecho, le nombró césar de los territorios occidentales del Imperio, aunque subordinado a Flavio Severo, elevado ahora al rango de augusto del Imperio occidental, es decir, jerárquicamente por encima de Constantino —el cargo de «augusto» era el máximo del Imperio, y los «césares» eran los segundos en importancia—. Las tensiones se agudizaron cuando, para contrarrestar el ascenso de Constantino, la guardia pretoriana de Roma nombró a Majencio, hijo de Maximiano, nuevo augusto.

En el año 307 las rivalidades se incrementaron y la pugna se generalizó entre seis aspirantes a *Imperator Augustus,* y de hecho todos ellos asumieron el título máximo del Imperio. Así terminó el breve período de tranquilidad de Diocleciano, aunque es necesario señalar que el deterioro no fue inmediato, sino progresivo. Se estableció una durísima lucha por el poder, y finalmente los contendientes quedaron reducidos a dos: Constantino y Licinio, que se dividieron el mundo romano entre sí. La asociación fue muy precaria, aunque duró diez años. En el 324, después de dos derrotas consecutivas frente al ejército de Constantino, Licinio fue capturado y asesinado. Constantino, llamado «el Grande», se convirtió en el supremo amo y señor de Roma.

Su reinado fue algo más que un nuevo capítulo en la compleja y desgarrada historia de Roma. Todo atisbo de cultura y sensibilidad se había extinguido. Roma no producía ni artistas ni literatos desde hacía muchas décadas. Los clásicos, cuya lectura ocupó a generaciones de ciudadanos, dejaron de interesar. Plauto, Terencio, e incluso Virgilio, fueron cayendo en el olvido, y solamente la gestión paciente de unos poquísimos eruditos permitió que sus obras se salvaran para la posteridad. Sin embargo, en aquel desierto cultural surgía un fenómeno histórico que cambiaría el rumbo de los acontecimientos.

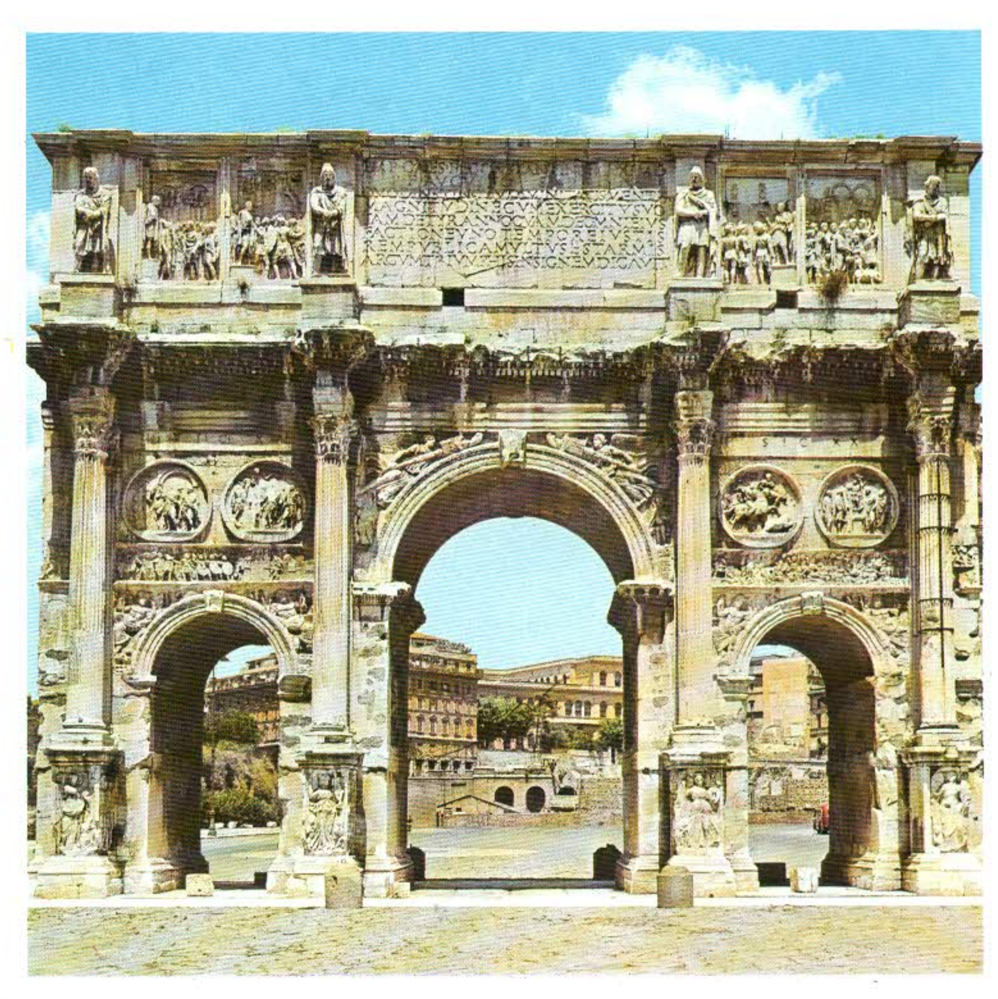
La creciente influencia del cristianismo

A pesar del odio popular y de las persecuciones estatales, los que se llamaban «cristianos» no cesaban de ganar adeptos para sus ideas. Seguían siendo, sin embargo, una secta minoritaria en la que militaban básicamente los moradores más pobres de la ciudad, muchas mujeres, libertos y esclavos. El mensaje cristiano despertó un interés creciente en personas afligidas por la desgracia o por la adversidad social, pues prometía una vida mejor y proporcionaba un gran consuelo. Además, el cristianismo portaba una idea igualitaria, pues se refería a un dios que concebía iguales entre sí a todos los humanos.

Algunos conversos al cristianismo eran también gentes que en un momento de su vida asumieron su existencia como un error, producto de la ignorancia, y entonces se sintieron atraídos por la nueva religión. Incluso algunos ciudadanos ricos se aproximaron a ella, insatisfechos de una vida lujosa y dispendiosa en el ámbito material, pero vacía en lo espiritual. Aquellos espectáculos tan denigrantes como el combate entre gladiadores en la arena, o las carreras de cuádrigas, o las tertulias en las termas, acabaron por producir en algunos patricios un auténtico hastío por lo mundano.

Sin embargo, los cristianos tenían que vencer dificultades ingentes para expandir sus creencias. Las grandes masas aún confiaban en las supersticiones astrológicas, o en la mitología de las misteriosas religiones orientalistas, como vías para superar sus miserias y desventuras. Aparentemente, los conjuros mágicos, los encantamientos, las predicciones de los oráculos y las profecías de los astrólogos, satisfacían al romano medio. Muchos veían a los cristianos como gentes peligrosas, pues se negaban a practicar los cultos a Isis, Osiris y Mitra, rehusando igualmente considerar al emperador como un dios.

Hacia el año 300, los cristianos llevaban una penosa existencia desde hacía ya tres siglos. Como mínimo eran despreciados, y en múltiples ocasiones el Estado desató contra ellos oleadas de persecuciones. El estudio de estas trágicas vicisitudes es difícil, pues muchos de los documentos que explican las persecuciones que sufrieron, en un tono desgarrador, son falsificaciones interesadas. Sectarios y parciales, muchos escribas, para glorificar a la primitiva Iglesia, inventaron historias cuyo objetivo era ganar más adeptos, intentando despertar la piedad y la misericordia. Las dudas y las medias verdades envuelven la historia de los cristianos en Roma y las persecuciones de que fueron objeto. De esto último no hay duda, pues Tácito y Plinio el Joven citan en sus obras aspectos de las mismas.



Fuera lo que fuera, lo cierto es que los cristianos demostraron poseer una vitalidad y una capacidad de resistencia y superación que finalmente les permitió vencer todos los obstáculos. En ocasiones, tuvieron que soportar sufrimientos tan terribles como los ordenados por Nerón en el año 64. Las dudas que en una época demostró tener Plinio el Joven, cuando consultaba con Trajano acerca del destino de los cristianos, no fueron compartidas por ningún otro gobernador del Imperio, y el número de cristianos que fueron víctimas de la persistencia en sus creencias resulta imposible de conocer. Aproximadamente entre los años 200 y 202, Septimio Severo, que ya había promulgado durante el inicio de su mandato imperial una orden según la cual la conversión al judaísmo era delito, prohibió luego la propagación del cristianismo y penó las conversiones, aunque no hay datos acerca de las sangrientas y masivas persecuciones. Filipo, que reinó brevemente en Roma entre los años 244 y 249, celebrando el milenario de la fundación de la ciudad, ha sido considerado por la tradición como el primer emperador romano cristianizado.

Cuando Filipo murió asesinado por Decio, el Estado imperial decretó ordenes severísimas contra los cristianos. En el año 250 se les ordenó que debían tomar parte en las ceremonias religiosas paganas, renunciando a sus propias creencias, pero las persecuciones cesaron al año siguiente, después de que algunos hombres ilustres, como Fabiano, obispo de Roma, hubieran perecido víctimas del odio oficial. Aquel obispo había sido elegido por «toda la comunidad cristiana» en el año 236, y era el décimo séptimo purpurado que asumía el cargo que luego, en el siglo VI, comportó el título de papa.

En el año 258, Valeriano renovó las persecuciones, en el curso de las cuales murió Cipriano, el inteligente obispo de Cartago, y también Sixto II, obispo de Roma. Cuando Valeriano fue capturado por los persas, Galieno, que le sucedió en el poder, detuvo las persecuciones. Al parecer, los mayores sufrimientos que soportaron los cristianos tuvieron lugar bajo el reinado del emperador Diocleciano, en el año 303, incluyendo ejecuciones masivas, torturas terribles, muertes en las arenas por las acometidas de las bestias salvajes, así como drásticas condenas de cárcel y trabajos forzados en las minas. La abdicación de aquel emperador en el año 305 no significó el cese del terror, excepto en los territorios controlados por el usurpador Constantino, es decir, Britania y Galia, pues éste suspendió las persecuciones.

Se desconocen las causas que determinaron a Constantino a interesarse de algún modo por el cristianismo. La leyenda de que fue su madre —una anciana de 80 años de edad, convertida al cristianismo



Arriba, el arco de Constantino en Roma, monumento erigido para conmemorar la batalla de Ponte Milvio, del 312 después de Cristo.

Izquierda, cabeza del emperador Constantino el Grande (274-337). Eligió la ciudad de Bizancio como capital del Imperio y posteriormente le dio el nombre de Constantinopla.

Página anterior, una de las primeras representaciones de la crucifixión de Cristo, en un panel de marfil del año 420. A la izquierda se ve la figura de Judas ahorcado de un árbol. (British Museum, Londres.)



durante una peregrinación— quien le indujo a ello, no es cierta, pues al contrario, fue Constantino quien la convenció de que abrazara la nueva creencia. Los únicos datos concretos que se conocen sobre la actitud del emperador respecto a los cristianos, son que cuando marchó al frente de sus tropas para enfrentarse a Majencio, quien le disputaba el poder imperial, lo hizo como pagano, y cuando regresó a Roma, portaba en sus estandartes el anagrama cristiano. Al parecer, en el trayecto hacia el encuentro con su enemigo, cruzó por zonas donde son comunes ciertos fenómenos naturales. A él y a sus soldados les pareció divisar, en una puesta de sol, la presencia de una cruz luminosa. Pocos días después, se dice, recibió la noticia, en sueños, de su próxima victoria: «Con este signo vencerás». Y tras una feroz batalla junto al puente de Milvio, que cruza las aguas del Tíber, Constantino venció.

Conjuntamente con su colega, el *Augustus* del sector oriental del Imperio, Licinio, publicó el «Edicto de Milán» en el año 313, concediendo la libertad de acción a los seguidores de Cristo, ordenando la devolución a los cristianos de todas las propiedades confiscadas y reconociendo su existencia corporativa. El texto del edicto se ha perdido, pero no hay duda de que con él se inició una nueva etapa en la historia de la humanidad. Sin embargo, aparte del alivio inmediato que el decreto aportó a los cristianos, lo cierto es que los resultados inmediatos no fueron espectaculares.

Constantino continuó siendo el *Pontifex Maximus* y la religión pagana persistió. No hay duda de que el cristianismo, situado en pie de igualdad con las otras religiones, debía superarlas netamente, pero de momento las dificultades de expansión eran considerables, pues los cristianos eran numéricamente escasos dentro del conjunto de la población.

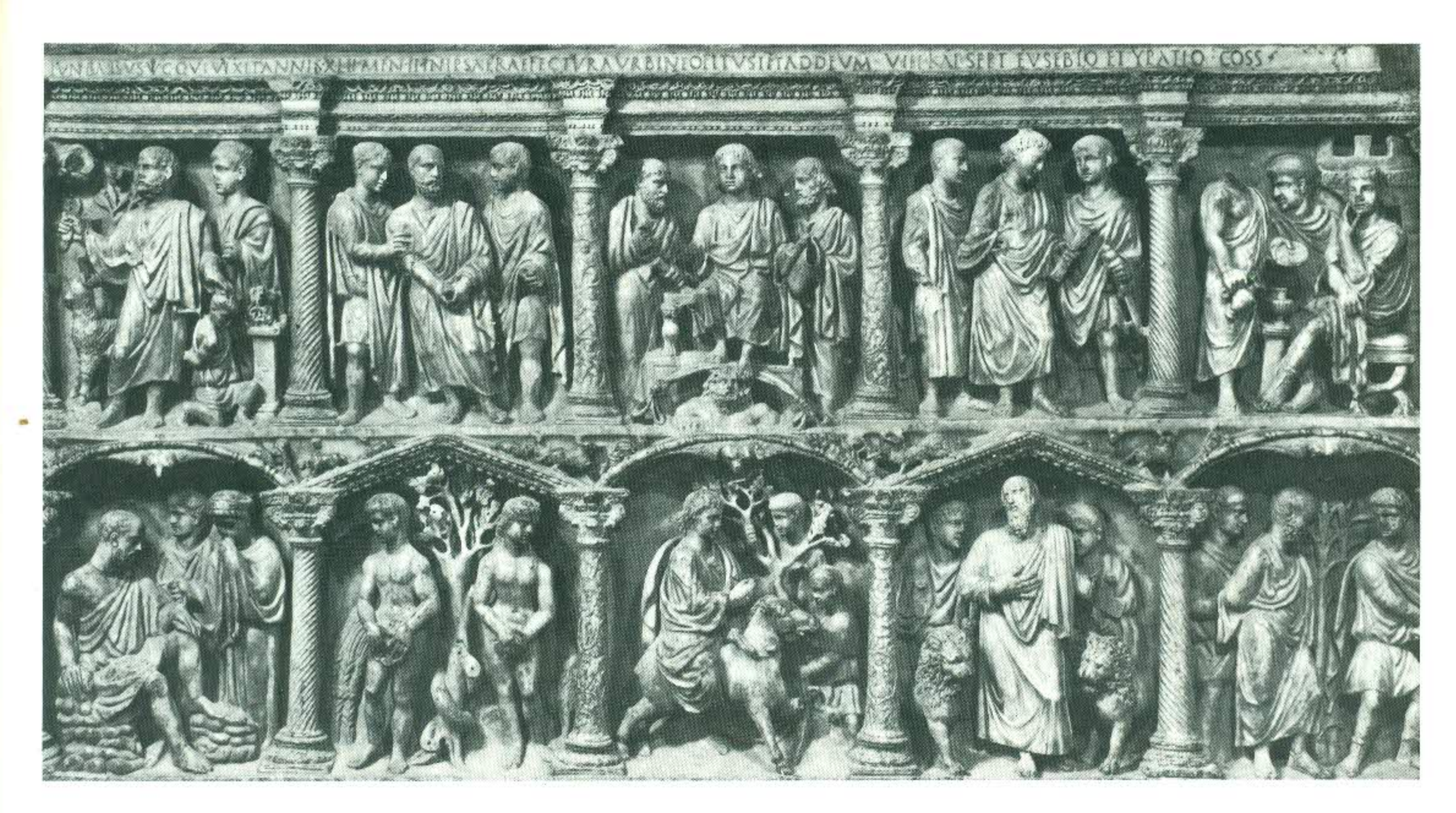
Los cristianos no solamente habían sobrevivido a la represión física, sino también a las feroces críticas de eruditos y especialistas que sometieron sus creencias a sarcásticos juicios, intentando ridiculizarlas públicamente. Celso fue uno de los primeros en escribir contra el cristianismo, en el año 180, con su *Discurso de la verdad,* pero más perjudicial fue el trabajo posterior de un sirio helenizado, llamado Porfirio (aproximadamente 233-305), alumno del filósofo alejandrino Plotino. Su obra, *Contra la cristiandad,* publicada en el año 270, ha sido reconocida como el más extenso y documentado trabajo de crítica anticristiana de la Antigüedad. Debido a que los trabajos de Celso y de los otros autores que atacaron la nueva religión, fueron destruidos, solamente se conocen extractos y referencias de ellos a través de las anotaciones de sus oponentes cristianos.

El totalitarismo imperial

Se cree que Diocleciano consumió los últimos días de su existencia en el gran palacio de Salona, en la costa dálmata, en el año 313, acongojado por el fatal destino de su familia y por el colapso de los ambiciosos planes que legara a sus sucesores para el gobierno del Imperio. A pesar de todo, Constantino los llevó parcialmente a término, aunque en otros aspectos fue mucho más lejos. El mando del Imperio estaba todavía dividido entre dos hombres, Constantino y Licinio, situación que culminó con la derrota y muerte del segundo en el año 324. El gobierno de Constantino se orientalizó en lo referente a la ostentación y lujo de la corte. Por otra parte, la fe del pueblo en los emperadores se había quebrado, a pesar de los solemnes juramentos de lealtad de los súbditos, pues los portadores del título *Pontifex Maximus* eran depuestos o asesinados —antes de subir al poder Diocleciano— con una regularidad tal que nadie podía creer ya en la impronta divina del emperador. Constantino, consciente de la pérdida de autoridad y credibilidad del cargo, se rodeó de una majestuosidad y una pompa difícilmente comparables con otros momentos del Imperio. Pretendía dotar a su persona de una prestancia que despertara respeto y temor.

De hecho, el culto al emperador —considerado como una deidad— que implantara Octavio Augusto influenciado por la tradición dominante en los territorios orientales —asiáticos— del Imperio, se convirtió en un rasgo embarazoso para sus sucesores. Nerón lo disfrutó, y Calígula y Domiciano lo exigieron.

Constantino, que no renunció a ninguno de los pomposos títulos imperiales, no podía, como cristiano, aceptar honores que le equiparasen con Dios, aunque sus súbditos paganos le ofrecían sus respetos en tal sentido. Más bien, el nuevo emperador consideró que estaba bajo protección divina, sentando así las bases de una tradición que perviviría largo tiempo: la teoría de que los reyes desempeñaban un mandato de origen divino. Con ello, los emperadores siguientes se alejarían de las realidades de la vida común. Quedaban ya lejos los tiempos en que Trajano, Adriano y Marco Aurelio compartían la comida y las vicisitudes de sus soldados. La burocracia, ya poderosa, se desarrolló aún más, transformándose en un infranqueable muro entre el soberano y los súbditos. Surgieron las especialidades de trabajos civiles y militares, suprimiéndose la posibilidad de que —tal como ocurría en la República— una misma persona desempeñara cargos de uno u otro tipo. Diocleciano había impuesto ya una estricta separación entre la autoridad civil y la militar,



como parte de sus esfuerzos para reducir la posibilidad de rebeliones.

Bajo el reinado de Constantino algunos miembros del consejo privado regían los vastos dominios imperiales. Otros, se dedicaban a proyectar leyes. Un maestro de oficios controlaba el servicio civil, los archivos y registros imperiales, así como el armamento y equipo de los arsenales y de la guardia imperial. A veces, podía también desempeñar la jefatura de la policía secreta o de los servicios secretos del emperador. Sus espías y confidentes estaban diseminados por doquier. Eran gentes más siniestras y dañinas que los criminales que a menudo desenmascaraban. La labor de los aduladores y confidentes promovió la persecución del emperador contra enemigos invisibles o inocentes, institucionalizándose como una trágica «profesión» excelentemente recompensada.

En los inicios de la República el pretor era un hombre respetado, pues era a la vez juez e intérprete de la ley, y aplicaba los procedimientos legalistas. En las postrimerías del Imperio, tres o cuatro prefectos desempeñaban aquellas funciones, extendidas a toda Italia, Galia, Asia y la zona de los Balcanes. Con Constantino, cada prefecto controlaba una diócesis —en total doce—, ayudados por vicarios, jerárquicamente superiores a los gobernadores de las ciento veinte provincias en que fue subdividido el Imperio. El gobierno local continuó, al menos nominalmente, actuando en todas las grandes urbes, en las que existía un Consejo de la Ciudad o Senado, con oficiales locales, denominados decuriones o curiales. Una densa trama burocrática dominaba la existencia de los habitantes urbanos. No ocurría lo mismo en la mayoría de distritos rurales. Sin embargo, los procuradores que dirigían las extensas propiedades imperiales, así como los mayordomos y alguaciles de las grandes propiedades privadas, estaban sujetos a controles estrictos, para evitar que se lucrasen. En resumen, el ciudadano del Imperio, o *humiliore* estaba indefenso frente a la tupida red burocrática.

La República romana había heredado de los griegos el criterio de que la política era el arte supremo de todas las funciones estatales. Y la política se identificaba con la ley. Y ésta era la máxima expresión de la cordura y el buen sentido colectivo. El gobierno de la ley finalizó en Roma cuando, en el siglo III, se implantó el despótico criterio de que «los deseos del emperador tienen fuerza de ley». La legalidad de la República se había hundido. Tanto Sila como César hicieron todo lo posible para preparar el camino a Octavio Augusto, y éste, inicialmente, se autoproclamó *Princeps* como forma de enmascarar la realidad de su poder absoluto. Cínicamente, acostumbraba a afirmar: «Aunque mi rango y poder es superior al de cualquier otro romano, ellos me han sido concedidos por mis colegas, y en este sentido soy el primero entre unos iguales». Tiberio mantuvo la perspicaz divisa, aclarando algunos extremos: «Yo soy *Dominus* para mis esclavos; *Imperator* para mis soldados, y *Princeps* para el resto de los súbditos».

Arriba, detalle del sarcófago de Junio Basco, prefecto de Roma, que escenifica la entronización de Jesús como señor del universo, en el año 359. (Basilica Vaticana, Roma.)

Página anterior, sarcófago del Buen Pastor, del siglo IV. La escultura cristiana de los primeros siglos está documentada con una abundante serie de sarcófagos con relieves, según el modo helénico, ya muy difundido en el arte romano. (Musei Lateranensi, Roma.)



Constantino I el Grande reinó entre los años 324 y 337, después de destruir el ejército de Licinio en Adrianópolis y Crisópolis, poniendo fin a la dualidad de emperadores. En homenaje al nuevo emperador absoluto, la ciudad de Bizancio, que comenzaba a cobrar importancia como centro político, tomó el nombre de Constantinopla, convirtiéndose en la capital cristiana del Imperio. Con ello se creó una contraposición religiosa y geográfica: Roma representaba la tradición pagana; Constantinopla la nueva religión cristiana.

Ya hemos señalado anteriormente que Constantino llevó a término parte de las ideas renovadoras de Diocleciano. Pero desde el punto de vista de la filosofía política, lo más importante es que el nuevo emperador institucionalizó el absolutismo.

Un cuadro global de las reformas de Constantino, que completa las referencias que se han anticipado anteriormente, merece un análisis más amplio. El Imperio quedó definitivamente dividido en cuatro administraciones o prefecturas: Oriente, con capital en Constantinopla; Iliria, con capital en Sirmio; Italia, con capital en Milán; y Galia, con capital en Tréveris. A su vez, estas cuatro prefecturas estaban subdivididas en 14 diócesis y 117 provincias. Sin embargo, ello no significaba que Roma fuera relegada como centro del Imperio. Al contrario, siguió siendo la capital del mismo, sede temporal del emperador y de las instituciones políticas centrales.

El ejército fue sometido a una profunda reforma con el objetivo de acabar con la corrupción y el intervencionismo en política. El grueso central quedó constituido por 75 legiones, en las cuales se encuadraron casi un millón de soldados, con tres niveles de especialidad: guardia imperial, guarniciones fronterizas y divisiones de campaña.

El Consejo de la Corona, o consejo privado, quedó establecido del modo siguiente: el ministro de la cancillería, o *Magister Officiorum;* el ministro de justicia o *Quaestor Sacri Palatii;* el gran chambelán o *Praepositus Sacri Cubiculi;* el ministro de hacienda o *Comes Sacrarum Largitionum,* y el ministro del tesoro real o *Comes Rerum Privatarum.* Es obvia la importancia que se concedía a la economía, pues de los cinco máximos cargos, dos estaban relacionados con ella. Asimismo, es necesario resaltar el carácter mítico impreso en los nombres de la mayoría de tales cargos, tan próximos al emperador, caracterizados por el uso de la palabra «sagrado».

Por su parte, el Senado, tanto el de Roma como el que operaba en Constantinopla —duplicidad resultante de la dualidad de poderes establecida por Diocleciano—, se transformó en el Consejo de la Ciudad. El poder civil y el militar fueron totalmente deslindados, poniendo fin a uno de los rasgos característicos de Roma desde su fundación.

Se sentaron los fundamentos de un nuevo tipo de sociedad estamental, conformando una estratificación social de poderosas repercusiones futuras. Los jefes de oficio debían ser obligatoriamente sucedidos por sus hijos, y si morían sin descendencia, su trabajo tenía que ser reasumido por sus colegas de profesión. Y en lo referente a la fiscalía del Estado, se unificaron los impuestos en uno solo de carácter territorial que debía ser pagado individualmente. Cabe señalar que el nuevo impuesto era realmente una pesada carga para los súbditos del emperador.

La trama burocrática que asumió el control del Estado se fue corrompiendo progresivamente, y se transformó en un instrumento de opresión contra el pueblo.

El ascenso del cristianismo

En aquella coyuntura, los obispos cristianos y sus auxiliares, los presbíteros, hallaron unas circunstancias propicias para extender su influencia. Ellos estaban al margen de la tremenda máquina burocrática estatal, que el pueblo comenzaba a odiar y a identificar como su enemigo fundamental. Después de la adopción definitiva del cristianismo como religión oficial del Estado y del emperador, los obispos y la clerecía en general iniciaron una labor progresiva dirigida a promover conductas de lealtad y obediencia hacia el Estado, de manera que los propios emperadores sintieron el peso de la autoridad espiritual de la Iglesia.

Mientras tanto, aparte de su capacidad de consuelo espiritual, la Iglesia cristiana se convirtió en la salvación de las gentes que se sentían oprimidas. Por ejemplo, en Egipto, donde la opresión burocrática se combinó con una profunda crisis económica, el credo cristiano generó nuevas actitudes y conductas en miles de personas, que se convirtieron en los depositarios de

los valores culturales que ahora difundía el Imperio romano.

Un aldeano egipcio llamado Antonio (250-356 aproximadamente), después de quince años de servir a la Iglesia como novicio, marchó a vivir a un pequeño fortín en desuso, donde permaneció en solitario durante veinte años, llevando una existencia ascética. Su ejemplo atrajo a otros individuos, que quisieron compartir aquel tipo de vida. La imitación masiva de aquella conducta originó la configuración de comunidades en ermitas, que compartían sus quehaceres religiosos con una primitiva economía, limitada a la mera subsistencia. Pacomio (aproximadamente 290-345) fue otro asceta que fundó una comunidad con unas reglas internas más rígidas. Sus seguidores habitaban en edificios propios y estaban sujetos a una estricta regla, obligándose a la lectura cotidiana de las Sagradas Escrituras y al desempeño de servicios religiosos diarios, naciendo así los primeros monjes. Igualmente se organizaron retiros similares para mujeres. En este movimiento global radica el origen de los monasterios, que tan gran desarrollo habrían de tener en la Edad Media como sede de las famosas órdenes religiosas.

A finales del siglo IV, en Italia, se edificaron numerosos monasterios y conventos, para albergar respectivamente a religiosos y religosas. A pesar de las grandes dificultades existentes, la Iglesia cristiana fue progresando. Fueron muchos los patricios que durante la última etapa del Imperio romano cedían, al morir, sus bienes a la Iglesia cristiana que, legalizada por Constantino, pudo organizarse como institución, creando una administración propia. Algunos de los legados recibidos por la Iglesia fueron grandes propiedades, extensiones de terreno con enormes mansiones rodeadas de jardines, que los dirigentes cristianos destinaron a lugar de recogimiento, pues estaban generalmente rodeadas de un ambiente silencioso que inspiraba mayores posibilidades de acercamiento a Dios. Allí, monjes y monjas podían desarrollar una existencia menos problemática que hasta entonces. Compartie-

Página anterior, basílica empezada por Majencio y acabada por Constantino en Roma (308-313 después de Cristo). El término basílica, que en Atenas indicaba la casa del basileus, el arconte rey, pasó a designar en Roma a la sede del tribunal y lugar de reunión y contratación, hasta que llegó a denominar los primeros templos cristianos porque se inspiraron en la arquitectura de las basílicas civiles romanas.

EL SIGLO III Y EL DECLIVE DEL IMPERIO ROMANO (193-395 d.C.)

Año	Roma: política interior	Roma: política exterior	Roma: cultura	Resto del mundo
193	Septimio Severo, emperador	Anexión de Mesopotamia		
200	Caracalla, emperador Edicto sobre el derecho de ciudadanía	Campañas en Britania Paz con los partos	Arco de Septimio Severo Termas de Caracalla Muerte de Tertuliano	Nacimiento de Mani Fin de la dinastía parta
225	Anarquía militar Milenario de Roma	Primera guerra persa Segunda guerra persa	Plotino enseña en Roma	Los sasánidas ascienden al poder Acceso al poder de Sapor I
250	Edicto sobre la tolerancia cívica Aureliano, emperador	Valeriano prisionero de los persas Caída de Palmira	Murallas de Aureliano en Roma San Antonio en el desierto	Invasión de los godos Invasión de los alamanes
275	Diocleciano, emperador	Tratado con Persia	Puerta Negra en Tréveris Termas de Diocleciano	Francos salios en los Países Bajos
300	Persecución de Diocleciano contra los cristianos Constantino el Grande Edicto de Milán		Basílica de Majencio Arco de Constantino en Roma Concilio de Nicea	Reinado de Sapor II
325	Constantinopla, capital del Imperio Muerte de Constantino Reinado de los hijos de Constantino	Victoria sobre los godos Guerra persa	Grandes construcciones en Constantinopla	
350	Juliano, emperador Valentiniano y Valente, emperadores	Invasión de los alamanes en las Galias		Francos en las Galias
375 395	Teodosio, emperador Desmembramiento del Imperio	Derrota en Adrianópolis Tratado con Persia		Reinado de Sapor III



ron su ideario religioso con el trabajo en las tierras, de donde obtenían los alimentos necesarios para su subsistencia y a menudo disponían de excedentes, que podían intercambiar en los mercados o bien distribuir entre los pobres. Cuando enfermaban, los otros monjes cuidaban de velar por la salud del paciente, y al entrar en la vejez eran objeto de especiales cuidados por los miembros más jóvenes de la congregación.

El hecho de que hubiera un suministro asegurado del alimento, así como una seguridad en la enfermedad y la vejez —rasgos que caracterizaban desde un punto de vista material a los monasterios y conventos—, no significa que las gentes se adscribieran a tal tipo de vida impulsados por el egoísmo. Es decir, el monasterio no debió su éxito solamente a las ventajas materiales que ofrecía. Quizá hubo personas que buscaban fundamentalmente aquella seguridad, pero sabían que si eran admitidos tendrían que observar las rigurosas normas de la vida austera a imagen y semejanza de la que vivieron los primeros fundadores. El ascetismo, el misticismo y el fervor religioso fueron las cualidades esenciales de la vida monástica, y nadie que viviera en estas normas podía aprovecharse de modo oportunista. Los que así lo hacían y eran detectados, automáticamente eran expulsados. Los ayunos, la oración casi permanente, el despertar temprano, la lectura religiosa, la observancia de las festividades de la Iglesia, y la constante disposición a servir a los demás, imponían una existencia a la que los romanos no estaban acostumbrados. Éstos, ya desde los primeros días de la República, eran un pueblo con unas costumbres prácticamente opuestas a las que configuraban la vida monacal, pues aquí el predominio de lo material y lo corpóreo era reemplazado por la creencia en lo espiritual y lo sobrenatural. Por ello, muchos de los que decidían incorporarse al nuevo tipo de vida renunciaban a una existencia fácil y acomodada, a la acumulación de riqueza, a los servidores y la mayordomía, al placer de las termas, a los terribles espectáculos de las arenas, a las carreras de cuádrigas y a los fastuosos festines que seguían a las mismas.

Nada mejor que la institución monástica explica el tránsito del munto antiguo al mundo medieval, pues el nacimiento del monasterio implicó un cambio radical de valores culturales. La convicción religiosa y los valores éticos de la religión impulsaron a miles de personas a organizarse en torno a la vida monacal, y durante el siglo IV, el número de personas que intentaron adscribirse a aquella forma de vida fue tan masivo que las autoridades imperiales tuvieron que tomar medidas, pues la vida civil exigía que una parte de la población realizara el trabajo necesario para que la economía del Imperio no se viera en peligro.

Es necesario señalar que los monjes no pagaban impuestos. Sus necesidades de comida, vestido y utensilios de uso cotidiano eran cubiertas por ellos mismos. Así, cuando se producían períodos de hambre entre la población, no afectaban a la vida del monasterio, que era una unidad espiritual y económica autosuficiente. Hasta tal punto esto fue así, que los monjes estaban exentos de cumplir con los deberes militares, en una época de constantes amenazas para el Imperio.

La herejía arriana

Durante el reinado de Constantino, la expansión del cristianismo y sus consecuencias no representaron una excesiva preocupación. Preocupaban más los problemas propiamente espirituales, y ciertas discrepancias que se manifestaban en el seno de la doctrina cristiana. Aproximadamente en el año 318, un sacerdote egipcio llamado Arrio elaboró una recomposición del ideario cristiano de manera que la personalidad de Cristo quedaba subordinada respecto a la de Dios Padre. Se generó así la herejía arriana, la cual promovió tal distorsión y oposiciones tan radicales, que el emperador Constantino convocó el primero de una larga serie de consejos eclesiásticos, los llamados «concilios». En el año 325, cerca de trescientos obispos se reunieron en Nicea, Bitinia, para discutir y resolver la problemática generada por las tesis de Arrio.

El propio Constantino intervino en la cuestión, aportando una solución que fue aceptada por la mayoría. Su fórmula, simple y escueta, era la de que Dios Padre y Dios Hijo eran la «misma sustancia» *(homusio)*. Algunos sectores cristianos hubieran preferido el concepto «sustancia semejante», pero la interpretación del emperador tuvo éxito y fue asumida oficialmente.

El patriarca Atanasio se sintió satisfecho. Arrio y sus seguidores fueron condenados al exilio, y sus escritos destruidos. Aquellos que se resistieron, fueron ejecutados.

Casi simultáneamente, el emperador Constantino prohibía los sacrificios de cualquier tipo, despojando a los templos paganos de sus riquezas en oro y plata, confiscando sus propiedades, y suspendiendo asimismo los espectáculos sangrientos en las arenas. Era una ruptura con el pasado. Con el oro obtenido pudo acuñar moneda, creando un patrón que perduró hasta el siglo XI.

En el año 326, Constantino abandonó Roma definitivamente. Pasó el tiempo viajando por las provincias, y cambió su residencia a Constantinopla, ciudad que le fue dedicada en el año 330. El control político, militar y administrativo del Imperio y las controversias religiosas le mantuvieron absolutamente ocupado. De nuevo, reapareció Arrio, tratando, por medio del emperador, de que el patriarca Atanasio le devolviera su antigua dignidad eclesiástica. Constantino lo solicitó así a Atanasio, pero éste rehusó. Posteriormente, en el año 336, el emperador ordenó el destierro del patriarca. Poco después moría Arrio, pero su herejía permaneció, y la controversia se reprodujo con mayor fuerza. En la coyuntura caracterizada por el feroz enfrentamiento entre cristianos ortodoxos y arrianos, en el año 337, falleció el emperador, quien recibió el bautismo poco antes de expirar. Esta postrera acción era un homenaje a aquella religión, el cristianismo, que había sido para él un verdadero talismán.

Poco podía imaginar Constantino las enormes repercusiones que tendría para el futuro de la humanidad su decisión de oficializar la religión cristiana.



Arriba, relieve del Arco de Constantino, erigido en Roma para conmemorar sus victorias. La escena muestra a Constantino dirigiéndose al pueblo en el foro; las figuras que le rodean representan a antiguos emperadores.

Abajo, camafeo con el emperador Constantino II (316-340) y su esposa. (Collections Rothschild, París.)

Los sucesores de Constantino

Sin embargo, el escaso valor que el cristianismo poseía para quienes buscaban afanosamente el poder, se hizo patente inmediatamente después de la muerte del emperador. Para facilitar el acceso al poder de los tres hijos del emperador, Constantino, Constancio y Constante, los soldados asesinaron a la familia imperial.

Suprimidos los posibles rivales, el conflicto estalló rápidamente entre los tres hermanos. El primogénito gobernó el sector occidental del Imperio asumiendo el nombre de Constantino II. En el año 340 organizó un gran ejército para eliminar del Imperio a su joven hermano Constante, gobernador en Italia e Iliria, pero perdió la vida en el intento. Por su parte, Constante, que asumió la herencia de su fallecido hermano, tuvo que afrontar urgentemente la invasión de los francos en Galia y la de los pictos y escoceses en Britania.

Mientras tanto, el otro hermano, Constancio, que gobernaba el sector oriental de Imperio, tenía graves problemas con los persas cuando se enteró de que su hermano Constante había muerto durante un enfrentamiento con las hordas germánicas. Rápidamente, Constancio firmó un tratado de paz con los persas y se dirigió a las Galias, donde derrotó a las fuerzas bárbaras en el año 351.

La victoria sobre los bárbaros fue, sin embargo, onerosa. Constancio perdió en ella más de cincuenta mil soldados, debilitándose así radicalmente las defensas del Imperio, y responsabilizó del desastre a su primo, al que mandó ejecutar. En cambio, su otro primo, Juliano, mostraba una inteligencia y una capacidad militar y política que interesaron al emperador. Después de agotadores combates, en el año 356, Juliano reconquistó Colonia, asolada y destruida por los francos el año anterior. Luego, en el año 357, se le concedió el mando supremo de la Galia, donde afrontó con éxito una oleada de invasiones, y consiguió además penetrar en Germania, logrando la sumisión de numerosas tribus. Hacia el año 359 Juliano controlaba la totalidad de los territorios del Rhin. En su gestión como gobernador de la Galia procuró reducir el enorme peso de los impuestos sobre la población. Sorprendentemente, en el año 361 Juliano renunció a la religión cristiana y declaró la guerra a Constancio II, situado en las fronteras orientales de Imperio, donde los persas habían roto la tregua y acosaban de nuevo. Por su parte, Constancio no era un hombre popular entre el pueblo, ni bien considerado por la Iglesia. Era cruel e intolerante, sumido en una psicosis de conjuras y abrumado por una cohorte de aduladores. Murió súbitamente en el año 361, con lo que se evitó la guerra civil. Juliano asumió la máxima dignidad imperial.

Por segunda vez en su historia, el Imperio romano tuvo un emperador en el que convergían la capacidad militar, el buen criterio administrativo y una considerable cultura. Fue un soldado, un político y un filósofo. El nuevo emperador puso fin a varios de los peores abusos y lacras que



dominaban la corte de Constantinopla, antes de reanudar el tradicional conflicto con los persas. Rápidamente, restauró los ritos paganos, reabriendo sus templos y reduciendo los privilegios que gozaban los cristianos. Aunque él personalmente nunca ordenó perseguir a éstos, otros lo hicieron. De hecho, Juliano toleró todas las religiones, pero para ayudar a los paganos les restituyó sus antiguas propiedades, requisadas en tiempos de Constantino, por lo que los santuarios cristianos tuvieron que ser desalojados. Por otra parte, se interesó por la controversia existente en el seno del cristianismo con la heregía arriana, y decidió tolerar la existencia de los seguidores de ésta.

Debido a ello, se granjeó la animadversión de la Iglesia, que le llamó «el Apóstata». En el año 363, Juliano abandonó Constantinopla al frente de un poderoso ejército. Cruzó el río Éufrates, y después de diversos éxitos militares, murió a causa de las heridas recibidas durante una de las batallas. El ejército romano quedó cercado, y Joviano, el sucesor de Juliano, para poder rescatarlo sin graves pérdidas, tuvo que ceder ante los persas un conjunto de onerosas concesiones, entre las cuales figuraba la pérdida de Armenia y la de cinco provincias situadas allende el río Tigris.

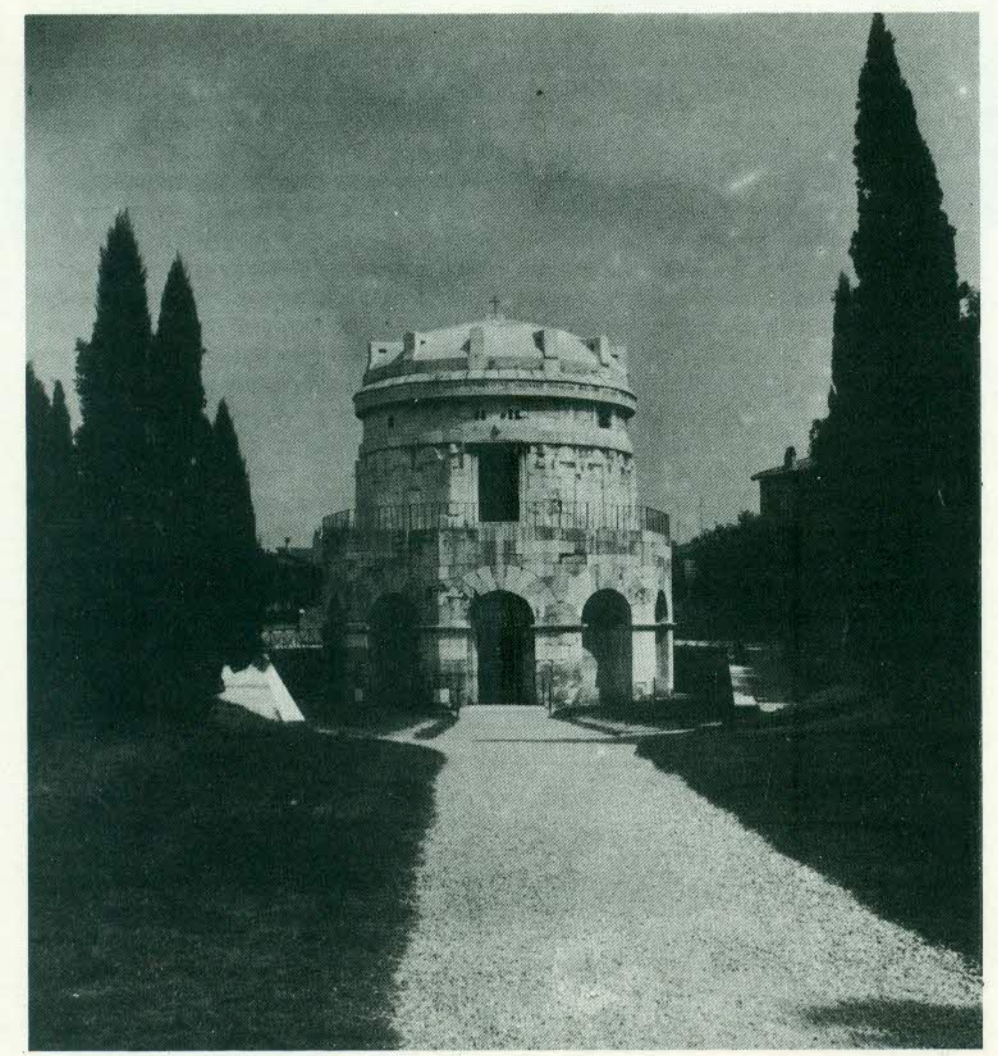
Joviano murió repentinamente en el año 364, sucediéndole en Occidente, Valentiniano I (364-375), y en Oriente, Valente (364-378). A partir de ese momento las amenazas contra las fronteras septentrionales y orientales del Imperio aumentaron sin cesar. En el año 360 un conjunto de tribus mongólicas, los hunos, provenientes de Asia central, cruzaban el río Dniester e irrumpían en el corazón de Europa, sembrando la muerte y la destrucción.

Las invasiones bárbaras

Ni los ostrogodos, visigodos, vándalos suevos o alanos, pudieron compararse a los hunos en cuanto a crueldad. Tan grande era el temor que suscitaba la amenaza de los hunos, que muchos pueblos germánicos, siempre hostiles a Roma, llegaron a clamar protección, deseando ser incluidos en el Imperio como provincia. Valente autorizó a miles de ellos a penetrar en territorio imperial en el año 375. En cambio, Valentiniano I los mantuvo a







Arriba, izquierda, moneda (parte central) con la efigie de Teodosio el Grande (hacia 347-395), el emperador que reconoció la autoridad del obispo de Roma y persiguió a la herejía arriana. (Freer Gallery, Washington.)

Arriba, derecha, Arcadio (hacia 377-408), hijo y sucesor de Teodosio I para el gobierno de la parte oriental del imperio; la occidental le correspondió a su hermano Flavio Honorio. (Museo Arqueológico, Estambul.)

Abajo, mausoleo de Teodorico (hacia 454-526) en Ravena. Teodorico el Grande fue el fundador de la monarquía ostrogoda (471), y proclamado por sus tropas rey de Italia al vencer y matar a Odoacro (493).

Página anterior, escudo de ceremonia de Teodosio el Grande. (Römisch-Germanisches Zentralmuseum, Maguncia).



③

raya, pues los problemas que creaban en Britania los pictos y escotos desde el norte, y los sajones y francos por el litoral, le involucraron en una lucha desesperada. En el año 368 el emperador envió a Britania a su mejor general, Teodosio, quien después de una intensa campaña pudo expulsar a los invasores, restaurar la muralla de Adriano y restablecer la tranquilidad. Valentiniano, tras una batalla con los sármatas que se tradujo en una espantosa carnicería, murió de un ataque de apoplejía en el año 375. Le sucedió su hijo Graciano como emperador en Occidente, quien aceptó como coemperador a un hermano menor, Valentiniano II, apoyado por el ejército de Iliria.

En el año 378 los visigodos, que huyendo de los hunos habían sido admitidos en las fronteras imperiales, se sentían tan oprimidos y escarnecidos que se sublevaron. Sus fuerzas derrotaron al emperador oriental Valente, en la batalla de Adrianópolis, antes de que llegaran las tropas que comandaba Graciano. Éste, supremo árbitro de la situación en todo el Imperio, en el año 379 nombró emperador de Oriente a Teodosio, hijo del célebre general que restaurara el orden en Britania unos años atrás. Teodosio reorganizó sus ejércitos y derrotó a los visigodos, pero la imposibilidad de echarles fuera del Imperio indujo a los emperadores romanos a aceptarles definitivamente, permitiéndoles que se instalaran al sur del Danubio, en Panonia y Mesia. Esto era una clara muestra de declive, pero permitió a los emperadores una tregua en la profunda agitación de aquella coyuntura histórica. A partir de esta actitud frente a los visigodos, el Imperio romano entró en un largo y progresivo proceso de desintegración.

Visto desde Roma, el proceso fue terrible. Una agonía que presagiaba una muerte ineluctable. En cambio, para las tribus nómadas del norte y el este del Imperio, era la aurora de una vida mejor. Entraron en contacto con una civilización abundante en comida y bebida donde había mano de obra sometida de por vida a servidumbre, y ciudades bien construidas, con palacios y cuarteles en donde poder pernoctar confortablemente. Asimismo era una tierra de extrañas costumbres, en donde podían bañarse en termas especiales diariamente, pudiéndose relacionar, si así lo deseaban, con gentes de cultura y costumbres refinadas, incluso sofisticadas, cuyos antepasados habían confinado a sus propios antecesores bárbaros más allá de las fronteras, al otro lado del Rhin y el Danubio.

Mientras estos cambios operaban lenta pero progresivamente, Roma reclutaba más y más bárbaros para repoblar las filas de sus legiones, e incluso muchos de estos bárbaros llegaron a asumir mandos de importancia, demostrando tanta inteligencia militar como los mejores generales romanos.







Es difícil elaborar un criterio acerca de la causa que impidió a Roma el autoabastecimiento de soldados entre los propios romanos. No hay datos estadísticos fiables sobre la demografía de la época, pero lo cierto es que los romanos fueron incapaces de reorganizar un ejército del modo que lo hiciera Mario, cuando con un conjunto de tropas reducido, pero muy eficaz, derrotó estrepitosamente al inmenso ejército teutón en el año 102 antes de Cristo. Probablemente, la causa no era nueva: el tipo de vida romana, basado en el lujo y la desidia, y en el ansia por presenciar los espantosos espectáculos de las arenas, había hecho de los romanos unos seres ineptos para la guerra. Se generalizó la idea de que la violencia, ya fuera en el circo o en el campo de batalla, era una función exclusiva de esclavos y criminales. Su moral y su voluntad habían desaparecido totalmente.

Las explicaciones que sitúan al cristianismo, con su mensaje de paz, como factor de la incapacidad romana para alimentar de soldados a sus legiones, sólo aclaran parcialmente el hecho, pues muchos soldados, y sobre todo numerosos oficiales, eran ya cristianos. Eran gentes deseosas de combatir contra las tribus invasoras paganas, pues de todas ellas sólo los godos habían asumido el ideario cristiano, cuando uno de sus jefes, Ulfila (310-381), se convirtió al cristianismo en Constantinopla, extendiendo el Evangelio entre su pueblo. Él fue quien ordenó la primera traducción del Nuevo Testamento al gótico, inventando para ello una grafía nueva.

Sin embargo, el cristianismo fracasó en un objetivo de vincular moral y socialmente entre sí a todos aquellos que se adscribieron a su doctrina. El propio Ulfila expandió la herejía arriana, y dentro de la propia comunidad cristiana habían divergencias y conflictos. De hecho, la intole-

Izquierda, arriba, monedas visigóticas de oro. La superior muestra el reverso de un triente de Leovigildo; la inferior, el anverso de un triente de Recaredo. (Gabinet de Numismàtica, Barcelona.)

Izquierda, abajo, medalla de oro de Constantino II, acuñada en Antioquía, Turquía, a mediados del siglo IV después de Cristo.

Derecha, el emperador Justiniano I (482-565) en un detalle del mosaico de San Vital (Rávena).

Página anterior, izquierda, sólido de oro de Honorio (384-423), de la ceca de Rávena. (Palazzo Rosso, Gabinetto Numismatico, Génova.)

Página anterior, derecha, hoja del llamado Breviario de Alarico; *recopilación de leyes romanas completada en el 506 por el rey visigodo Alarico II. (Bibliothèque Nationale, París.)*

rancia y el absolutismo que dominaban en el campo de la política se extendieron también al terreno religioso, con el lamentable resultado de la elaboración, por los cristianos, de una dogmática teológica extraída de determinadas versiones de los antiguos libros sagrados. Una doctrina, cuyo objetivo esencial era la caridad y el amor al prójimo, produjo paradójicamente feroces disensiones entre las distintas interpretaciones de sus principios, todas ellas incapaces de ser verificadas por su contenido mítico. Como decía el antiguo refrán pagano, la religión «podía ser inductora de comportamientos nefastos».

Mientras, la vida en Roma seguía su ritmo decadente. Continuaron las largas estancias de los privilegiados en las termas, así como las carreras de cuádrigas, y se reactivaron los espantosos espectáculos de las arenas, donde los enfrentamientos entre hombres fueron sustituidos por el enfrentamiento entre animales. Paradójicamente, los poetas cantaban sobre el «luminoso porvenir de Roma».



El derrumbe del Imperio

Aunque el colapso de la resistencia romana frente a las innumerables invasiones

bárbaras era una realidad incontestable, hasta el año 400 las principales causas de la debilidad del Imperio fueron las pestes, las guerras civiles y el caos administrativo. En lugar de centrar su atención sobre los bárbaros, los jefes militares se dedicaban a combatirse entre sí, malgastando vidas humanas y material imprescindible para el combate contra los enemigos reales. Esto resquebrajó la moral de los soldados y extendió el desánimo. Todo legionario realizaba un juramento solemne de lealtad y devoción personal al emperador, al igual que los senadores, repitiendo una y otra vez proclamas de fidelidad. Pero, ni legionarios ni senadores cumplían en la práctica sus juramentos, pues sólo procuraban la obtención de privilegios y beneficios personales. Su adhesión al emperador era una formalidad. La deserción frente al deber era un fenómeno en gran escala. La ambición personal diluía todo vínculo comunitario.

En el año 380, mediante el «Edicto de Tesalónica», se decretó la prohibición del arrianismo en Oriente, y la doctrina ortodoxa de Atanasio fue convertida en «religión del Estado». Nacía así el catolicismo. En el año 383, Magno Máximo abandonó su destino en Britania y se dirigió con sus tropas a Roma, con el objetivo de tomar la ciudad y conquistar el poder. Graciano, el emperador de Occidente, murió luchando contra el usurpador, que finalmente fue vencido por el emperador de Oriente, Teodosio, en la batalla de Aquileya, en el año 388. En el Imperio de Occidente, Valentiniano II tomó el poder de acuerdo con Teodosio, pero en el año 392 fue asesinado por Arbogasto, un general franco al servicio de Teodosio, sucediéndole Eugenio, quien promulgó la reanudación de los cultos paganos.

En el año 394, durante una incursión contra los bárbaros, el emperador occidental murió, y Teodosio, llamado ahora «el Grande», quedó como único soberano del Imperio.

Teodosio falleció en el año 395, dejando a sus hijos un Imperio amenazado y reducido. Arcadio heredó el Imperio de Oriente y Honorio el de Occidente. A partir de esta coyuntura histórica, el porvenir de ambos imperios se disoció. El Imperio de Oriente, con capital en Constantinopla, sobrevivió durante mil años más. El de Occidente, mal gobernado desde Rávena, entró en un proceso de rápida erosión y declive.

Cuando los legionarios disponían de un jefe hábil, todavía se sentían capaces de obtener importantes victorias. Así, Estilicón (aproximadamente 359-408) resistió magistralmente frente a los aguerridos godos de Alarico. Pero el general romano no estaba en la Galia cuando los alanos, suevos y vándalos cruzaron violentamente el Rhin en el año 406, para extenderse rápidamente por el territorio, destruyendo todo lo que hallaban a su paso.

Estilicón, hombre de origen vándalo, fue entonces asesinado por instigación de nobles romanos, en un ataque de confuso revanchismo. Fue un error. Prescindir de un soldado como Estilicón era un lujo que Roma no podía permitirse. Aprovechando la discordia y la confusión, Alarico invadió Italia en el año 410 y se situó ante la ciudad de Roma. En un aciago día del mes de agosto, la capital romana, preservada de toda invasión exterior durante más de ochocientos años, fue tomada y saqueada por las tropas del caudillo visigodo. Muchos ciudadanos patricios fueron deportados y esclavizados. Cuando la terrible noticia se expandió, el mundo romano se sintió consternado.

Arriba, detalle de un mosaico que representa a Teodora (501-548), emperatriz de Bizancio por su matrimonio (527) con el emperador Justiniano. (Iglesia de San Vital, Rávena.)

Página anterior, arriba, detalle de un mosaico bizantino de Ravena que representa a los Reyes Magos ofreciendo sus presentes al niño Jesús.

Página anterior, abajo, efigie de Justiniano I (482-565) en una moneda bizantina. (British Museum, Londres.)

Situar exactamente, desde un punto de vista cronológico, los momentos claves de la quiebra del Imperio de Occidente es una tarea casi imposible por falta de datos. El norte de Galia y Britania estaban desgajadas del Imperio antes de la mitad del siglo V. Poco después, el sur de la Galia era ocupado por los vándalos provenientes del norte, hasta que los visigodos les expulsaron hacia Hispania. Los súbditos romanos superaban a los bárbaros en número, pero no hay datos de que en la ocupación de Galia e Hispania los bárbaros encontraran oposición. Aquellos pueblos se limitaron a aceptar a los nuevos dominadores al igual que antes aceptaban la presencia de las legiones romanas, a quienes tenían que ceder propiedades y proporcionar comida.

Sin embargo, la coexistencia entre los bárbaros y lo provincianos romanizados no produjo una inmediata fraternidad. Los matrimonios mixtos estaban prohibidos. Ni la religión compartida pudo dominar el rechazo que producía inicialmente la presencia extranjera. Los súbditos romanos, ricos y de sofisticadas costumbres, dueños de vastas propiedades y protagonistas de unas vidas fáciles y lujosas, tuvieron ahora que aceptar como superiores a unas gentes rudas e ignorantes, carentes del más mínimo sentido civilizador. Sus costumbres eran toscas y carecían de higiene, pues sus ropas y cuerpos despedían olores insoportables. Comían con las manos y se emborrachaban continuamente. Pero su presencia era incontestable. No había fuerza militar capaz de expulsarles.

Atila

Los visigodos hicieron honor a sus pactos con Roma cuando una ingente horda de nómadas, los hunos, dirigidos por un líder inteligente y feroz, Atila, el «Azote de Dios», asaltó las fronteras del Imperio, después de haber saqueado el este de Europa entre los años 433 y 441.

Para evitar la invasión de los hunos, el emperador del Imperio de Oriente había proporcionado al caudillo huno una colosal cantidad de oro. Sin embargo, ello no impidió que Atila intentara, aunque en vano, conquistar Constantinopla. Los hunos atravesaron entonces el difícil territorio de los Balcanes con la finalidad de instalarse en Aquitania. Allí se enfrentaron con el último de los grandes generales romanos, Aecio. Éste, dirigiendo una poderosa coalición, derrotó a los hunos en pleno corazón de la Galia, en el año 451.

Pero Atila tenía grandes recursos. Al año siguiente penetró en Italia por el norte, y aunque llegó hasta Roma, tras conversar con el papa León decidió retirarse. En el año 453, el caudillo huno se



casó, muriendo en la noche nupcial, quizá víctima de un envenenamiento. Poco después, sus hordas se retiraron hacia el este. Desgraciadamente para Roma, el general Aetio fue asesinado por orden del emperador Valentiniano III, un hombre insignificante, que asimismo murió asesinado en el año 455. En pleno caos, el caudillo vándalo Genserico, que en el año 429 se había instalado en Hispania, invadió Italia. En el año 455 entró en Roma al frente de sus tropas, saqueando sistemáticamente la ciudad. Luego, pasó a África y arrasó las colonias romanas del continente.

Todo el poder imperial descansaba ahora en la capacidad de ayuda de las

tribus germánicas. Ricimer, un comandante suevo que mandaba mercenarios romanos, empezó a nombrar y deponer emperadores.

Las tribus paganas del norte de las fronteras imperiales estaban en plena agitación, pero Genserico, que dominaba el norte de África con su flota, era la principal amenaza. Roma, saqueada y emprobrecida, mermada en la mitad de su población, carecía ahora del trigo africano, vital para su subsistencia. Afortunadamente, el peligro de los vándalos se deshizo al morir Genserico en el año 477, pero la Galia había dejado de pertenecer a Roma.

Lo que restaba del Imperio de Occidente se reducía a Italia, bajo el mandato nominal de un joven llamado Rómulo Augústulo, hijo de un panonio que se casó con una romana tras haber sido ayudante de Atila. En el año 476, cuando Rómulo Augústulo llevaba en el poder menos de un año, fue destituido por Odoacro, un mercenario que dirigía una variopinta soldadesca. Italia, bastión del Imperio de Occidente, estaba ya definitivamente dominada por los bárbaros. Odoacro intentó establecer una parodia legitimista, solicitando al emperador de Oriente que le honrara con su nominación imperial y le hiciera su lugarteniente en Italia.

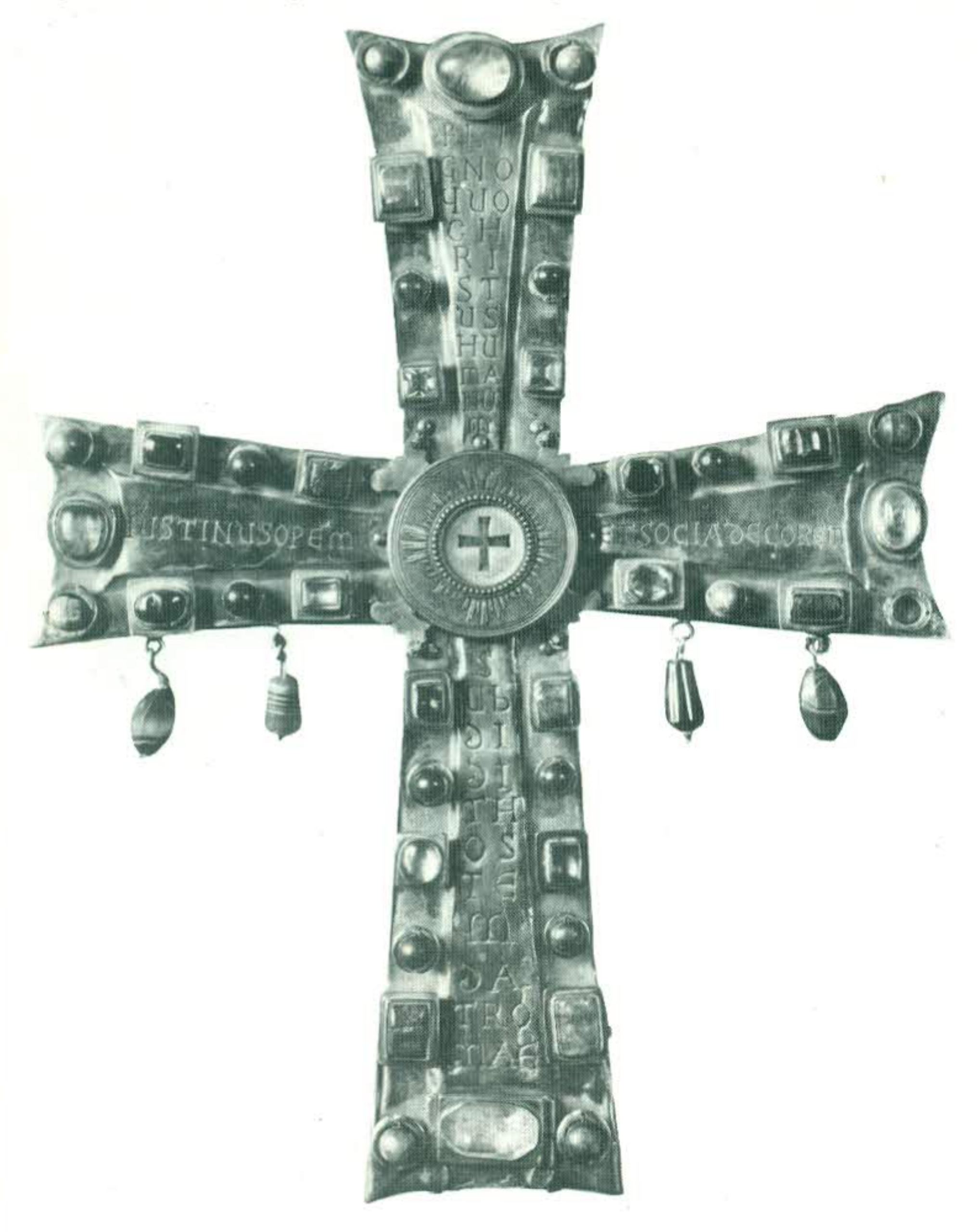
Después del año 476, la historia de las tierras que una vez fueron gobernadas desde Roma se transformó en la historia de los pueblos bárbaros, aunque todavía varias generaciones de romanos y súbditos romanizados conservaron sus costumbres y formas de vida. La inercia histórica es un hecho, y el Imperio romano había sido demasiado poderoso como para que su cultura se diluyera en poco tiempo.

Los bárbaros utilizaban oficiales romanos para recaudar los impuestos y mantener unos mínimos servicios administrativos, y la correspondencia en latín era una

Izquierda, cruz imperial. (Cappella delle Reliquie, Basilica Vaticana, Roma.)

Página anterior, arriba, la corona de Hierro, formada por seis láminas de este metal y recubierta de oro, esmaltes y piedras preciosas. Según la tradición, fue ejecutada en 591 y formó parte, con el lujoso Evangeliario y otros objetos valiosos, del tesoro que Teodelinda, reina de los lombardos, donó a la basílica de Monza. Sirvió para coronar, entre otros, a Carlomagno (774), a Carlos Quinto (1530), a Napoleón (1805) y a todos los reyes de Italia. (Tesoro del Duomo, Monza.)

Página anterior, abajo, los emperadores bizantinos, Justino I (450-527) y su sobrino y sucesor, Justiniano I (482-565), esposo de Teodora. (Bristish Museum, Londres.)





propiedad que sólo poseían los romanos. La ley romana coexistió en cierto sentido con las normas tribales de los bárbaros.

Progresivamente, los ostrogodos ocuparon Italia. En el año 489, el emperador de Oriente llamó a un caudillo ostrogodo, Teodorico, y le comisionó para reemplazar a Odoacro. Una feroz lucha se desató entre ambos jefes bárbaros, hasta que finalmente Teodorico consiguió emboscar a su rival y hacerle asesinar en el año 493, asumiendo el poder. Con ello, Italia se convertía en parte del Imperio ostrogodo. Mediante un sabio gobierno, Teodorico aseguró el suministro de comida y la paz

en general. A él se deben igualmente algunos de los mosaicos de Rávena. En el año 507 uno de sus nietos, Amalarico, heredó el reino visigodo de Hispania extendiendo así el dominio ostrogodo sobre una considerable parte del antiguo Imperio romano.

Teodorico murió en Rávena en el año 526, sucediéndole su hija Amalasunta, quien solicitó la protección de Justiniano, emperador de Oriente.

El mundo que giraba alrededor del hundimiento del Imperio de Occidente estaba en plena efervescencia. Del norte provenían los francos, quienes consolidaron sus posiciones en las tierras comprendidas entre el Rhin y el litoral atlántico. Acaudillados por la férrea mano de Clodoveo, un bárbaro pagano, rey de los francos a los 15 años de edad, en el 481 los francos se interesaron por el sur de Europa. En el año 493, Clodoveo se unió en matrimonio con Clotilde, hija católica del rey de los burgundios, y asumió su misma religión. El hecho de que Clodoveo se convirtiera al catolicismo, y no al arrianismo, que era la doctrina aceptada por los ostrogodos establecidos en Italia, habría de tener importantes repercusiones inmediatas.

La reanudación por parte de los arrianos de las persecuciones religiosas, constituyó un grave problema para la mayoría católica en Italia, norte de África e Hispania.

La Galia, unida bajo el firme mandato de Clodoveo, permaneció abrazada a la religión católica después de la muerte del caudillo —en el año 511—, el cual dividió el reino entre cuatro de sus hijos. En cambio, el Imperio de Teodorico no subsistió mucho tiempo tras su muerte. Teodorico se disponía a desencadenar una gran represión contra los católicos y a atacar al Imperio de Oriente, cuando le sorprendió la muerte.

El Imperio romano de Oriente

Desde un punto de vista geográfico, el sector oriental del Imperio romano estaba más expuesto que el Occidental a las amenazas extranjeras. Por otra parte, el poder militar del Imperio romano de Oriente era francamente modesto, y las amenazas potenciales que sobre él se cernían eran muy poderosas. Sin embargo, dispuso de un tipo de armas, no precisamente bélicas, que le permitirían subsistir durante casi mil años más.

Constantinopla, capital del Imperio romano de Oriente, era el espléndido centro de un vasto territorio. Provista de una defensa natural como era el mar, y de una defensa artificial extraordinaria, la doble muralla —la primera fue construida por Constantino y la segunda por su nieto Teodosio II—, la ciudad resistió siempre todos los ataques. Sus territorios de Asia Menor, a salvo de las apetencias bárbaras, dominaban totalmente la ruta del comercio con Oriente, contribuyendo al mantenimiento de una notable prosperidad económica.

El gobierno imperial disponía de un eficaz cuerpo de recaudadores de impuestos y de un ejército bien pagado y entrenado, que aunque estaba formado por hombres de procedencias geográficas dispares, éstos se sentían vinculados por la obediencia al emperador. La corte de Constantinopla, con su lujo orientalista, era la admiración de todos aquellos que la conocían. Desde el mismo momento de su constitución como sector oriental del Imperio romano, el estado de Constantinopla asumió el cristianismo, pero la adopción de la nueva religión se vinculó tanto con la persona del emperador, que ello impidió que surgiera una figura equivalente a la del obispo de Roma, precursor del papa. El celo religioso se desarrolló en el Imperio de Oriente hasta rayar en el fanatismo. Había calado en la mente de los bizantinos, siempre excitados y alertados por los



Arriba, fragmento del mosaico del pavimento del palacio imperial de Constantinopla (siglo V), que representa escenas de caza y de vida campestre.

Página anterior, medallón con la efigie de Atila, rey de los hunos, muerto en 453.



mil peligros potenciales que rodeaban a su capital.

Constantinopla pretendió convertirse en una nueva Roma. Se levantaba junto a siete colinas y estaba dividida en 14 regiones, como la vieja capital del Tíber, y sus edificios públicos eran una copia exacta de los de Roma. Las provincias del oeste europeo, como Hispania, Galia, Britania, parte de Italia y el norte de África, permanecieron nominalmente como dependientes de Constantinopla, y a veces sus gobernantes bárbaros aceptaron el hecho formal como una dignidad, asumiendo los títulos de «cónsul» o «patricio».

En su posterior historia de mil años, las vicisitudes históricas del Imperio de Oriente no presentan la más mínima semejanza con los hechos que dominaron los primeros mil años del Imperio romano, aunque los bizantinos se sentían romanos y utilizaban el latín como lengua oficial. Las leyes romanas fueron asimismo institucionalizadas por Justiniano (527-565), cuyo reinado fue prolífico en éxitos. Reconquistó parte del norte de África, Italia y el sur de Hispania, obteniendo así la hegemonía en el mar Mediterráneo. Sin embargo, tales éxitos agotaron los recursos imperiales. En Italia, la lucha contra los ostrogodos era larga y agotadora. Bizancio se sintió impotente para reavivar al glorioso pasado del Imperio romano.

Después de la muerte de Justiniano, sus conquistas se perdieron y las posibilidades de reconstruir el diezmado Imperio se extinguieron de forma definitiva. Roma se sumió en la agonía, pero Constantinopla sobrevivió, a pesar de un fortísimo asalto de los persas sasánidas, quienes, venciendo ingentes dificultades, conquistaron la casi totalidad de Asia Menor y Egipto, aunque en el año 629 Heraclio, el emperador bizantino, las recuperó.

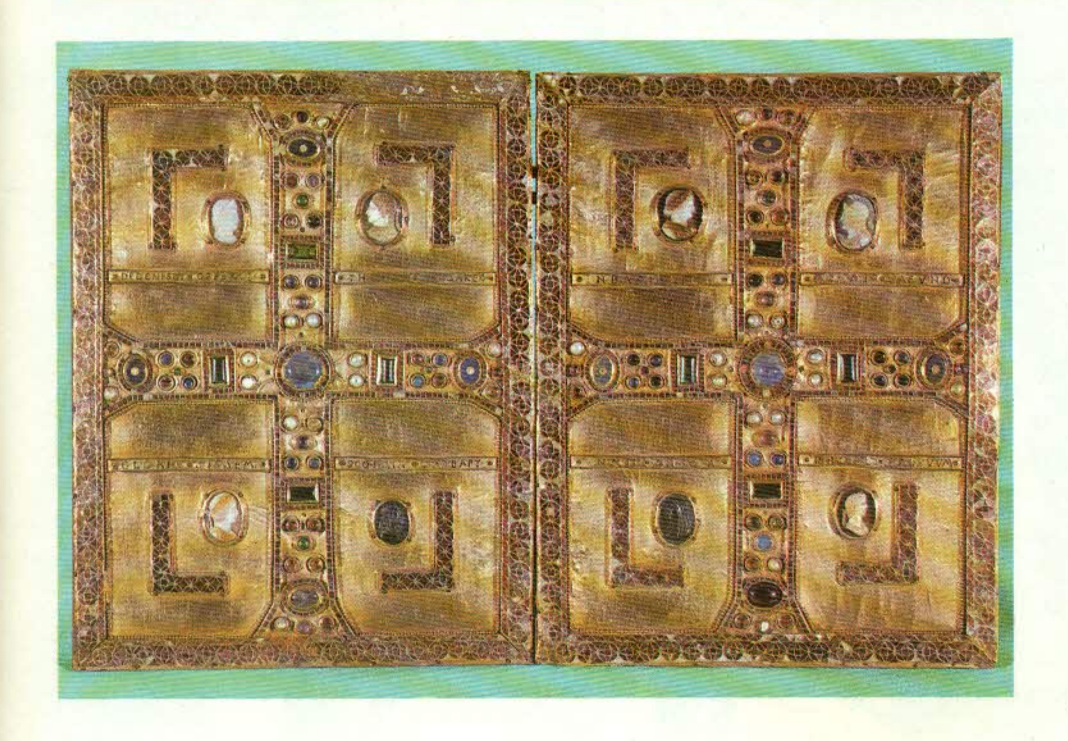
Por aquellos años Italia sufrió un colapso demográfico, mientras los lombardos asolaban los restos del Imperio. Los últimos reductos culturales de la genuina romanización se extinguían, pero la cultura subsistió, imprimiéndose en los pueblos que habían destruido el Imperio.

El cristianismo revolucionó el arte y la música. La literatura cristiana fue notable, pero en el campo de la ética y la moral los cristianos antepusieron muchas veces sus intereses personales o de Estado a las posibilidades de la convivencia, y las guerras siguieron dominando el contexto de las relaciones entre los individuos y los pueblos, así como las agitaciones sociales y los conflictos civiles.

El mensaje evangélico permaneció a pesar de todo, y los misioneros bizantinos lo propagaron entre las tribus bárbaras. Constantinopla fue un centro urbano donde se mezclaban gentes de las más dispares procedencias: hunos, árabes, bereberes, eslavos, croatas, servios, griegos y egipcios. Su riqueza, su activo comercio —sostenido por la saneada moneda que acuñara Constantino—, y sus magníficos edificios —coronados por la obra maestra justiniana: la iglesia de Santa Sofía—, componían un conjunto espléndido. No era estrictamente romana aquella ciudad tan cosmopolita, pero sin embargo, sin las luchas, las penalidades y la cultura de aquel pueblo que muchos siglos atrás fundara Roma, Constantinopla no hubiera podido existir.

LA CAÍDA DE ROMA Y LAS INVASIONES BÁRBARAS

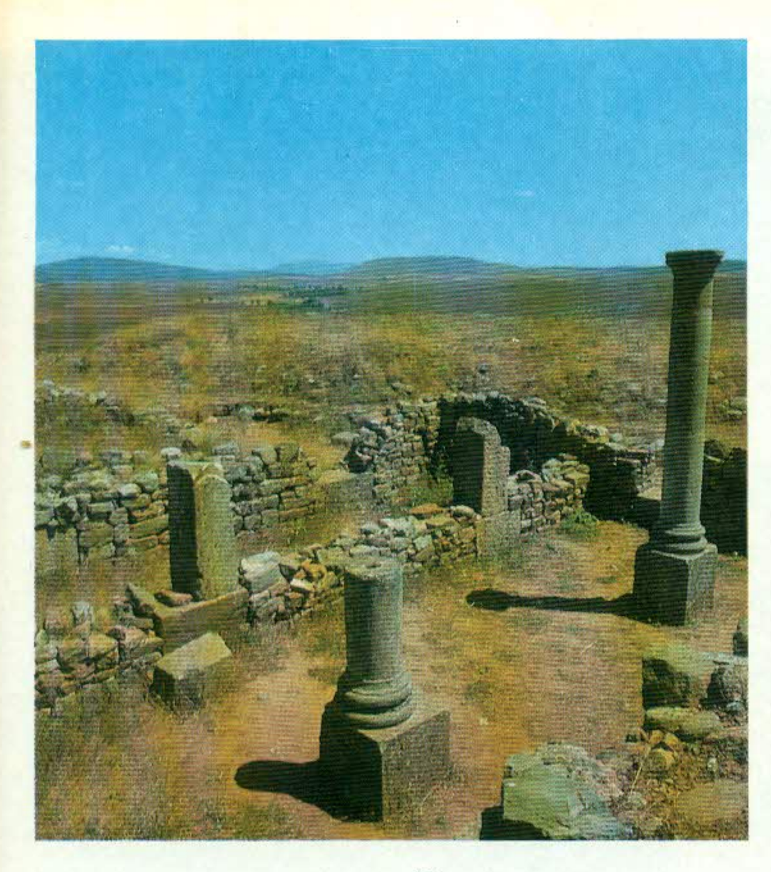
Año	Imperio romano occidental	Invasiones bárbaras	Cultura	Bizancio-Islam
400 425	División del Imperio Honorio Alarico toma posesión de Roma	Alarico invade Grecia Los visigodos en las Galias	San Agustín: *La ciudad de Dios*	Arcadio Teodosio II
450	Aecio en Rávena	Los hunos en el Rhin Invasión de Atila Los vándalos se establecen en África	Muerte de san Agustín	
475	Saqueo de Roma por Genserico Rómulo Augústulo, último emperador	Batalla de los Campos Cataláunicos Muerte de Atila	San León el Grande Mausoleo de Gala Placidia	León I
500	Rávena conquistada por Odoacro Fin del Imperio de Occidente	Invasión de los hérulos Ascensión al poder de Clodoveo Teodorico, rey de los ostrogodos Batalla de Tolbiac	Tesoro de Childerico Baptisterio de Frejus	Anastasio I
525		Visigodos en España División del Imperio franco	Ley Sálica	
550		Muerte de Teodorico Fin del reinado de Burgundia Saqueo de Milán Conquista de Italia por Bizancio	Tumba de Teodorico San Vital en Rávena Santa Radegunda en Poitiers	Justiniano I
575		Invasión lombarda en Italia		Nacimiento de Mahoma
600		Tratado de Andelot Conversión de Recaredo	San Gregorio Magno Muerte de san Gregorio de Tours	Tiberio II Mauricio
625		Clotario II	Misión de santa Columba	Focio Heraclio
639		Dagoberto Muerte de Dagoberto	Muerte de san Isidoro de Sevilla	Muerte de Mahoma



Izquierda, cubierta del Evangeliario. Este refinado trabajo de orífice fue, según la tradición, regalado por Gregorio Magno a la reina Teodelinda con ocasión de la conversión de su hijo Adaloaldo. (Tesoro del Duomo, Monza.)

Página anterior, mapa del Imperio Romano en el siglo V después de Cristo, con detalle del curso de las invasiones bárbaras.







La romanización de Hispania

El interés generalizado de Roma por la península Ibérica se remonta a la época de las hostilidades que aquélla mantuvo con Cartago por la hegemonía en el Mediterráneo. Fue durante las guerras púnicas cuando el general Cneo Escipión llegó con sus tropas a Tarraco a fin de cortar los suministros de la retaguardia cartaginesa.

Existían ya en la península Ibérica algunos enclaves romanos, como por ejemplo Sagunto, en el levante, pero lo cierto es que los romanos no gozaban de simpatías entre los primitivos pobladores ibéricos, pues ocuparon varias zonas de la península con la promesa de que cuando Aníbal fuera derrotado se marcharían, y sin embargo, en el año 206 antes de Cristo, Tarraco fue convertida en provincia del Imperio romano, y posteriormente otros territorios siguieron la misma suerte. Ello provocó las sublevaciones de Indíbil y Mandonio que constituyeron una seria preocupación para Escipión, quien finalmente les aniquiló.

En el año 197 antes de Cristo la península Ibérica fue dividida en dos provincias imperiales, Citerior y Ulterior, gobernadas respectivamente por dos procónsules. Sin embargo, el proceso de romanización encontró la oposición de los pueblos turdetano, bergstiano y celtíbero, y el Senado romano se vio obligado a enviar a Marco Porcio Catón para sofocar las rebeliones. Tras su victoria en Emporio, Roma dominó el norte y el levante de la península. En la provincia Citerior se consumó el triunfo de Roma tras la batalla de Jaca, en el año 194 antes de Cristo. En la Ulterior, la lucha prosiguió y en el año 193 antes de Cristo las legiones romanas entraban en Toledo. En el 179 antes de Cristo, Cayo Tiberio Graco venció a los celtíberos al pie de la cordillera del Moncayo, procediendo a la distribución de tierras cultivables para acabar con el estilo de vida nómada de los vencidos. En su profundización hacia el sur, los romanos fundaron, en el año 178 antes de Cristo, el enclave de Cartaya (Algeciras), y el de Corduba (Córdoba), en el 169 a. de C.

Más compleja fue la conquista de Lusitania. Comandados por sus caudillos Cesaro y Cauceno, los lusitanos llegaron a ocupar el área de la Bética en el año 155 antes de Cristo, motivando que el Senado romano decidiera enviar a la península a dos de sus más destacados generales: Galba y Lúculo. Este último cercó a siete mil lusitanos en las afueras de Corduba, ofreciéndoles tierras a cambio de su sumisión a Roma. Tras aceptar, los lusitanos fueron pasados por las armas.

Viriato, un superviviente de la atroz matanza, asumió el caudillaje del pueblo

Arriba, izquierda, restos de Numancia, ciudad celtibérica situada a ocho kilómetros al norte de la actual Soria, célebre por la heroica resistencia que opusieron sus habitantes contra el asedio de las legiones romanas durante veinte años. Fue arrasada por Escipión Emiliano el año 133 antes de Cristo.

Arriba, derecha, sepulcro romano en forma de torre, situado junto a la antigua vía Augusta, a cinco kilómetros de Tarragona, conocido como Torre de los Escipiones. *Segunda mitad del siglo II después de Cristo.*

Página anterior, efigie de Augusto (Cayo Julio César Octavio Augusto, 63 antes de Cristo - 14 después de Cristo), primer emperador romano, situada en las murallas de Tarragona. Es copia de la estatua llamada de «Prima Porta», del siglo I de nuestra Era. (Musei Vaticani, Roma.)

Páginas 170-171, el acueducto de Segovia, monumento que muestra el poderío de Roma, construido en época del emperador Trajano, en granito azul con mortero. Tiene 128 arcos, 813 metros de longitud y 28,5 de alto.

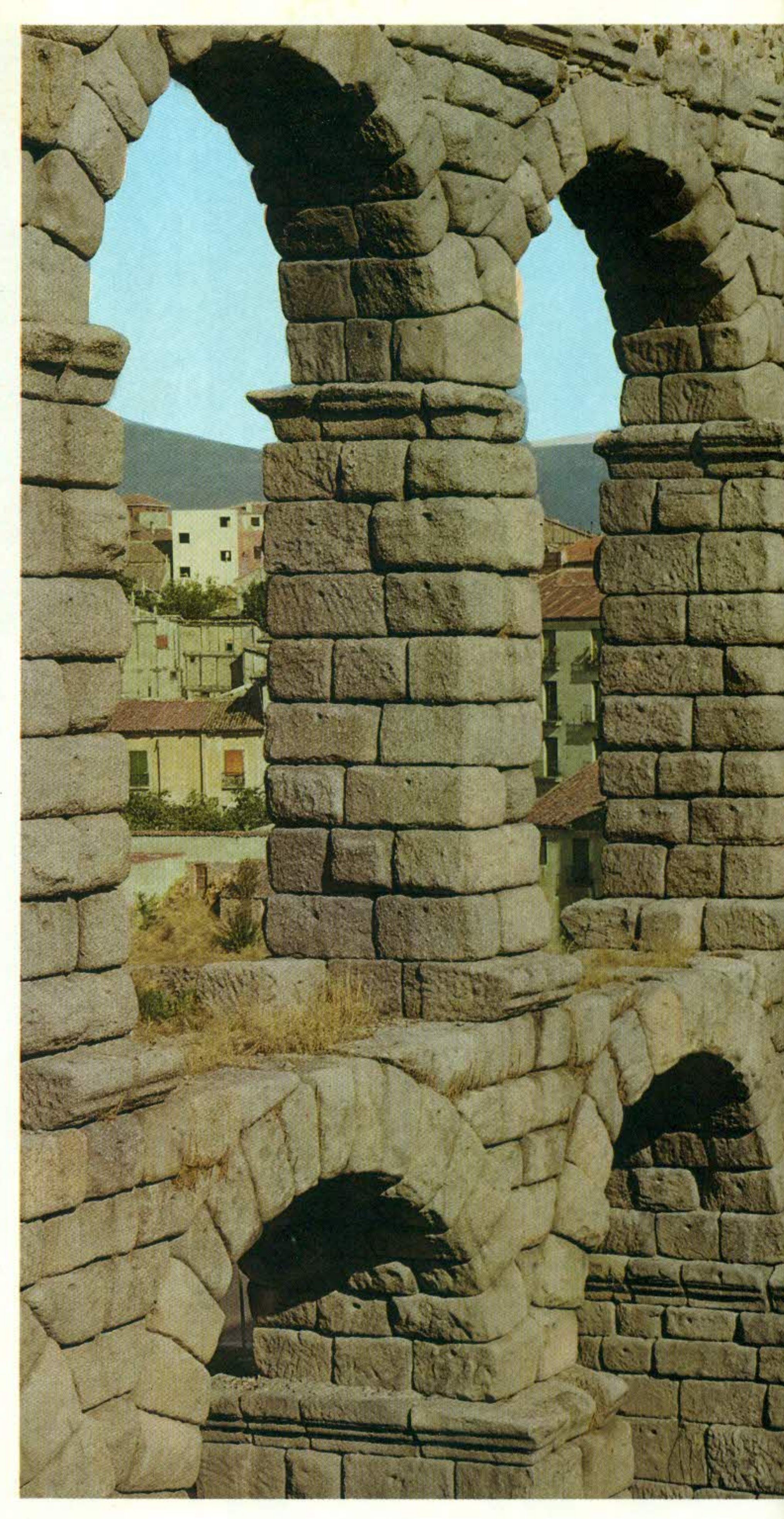
lusitano, obteniendo en el año 147 antes de Cristo una gran victoria –sobre un cuerpo del ejército romano en Trígola, en las cercanías de Ronda. Posteriormente, el caudillo lusitano ocupaba Segobriga (Segovia). El conflicto con Viriato exigió de Roma el envío de tropas de élite, pero hasta el año 140 antes de Cristo no pudo resolver satisfactoriamente la situación. Y el final no fue precisamente glorioso para los romanos, quienes asesinaron a Viriato mientras se negociaba la paz con ellos.

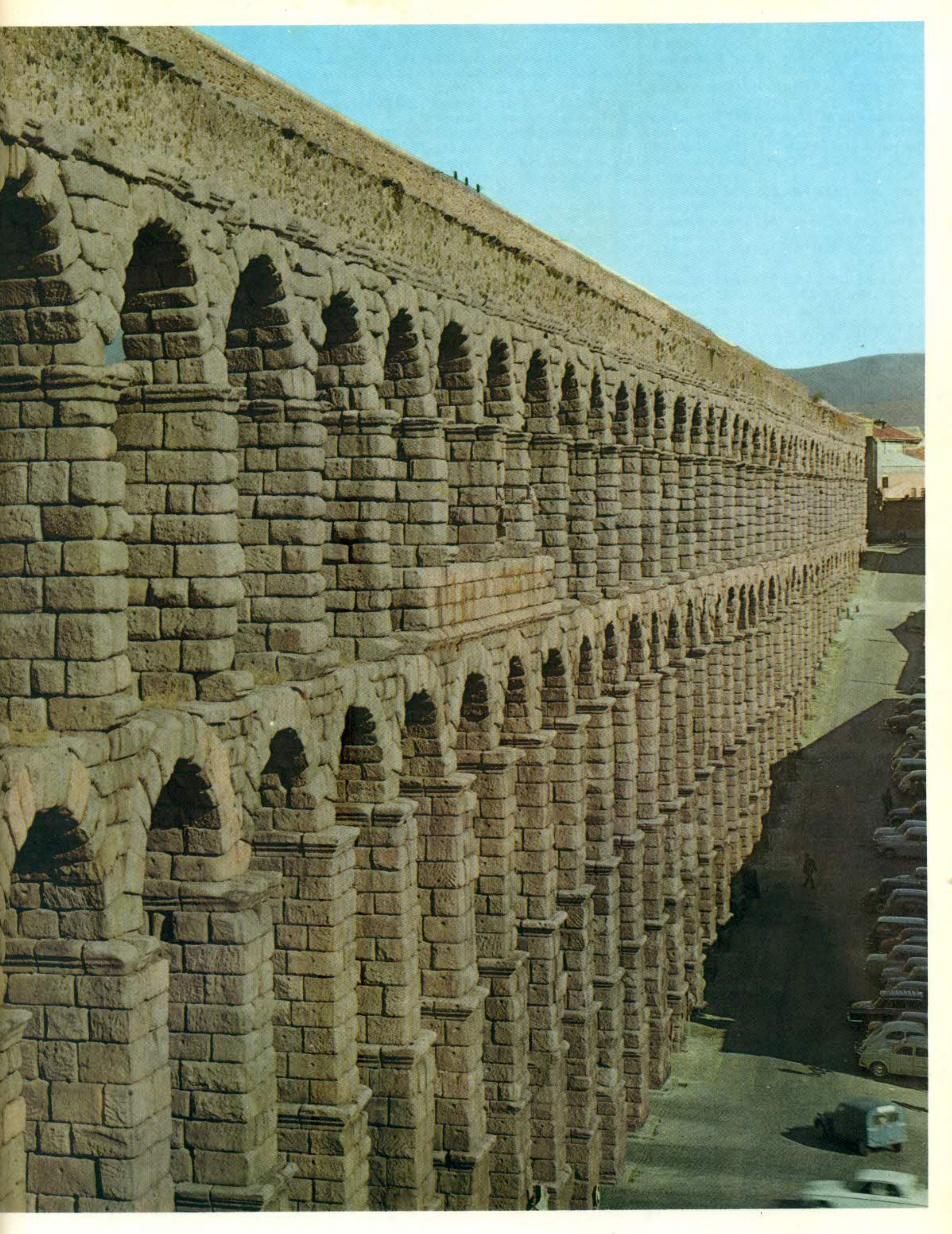
En el año 153 antes de Cristo estalló una nueva rebelión, al negarse los celtíberos a pagar nuevos impuestos. La derrota del ejército romano en el 153 antes de Cristo y los problemas existentes en otras partes del Imperio, indujeron a Roma a aceptar una tregua de once años, pero las luchas de Viriato encresparon de nuevo a los celtíberos, que en el 143 antes de Cristo apoyaron al caudillo lusitiano.

En el año 134 antes de Cristo, Roma decidió pacificar definitivamente la península Ibérica, para lo cual envió al cónsul Publio Escipión Emiliano, acompañado de los generales Cayo Graco y Mario Yugurta. El nuevo ejército romano consiguió cercar a los celtíberos, y Numancia se convirtió en el escenario de una feroz resistencia, rindiéndose tras ocho meses de lucha, agotada por el hambre. Con ello, en el 133 antes de Cristo, Roma conseguía eliminar la resistencia peninsular. Hubieron de transcurrir casi cien años para que rebrotara la rebelión contra los ocupantes. En el 29 antes de Cristo los astures y cántabros se unieron a unos pueblos bárbaros (avarinos) que habían penetrado el año anterior por el norte. La importancia de la sublevación motivó la presencia en Hispania de Octavio, futuro emperador, que desembarcó en Tarraco al frente de un poderoso ejército, aniquilando la rebelión en el año 25 antes de Cristo.

Hispania fue también escenario de las guerras civiles que asolaron Roma, especialmente en la fase de la República. Ya en el año 93 antes de Cristo, la Hispania romanizada apoyó a Mario contra Sila, pero Sertorio, que comandaba las tropas leales a aquél, fue derrotado por el propio Sila. El foco insurrecto persistió, alimentado por la latente rebelión de los lusitanos, y en el año 72 antes de Cristo, Pompeyo dominó la situación, y Sertorio fue asesinado.

En las guerras que enfrentaron a Julio César con Pompeyo, cabe destacar la batalla de Ilerda (Lérida), que terminó con la victoria del ejército de César. Sin embargo, los partidarios de Pompeyo se reorganizaron en la Bética, y una decisiva batalla tuvo lugar en Munda (Montilla), con un desenlace nuevamente victorioso para el futuro dictador de Roma.





Índice



